

Gastón Pérez Izquierdo

LEPANTO

Y LA ARMADA DE LA CRUZ



OLMO EDICIONES

GASTÓN PÉREZ IZQUIERDO

LEPANTO

Y

**LA ARMADA DE LA
CRUZ**

OLMO Ediciones

Director

Omar López Mato

Diseño

María Jaeschke

Obra de tapa: La Batalla de Lepanto de Andrea Michieli (1605)
Palacio Ducal. Venecia

Queda hecho el depósito que prescribe la Ley Nº11.723.
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.

© 2014 OLMO Ediciones
Marcelo T. de Alvear 2261 (C1122AAI) C.A.B.A.
olmoediciones@gmail.com
www.olmoediciones.com

DEDICATORIA

*A mi mujer, que comprendió mis silencios y mi trabajo;
a Marisa y Susy, que impulsaron mi inspiración
desde el Cielo; a la rama española, que inculcó en mi
infancia valores por los cuales he sentido el orgullo de
la pertenencia.*

ÍNDICE

Capítulo I: “Parirás con dolor”	8
Capítulo II: Veinte años después	19
El azar mueve sus hilos	19
Leva forzosa de niños	22
La expansión otomana	34
Una emboscada provechosa	46
El habla que delata	39
¿Quién le enseñó a degollar?	53
“Patria honrada y fe salvada”	63
La crueldad como rutina	63
Barbarroja, el pirata	65
Capítulo III: La Orden de Malta	74
Caballeros de la Religión	74
Veleidades de la fortuna	81
Ataca la flota turca	87
El Renegado de Estambul	104
La Derrota	110
Capítulo IV: La Paz Armada	129
Capítulo V: El regreso a Zamora	139
Otro hombre, el mismo amor	139
La familia Irurjo	144
¡La Peste Negra!	153

Capítulo VI: La Sorpresa de Alcalá	160
Cuando Dios dispone	160
Un príncipe de pluma y espada	168
Muere Isabel de Valois	168
Cervantes huye a Roma	176
Las tres gracias	179
Capítulo VII: La Rebelión de las Alpujarras	187
La pragmática sanción	187
Una sintonía de la Historia	202
La campaña final	208
Una trágica tempestad	211
Requesens, el protector	220
La batalla de Fregiliana	221
Asesinato del rey Humeya	226
La toma de Galera	230
Don Juan, obrero del destino	240
La “Reina de las Batallas”	247
Capítulo VIII: A la conquista de Chipre	256
Si Alá así lo quiere	256
Nicosia, el primer objetivo	265
En el campo del Islam	270
El Sitio de Famagusta	277
Alijo humano	280
Tormentos y Atrocidades	287
Capítulo IX: El Santo, el Consejero, el Guerrero	298
Monseñor Ghislieri, Pío V	298
Crisis de Preeminencia	308
El relámpago de la guerra	312

Capítulo X: Nace la Liga Santa	316
Turcos por todos lados	316
La triple alianza	316
La nostalgia	331
Reflexiones	332
Un Papa impaciente	336
El comandante	340
El comandante de la Orden	346
Don Juan al mando supremo	351
Capítulo XI: Velando armas	360
La estrategia	360
Una flota en marcha	371
El Consejo Otomano	381
Se dudó de dar batalla	390
Capítulo XII: Se acerca el enemigo	396
Los cuerpos de la flota	396
Cómo vencer al miedo	397
Chocan las naves insignia	403
Las galeazas vomitan fuego	406
La inventiva sirve al rencor	410
Juan Andrea Doria, ése héroe desconocido	425
El manco de Lepanto	439
Se ensartan las galeras	452
El desastre otomano	467
Epílogo	470
Aclaración sobre este libro	473
EL AUTOR: Gastón Pérez Izquierdo	475
Bibliografía	477

CAPÍTULO I

Parirás con dolor

Galaica Miño López, viuda de Fontamura, caminaba en silencio por una estrecha calle de Alcalá de Henares, llamada de la Imagen. Tropezó con una piedra, que estaba fuera de lugar, y el traspíe le arrancó una maldición:

-“¡Piedra de mierda!”, dijo en voz baja y en el mismo momento en que el exabrupto brotó de su boca ya se había arrepentido. “Las damas no deben decir palabrotas”, se reprendió a sí misma.

Al menos eso era lo que escuchaba siempre de labios de su difunto esposo, desde los tiempos en que vivían en Zamora; pero también el Evangelio decía que los ángeles “te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece con ninguna piedra”, y sin embargo... Volvió con el pensamiento a Zamora y a su marido. Entonces se llamaba Galaceón Severo Meana Ordóñez y con la mudanza forzada a causa de tantas deudas, reemplazó nombre y apellido eligiendo el de Jerónimo Fontamura Páez, combinación de los que pertenecieran a su madre y a un primo. Galaceón pensaba —y con razón— que la mudanza y el cambio de identificación habrían de despistar a los numerosos acreedores que lo acosaban sin misericordia.

Se sentía avergonzada por la huída de Zamora. Nunca había tenido que escaparse (menos de noche), en una carreta que Galaceón había comprado en secreto y mantenía oculta de los ojos de todos a la espera del momento de la partida. El Galaceón decía que serían

unas 30 leguas hasta Alcalá. A la vieja jaca que tenía en el corral de la casa colocó el hombre unos tiros y la empujó a la aventura de hacer tantas leguas como necesarias fueran para llegar a Alcalá, donde había hecho arreglos para comprar una venta “al fiado”.

¿Dormir? “¡Mujer, en el mismo corretón, a la vera del camino, no sea que haciendo noche en una posada se enteren los acreedores!”, dijo categórico e inapelable Galaceón. Algunos pocos bártulos acomodados en el interior, dejaron espacio para que pudieran instalarse ella misma y sus tres retoños varones, paridos anualmente. Pero esa era otra de las consecuencias del matrimonio, se dijo a sí misma: seguir la suerte del marido y responder a sus requisitorias sexuales, con las consecuencias previsibles para una mujer.

-“¡Piedra inmunda!”, rectificó Galaica la maldición anterior, con la seguridad de que el juramento, aún silencioso, no la apartaba de su condición de dama.

Siempre había considerado que su tarea —la palabra “profesión” hubiera sido un término excesivo— se basaba en ciertos conocimientos heredados de su madre y de manera fundamental de la propia experiencia. Ninguna mujer podría ser comadrona si ella misma no hubiera alumbrado varios hijos, sanos, fornidos, cuyos partos no hubieran tenido consecuencias serias para la madre, solía decirse con frecuencia.

En Zamora había frecuentado casas importantes; bueno, tampoco era que acá, en Alcalá, solo la llamara el labriego o el posadero. El noble y el escribiente; el barbero y el recaudador también habían requerido sus servicios. Ahora mismo iba a casa de un cirujano de apellido Cervantes cuya mujer había entrado en trabajos. Le había encarecido que tuviera agua limpia hirviendo en

una hornalla y un lienzo impecable. Igual ella, la Galaica (cuyo nombre fuera un homenaje de su padre a los orígenes geográficos de la familia), era muy exigente en lo que a higiene se refiere y para no tener sorpresas siempre llevaba unos géneros que había lavado y planchado ella misma.

El agua hervida se necesitaba siempre (al menos era lo que en todo momento había dicho su progenitora) porque con ella —cuando se entibiaba sola, se entiende— debía lavarse al crío y a la madre. Ella llevaba siempre unas agujas, por las dudas que algún desgarro vaginal hiciera necesaria una sutura, pero prefería no usarlas.

No es que su formación fuera solo práctica. Algo había leído y sabía —por ejemplo— que los japoneses prohibían a las parturientas los baños calientes y los chinos iban más allá: aconsejaban la inmersión en agua fría. Hasta estaba enterada que en Francia un médico había descubierto que, acercando los vapores del hervor de unas plantas a los genitales de la madre, éstos se dilataban y el parto se facilitaba. Este sistema se conocía desde mucho tiempo atrás, pero el francés había inventado una técnica novedosa: los vapores de la ebullición se acercaban por medio de un espéculo al canal de parto para agilizar el proceso.

No participaba de todas esas prácticas; se mantenía fiel a las enseñanzas de su madre y permanecía leal a las enseñanzas antiguas que, se decía, había traído Roma a España cuando fuera parte de su Imperio: prefería darle de beber una infusión de verbena.

Incluso ella descreía de todas esas enseñanzas. Al contrario; con cierto fatalismo, pensaba que ni las reinas escapaban a la sentencia de la Biblia: “¡parirás con dolor!” con que el Supremo Hacedor sancionó por el pecado de Eva a toda su descendencia. Y tampoco a la realidad de la naturaleza: cuando el niño venía

atravesado, no se hacía distinción entre mujeres ricas y pobres; la muerte de la criatura y de la madre igualaban las diferencias sociales.

Había escuchado que algunos médicos practicaban cesáreas, pero como esa tarea escapaba a su ámbito ni se preocupó por averiguar de qué manera se encaraba. Además, era un procedimiento extremo, que solo se intentaba cuando la madre moría durante el parto, y ella prefería que se aventuraran en ese terreno los médicos audaces que se animaban a ejercer esa cirugía. En ese aspecto era escéptica; le venía bien amoldarse a las enseñanzas que había recibido durante el catecismo. El buen cura de Zamora, cuando era niña, solía decir que San Lucas puso en boca de Nuestro Señor aquellas palabras que decían “médico, cúrate a ti mismo...”. Bueno, que esos sabios comiencen por ocuparse del parto de sus esposas.

Estaba enterada que una leyenda atribuía ese nombre al tipo de nacimiento de Julio Cesar, pero nunca hubo signos serios de que se hubiera practicado en ese momento, y para ella no dejaba de ser un mito. En realidad, renegaba de todas las ficciones; incluso aquella primitiva que suponía que el nacimiento de mellizos era atribuido al adulterio de la mujer, pues no se concebía que engendrara dos seres sin la concurrencia de un amante, que hubiera tenido relaciones con ella inmediatamente después que su marido.

Se acordaba bien del último parto al que había asistido en Zamora; era en el palacio de los condes del Tajo, y el niño, robusto y bien formado, vino al mundo sin problemas.

Su mente asoció recuerdos: Galaceón (o Jerónimo, como se llamó en Alcalá) había muerto hacía un año, no sin antes preñarla tres veces más. Entonces el niño de Zamora, nacido antes de escapar a Alcalá, ¡debía tener por lo menos unos cuatro años! Alonso de Tejada, había sido llamado, (igual que su padre) según se acordaba. Pero

ahora debía concentrarse en el parto que le esperaba en casa de los Cervantes.

Todavía hacía calor, a pesar de que el verano había terminado unos días antes. Era 29 de septiembre y las retamas, aún cuando conservaran el perfume, habían empezado a menguar su esplendor. También comenzaba a apagarse el follaje de los árboles y las hojas caídas en el suelo decían que el otoño comenzaba a imponer su rigor. Algo era positivo: comenzaba el período de escasas lluvias y por lo menos el suelo no ocultaría, bajo el barro y el agua, las imperfecciones del camino. Eran poco más de las 10 de la mañana y el sol caía como plomo sobre las piedras de la calle. Sería un día caluroso; el verano podría haber concluido en el calendario, no en la realidad, que seguía siendo pesada y húmeda.

Galaica se detuvo frente a una puerta que había sido marrón y brillante en el momento de pintarla, cosa ocurrida varios años atrás. Ahora el descascarado de sus paneles y algunas grietas que exhibía la madera hablaban, con más elocuencia que las palabras, de las penurias económicas por las que atravesaban los habitantes de la casa. Igual ella no pensaba cobrar por sus servicios de matrona; es cierto que algún rico le daba algo de dinero, pero en general la gente era generosa con lo que tenía a mano: un pollo, un casal de conejos, un cerdo. Es verdad que “no solo de pan vive el hombre”, pero para vivir ella y mantener a sus seis hijos, le alcanzaba, sobre todo que ya no tendría que pensar en Jerónimo (o Galaceón) “al que Dios tenga en su Santa Gloria” dijo mientras se santiguaba al invocar al finado, arrepentida de haberlo recordado como una carga.

Por cierto que en casa de los Cervantes era muy poco lo que podía recibir. No es que don Rodrigo tuviera vicios de los muy conocidos: no era jugador ni bebía; tampoco se sabía de él que tuviera alguna mantenida o fuera de putas, como solía decirse, pero

sus ingresos eran los muy módicos que le pagaban (cuando lo hacían) en el pequeño hospital de Antezana donde ejercía sus conocimientos de sangrador.

Era simplemente un hombre abrumado por la mala suerte, en cuya bolsa ni siquiera era posible rascar un maravedí. Pero no era un sujeto despreciable ni un avaro, que atesoraba a expensas de no pagar sus deudas ni dar de comer a la familia o educar a sus hijos. El año anterior había asistido a doña Leonor (su esposa) en el parto de una niña, sana y fuerte, a la que habían llamado Luisa. Y el anterior (¡también una mujercita!) fue bautizada con el nombre de Andrea.

Pareciera que para don Rodrigo ese nombre fuera su preferido, porque al niño mayor, que había nacido en 1543, lo llamaron Andrés (en ese entonces ella no vivía en Alcalá, recordó con un estremecimiento involuntario). Y bien; don Rodrigo de Cervantes le retribuía sus servicios con lo que él sabía hacer: desde el nacimiento de Andrea ninguno de sus hijos gastaba en cortes de pelo; para eso se bastaba don Rodrigo, que como cirujano era más el tiempo que cortaba pelos y barbas que el destinado a furúnculos y pústulas o a provocar hemorragias a cardíacos.

Ingresó a la casa y dio con una estancia pequeña, amoblada con dos sillas y una mesita, envejecidas y tristes, que añoraban una época mejor, porque la casa era evidencia de una 12 antigua pero digna prosperidad. Una abertura enmarcada, que alguna vez estuviera cerrada por una puerta, daba a un patio al que convergían todas las habitaciones de la planta baja, incluida la cocina, donde se había improvisado un camastro para la parturienta. Por el momento doña Leonor había sido recluida en esa parte de la casa porque se consideraba la más caliente, y además porque se encontraban más “a mano” los elementos que se podrían precisar en un alumbramiento. Ya tendría tiempo después de ir a la planta alta, donde la sala de

mujeres serviría para dormitorio de ella y sus críos.

Una de esas vecinas que lo saben todo le había dicho que sin duda su descendiente sería mujer. Contempló a la señora: vientre terminado en punta... abultadas las caderas. Galaica enarcó una ceja; mmm... su madre decía que esas señales anunciaban un varón. Los chinos —se decía— tenían un sistema matemático: multiplicaban 7 por 7, a ese guarismo se le restaba la edad de la madre, se le agregaba la cifra de 19 más el número del mes de la concepción. Si el resultado daba una cantidad impar, podría asegurarse el nacimiento de un varón. Pero ella tampoco creía en esas fórmulas aritméticas; su madre tenía razón: había que confiar en la práctica y los pronósticos guardarlos para uno mismo.

Una tradición sostenía que si los esposos hubieran ido a la Catedral de Tortosa, podrían haber retirado una cinta de color para anudar en el muslo de la mujer, y pedir por medio de ella el sexo del vástago (rojo varón, azul mujer, blanco indiferente). Tal vez don Rodrigo no conociera esa historia o no le diera importancia. Bueno, de todas formas eso se vería enseguida; la mujer había roto la bolsa y el nacimiento parecía inminente.

Ella prefería el parto a la romana: con la madre en el lecho; estaba informada de la existencia de otras artes, pero no la seducían. Algunos se inclinaban porque el nacimiento se consumara con la mujer sentada sobre las rodillas abiertas del marido o de la misma comadre; incluso había existido un carpintero que ideó una silla perforada para permitir la salida del niño, pero ella se respaldaba por el sistema que Roma había inculcado en España: la cama matrimonial. En la cocina advirtió la existencia de un banquito de tres patas con el respaldo inclinado para facilitar la salida natural de la criatura, pero ella no estaba segura de su conveniencia. Tampoco tenía experiencia de su aplicación; podía ser muy bueno, pero... Hizo

un gesto involuntario y meneando la cabeza pensó en un dicho antiguo y vulgar: “Más vale malo conocido...”; seguiría con el camastro.

Los críos estaban en casa de una vecina, cómplice en la decisión de disimular el parto. En el cuarto de entrada había permanecido el esposo, que desdeñara las sillas y permanecía de pie, salvo los momentos en que daba paseos por la pequeña pieza, cuidando bien de no mirar ni siquiera de reojo la cocina. Él también palpitaba una niña.

El proceso de parto había comenzado y Galaica estaba en acción, apoyando y estimulando con sus indicaciones a la madre:

-“¡Haz fuerza, mujer! ¡Anda, puja, hazlo otra vez! ¡No te detengas que ya viene! ¡Confía en mí, que solo voy a oprimir la parte más alta de tu panza! ¡Tú sabes bien qué es todo esto, mujer, ya lo has hecho antes! ¡Estoy viendo su cabecita! ¡Sigue así, sigue así! ¡Puja un poco más y ya puedo tomarlo por la nuca! ¡Ya está, ya es mío! ¡Ya está todo afuera! ¡Míralo bien mujer!! ¡Es varón!!”.

De inmediato friccionó al niño e, introduciendo el índice de su mano derecha —que previamente había lavado— en la boca del recién nacido, con notable habilidad y habitual rutina, le extrajo las flemas que se habían formado.

Don Rodrigo, cuyos nervios estaban a punto de explotar, escuchaba con una mezcla de terror y felicidad a través del patio. Se animó a decir, con voz que apenas se escuchaba por la emoción, el miedo y la distancia:

-¿Cómo están?

-Pues venga usted, don Rodrigo; ambos están bien y doña

Leonor —que debe tomar mucha leche— pronto se repondrá. Por ahora la he cubierto con una sábana, tanto como para ocultarle las partes sangrantes. Le he apretado bien el vientre y ya ha salido toda la placenta (además de hacerle soplar con fuerza una botella para que la expulsara por medios naturales); gracias a Dios nada ha quedado adentro. Salude a su mujer y mire al crío; después se me va, por favor y no olvide alcanzarme el agua que le hice preparar y los paños limpios, que voy a higienizar a ambos.

Respecto de la placenta, no quería que ni siquiera don Rodrigo la viera; en eso era muy delicada. Envuelta en los paños que se utilizaran la llevaría con disimulo para tirarla. Con repugnancia se acordó que los animales la comían y a su mente se le presentó el recuerdo de que algunas tribus primitivas, no solo también lo hacían, sino que invitaban a ese banquete a los parientes más cercanos, a quienes alcanzaban una porción pequeña del manjar. Galaica no pudo impedir un gesto habitual de asco al acordarse de ello.

Don Rodrigo era un hombre dichoso. Ingresó a la cocina en la que, además de su mujer y el niño, un agua que había hervido largo rato, esperaba el turno de ser utilizada.

¡Otro hijo más! Las desventuras diarias habían perdido entidad frente a la maravilla de la procreación; solo Dios podía crear algo de la nada y su infinita bondad había transferido ese poder divino a los humanos.

-Gracias, Dios mío, por esta bendición —exclamó conmovido.

Dio a la comadrona el agua (cuya temperatura ésta comprobó hundiendo el codo en el recipiente) y los géneros. Ya a solas, dio rienda suelta a la felicidad que habían contenido los nervios. Era toda una sorpresa que hubiera sido varón. Más aún: no había pensado el

nombre que habría de ponerle; eso lo solucionaría. Iría hasta la iglesia de Santa María la Mayor y le pediría al párroco que le dijera el santoral correspondiente a ese 29 de septiembre.

No hizo falta; Galaica pareció haberle leído el pensamiento. Con el tono autorizado de una experimentada partera, dijo a don Rodrigo:

-Hoy es el día del Arcángel Miguel; pienso que debería agradecerle rezándolo tres Padrenuestros, por lo menos.

Don Rodrigo pensó que no solo agradecería al Arcángel la bendición del buen suceso con oraciones ¡pondría su nombre al niño!

-¡Miguel de Cervantes!



**Dibujo de G. Kent, grabado por G. Vertue, 1738
(Basado en un autorretrato de Cervantes)**

CAPÍTULO II

Veinte años después

El azar mueve sus hilos

En medio de la oscuridad que se había apoderado de la ciudad, un joven deambulaba sin rumbo, ensimismado en sus pensamientos. Cada tanto exhalaba un suspiro, certificando, de ese modo, que esa época de la vida tan hermosa, como es la juventud, suele ser también la de mayor angustia.

De manera deliberada había evitado los lugares en los cuales el ruido y los festejos eran acompañados por las luces y la alegría que proporciona el alcohol. Había abandonado la calle Mayor y la cobertura que daban los soportales; después de traspasar la calle de los Libreros se internó por una de las callejuelas más oscuras que serpenteaban por una población que no negaba su condición de universitaria.

Los padres lo forzaron a recalar en Alcalá, donde estaba radicada una de las mejores Universidades de España, fundada en 1508 por el Cardenal Cisneros. Dejó a su amada Noelia en Zamora, y adivinaba, en la decisión paterna, un propósito deliberado de alejarlo de ella.

Era un joven de buena contextura física y a no ser por su aspecto melancólico, habríase dicho que estaba bien formado para una tarea que requiriera el empleo de la fuerza y la salud de un cuerpo bien dotado para el denuedo y las privaciones. Un soldado, en fin.

Su tránsito, sin rumbo ni destino, lo llevó a una vía en la cual desde un portal, un chorro de luz iluminaba un estrecho tramo.

Sentado sobre un muro pequeño, en la penumbra que separa la oscuridad del espacio iluminado, se encontraba otro hombre joven, alto y de estructura atlética, vestido totalmente de negro. De ese color eran sus botas y su chaqueta, lo mismo que la inmensa capa que lo cubría; solo una camisa blanca —que resaltaba más aún el tono de su vestimenta— hacían juego con el matiz de la tez y los dientes, del color de la nieve.

-Bienvenido. Me llamo Jacobo de Castil... del Castil de Vela, en las cercanías de Palencia —dijo el joven de negro.

-Mi nombre es Alonso; Alonso de Tejada, hijo del conde del Tajo; soy de Zamora, resuelto, tendió la mano a Jacobo aceptando su presentación.

-Imagino que has venido a Alcalá a estudiar, lo mismo que yo —continuó el llamado Jacobo. Confieso que hubiera deseado una posibilidad más cercana a la aventura, pero mi padre ha preferido que me doctore en humanidades, o por lo menos que ciertos conocimientos no me resulten extraños —contestó Jacobo con una sonrisa que no podían ocultar las sombras del lugar.

Alonso examinó por un instante a su interlocutor. A diferencia de Jacobo, su ropa era una combinación adecuada de matices: vestía

un jubón castaño oscuro, calzas al tono y botas del mismo color, en las que sobresalía una gran hebilla. También su camisa era blanca, aunque de cuello abierto con un cordón que trasponía los orificios y, desprendido, resaltaba un cuello vigoroso.

-No estoy seguro que mi caso sea igual —le respondió Alonso con soltura—. Creo que el mayor interés de mi padre ha sido alejarme de la mujer con la que sueño y en la que pienso siempre; la instrucción ocupa, pues, un segundo lugar.

-¿Estáis triste en Alcalá? No puedo creerlo; aquí, según dicen, lo que sobran son entretenimientos. Ventas y posadas, colmaos y burdeles, tabernas y mesones, bailes y bebida; esta es una ciudad de estudiantes y los placeres están al alcance de todos los hombres jóvenes. Así ha sido y así será dentro de 1000 años, según creo — opinó Jacobo.

-Entended una cosa —agregó Alonso. Ninguna de esas acciones me atraen; solo pienso en el amor que he dejado en Zamora, en su soledad, su pena y se cancelan todos los deseos de intentar placer. ¿Yacer al lado de otra mujer que no sea mi amada? ¡Sólo pensarlo me causa espanto!

-Os comprendo, amigo mío —dijo Jacobo con aire solidario. Yo tampoco pienso rendirme ante esos placeres, pero invoco otra causa: voluntariamente he decidido prescindir de ellos y consagrar mi existencia a Dios. Me abstengo de ellos privándome de algo grato, porque solo en esa mortificación encuentro una forma de homenajearlo.

-¿Cuántos años tenéis Jacobo? —preguntó en tono confidencial Alonso.

-He nacido en 1542 —respondió el aludido.

-Y yo en 1543. Tenemos la misma edad, rondamos los 20 años y coincidimos en la misma ciudad. ¡Vayamos a beber una jarra de vino, al menos para celebrar este encuentro! —sugirió Alonso, que por primera vez en varios días dejó asomar una sonrisa a sus labios.

Por supuesto, no fue una jarra sino varias. Al cabo de un rato, Alonso padecía la habitual nostalgia con menos intensidad. Ambos jóvenes emprendieron con buen ánimo el camino de retorno. Desde esa noche habían aparecido los perfiles de una amistad sincera; uno precisaba del otro, sea para transmitir sus inquietudes, sea para pedir un consejo o formular una confidencia. La imagen de Noelia se iba disipando en forma paulatina del recuerdo de Alonso, mientras que las firmes convicciones de Jacobo parecían más arraigadas.

Ninguno de los dos imaginaba que esa noche, la súbita aparición de un extranjero habría de influir tan decisivamente en sus vidas. Pero eso necesita de una explicación especial.

Leva forzosa de niños

Era de aspecto hosco, y las facciones no le ayudaban a dar otra imagen. Tenía esa edad indefinida en que los individuos no son ni demasiado viejos ni tan jóvenes. Podría tener ¿algo más de 40 años?

Si hubiera que indicar un rasgo dominante, sin dudas sería el pelo. Algo rojizo, parecía desteñido por algunas briznas de cabello blanco, que denunciaban la edad del personaje. Carecía del gracejo habitual que poseen las personas que resultan simpáticas a primera vista. De contextura sólida, unos ojos lavados pero inquietos

remataban un rostro olvidable. Esos ojos, un poco inyectados en sangre, demostraban la inclinación frecuente del hombre por la bebida, lo que parecía certificado en ese momento, a juzgar por las jarras de vino que se habían acumulado sobre la mesa. Al costado del cuerpo, sostenido por un cinturón de cuero, un puñal con encabado metálico, pendía en una vaina de suela. Si alguien, aún sin haber prestado atención a las palabras expresadas con dureza, hubiera reparado en el individuo, habría adivinado que se trataba de un extranjero.

En ningún instante apartó la mirada de los dos jóvenes, a quienes escrutaba con insolente insistencia. Cuando ambos pusieron fin a su permanencia en el recinto, llamó al posadero con un gesto rudo, pagó la consumición que había hecho y se marchó detrás de ellos. Apenas dejaron atrás las luces del colmao, el extranjero apuró el paso para darles alcance. Cuando lo hizo, los sobrepasó y giró de inmediato los talones para enfrentarlos. Los muchachos se encontraron cara a cara con el extranjero, quien sin rodeos, les dijo:

-He sido un devshirme del Imperio.

Ambos con el pensamiento lamentaron no haber llevado sus armas. Sin dudas, el individuo sería un atracador, que les pediría sus pertenencias, si es que el atrevimiento no lo inducía a arrebatarles la vida. A pesar del momento crítico mantuvieron la calma. Como si hubiera adivinado la incomodidad que había provocado, el extranjero agregó:

-Solo quiero hablar un momento con vosotros.

Ninguno de los dos respondió el mensaje, pero el comedido, sin esperar una respuesta, agregó:

-Estoy cansado de matar. Al menos, estoy cansado de hacerlo con los míos. ¡He matado cristianos y lo he hecho con indiferencia! No ha de alcanzarme lo que resta de mi vida para arrepentirme y solo busco morir por lo que siento y en lo que creo...

-¡Ah bellaco...! —dijo indignado Jacobo, al tiempo que tomaba al extranjero por las solapas. ¡Tienes el descaro de abordarnos para confesar que has matado a nuestra gente!

-¡Excelencias! Si he herido y asesinado, lo he hecho como parte de mi trabajo, algo para lo que fui preparado, incluso contra mis deseos. Jamás he sido un cobarde y la crueldad nunca entró en mi comportamiento; cuando lo hice fue en forma leal, a quien le quité la vida fue alguien que me la podía haber arrebatado a mí. Por favor, no me juzguéis ni me condenéis sin escucharme primero —exclamó el extranjero recuperando la serenidad.

-Si vamos a escucharte, primero debemos saber porqué nos elegiste a nosotros para confiarnos tu vida, porque, como os imaginaréis, a partir de este momento nos perteneces. Una palabra nuestra y serás encarcelado —dijo con calma Alonso.

-Sea —dijo el devshirme. Confío en vosotros y si os elegí, fue porque imaginé que erais hombres de honor y a los que podía confiárseles un secreto. Existe además otra razón, pero no puedo anticiparla si primero no os doy alguna explicación sobre mi vida. Es mucho lo que tengo que deciros y, tal vez, la luz del sol pueda eliminar sospechas y recelos. ¿Os parece bien mañana a las diez, en la Plaza Mayor?

-Os advertimos que no nos hagas perder el tiempo. Si sentís arrepentimiento por el paso que piensas dar, habremos de entenderlo. Pero si nada dices, ten presente que no dejaremos sin

castigar vuestra osadía —respondió con serenidad Alonso.

El extranjero inclinó la cabeza en señal de comprensión, hizo una ligera reverencia y se perdió en la noche.

Los jóvenes se miraron en silencio. La aparición había sido tan súbita como la despedida y a ambos les había quedado el recuerdo de un hombre extraño; un loco, tal vez, al que difícilmente volverían a ver.

Sin embargo, a la mañana siguiente, de Castil y Tejada estaban en la Plaza Mayor de Alcalá. Sentados ante la mesa de una tasca, pidieron un vino de Málaga, famoso por su sabor frutal y aroma penetrantes y dieron rienda suelta a las conversaciones superficiales que los habían entretenido la noche anterior. Acababan de sonar las diez campanadas en la Catedral de Alcalá cuando el extranjero, vestido con las mismas ropas de la noche anterior, se presentó ante ellos.

Con los bruscos modales que le eran habituales, saludó a ambos. Éstos, no despojados de su habitual cortesía, invitaron al recién arribado a sentarse con ellos. Los castellanos estaban impresionados por ese hombre, extraño y complicado, de semblante tan inexpresivo como inquietante.

Sin que lo hubieran invitado, dijo, a modo de presentación:

-Ante todo disculpadme por mi intervención de anoche.

Instintivamente, ambos muchachos llevaron la mano al costado derecho y, como si la memoria les hubiera puesto a prueba la previsión, tocaron involuntariamente las espadas. El interlocutor no vio (o fingió no ver) ese gesto; se hizo un silencio embarazoso. Se

aclaró la garganta el extranjero y con honda amargura, a boca de jarro, preguntó:

-¿Ustedes saben cómo se reclutan los jenízaros?

-Son el cuerpo más feroz y despiadado del Imperio Otomano. Con seguridad son alistados entre las tribus más salvajes de Arabia o África —dijo con desdén Jacobo.

-Error —contestó el devshirme—; los jenízaros no son mahometanos. Los ojos inexpresivos del extranjero se nublaron por un momento y un leve temblor pudo advertirse en su voz. Como si estuviera hablando de otra persona, agregó:

-Todos los años el Imperio, como quien cobra impuestos, exige una contribución a los pueblos sometidos de Europa Oriental; el pago se efectúa —obligatoriamente— con niños. Alguna vez han arrebatado críos de Hungría, Austria o de algunos enclaves venecianos. Yo mismo he sido un recolector implacable. Pero en especial esa leva se efectúa en los pueblos eslavos o entre los albaneses. Exigen a cada familia que entregue de su seno un niño de 4 años, que los turcos envían al palacio de Estambul para que integren la legión de devshirmes. Si después se advierten en el muchachito condiciones de arrojo y ferocidad, pasa a formarse en el cuerpo de jenízaros y a medida que su preparación progresa, mayores son las posibilidades de integrar ese destacamento seleccionado. -¿Es verdad lo que decís? —acotó Alonso, entre sorprendido e indignado. Si ello fuera cierto, esa élite de soldados no serían turcos. ¡Irónicamente son cristianos!

-Por supuesto que son cristianos —respondió impertérrito el extranjero. El Imperio ni siquiera exige una conversión a esos soldados, que en su mayoría son ateos; la conversión es desdeñada,

aunque nada impide a un jenízaro asumir la religión del islam. Ahora llegamos a mi caso —agregó el extranjero con amargura:

-Mi familia contribuyó, como era obligatorio, con un niño. Con gran dolor, cedió a mi hermano Paulo, que era una criatura rubia, de ojos azules y del que jamás he vuelto a tener noticias; es posible, incluso, que haya muerto, o él ni siquiera recuerde su origen, ni que tenía hermanos. Su memoria fue borrada, como su pasado. Pero el sultán, Selim I, un guerrero feroz, estaba empeñado en la conquista de Europa Central y tuvo conciencia de que en algún momento, durante su reinado o después, el Imperio necesitaría ampliar las fuerzas militares.

Aumentó la presión sobre los pueblos sometidos y forzó una nueva captura de niños.

Con una seña, don Alonso había llamado al mesonero para que agregara un vaso y acercara otra jarra del mismo vino. El extranjero acercó los labios a la copa y saboreó un largo sorbo. Algo repuesto continuó:

-“Yo había pasado la edad de reclutamiento. Tenía seis años, la cantidad suficiente como para ser descartado por el Imperio, que duda mucho acerca de las posibilidades de formar a un niño ya crecido. Tenía un hermano menor, de apenas tres años, pero los suficientes como para ser asumido por los turcos.

“Sin duda, a pesar de ser más chico que yo, había sabido adquirir el afecto de sus padres —dijo con amarga ironía—, que eran también los míos. Lo cierto es que quisieron conservarlo y para hacerlo me entregaron a mí, mintiendo sobre mi edad —dijo, encogiéndose de hombros, con un gesto aburrido de fatalismo.

“Recuerdo, de ese momento dramático, que comencé a gritar, pidiendo no ser arrebatado del amor de mi madre, que había dado vuelta la cara para no presenciar la escena. Un turco enorme —al menos eso me pareció entonces— me tomó con rudeza del brazo, me levantó en vilo y me arrojó dentro de un carro en el que viajaban otros niños, todos ellos menores que yo.

“Así fui llevado al Palacio del Sultán, donde primero nos alimentaron, despojados de todo afecto, y después comenzaron a adiestrarnos en el manejo de las armas, a cabalgar, incluso a conocer los secretos de la administración del Imperio.

-¿Qué grado de cultura adquiriste? —preguntó Jacobo.

-Todos fuimos educados en las escuelas de Palacio. Algunos, más propensos al cultivo intelectual, pudimos progresar en el conocimiento de algunas ciencias, en especial las matemáticas. Sin perjuicio de incursionar en esa disciplina, también pudimos conocer literatura, religión y la administración de los intereses imperiales. Más aun: un individuo de origen cristiano puede alcanzar grados elevados en las fuerzas armadas o en la conducción política. De hecho, el Gran Visir actual, llamado Mehemed Sokolli es un renegado. Y también lo son algunos almirantes: Pialí Bajá es renegado, aunque de él solo se sabe que era cristiano como yo; igual que en mi caso tiene un recuerdo borroso del lugar de su nacimiento, aunque muchos piensan que es húngaro, otros sostienen que es croata y alguien aventura que se trata de un veneciano. ¿Y Dragut? Él es un renegado calabrés, aunque su desertión no fue como en mi caso, arrebatado sin consultar la opinión de nadie, un devnshire: lo hizo voluntariamente, a plena conciencia de su traición. Ni que hablar de Uluch Alí, que además, era monje; no solo abandonó su religión sino que, convertido al islamismo, se transformó en un apóstata y en un ser nefasto para España.

-He quedado impresionado con el cuerpo de jenízaros, si lo que dices es cierto —acotó, sorprendido y con aire compungido, Alonso.

-No solo es verdad lo que os digo, Excelencia, sino que podría probarlo. En general, las levas de muchachitos eslavos o albaneses se hacían cada cuatro años. Una familia sabía, cuando traía un retoño al mundo, si esa cría sería reclutada por el Imperio cuando tuviera cuatro años. Habitualmente, como los padres conocían cuál sería su destino, trataban de no tomarle afecto y por lo tanto el hijo crecía sin recibir las manifestaciones del amor familiar. En una palabra: era un paria en su propio hogar (eso servía, además, para templar un carácter despiadado y cruel).

Como he tenido ocasión de estudiar a fondo todo el sistema otomano, si vosotros quisierais, yo podría daros una versión apretada de su funcionamiento.

-Nos gustaría conocer el Imperio por dentro.

Pero reiteramos lo dicho: no pongáis a prueba nuestra buena fe, mintiéndonos. Como bien sabéis estáis en nuestras manos y no quisiéramos entregaros a los alguaciles; con esa advertencia, nos encantaría conocer los pormenores que prometéis contarnos —expresó con dureza Jacobo.

-Excelencia; hasta donde yo sé, he de transmitir solo la verdad de lo que conozco; podré equivocarme, pero ello también será de buena fe. Pero antes, ¿no deseáis saber cómo he desertado de las filas del Imperio?

-¡Claro que lo deseamos! —acotó Alonso. Decidnos todos los pormenores.

-Yo estaba en Hungría. Era oficial del cuerpo de jenízaros —dijo de manera sombría el extranjero, al mismo tiempo que remangaba su brazo derecho para mostrar el tatuaje, donde la estampa de una media luna mostraba su rango en el cuerpo militar más odiado y temido en el mundo cristiano.

-¿En qué lugar de Hungría os encontrabais? —preguntó con un dejo de dudas Jacobo.

-Acabábamos de capturar Buda, en el sector este del Danubio. Todavía permanecían reductos cristianos defendiéndose sin esperanzas, con el solo propósito de morir peleando y no ser tomados prisioneros. Es verdad que los húngaros lucharon muy bien a pesar de su notable inferioridad numérica y podría decirse que fueron a la batalla más por el honor y la dignidad que por las posibilidades remotas de victoria. Una vez sometidos esos pequeños bolsones, habríamos de transponer el Danubio para tomar la margen contraria, que es llana —respondió con seguridad el jenízaro.

-Hasta donde yo sé, los Habsburgos poco pudieron defender Hungría y el rey de los húngaros, Luis II, sucumbió en batalla, y con él pereció gran parte de su corte, que fue a la muerte por lealtad — señaló Alonso.

-Recordadme que os relate una anécdota atribuida a Sulaimán y a su Gran Visir Ibrahim. Pero ello es solo una ironía. Lo que voy a relatar a continuación me tuvo como protagonista y a partir de allí, me convertí en un desertor del islam.

Asintieron los dos jóvenes y el extranjero, como si temiera que alguien escuchara su relato, acercó la silla y adelantó la cabeza hacia sus dos contertulios:

“Estaba cumpliendo una orden, que consistía en recorrer un suburbio de Buda y eliminar los focos de resistencia. Nos había costado mucho vencer a los magyares, que defendían desde cada colina de Buda el suelo que hacía más de quinientos años conquistaran; para hacer más dramática la situación, los húngaros abandonaron Buda ante el avance otomano, de manera que la ciudad noble se había convertido en un cementerio. Me acompañaban cinco soldados, jenízaros igual que yo. Sabíamos que podíamos despojar a los muertos de sus pertenencias, y aunque yo siempre tuve revulsión hacia ese tipo de pillajes, los mandos superiores lo aceptaban y hasta lo estimulaban. En cambio el saqueo estaba incorporado como complemento de la victoria; pero eso puede hacerlo cualquier ejército —agregó con tono desdeñoso el devshirme.

“Marchábamos por el camino de sirga en la costa del Danubio; recuerdo con claridad que habíamos pasado frente a una saliente del río, apropiada para establecer una línea de pontones sobre el agua y posibilitar el paso del ejército y los bagajes. Nos acercábamos a una isla de unos tres kilómetros de largo, que los lugareños llaman de “Los Conejos”, cuyo cigoñal une Buda con su margen opuesta, que es, como os he dicho, llana. Frente a éste —continuó el relato—, ocupando una porción de la calle y protegiendo la saliente, habían quedado para defenderlo solo tres soldados leales al emperador de Austria (es evidente que el oficial que ordenó esa custodia tenía claro que el enemigo podría utilizar ese lugar para avanzar sobre la llanura que estaba en la ribera opuesta del gran río). La muerte del rey Luis dejó viuda a su mujer Margarita (que era hermana del difunto Carlos V) y el emperador de Austria (Fernando, que también era cuñado del rey difunto) se sintió en la obligación de acudir no solo en defensa de Hungría, sino que, cegado por el rencor, solo pensó en vengar al pariente. Todos los nobles húngaros que siguieron por lealtad a su rey, cayeron a manos de los turcos. Cuando mis soldados

desenfundaron las armas, creí adivinar una sonrisa sarcástica en ellos. Poco después dos de los defensores habían muerto por los disparos de mis hombres y el que restaba vivo, un jovencito rubio, de apenas unos dieciocho años de edad, quedó sin balas y extrajo el sable dispuesto a morir peleando. Los jenízaros a mi mando acentuaron su risa, extrajeron sus alfanjes y avanzaron dispuestos a terminar con el muchacho si se resistía a ser prisionero.

“En ese preciso momento comprendí mi destino; no era el de perro gregario, dispuesto a comer de la mano del dueño, sino el de lobo de las estepas, que pasa hambre si no caza y come mirando alrededor por el rabillo, para que otro lobo no le robe su presa o un hombre no acabe con su vida de predator.

“Di un salto y me situé frente a mis hombres; ellos continuaron avanzando muy sorprendidos, quizás suponiendo que mi actitud era solo una postura, o imaginando elevar el caso a la superioridad y eventualmente, ante mi seguro suplicio, ocupar mi lugar de mando. No lo supe nunca. El primero que se acercó, blandió hacia mí una cimitarra enorme, pero mientras alcanzaba a percibir el viento del círculo mortal que trazaba el arma, avancé hacia él con mi alfanje y lo ensarté. Logré ver sus ojos enormes, abiertos en extremo, incrédulos, y percibí de inmediato que ya no habría de matarme: comenzó a perder fuerzas. Hice lo que corresponde hacer en esos casos: desplacé el alfanje hacia arriba y hacia abajo y un chorro de sangre fluyó de la herida. Cuando cayó ya estaba muerto.

“Se me vinieron encima dos de los soldados a los que mi víctima se había adelantado, pero conseguí mantenerlos a raya. En tanto, en un brevísimo respiro provocado por mi actitud, el austríaco tomó del suelo una lanza y la clavó en el pecho de uno de los soldados que se me había adelantado. Habíamos quedado igualados en número, porque el quinto soldado había huido, pero pronto el

desequilibrio estuvo a favor nuestro, porque uno de los jenízaros también escapó.

“Ultimamos al sobreviviente y le dije al austríaco mediante señas, que debíamos irnos rápido, porque pronto en ese lugar habría una concentración de turcos. Ganamos un bote pequeño y nos dirigimos a un destacamento de soldados austríacos y húngaros que me repudiaron de inmediato, suponiéndome prisionero. El soldadito algo les dijo a sus camaradas, los que me dieron un traje de paisano y un caballo, para que escapara del lugar.

“Así comenzó mi vida de desertor. Podéis pensar de mi lo que deseéis. Pero si se repitiera la escena, estoy seguro que volvería a sentir el grito de mi sangre... y haría lo mismo”.



Solimán “el Magnífico”

La expansión otomana

Los dos españoles quedaron en silencio. Jacobo lo rompió para preguntar:

-¿Qué sabéis de la organización del Imperio? Y una pregunta que no es menor: ¿Cuál es vuestro nombre?

-Lo que queráis saber. En cuanto al nombre, me he hecho llamar Augusto, porque el mío verdadero, lo ignoro. A veces, cuando escucho que a alguien lo llaman “Iván” siento correr un escalofrío, como si desde lo más profundo de mi ser escuchara a mi madre pronunciarlo, pero trato de continuar ignorándolo. Los turcos me pusieron Mehemmet Abur —respondió el extranjero.

-Bien. Si estáis conforme, os llamaremos Augusto – terció Alonso.

-Conforme —replicó el jenízaro. En cuanto a la organización del Imperio, puedo decir lo siguiente:

“Hacia 1520 comenzó a gobernar Solimán, al cual, el brillo de su existencia, los notables éxitos a que condujo el Imperio Otomano, y la deslumbrante vida que se diera, le valieron el título de “el Magnífico”, con que lo conocen sus contemporáneos (creo que esa calificación ha quedado para la posteridad).

“Solimán era hijo de un gran sultán, como fuera Selim (apodado “el Feroz”), a cuya muerte Europa pensó que podría respirar en paz por un tiempo prolongado: su heredero era Sulaimán —conocido en el mundo cristiano como Solimán— a quien se consideraba poco inclinado a la guerra. No era esa la fama de su

padre, quien no dudó en asesinar a su propio progenitor (Bayaceto II) y a su mismo hermano, aduciendo como razón la paralización a que estaba siendo llevando al Imperio. Pronto, con amarga sorpresa, el continente advirtió que el vaticinio era errado y que el nuevo Sultán era capaz de honrar la tradición que recibía.

“Por si fuera poco, él marchaba a la cabeza de los ejércitos y no era ajeno a los planes militares que se trazaban.

Sulaimán (o Solimán) —hierático, inescrutable, justo pero severo— entre sus muchos logros consiguió la rendición de Belgrado, ciudad a la que sometió a un riguroso bombardeo después de cortar los suministros que podían llegarle por el Danubio, río al que abordó por el Mar Negro después de haber sometido los alrededores. Lo hizo a través de una flota fluvial, empleando la escuadra naval solo para imponerle un cerco por el Adriático. Antes había tenido un éxito que le dio grandes beneficios al conquistar Buda, nombre que algunos atribuyen al origen “budista” del pueblo húngaro (venía del Asia), otros a que era la denominación del hermano de Atila (suponiéndolos descendientes de los hunos) y otros (la versión más plausible) a que, en la lengua lugareña, “buda” significa “agua”, la que sobreabunda en toda la región. El botín logrado por Solimán fue cuantioso, pero descorazonado por la retirada magyar de esa ciudad (quedó vacía), que había dominado con tanto esfuerzo, intentó de inmediato someter Visegárd, por ese entonces la capital de Hungría. Una vez capturada su plaza, el Gran Turco ubicó en el trono un adicto, destinado a obrar como su títere; lo hizo colocando al príncipe de Transilvania Segismundo Zapolya, que estableció un gobierno obsecuente y corrupto. Los magyares vieron con desazón instalado en el trono de San Esteban y vistiendo los mismos ornamentos que revistieran a Matías Corvino una nulidad que solo servía para la opresión y el despotismo deshonesto. Al retirarse Solimán hacia el sur, pudo contemplar con gozo la magnitud de su triunfo, que había

llevado el Imperio hasta la región de los Cárpatos”.

-¿Habéis tomado parte en alguna de esas acciones de guerra?
—preguntó Alonso.

-Cuando era más joven serví en el cuerpo de jenízaros que acompañaba a Solimán. Intervine en varias batallas y fui ascendido en el campo de la acción. Cuando tomó Belgrado yo formaba parte de ese ejército expedicionario; también cuando se capturó Buda —respondió Augusto.

Pero —hombre hecho al método y la disciplina que provienen de una formación militar— no era proclive a la dispersión. Con serenidad contestó:

-Me habéis pedido que relate lo que sé del funcionamiento imperial; lo haré:

“La organización administrativa del Imperio estaba centralizada; la casa del Sultán contenía no solo el aparato y fausto de la Corte, sino el personal de la administración central y los distintos departamentos de las fuerzas armadas. En primer término la Guardia Real (también llamados los siphais o “cipayos” como se los denomina en Occidente); además, los famosos jenízaros, junto a los ingenieros y artilleros, armas imprescindibles de las que debía valerse el Imperio para sus campañas. Estos grupos no solo estaban físicamente cerca del Sultán sino que, en la pirámide política, ocupaban un puesto preeminente.

“La naturaleza original de ‘musulmán’ no era pues, como os he dicho, una condición imprescindible para hacer carrera política o militar en el Imperio y de hecho numerosos ‘renegados’ ejercieron cargos de gran responsabilidad. El jefe de gobierno recibía el nombre

de ‘Gran Visir’ (y en rigor de verdad algunos renegados alcanzaron esa distinción); ‘Visir’ eran los ministros de rango inferior. Todo el personal que estaba situado en la Casa del Sultán recibía el nombre de ghulam.

“En consecuencia, no ser turco o musulmán de nacimiento no era impedimento para el progreso en las fuerzas armadas, el gobierno o incluso en el serrallo. Por ejemplo: la mujer favorita de Solimán se llama Roxorana (fue la madre de Selim¹) y era de nacionalidad rusa. Con gran habilidad (y empleo de sus condiciones femeninas) desplazó a las otras esposas del Sultán, incluso a la madre del hermano mayor de Selim, que se suponía mejor dotado para el mando, a quien ordenó estrangular”.

-¿Escuché bien? ¿El Sultán hizo asesinar al hermano mayor de su hijo, es decir a su propio hijo? —preguntó con incredulidad Jacobo y remarcando con gesto de horror la pregunta.

-Si —respondió con naturalidad Augusto. Esta es una actitud habitual. No olvidéis que su abuelo Selim I, el Feroz, alcanzó el trono asesinando a su mismo padre —Bayaceto— y a su hermano mayor.

“El heredero que asume el sultanato ordena el estrangulamiento de sus hermanos, en parte para evitar competencia, en parte para disuadir tentaciones (en muchos casos, habían sido sus compañeros de juegos, amigos y allegados en el afecto infantil, todo lo cual, a la hora señalada, no contaba). En muchos casos, el propio Sultán, ya viejo, autorizaba la masacre de algunos hijos suyos, cuando había resuelto conferir la herencia del mando a uno de ellos. En el caso del primogénito de Solimán —se llamaba Mustafá— fue ejecutado por orden directa del sultán, si bien

1 Fue el hijo y heredero de Solimán.

su mujer, Roxorana (otras versiones dicen que se llamaba Herren) con anterioridad lo había instigado. Con Roxorana arreció la influencia del harén en las decisiones políticas del Imperio, al punto que ese tema fue objeto de un meticuloso dictamen por parte de un historiador turco de nota, cuya opinión fue debidamente computada. Tanto trascendió este dictamen, que hasta un modesto oficial, como era yo, lo conocía.

“De paso desearía aclarar que de manera hábil, Roxorana comenzó por inducir a Solimán a elegir, como nombre del hijo varón que había tenido con él, el de su propio padre, cuyo sultanato había llevado al Imperio a convertirse en una potencia protagonista y temida. Esto en las fuerzas armadas, en los pasillos del palacio, en los lugares de influencia, eran datos conocidos y comidilla habitual. El paso siguiente fue, como ya se ha dicho, lograr el consentimiento del Sultán para mandar ahorcar al primogénito, cuyo nombre (Mustafá) si bien era reconocido en los dominios turcos, no identificaba tanto con las glorias inmediatas alcanzadas por el sultanato como el elegido para el hijo de Roxorana. Con su otro hijo, Bayaceto (también mayor que Selim), estuvo en guerra hasta que, derrotado y refugiado en Persia, apareció misteriosamente asesinado. En realidad poco le importó a la madre que Selim fuera un afeminado² reconocido o un borracho famoso, poco recomendable para ser el Gran Señor del Imperio”.

-Un Imperio que se ha extendido tanto como el otomano, es probable que sufra las presiones y los contratiempos que provocan los pueblos sometidos; ha tomado estado público el grado de rebeldía que se produjo en Egipto, por ejemplo, donde los mamelucos forzaron ciertas alianzas para oponerse al poder de

2 Se llamaba afeminada la persona que había sido criada en el serrallo, por oposición a la que lo había hecho en el ejército o en una Academia. En ningún caso tiene connotaciones sexuales.

Estambul —reflexionó Alonso entrecerrando los ojos, como alguien que trata de recordar.

-Es cierto —ratificó Augusto. Ello ocurrió al inicio del gobierno de Solimán, pero el sultán tuvo a favor suyo la colaboración inestimable de un Gran Visir sobresaliente, como fue Ibrahim Pachá, a quien envió a Egipto para poner en condiciones la situación política. Eso ocurrió hacia 1524 y la intervención de Ibrahim fue exitosa. A propósito ¿quién iba a pensar que doce años después, con posterioridad a tantos aciertos, el propio sultán iba a ordenar que lo ejecutaran?

-A la muerte de Solimán, ¿Selim no sufrirá presiones? Preguntó a su vez Jacobo.

-Entre las tensiones internas que deberá afrontar Selim a poco de asumir —contestó Augusto, estará el reclamo de los devshirme, que ya es hoy latente.

“Exigirán que se les permita casar (os recuerdo que para los turcos, yo era un devshirme, es decir, un niño cristiano arrebatado a su familia). Como lógica consecuencia, el pedido siguiente será que a sus hijos se les autorice formar en la legión de jenízaros. Jenízaros y Guardia Real (montada) pasaron a convertirse en los últimos tiempos en una especie de “Guardia Pretoriana”, que como la romana, se transformó en un poder dentro del mismo poder.

“Este papel lo cumplió en especial la Guardia Real, compuesta en un principio por cuatro regimientos, los que después se elevaron a seis. Estaban integrados por individuos del interior del Imperio, enviados por cada gobernador de provincia. Hasta ese momento, los hijos de los devshirme, si estaban bien dotados física e intelectualmente, eran destinados a tareas de alta responsabilidad.

Y, si voluntariamente se convertían al Islam, concurrían a las escuelas religiosas del palacio, donde eran sometidos a una rigurosa disciplina y aplicados a un sistema exigente de estudios.

Los cargos políticos a que podían aspirar con habitualidad eran los de gobernadores (sanjak-begi), gobernadores generales (beglerbegi), o incluso alcanzar un cargo en el Diván (Consejo de Estado)”.

A medida que se explayaba, Augusto iba acentuando su recuerdo del Imperio y pensando —quizás— en que su vida había cambiado a partir de la usurpación de aquella infancia, lo que no podía traducirse sino en el odio que sentía hacia los turcos.

Alonso notó la calidad intelectual del extranjero cuando preguntó:

-Vuestros conceptos son claros y las nociones fluidas, coherentes, concretas, lo mismo que la expresión... ¿habéis adquirido esa enseñanza en las escuelas de palacio?

-En cierto momento fingí convertirme al islam y fui enviado a las escuelas a las que me he referido. Creo haber estado a la altura de lo que yo esperaba de mí mismo —respondió con sobriedad Augusto, omitiendo, con discreción, que además de sus reconocimientos militares, había llegado a ser un doctor de la ley islámica.

Alonso insistió con otro tema, evidenciando una inquietud que para él era habitual, en una época en que no existían las normas legales sobre el trabajo:

-¿De qué forma se establecían las retribuciones?

-Era interesante el sistema de recompensas o estipendios, que en lo fundamental consistían en premios y distinciones económicas.

“Una de las mayores aspiraciones de todo funcionario era la de poseer un feudo (kilij), que era ampliado (terakki) si con posterioridad nuevos méritos reconocidos en el servicio a la Puerta así lo acreditaban. La tierra solo era entregada en usufructo, porque la nuda propiedad continuaba en cabeza del Estado y el uso y goce de aquella no era hereditario. Incluso los campesinos constituían una asimilación anexa al usufructo, similar al rol que cumplen los siervos de la gleba en algunos reinos de Occidente.

“Debe saberse también, que la condición de ghulam tampoco es hereditaria, razón por la cual, a la muerte del padre, sus hijos no continúan gozando los beneficios del palacio. Lo más probable es que si no poseen condiciones para ingresar a las escuelas de la Corte se los destine, junto con los prisioneros de guerra aptos y los hijos de los devshirme que no calificaran, a los trabajos físicos que requerían las tierras del Estado no entregadas como feudos, en especial en Asia Menor”.

Alonso de Tejada poseía una notable inteligencia, que ponía de manifiesto en cada una de las reflexiones que efectuaba o preguntas que formulaba:

-Si algo caracteriza al Imperio Otomano es su extraordinaria capacidad para expandirse, trasladar enormes masas de hombres y vituallas a lejanos escenarios militares, armar una poderosa flota, conquistar reductos estratégicos. El ímpetu notable que tuvo con Selim I y Solimán ¿Podrá repetirse con Selim II (si alcanzara el sultanato), a quien llaman “el borracho”?

-Vayamos por partes, porque vuestro pensamiento reconoce dos preguntas. Hemos nombrado a Solimán el Magnífico.

“El Imperio Otomano tuvo su cuota de mayor expansión durante los sultanatos de Selim o Selim I y Sulaimán o Solimán (como le dicen en el Occidente). Las conquistas que ellos hicieron produjeron el gran ensanchamiento del Imperio; nunca antes su extensión había sido tan vasta. Por otra parte, digamos que la dilatación otomana se afirmaba en conceptos éticos y religiosos de firme sostén; recordar esto es fundamental para entender el universo otomano.

“Cuando muera Solimán ella detendrá su ímpetu inicial. Lo deduzco por una causa racional: el Estado Otomano se formó en la frontera entre la cristiandad bizantina y el Islam y su razón de ser fue la jihad o guerra santa, destinada a derrotar al “infiel” y asegurar la fe musulmana.

“Para los turcos (fueran ellos hombres de armas o de religión) el avance de la frontera suponía más que una conquista material de territorios y personas, un afianzamiento de valores religiosos que tenían una considerable manifestación en la vida política, moral y social.

La maquinaria de guerra, la administración, el sistema de tenencia de la tierra y el régimen feudal fueron ajustados a ese florecimiento y movidos por esos principios espirituales que he mencionado.

“Pero en estos últimos años, la frontera comenzó a estratificarse y la estabilidad, cuando intentó romperse, se hizo con el estilo que impulsó a los Estados Occidentales, a avanzar por la sola propulsión de la fuerza. Cuando la expansión se verifica privada del

sentimiento de ‘cruzada religiosa’ con la que, irónicamente, se había sustentado con anterioridad, carece de la motivación moral que sirve para movilizar a los pueblos”.

-Creo que ha habido diversos escenarios de conflicto: en el Mediterráneo, en el norte de África, en Occidente ¿Tienen los turcos una visión unitaria de la guerra, o ella es diversa según la región que atacan? —inquirió Jacobo.

-No sé si entendí correctamente esa pregunta —sostuvo con vacilación Augusto, pero les diré lo que pienso:

“El frente Occidental debió oponerse al envión otomano con una alianza integrada por católicos y protestantes, unidos por la común denominación del “cristianismo”; esto bien lo sabéis vosotros. Es verdad que Francia contó, en su enfrentamiento con España, con la amistosa ayuda de Solimán, cuyos jenízaros trataron de abrirse paso hasta los dominios orientales del Emperador, y conquistaron Belgrado en 1521 (dicho sea de paso, bastante mal en el trato les fue a los franceses con Barbarroja —según dicen— cuando invernaó en Tolón). Pero los turcos también tuvieron el apoyo de los luteranos suizos y alemanes (enemigos ideológicos del Rey Católico) e —irónicamente— del propio Papa Paulo, quien, conmovido por una visión exclusivamente terrenal, temía el crecimiento y la hegemonía de España en el norte italiano, tal como hasta ese momento la tenía en el mediodía. Paradójicamente, España contó con la alianza de Inglaterra; Enrique VIII, todavía casado con Catalina de Aragón, no pudo disimular ignorancia ante los requerimientos de su sobrino político.

“El archiduque de Austria, olvidándose de sus obligaciones religiosas, convocó a mercenarios de origen alemán, italiano, valón y a los invencibles caballeros castellanos (quienes no fueron por la

paga). Ellos pusieron a su servicio las artes más modernas de la guerra mediante el empleo de cañones y fusiles, ingenios en general desdeñados por los turcos, que preferían dotar a su caballería de armas más ligeras (arcos). Este aporte, sumado al momentáneo olvido por parte de los europeos del enfrentamiento entre católicos y protestantes, fue decisivo para detener a Solimán³. Fracasado el objetivo inicial, que concebía una rápida victoria sobre los cristianos, los otomanos cejarán en el esfuerzo militar emprendido; esta conclusión es mía, pero no olvidéis que conozco a los turcos como nadie.

“Por otra parte existen zonas de conflicto en el norte de África, donde Carlos V instaló diversos protectorados que, aunque se encuentren parcialmente en manos islamitas, fueron tributarios del emperador como hoy lo son o fueron del rey. También en Oriente Medio tienen un área de conflicto y en el llamado ‘frente oriental’ se vive sobre las armas.

“En este último, el Imperio turco se enfrascó en una guerra desgastante con los persas, debiendo padecer enormes sacrificios cuando la inclemencia del invierno clavó sus garras en el ejército otomano. En realidad, el conflicto con Persia no fue distinto del avance sobre el cristianismo de Rumania, Hungría, Austria (en una palabra, los Estados del Danubio).

“¿Saben por qué? Solimán había incorporado posesiones persas y el Irak fue ganado para la órbita turca; se efectuaron las anexiones de Erzerum y el lago Van, hábilmente ratificadas por la paz de Amasia en 1555. Pero los conflictos fronterizos tuvieron un condimento de la misma raíz pero más dramáticos que el ocurrido en

3 Esta teoría resultó confirmada por el triunfo en Lepanto, el que fue celebrado en todas las ciudades cristianas de Europa (en especial Londres), con abstracción de su pertenencia a la esfera del catolicismo.

el frente occidental con el cristianismo. La base del rencor radica en que los otomanos son musulmanes sunnitas y los persas, musulmanes chiítas. Todo ello provoca odios más intensos aún que los originados en el enfrentamiento con los cristianos, aún cuando ambas sectas —chiítas y sunnitas— pudieran coincidir en la animadversión hacia la Cruz.

“Puestos a expandirse en el territorio persa, los turcos debieron padecer las consecuencias de una excesiva extensión de su logística, la apuntada inclemencia del tiempo y los inconvenientes que provenían de un suelo inhóspito. Pero como suele suceder siempre: una conquista obliga a una nueva expansión para proteger la posesión lograda, y así sucesivamente. Los turcos avanzaron sobre el Caspio, cuyo sector occidental pasó a pertenecerles, pero el Estado safida (persa) —cuyo fundador fue el sha Ismail, muerto en 1524— retuvo el dominio sobre toda la región oriental. Nunca se llegó a firmar una paz formal.

“En síntesis: los turcos se enredaron en una guerra desgastante con los persas, que les exigió un gasto de recursos enorme y produjo solo triunfos ambiguos, de corta duración, como ya lo veréis.

“Es cierto que safidas y españoles trataron de mantener una relación diplomática que permitiera materializar el acercamiento entre ambos, que coincidían en tener un enemigo común. Lamentablemente ello no puede cuajar porque en el medio de ambos señoríos se alza, precisamente, el Imperio Turco, que impide el tránsito de noticias y negocios entre los dos pueblos”.

-Nos habéis dado una versión muy íntima del Imperio Turco y por si fuera poco, una moralmente impactante de vuestros padecimientos personales, sobre todo en esa época de la vida en que nadie tiene derecho a sepultar el futuro de una persona. En realidad

es sorprendente que un hombre de armas como vos, tenga un conocimiento tan profundo y minucioso del Imperio Otomano. Sin embargo, para mí subsiste una duda: ¿cómo saber que no nos has mentido? —reflexionó con cautela Alonso.

-Señor. En primer lugar, no obtendría ninguna ganancia de una mentira, y me repugnaría obtenerla a ese precio. En segundo término, me he puesto en vuestras manos; si he confiado en vosotros, también vosotros debéis confiar en mí.

Y existe un tercer factor: todavía no sabéis cuál es mi petición.

Una emboscada provechosa

El habla que delata

Se miraron entre sí los jóvenes por breve tiempo, mientras Augusto los observaba con mirada inescrutable. Finalmente, Alonso dijo:

-Hacedla. Os escuchamos.

-“Los austríacos me entregaron el caballo y galopé sin apiadarme de la bestia para alejarme de Buda —comenzó su relato Augusto. Cuando me hube distanciado lo suficiente, me di cuenta que el animal tenía marca y que de acuerdo a ella, pertenecía a las fuerzas militares austríacas. Si tropezaba, aunque fuera con un pequeño destacamento de esa revista, iba a ser considerado un ladrón o algo peor; me harían hablar y con ello solo conseguirían darse cuenta que era un soldado turco. Sin dudas sería torturado buscando una confesión, que yo tendría que haber inventado.

“Era ya noche cerrada, de manera que puse el caballo al paso y comencé a buscar un lugar donde pasar la noche. Me percaté que no tenía dinero. En mi bolsa solo tintineaban monedas otomanas, que había acumulado por sucesivas pagas; pero no podría usarlas porque delatarían mi condición.

“En esas circunstancias tomé una decisión que creí heroica: me aparté de la senda y giré hacia el sur. Aunque no tenía en mi poder ninguna carta ni brújula que me permitieran la menor orientación, imaginé que marchando en esa dirección en algún momento me toparía con el Danubio, que en Buda había hecho una curva brusca hacia el oeste.

“También tomé otra decisión: viajaría solo por la noche y al amanecer buscaría un lugar donde ocultarme y esconder el caballo. Al alba divisé, hacia el este, un bosquecillo de robles donde podría guarecerme lejos de miradas demasiado curiosas o indiscretas. Antes de entrar en él hice pastar un rato al caballo, que bien visto, era todo un jamelgo. Cuando pensé que ya había saciado el hambre, ingresé con él al pequeño bosque, desensillé, le quité las riendas y el bocado y aprovechando una cuerda que encontré en la silla, la até a su cuello y amarré el otro extremo a un árbol.

“Cerré los ojos para descansar mejor, pero cuando desapareció la tensión que me había mantenido en vilo, advertí que tenía mucha hambre y sed. Esta última sensación me hizo pensar que quizá el caballo tuviera la misma necesidad, sobre todo después de haber comido. Sin embargo, recordé que el pasto que había consumido era fresco y húmedo y si después abrevaba padecería las consecuencias de la fermentación de la hierba y la formación de muchos gases, cuya expulsión sería muy dificultosa. Mejor que no bebiera.

“Intenté dormir, y con intermitencias pude hacerlo, pero me

despertaba el hambre, cada vez más intenso. Al amanecer inspeccioné los alrededores buscando el nido de algún ave, con la ilusoria intención de que pudiera encontrar pichones o huevos, pero todo fue en vano. Resignado, ensillé y tomando el caballo por la brida, comencé a caminar.

“Poco después divisé una cabaña; salía humo por su chimenea, señal de que se habían alzado del lecho. Por favor comprendedme: ¡estaba muerto de hambre! Me acerqué furtivamente a la finca, que era de madera, até el caballo a un poste y abrí la puerta de un puntapié. Pensaba encontrar al campesino, y si me oponía resistencia tenía la seguridad de acabar con él de una puñalada. Sin embargo, ya había salido a trabajar la tierra; sentí vergüenza de mi mismo por haber planeado la muerte de un inocente, pero me resigné de inmediato: más inocente era yo cuando se apoderaron de mí los turcos para convertirme en un asesino.

“La mujer solo atinó a abrazar a su hijo y, no pudiendo entenderme con ella hablando, le hice el gesto universal de pedir alimentos. Me dio pan y un embutido que engullí desesperadamente. Vi una tina con agua y un jarro a su lado; tomé con tanta avidéz que una parte se volcó en mi pecho. Estaba a punto de irme cuando sentí el galope de unos cuantos caballos: era una patrulla de soldados austríacos. Cuando divisaron mi jamelgo, ensillado con los arneses de sus dominios, sintieron inquietud y detuvieron la marcha.

“Yo los escudriñaba por la ventana y vi que cabildeaban entre ellos mirando la cabaña. Percibí que entre varios se intercambiaban bromas y gestos cómplices; con seguridad, alguno pensaría que se trataba de un oficial que visitaba a una dama clandestinamente, después que el marido hubiera partido para hacer sus tareas en el campo. Pero el caballo era demasiado insignificante para ser de un oficial.

“El que parecía comandar la patrulla, de aspecto taciturno, no compartía risas con los demás y emitió una orden seca. De inmediato varios de ellos se apersonaron en la casa. Estaba dispuesto a pelear por salvar mi vida y me dio pena morir en forma tan innecesaria. Impulsado por el instinto de conservación, empujé a la mujer hacia la puerta y tomé a su hijo. Llevé el cuchillo a su garganta y le hice señas, como si fuera un mudo, para que disuadiera a los soldados. La pobre mujer temblaba pensando en su hijo y yo comprendí: por más que con palabras intentara disuadirlos, su expresión sería más elocuente que aquellas. Intenté calmarla dándole unas palmadas con la mano abierta en la cabeza y ella abrió la puerta a los militares.

“Debió ser persuasiva —o al menos ellos pensaron que sus nervios se debían a la presencia de un amante furtivo— porque después de escucharla saludaron con respeto y se fueron. Por supuesto se llevaron el caballo, con lo que quedé de a pie. Volví a comer y a beber agua y nuevamente estaba a punto de marcharme cuando divisé al que aparentaba ser jefe, que regresaba acompañado por un soldado. Era evidente que no había quedado conforme con la versión y, arrepentido de haberse puesto en marcha, regresaba para confirmar o aventar sus sospechas.

“Ingresaron a la cabaña empuñando las pistolas; lo alcancé a ver cuando estaban desmontando y me acurruqué detrás de la puerta, de modo que cuando entraran, su hoja me protegiera. Pasaron unos segundos que me parecieron años, pero por fin ingresaron. Yo tenía el puñal en mis manos y no vacilé en clavárselo al soldado cuando lo tuve cerca de mí. Lo hice en el medio de su espalda y encima de la cintura, de modo que el golpe fuera fatal. De inmediato se volvió el suboficial que parecía jefe de la patrulla, alertado por el grito de su compañero y el ruido de la caída del cuerpo y, desde unos tres metros aproximadamente iba a hacer fuego

contra mí. Aproveché todas las enseñanzas que había recibido con excelentes maestros y le arrojé el puñal, que se clavó en medio de su pecho al mismo tiempo que su dedo, ya inerte, oprimía el gatillo disparando al suelo.

“Ahora sería buscado no solo por ser jenízaro sino por haber dado muerte a dos soldados —me dije con resignación. Lamenté esas muertes innecesarias, que hubiese deseado no verme obligado a hacer, pero era una situación sin retorno: ellos o yo. Por otra parte me resigné imaginando que la muerte los había alcanzado apenas un día antes; con seguridad intentarían reconquistar Buda y los otomanos los habrían matado un día después... o quizá hubieran caído prisioneros, con lo que su destino habría sido peor.

“La mujer lloraba sin consuelo, abrazada a su hijo, que me miraba con ojos inmensos, como habrían sido los míos cuando me capturaron los turcos. Podría volver en cualquier momento su marido y, dispuesto a defender su hogar, me habría atacado, obligándome a matarlo, lo que no quería hacer.

“Tomé algunos víveres para el camino y antes de partir me dirigí a la mujer:

-¿Donau? (Danubio) —le dije.

“Ella pareció entenderme, porque alargó el brazo en la dirección que yo llevaba y supongo que dijo:

-Al sur.

“Tomé los dos caballos, que eran mejores que el anterior mío y me marché en la misma dirección que había llevado hasta entonces; es decir, inversa a la de los soldados. Encontré un arroyo e ingresé a

su cauce para borrar mis huellas, que sin duda serían rastreadas por la patrulla cuando, transcurrido un tiempo prudencial, regresaran a la cabaña a buscar a los dos camaradas.

El lecho era muy pedregoso y me hacía perder un tiempo valioso; corría el riesgo de que algún caballo se clavara una piedra en una pata y, de tener que abandonarlo, quedaría denunciada mi posición. Elegí un lugar en que había numerosas rocas y salí del arroyo por ese sitio, para no dejar en lo posible marcas en la tierra; la maniobra fue demasiado burda y era difícil que no se la imaginaran mis persecutores, pero a mi entender era la única posible. Cambié de monta y puse la cabalgadura al galope. “Tendrán que reventar los caballos para alcanzarme”, pensé para mis adentros, porque apenas toqué al bruto en sus ijares con mis talones, recibí la respuesta esperada.

“Estaba anocheciendo, de manera que cuando encontré un bosquecillo repetí el programa del día anterior, solo que sin dar de pastar a los animales. Clavé el puñal en la tierra, al lado de mi cabeza, y me dormí de inmediato. Antes del alba ya me había despertado y poco después alcancé a ver, en la penumbra del amanecer, dos carretones que llevaban pescados ¡estaba cerca del Danubio! Desensillé y solté los dos caballos y continué a pie. Todavía no sabía que habría de hacer en ese río, pero ya se me ocurriría algo.

“Tuve suerte. El patrón del lanchón que estaba amarrado en la costa necesitaba un hombre, porque el marinero no se había presentado esa mañana, con seguridad dormido en alguna pocilga a causa de una borrachera.

¿Quién le enseñó a degollar?

“No hablé una sola palabra para no delatar mi origen.

Por su parte tanto el patrón de la barca como los marineros de a bordo tenían cuentas pendientes con la justicia, de modo que a nadie le interesaba el pasado de los demás. Me empeñé en trabajar duro, de tal suerte que no tuviera quejas de mí, y viendo mi condición económica lastimosa, poco después me permitió dormir a bordo.

“Nuestra actividad “oficial” consistía en pescar, y de hecho la embarcación estaba repleta de avíos sucios y con olor a pescado, pero era evidente que se la utilizaba de telón para el contrabando. Sorteábamos la vigilancia otomana y entregábamos aguardiente detrás de las líneas turcas; lo que se compraba a uno se vendía a tres, con lo cual la ganancia era enorme. También, cada tanto, transportábamos unas cajas misteriosas, herméticamente cerradas, que unos caballeros de buena estampa le traían al sucio capitán y piloto.

“Vi con disimulo, que le pagaban por adelantado y el desaliñado patrón, después de escucharlos, hacía un movimiento afirmativo con la cabeza. En esas oportunidades se extremaban las medidas para burlar el bloqueo turco y en general se lo lograba; alguna vez se acercó una chalupa otomana, pero no observé que los nuestros se inquietaran. El jefe turco la abordó, parlamentó un rato en voz baja con nuestro patrón y éste le entregó una suma de dinero. “Ah... el soborno prosperó, por lo visto...” me dije en silencio y no pude reprimir una sonrisa sarcástica.

“Las cajas transportaban armas, que después serían empleadas contra los camaradas del coimero. Pero así es la guerra: el hombre muestra sus verdaderas facetas: valor, cobardía, heroísmo, miseria; a veces varios de esos perfiles en un mismo individuo.

“Como no tenía donde ir, permanecí un tiempo largo como marinero y, guardando silencio fui aprendiendo la lengua húngara y la austríaca. Mi prestigio se acrecentó cuando en una ocasión fuimos interceptados por un bote a remos que transportaba varios arráeces.

“El oficial que comandaba el grupo resultó insobornable y pronto casi todos los hombres del bote subieron al lanchón. Impasible, el oficial exigió que se abrieran las cajas, lo que equivalía a una sentencia de muerte para todos; en mi caso me esperaban la tortura y el escarnio. Apuntaba con el pistolón el estómago del patrón y con seguridad haría fuego. No dudé un instante: arrojé mi puñal al oficial y se lo clavé en medio de la frente; su calavera hizo un ruido seco, como si se rajara y se desplomó. Una de las cajas ya había sido abierta y de su interior se extrajeron algunos sables, uno de los cuales me fue arrojado por un marinero y alcancé a capturarlo en el aire. Avancé con decisión y al encarar a dos gendarmes otomanos, pude advertir que se trataba de soldados bisoños, ni siquiera fogueados en una refriega informal, contra enemigos de verdad. Retrocedían con miedo y aproveché esa circunstancia para ultimarlos. Un marinero nuestro, que sin dudas había permanecido un tiempo en prisión purgando una condena —o se había evadido del presidio— se arrojó al bote, donde permanecía, inquieto y desconocedor de las alternativas de a bordo, el pobre remero. Sin pensarlo dos veces lo degolló.

“Por supuesto, el lanchón no pudo seguir adelante y gracias al viento y la acción de los remos retornó a territorio seguro.

“El patrón no cabía en sí de felicidad y consideraba que yo le había salvado la vida. En agradecimiento insistió en que bebiera aguardiente de su misma botella, cosa que hice con repugnancia, pues cuando me la alcanzó, después de darle un beso generoso a su pico, un hilo de baba unía éste con sus labios.

“Permanecí un tiempo más en el Danubio y aprendí bastante las lenguas que allí se hablaban. Mi fama se había acrecentado después del suceso en la embarcación cuando fuera inspeccionada por los turcos, y eso era de lamentar; habría deseado tener un perfil más bajo. Era conocido en toda la margen izquierda del río y muchos deseaban intimar conmigo. Los intrigaba mi idioma y para disuadir sospechas, viendo que todos los marineros eran de Europa Central, dije que era español. Encontraron razonable que tuviera un acento tan duro y pronto me llamaron con el apelativo que yo mismo había sugerido: “el español”.

“Había transcurrido un tiempo desde el momento en que asesinara a los dos soldados austríacos y mi cara, tanto como el hecho, debían haber sido olvidados. Comencé a frecuentar, con más asiduidad, tabernas y burdeles, evitando cualquier relación formal que me obligara a estar desnudo con una mujer, para que no advirtiera el tatuaje de mi brazo.

“Un día, alguien me dijo que un caballero español estaba por emprender el retorno a su tierra, y la calesa de cuatro ruedas que lo conducía debía contar con suficiente protección, tanto para disuadir posibles saqueadores como para defenderse de atracadores organizados. El camino sería largo, pero la paga prometía ser buena. Por otra parte, ese era mi deseo: alejarme lo antes posible del lugar de mi desertión.

“Me presenté ante quien reclutaba la guardia de seguridad, que era el señor de Holmyek. Como hablaba perfecto español, deduje que sería un intento necio decirle que yo era de esa nacionalidad. Tampoco podía inventarle nacionalidad austríaca o húngara, porque con seguridad él hablaba esas lenguas desde el nacimiento; opté por decirle en la media lengua que manejaba que era bosnio y mi familia

se había desplazado hacia el interior de Europa desde que Solimán, después de tomar Belgrado, organizó una brigada con serbios y otra con bosnios.

“El señor de Holmyek me creyó, pero me dijo que solo con la recomendación de alguien “creíble” podía tomarme al servicio de don Pedro de la Gonzalera, señor de Castil.

Cuando escuchó ese nombre, Jacobo dio un respingo que no pasó desapercibido a Augusto.

Prosiguió el relato:

“La única persona confiable que conocía era el barquero del Danubio, aunque dudaba que su recomendación fuera “creíble”.

Lo pensé mucho y supuse que después de todo la custodia de alguien importante no podía ser confiada a monaguillos; le pedí, pues, a mi antiguo patrón que me hiciera una esquila de apoyo.

Se rascó la cabeza, pasó la mano sucia por una cara grasosa y de barba irregular, me miró consternado y me dijo que mi pedido era imposible de satisfacer. Mi decepción duró poco: el hombre no sabía leer ni escribir. Sin embargo, trató de complacerme: se ofreció para acompañarme a ver al señor Holmyek y darle referencias mías en forma personal. Aarón Schnëller sería desaliñado y sucio, haría negocios non sanctos, pero por lo demás, era hombre íntegro y de palabra. Las trampas del río eran una cosa, pero la gratitud y la lealtad, otras.

“Me acompañó hasta la casa del señor Holmyek y contó tantas maravillas mías que hasta yo mismo me sentí sorprendido. Fui tomado para integrar la guardia del señor de la Gonzalera, me

proveyeron de ropas adecuadas, armas y una contraseña que servía para viajar a España.

“Éramos once personas las que integrábamos la guardia personal, más tres sirvientes y un secretario, que viajaba en la calesa junto al señor. Nos habíamos distribuido por mitades; cinco hombres cabalgaban por delante del carruaje, cinco lo hacían detrás y en general el jefe del cuerpo marchaba al costado de la puerta que ocupaba el señor de la Gonzalera. El jefe del grupo era un hombre mayor, cuyo mando era evidente que provenía (a mi juicio) de la edad proveya que acusaba y no de méritos adquiridos en batalla; pero era valiente, arrojado, justo e incansable. No tuve inconvenientes en darle la prioridad que merecía, aún cuando lo viera flojo para el cometido que tenía en sus manos.

“El resto lo formábamos personas de distinto origen, alguno desertor como yo, aunque tal vez con menos justificaciones; aventureros de fortuna y mercenarios. En conjunto éramos una caterva de facinerosos, casi de tan mal aspecto como el de nuestros hipotéticos agresores. Traté de demostrarle al señor Angio D’Orvich —que era nuestro comandante— que podía contar conmigo y a fe que lo logré, debido a circunstancias ajenas a mi voluntad. Durante la primera noche, que transcurrió en una posada, vi al personal que debía estar de guardia, dormirse acurrucado en el interior del mesón. Los desperté con un puntapié, y sin dudas nos hubiéramos ido a las armas si no habría intervenido de inmediato el señor D’Orvich dando razón a mi proceder.

“El largo viaje transcurrió sin grandes incidentes. Teníamos expresas instrucciones de eludir Francia, aun cuando sus sendas fueran más provechosas para nuestro traslado. Pero se sabía que las relaciones entre ambos reinos eran opuestas y la decisión de evitarla era particularmente beneficiosa para mis deseos, porque se conocía

el entendimiento que había entre el rey de Francia y los turcos, para perjudicar a España. Nada más alejado de mi interés que acabar a los tumbos en las mazmorras turcas porque los franceses, para congraciarse con su aliado, le enviaran detenido un “desertor”.

“Así pues, debíamos transponer los Alpes por Suiza y tomar hacia la región del Piamonte, donde campeaba Saboya, que era amigo y tributario de España. Ése fue el único momento de tensión.

“Dos de nuestros hombres eran traidores y se habían confabulado con un grupo de salteadores que nos emboscaron en un sendero con abundante vegetación y algunas estibaciones que caían de los Alpes y facilitaban el escondrijo de los atacantes. La conspiración debían haberla urdido la noche antes, cuando encontré a los sujetos que nos traicionaron bebiendo con un desconocido en la posada. En el momento me pareció un acto normal, pero cuando se lo referí a D’Orvich, éste se lamentó por no haberlo sabido antes: hacía tiempo que desconfiaba de esos hombres. Me miró con fijeza y me dijo, citando a San Juan:

-“El que no entra por la puerta en el corral de las ovejas sino por otro lado, es un ladrón y un asaltante...”.

Debí resignarme; tenía razón ese refrán que decía “el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo”. Debí reprimir una sonrisa: por algo era el jefe.

“Ni bien salimos de una curva cerrada del camino, una descarga tupida ultimó a varios de los hombres que iban en el pelotón delantero. De inmediato desmontamos y D’Orvich se precipitó al interior de la calesa para cubrir con su cuerpo al señor de la Gonzalera. Observé la escena; uno de los sujetos que nos había traicionado pretendió abrir la portezuela de la calesa para asesinar a

los señores D'Orvich y de la Gonzalera. El traidor llevaba en una mano un pistolón y en el cinto un cuchillo; como estaba a una considerable distancia y percibí las intenciones alevosas del sujeto, solo atiné a gritarle; éste miró hacia mi lado, el rato suficiente como para darme tiempo a apuntarle con mi arcabuz. Le di de lleno debajo del hombro, y creo que murió en el acto; antes alcanzó a disparar, pero el plomo pegó en el hombro del señor D'Orvich que estaba cubriendo a de la Gonzalera. Aquél, furioso con el ataque, me hizo señas con impaciencia para que me ocupara de repeler la emboscada.

“Advertí que su herida no era grave y eché un vistazo a mi alrededor. Varios hombres nuestros yacían tirados: estaban muertos o malheridos. Como de la Gonzalera y su secretario estaban atendiendo a D'Orvich, no podía contar con ninguno de ellos. De los tres sirvientes y el cochero, solo uno había empuñado un arma y podía esperar algo de él; los otros dos estaban paralizados por el terror y el cochero había sido alcanzado por un disparo en medio del pecho y estaba caído, agonizando.

“Por mi parte, había vuelto a cargar el arcabuz y buscaba con la mirada al otro traidor. Lo divisé cuando reptaba en dirección a la calesa, con seguridad tratando de hacerse con una caja, en la que debían viajar buenos caudales. Yo estaba bien parapetado, detrás de una roca grande y protegido de la vista de los atracadores por un follaje oportuno y espeso. Apunté con mucho cuidado a la cabeza del individuo y esperé con paciencia a que levantara la misma para orientarse en dirección al carruaje. Cuando lo hizo, quedó su oreja cubriendo de lleno el punto de mira de mi arma; cerré el ojo izquierdo y sin ningún temblor en la mano, apreté con el índice derecho el gatillo. El proyectil le dio de lleno en el oído y sentí el estrépito de su cabeza cuando estalló. Los dos traidores estaban muertos; del campo nuestro no deberíamos sufrir ninguna sorpresa.

“Miré en derredor; la cabina de la calesa había sido acribillada a balazos, pero sus ocupantes permanecían ilesos. Observé la disposición de los hombres que nos quedaban. Todos estaban bien parapetados y si no se exponían era casi imposible que los salteadores pudieran herirlos. Grité dos veces: la primera para preguntarle a D’Orvich cómo se encontraba; me respondió de inmediato y su voz estaba llena: por ese lado no había cuidado. El segundo fue para alentar a nuestros hombres; debían permanecer protegidos y no intentar ninguna acción extrema. El tiempo jugaba a favor nuestro, porque pasada la sorpresa inicial, ya el factor imprevisto no estaba más del lado de los atacantes. Así también lo imaginaron los salteadores, quienes después de algunos disparos hechos casi de compromiso cesaron todo ataque y desaparecieron.

“Esperamos en silencio antes de abandonar nuestros resguardos y pasamos revista a las bajas: dos traidores y tres hombres de pelea, muertos. El cochero, también. El señor D’Orvich, herido (la pérdida de sangre se había contenido y llevaba el brazo en cabestrillo). Habría de continuar la marcha en la calesa, según la expresa orden del señor de la Gonzalera, que de ningún modo aceptó que su benefactor corriera riesgos.

Nuestras bajas no terminaban allí. Uno de los cuatro caballos que tiraban del carruaje había recibido varios impactos de bala y sus heridas eran irrecuperables. No quedó otra alternativa que sacrificarlo. Tomé a mi cargo esa tarea, desenvainé el puñal y lo clavé en la garganta del infortunado animal. Saltó un impresionante chorro de sangre caliente, señal indiscutida de que su corazón precipitaba el bombeo por los nervios que debía padecer.

“El señor D’Orvich había presenciado en silencio la escena. Cuando estuvimos a solas, me preguntó:

-¿Quién le enseñó a degollar de esa manera? —percibí que sus ojos celestes lavados, eran, además, perspicaces y astutos. Ningún detalle escapaba a su mirada, inquisidora y sagaz. Me miraba con silenciosa expectativa, tal vez conociendo cual sería la respuesta.

“Le devolví la mirada y guardé silencio.

-En realidad no me interesa —respondió a su misma pregunta, levantó el brazo sano y me dio una palmada afectuosa. Después, giró sobre sus talones y me dio la espalda.

“El viaje continuó de manera normal hasta el destino final, que era Valladolid. El señor de Castil cumplió con generosidad el pago del estipendio acordado. Se despidió cortésmente de cada uno de nosotros y le entregó el dinero convenido al señor D´Orvich, para que éste lo distribuyera entre nosotros. A todos nos llamaba por separado; cuando llegó mi turno, con parquedad me entregó el doble de la suma convenida. Debí advertir mi gesto de sorpresa, porque con sequedad me dijo:

-“Así lo ha resuelto el señor de la Gonzalera.

“En rigor de verdad, nunca supe si fue una decisión del señor de Castil o suya. Ambos tenían suficiente señorío como para realizar un gesto de esa magnitud pero, aún a expensas de incurrir en un acto de megalomanía, he supuesto siempre que la decisión fue de los dos, en retribución a mi compromiso en la emboscada.

“Cuando fui a despedirme del señor D´Orvich me preguntó si estaba dispuesto a realizar otras tareas similares a sus órdenes y como mi respuesta alborozada fue afirmativa, estuve trabajando con él hasta su muerte. Hace dos meses fue asesinado en Perpignan. Me dolió mucho su pérdida y vengarla no fue suficiente alivio para mí. En

el tiempo que pasé a su servicio lo sentí como un verdadero padre, mucho más cercano que el de sangre, que me entregó a los turcos. Y aunque peque de jactancioso, creo que en mi encontró el hijo que la naturaleza no le había provisto, según creo.

“Recordé que don Pedro de la Gonzalera, señor de Castil, tenía un hijo, que había enviado a Alcalá de Henares y vine para encontrarlo. Hace tres días que os sigo —dijo Augusto, mirando fijamente a Jacobo.

-Entonces... ¿vos sois quien salvó la vida de mi padre cuando fue atracado en el reino de Saboya? —dijo un sorprendido Jacobo.

-Todos —menos los traidores— nos cuidábamos unos a otros. Yo tuve la fortuna y el honor de haber ultimado al ladrón que intentaba asesinar a vuestro padre, al señor D´Orvich y con seguridad el mismo secretario correría igual suerte —respondió con modestia Augusto.

-¡Hace tantos años que intentaba conoceros! Ya había desesperado de lograrlo, cuando, heme aquí que debo agradecer la bondad infinita de Dios que ha hecho posible el milagro de hallaros —expresó emocionado Jacobo.

Augusto no se dejó llevar por la emoción. Sin preámbulos, dijo:

-Quiero haceros un pedido. No me es posible vivir sin un protector; sin alguien que me tutele, planee mis actos y cuide mis espaldas. Para los turcos soy un traidor; para los cristianos, un infiltrado.

Salvo cuando me he sentido protegido por alguien, viví en perpetuo suplicio; veo enemigos por todas partes y siento en la nuca

la respiración agitada de algún sabueso que me persigue. Además, no quisiera morir sin enfrentar a los otomanos o a sus secuaces; esa es una tarea que tengo por cumplir: debo cobrarme de aquellos que arruinaron mi vida, me secuestraron cuando era un niño indefenso e hicieron de mí una máquina de matar al servicio de una causa que no siento y en la que tampoco creo. Mi verdadero lugar es aquí, donde se bebe, ríe, canta, protesta, duerme, fornicar, sin temer que el verdugo aparezca para arruinar la vida del parroquiano. Es verdad que la Santa Inquisición hace de las suyas, pero ésa es otra historia, y si no le dais motivos...

-¿Y qué queréis de nosotros? —preguntó Jacobo.

-Deseo entrar a vuestro servicio. No os preocupéis por la paga. Pero intuyo que habréis de enfrentar a los otomanos. Creo que eso está escrito en el destino de cada hombre —expresó con fatalismo Augusto.

-Ni siquiera hemos comenzado a hablar del tema. Nuestras conversaciones —recién nos conocemos— han tocado aspectos superficiales, apenas emotivos. Más bien hemos hecho una descripción de nuestras propias vidas, sin que el deber impuesto por Dios, la patria y el rey alcanzara a entrar en nuestros diálogos —le aclaró Jacobo.

-Lo sé; y aunque ahora no lo penséis, tengo la certeza de que no pasará mucho tiempo hasta que decidáis dar el paso con el que cuento. Pensadlo bien, que yo volveré a vosotros por la respuesta.

Augusto saludó con una reverencia formal y se perdió en la mañana soleada de Alcalá.

Patria honrada y fe salvada

La crueldad como rutina

Los jóvenes permanecieron en silencio. Abrumados tal vez por la magnitud de la historia que habían escuchado, apenas alcanzaban a digerir los conceptos que acababan de ingresar a sus espíritus. Por la cabeza de ambos giraban como un torbellino mágenes y recuerdos: un niño arrebatado a sus padres, el llanto emitido y escuchado con indiferencia al mismo tiempo, las escenas de guerra, la sangre y los puñales, todos descriptos con normalidad y rutina por un individuo valeroso e inteligente, para quien tal vez la vida y la muerte tuvieran la misma entidad. Ninguno de los dos podía sacar de su mente el personaje que había irrumpido en sus vidas como un huracán.

-Si yo le dijera a mi padre que ha venido a ponerse bajo nuestra protección el hombre que salvó su vida, me enviará gustoso el dinero para pagar su estipendio —dijo al cabo de un rato Jacobo.

-Creo que si lo tomaras a tu servicio no solo haríais un acto de justicia, sino que la frecuencia en el trato nos permitiría conocer a fondo al personaje y averiguar si es un sujeto veraz o un mitómano. En lo personal, creo que no ha mentido —lo aconsejó Alonso.

-Es bueno, amigo mío, que algo dejemos claro desde ahora. Si decidimos que Augusto entre a nuestro servicio, con independencia de donde provenga el dinero para pagarle, estará al servicio de ambos. Y esto, mi querido Alonso, no es negociable — dijo con una sonrisa Jacobo y realizando, además, un gesto rotundo, como el de quien no acepta réplicas ni protestas.

-Patria honrada y fe salvada, tendríamos que decir respecto de la agresión turca, que nos acosa en el Mediterráneo, en el continente,

en las costas. Desde nuestro litoral hasta los confines, el peligro otomano está siempre presente, como una verdadera pesadilla, sin que hagamos nada por honrar a la patria y salvar la fe —dijo con un suspiro Alonso.

-Si a nosotros nos preocupa el Imperio Otomano, pensad lo que debe ser para Augusto... —acotó Jacobo, meneando melancólicamente la cabeza.

-Es cierto, pero a nosotros nos inquieta el poderío otomano, su intromisión en Europa Central, el peligro que significa tenerlo en el Mediterráneo: la navegación en sus aguas ha dejado de ser una actividad pacífica. Las garras de sus piratas pueden destrozarse las costas de Mallorca cuando les plazca; las mujeres españolas que viven en esos lares ya no pueden dejar de pensar en que su destino tal vez sea un serrallo turco. Pero esos pensamientos nuestros son objetivos, digamos que... de naturaleza política. En el rencor y el repudio de Augusto existe, por encima de todo, un componente personal. Si nuestra oposición al Imperio Otomano es conceptual, la de Augusto es visceral, vengativa quizá.

Atención que no lo culpo para nada ¡qué sería de nosotros si los turcos nos hubieran raptado en nuestra infancia para hacernos jenízaros! —exclamó con pasión Alonso.

-Esa es otra razón más para que los sienta como enemigos —agregó Jacobo.

Los jóvenes se habían marchado de la posada y, distendidos, caminaban por el centro de la ciudad. Sin embargo, la conversación tenida con Augusto y su historia, no dejaba de acompañarlos. En cierto momento, Jacobo dijo:

-¿Qué respuesta le daremos a Augusto?

-¡Por supuesto que lo tomaremos a nuestro servicio! Si es que estáis conforme —acotó con cautela Alonso.

-Claro que lo estoy. No solo por la gratitud que le debo como hijo reconocido, sino porque estoy convencido que nos ha dicho la verdad. Por otra parte, le escribiré a mi padre diciéndole que he dado con el hombre que salvó su vida y le daré algunos datos físicos de Augusto. Pienso que podría ser un intento final para ver si no estamos frente a un sustituto. El color del pelo, rojizo y desteñido, su textura física... son datos difíciles de enmascarar —respondió Jacobo.

-De acuerdo —contestó Alonso. Escribidle cuanto antes... y sugeriría que no digas nada sobre su condición de jenízaro. Creo que esa es una confidencia que nos ha hecho y él es el único dueño de ese secreto.

Asintió Jacobo con la cabeza y se dispusieron a esperar la aparición de Augusto. Podría ser ese día, el siguiente... o cuando este hombre, escurridizo y sin miedo, lo resolviera.

Barbarroja, el pirata

Cierto día de octubre de 1563, había llegado a oídos de los estudiantes de Alcalá una noticia espantosa: se decía que el terrible Barbarroja, uno de los piratas más osados que contaba con protección del Imperio Otomano, había realizado una de sus incursiones más audaces. Se sabía que su temeridad lo había llevado al extremo de atacar las Baleares y de hecho la capital de Mallorca

había conocido el rigor de ese pirata maldito. Los españoles habían ultimado al hermano, Urug Barbarroja en 1518, pero éste, Karedin, que osaba navegar y devastar todo el Mediterráneo con insignia de almirante de la Puerta, sumaba a su condición sanguinaria el pretexto de buscar venganza por su hermano.

La noticia que ahora se difundía era mucho peor que las anteriores. Las costas levantinas, situadas al norte de Valencia, habían sido objeto de su depredación. Karedin Barbarroja había atacado la misma Costa del Azahar, que estaba a menos de cien leguas de Madrid. La aldea de Benicarló, en el Bajo Maestrazgo, apenas a unas 25 leguas de Valencia, fue el objeto de su saqueo.

Barbarroja tenía buena información, lo que confirmaba la ayuda que los moriscos de España prestaban a sus hermanos musulmanes. No había elegido Peñíscola, cuyo soberbio castillo, centinela avanzado sobre rocas que se funden con los acantilados, disuadía cualquier atrevimiento. Tampoco fue sobre Oropesa, donde se estaba levantando la “Torre del Rey”, ni Traiguera, el viejo reducto romano con monumentales murallas que lo hacían casi inexpugnable. Barbarroja eligió una aldea modesta, de pescadores indefensos, que solo pudieron oponer la elemental resistencia varonil a la agresión pirata. Era evidente que el ataque contenía un mensaje: “nos estamos adueñando del Mediterráneo Occidental, porque el otro, el Oriental, ya es nuestro”.

Y, por cierto, el recado llegó a destino, aunque tal vez su resultado no coincidiera con el perseguido por el pirata. Se veía desde lejos que su propósito era el de asustar a las armas de España y transmitir un mensaje de aliento a los moros que habían permanecido en la península: “resistid, resistid, que pronto os podréis alzar en armas”.

Es incierto saber si la segunda parte del mensaje llegó a destino. En cambio, el primero sí que fue recibido, aunque su resultado, como hemos dicho, fue contrario al fin perseguido por los bereberes. La temeridad corrió como un reguero de pólvora y el reino, como un solo hombre, se alzó contra la provocación: “¡A no tener miedo! ¡Prepararse para resistir y vencerlos!”.

-Los turcos han dado un nuevo golpe de efecto —dijo ni bien lo supo de Castil. ¿Hasta cuándo vamos a permitir estas ofensas? Un secreto a gritos señala que el archiduque Fernando en su momento pidió ayuda a su hermano, el emperador, para defender Viena y muchos caballeros de Castilla marcharon hacia Austria —dijo con énfasis Jacobo, señal de que la influencia de Augusto era notoria.

-Yo hubiera estado dispuesto a marchar: ¿qué importa morir si se lo hace en nombre de la fe y del linaje? —dijo Alonso, compartiendo el momento de arrojo con su amigo.

-Si realmente deseamos pelear por la religión y por la estirpe, hagámoslo de acuerdo a nuestras opiniones. Tengo un sueño: quisiera pertenecer a la Orden Hospitalaria de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, Rodas y Malta, que son los herederos de los antiguos cruzados, cuya base estuvo, primero en Jerusalén, después en Chipre y finalmente en Rodas hasta 1522. En ese entonces era una Orden marítima.

-He leído mucho sobre ellos —replicó Alonso. En la isla de Rodas no solo tuvieron su asiento; desde allí interfirieron el comercio turco en el Mediterráneo Oriental. Se dijo entonces que apoyaban a los corsarios cristianos y Solimán el Magnífico se quejaba de que la isla era un nido de piratas.

El rencor de Augusto hacia los otomanos se había hecho carne

en Jacobo:

-¡Y bien hecho estuvo! Es cierto que nosotros tenemos la obligación de poner la otra mejilla ¡pero el Viejo Testamento imponía a todos el deber de cobrar las ofensas! sobre todo cuando ellas no eran privadas. ¡Si afectan a la misma fe y fueran ataques públicos, la energía contra el enemigo se justifica!

-Luchar contra el Imperio Otomano es un gran desafío, pero debemos ser conscientes de la trascendencia del paso a dar. Los turcos están resultando imbatibles en el Mediterráneo y su gran Sultán, Solimán, ha resultado un compendio de audacia y éxito. Sin embargo debo confesarte algo, amigo mío: yo también deseo profundamente ser admitido en la Orden de San Juan —dijo Alonso acentuando deliberadamente cada palabra.

-No desesperemos con relación al poderío otomano; presumo que sus principales éxitos ya han pasado y el péndulo de la historia, con lentitud, se vuelve contra ellos. Hace apenas tres años el corsario Dragut y Pialí Bajá —ambos malditos renegados, como dijera con exactitud nuestro amigo Augusto— pusieron en fuga a los nuestros en la isla de Los Gelves; tres años después Orán y Mazalquivir han resistido con éxito el asedio del islam hasta que la ayuda les llegó por medio de España, Génova, Nápoles, Sicilia y Toscana, ante cuyas flotas combinadas fueron impotentes los marinos turcos. ¿Y el año pasado? Don García Álvarez de Toledo e hizo a la mar con 110 galeras y conquistó el peñón de Vélez de la Gomera, un nido infecto de piratas. Además ¿qué importa el poderío turco? Si todos pensaran enrolarse cuando el viento es favorable ¿Qué debe hacerse cuando es adverso? ¿Resignarse?

Oye, Alonso; soy muy amigo del prior de Santa María la Mayor, el padre Bartolomé Serrano. Sé que a su vez, él es amigo o está

vinculado a la Orden; yo podría verlo e interesarlo en este plan — señaló con aire conspirador Jacobo, como si hubiera esperado la confesión del amigo para lanzar la oferta.

Con el brazo extendido, Alonso apretó el hombro de su amigo y le dispensó una sonrisa. Había aceptado.

La Orden Hospitalaria tuvo, en efecto, su base en Rodas hasta 1523, en que ese gran Sultán que se llamó Solimán y expandió a niveles superiores el Imperio Otomano, los expulsó. En sus orígenes fue un monasterio de monjes benedictinos, con un hospital anexo destinado a la atención de los peregrinos que iban a Tierra Santa; lo habían fundado en Jerusalén hacia 1048 los mercaderes de Amalfi, con el destino señalado. Algunos años después, aproximadamente en 1099, Godofredo de Bouillón le hizo una importantísima donación, de tanto volumen, como para que sus directivos médicos se consideraran en aptitud de emanciparse de los monjes⁴. De ese modo nació una cofradía laica de tipo benéfica, llamada Hermanos Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Para 1113 el Papa le confirió una regla, que la transformó en Orden Religiosa y en 1130 Inocencio II reformó la Orden imponiendo a sus miembros el deber de defender a los cristianos con las armas contra los infieles. Consecuencia de ello fue que sus individuos, sin renunciar a sus votos religiosos, constituyeran una fuerza armada que se llamó la Religión.

Al recuperar Saladino Jerusalén en 1187, los Hermanos Hospitalarios quedaron sin sede hasta 1193, en que se instalaron durante un siglo en Acre.

Al cabo de ese tiempo se trasladaron a Chipre, pero Rodas, un

4 Lo único que se sabe del director médico que tomara esa decisión, es que su nombre era Gerardo.

verdadero nido de piratas de turcos y berberiscos, fue abandonada por los griegos y ocupada de inmediato por los Caballeros Hospitalarios, que a partir de entonces se llamaron Caballeros de Rodas, cubiertos de gloria en 1480, cuando, bajo la conducción de su Gran Maestre, resistieron con entereza los ataques de Mahomet II (quien murió poco después sin ver coronado por el éxito su intento). La historia culmina cuando en 1522, Solimán el Magnífico la atacó con fuerzas inmensamente superiores, pero la Orden resistió con tanto éxito como para negociar, por medio de su reciente Gran Maestre, Felipe de Villiers de l'Isle-Adam una evacuación consensuada. El Papa Clemente VII los acogió en Viterbo, pero la peste que azotó Europa hizo que se trasladaran a Mesina, hasta que Carlos V les entregara Malta y Gozo en la forma que será descrita más adelante.

Es de toda evidencia que Solimán consideraba el Mediterráneo Oriental como “su mar”. Pero la ampliación de los dominios de “el Magnífico”, irónicamente, en las inmediaciones de Turquía no se verificaba.

Sus legendarias tropas habían llegado hasta los muros de la capital de Austria y de hecho, aquellas vivaquearon frente a las mismas murallas de Viena. Los Balcanes estaban a sus pies. El Danubio era una vía de navegación que él dominaba con su flota fluvial. Solo Rodas se erigía en un obstáculo que impedía que “su” mar fuera enteramente otomano. Solimán estaba obsesionado: de poco servía penetrar en lo profundo del continente europeo si en las inmediaciones de Estambul sobrevivía una isla que era reducto enemigo.

En verdad, el Sultán atribuía a Rodas la base de operaciones del poder cristiano en las rutas que dominaba su Imperio, y razón tenía el turco. Los Caballeros de la Orden no solo daban asistencia hospitalaria y religiosa a las naves que peregrinaban en ese sector del

Mediterráneo; todas las operaciones, aún aquellas de piratería, que se perpetraran contra el Imperio Otomano, eran acogidas con beneplácito por Rodas.

En cierto momento Solimán, harto ya de tolerar la presencia cristiana en Rodas, decidió aplicar la furia de su ejército contra el reducto de la Orden. No pudo el Sultán realizar una operación relámpago —como las que acostumbraba a hacer— para arrebatar la isla a los cristianos (le llevó seis meses al Gran Turco dominarla, término durante el cual los sitiados pudieron negociar la evacuación). A partir de ese momento la Orden permaneció errática, como ha sido dicho. Carecían de una base desde la cual cumplir su misión.

Cierto es que su poder crecía, y el prestigio aumentaba; pero los tiempos de Philippe Villiers de l'Isle-Adam parecían transcurrir sin destino y la Orden no tenía un lugar de residencia fijo, desde el cual expandir su cometido específico.

Fue necesario que el Emperador apreciara esta circunstancia. Carlos V proveyó lo que ansiaban los Caballeros.

Les cedió la isla de Malta, que pertenecía al virrey de Sicilia, con un canon simbólico: el arriendo costaba un halcón al año, que los Caballeros de la Orden de Malta (por ese nombre eran habitualmente conocidos) entregaban escrupulosamente entrenado cada año al duque de Medina Sidonia primero, a García Álvarez de Toledo después. Pero la generosidad del Emperador fue más amplia: también les cedió la isla de Gozo y el asiento de Trípoli, enclave cristiano en medio de tierras berberiscas. En pago de esas entregas, el alquiler había aumentado: los Caballeros debían, además, hacer rezar una Misa que se oficiaría cada año, el Día de Todos los Santos.

Al instalarse en Malta, la Orden (a partir de ese momento se la

conoció vulgarmente como “la Religión, de Malta”) alcanzó los picos más altos de adhesión y apoyo, el que tuvo niveles épicos cuando el Imperio Otomano, con fuerzas inmensamente gigantescas, le puso asedio.



Jean Parisot de La Valette
Gran Maestro de la Orden de Malta

[Volver al índice](#)

CAPÍTULO III

Orden de Malta

Caballeros de la religión

El plan de Jacobo era adecuado. Compartiendo el punto de vista expuesto por su amigo, Alonso agregó:

-De acuerdo Jacobo. Pongamos manos a la obra y veamos al padre Serrano cuanto antes.

Pocos días después de haber establecido el contacto, ambos volvieron a visitar al prior de Santa María la Mayor. Era éste un hombre ya maduro, corpulento y de voz grave. Los años (y la excesiva alimentación en base a animales de caza, embutidos y generosas frituras), habían dejado atrás aquella época en que gozaba de un porte atlético: un vientre abultado se encargaba de certificar la claudicación de su estampa. Dos temas tenían prioridad para el buen cura: la fe, por la cual estaba dispuesto a caminar descalzo sobre brasas, y la patria, representada por ese monarca austero y terrible que era Felipe II.

El párroco recibió a los jóvenes en un despacho situado en el ala norte del templo, cuya vista, a través de una puerta decorada con agradables emplomaduras de vidrios compuestos por varios colores, daba a un huerto en el que coles y repollos indicaban que la

inclinación gastronómica del sacerdote incluía con profusión verduras frescas.

De sus tiempos juveniles, el padre Serrano conservaba una íntima amistad con el prior de Mesina, perteneciente a una antigua familia veneciana: el ilustre bachiller Pietro Giustiniani (o Justiniani, como solían llamarlo en España), hombre que había preservado, a pesar de la consagración, una firme voluntad por la acción militar. El prior —que era dominico— pertenecía a la Orden de los Caballeros de Malta y se entusiasmaba con la posibilidad de incorporar nobles jóvenes a la entidad en la que militaba. Jacobo de Castil y Alonso de Tejada se sumarían de inmediato, y viajarían con él a Malta. En esa media lengua en la que mezclaba expresiones de los dialectos véneto y siciliano con latinazgos y términos del más puro italiano y el forzado español, manifestó su alegría por contar con esas incorporaciones que sumaba, a la inmaculación de los antecedentes, la prestancia personal de los aspirantes.

El consentimiento paterno no era necesario para integrar la Orden, y además, no era previsible una oposición de parte del conde del Tajo en relación a su hijo, ni de los de Castil respecto de Jacobo. Ambos muchachos conocían la pureza de la sangre que corría por sus venas, de manera que podían investigarse varias generaciones atrás sin peligro alguno. La partida hacia Malta sería lo antes posible, porque las informaciones de que se disponía, sugerían que Solimán estaba a punto de lanzar un ataque feroz contra la isla.

Había alguien, sin embargo, que estaba más feliz aún que Castil y Tejada. Era Augusto, quien, con ojos entrecerrados imaginaba un próximo encuentro con los otomanos. Un psicólogo —que en esa época no existían— hubiera dicho que alimentaba un rencor indefinido pero ilimitado hacia sus antiguos jefes.

En realidad no era para menos: arrebatado en la infancia de su mundo, parecía lógico que rumiara un resentimiento irrecuperable hacia sus captores. El hecho servía, también, para comprender la perspicacia de los turcos: solo capturaban los niños de hasta cuatro años; con más edad la memoria podía seguir martillando la cabeza de las criaturas y presentarse situaciones como las generadas por un personaje como Augusto.

Aún para ejercitar la crueldad se debe ser inteligente, diría un cínico.

A partir del encuentro con los jóvenes, la vida había sido distinta para Augusto. Cuando dos días después de la charla fue en busca de una respuesta, comprendió que su existencia había dejado de ser nómada. Se sentía contenido y feliz. Como Jacobo vivía en la planta superior de una casa situada en la zona céntrica de Alcalá, se dispuso a dormir en el cuarto contiguo, atravesando con su cuerpo la puerta de la habitación, para que cualquier peligro tuviera que enfrentar primero su humanidad.

Por supuesto, de Castil se negó a que padeciera las incomodidades de esa mortificación y ante la insistencia del antiguo jenízaro, debió recurrir a toda la energía de su autoridad para torcer la voluntad del hombre.

Éste, sin olvidar en ningún momento que estaba al servicio de sus señores, no los perdía de vista. En las ocasiones en que ambos mozos se encontraban, lo hacían partícipe, pero Augusto no metía bocado en la conversación. Siempre cortés y correcto, sus ojos inexpresivos y lavados, recorrían el ámbito donde se hallaban con la inocua expresión que tenían, pero escondiendo la inquisidora mirada del animal de presa.

El inmediato ataque de Solimán a la isla de Malta era un dato supuesto, pero conocido. No solo el espionaje cristiano en Estambul lo anticipaba, sino que la acumulación lógica de acontecimientos lo hacía previsible. El vaticinio no era descabellado; Malta tenía una ubicación estratégica, quizá más perjudicial para los turcos que la misma Rodas. Desde ese bastión, rodeado por numerosos puertos naturales, era posible dominar el estrecho de Mesina y, por supuesto, hostigar la navegación de los buques infieles por la franja de mar que se abre entre Sicilia y Malta.

Para el Imperio Otomano se habían acabado los tiempos serenos en que las fuerzas del Sultán podían cultivar con empeño los pequeños Estados tributarios del norte de África, transitando con impunidad desde Estambul. Por de pronto, los piratas bereberes, de los que Barbarroja o Dragut eran un símbolo, tenían que pensar dos veces sus golpes de mano antes de depredar las Baleares, las costas levantinas o aún las del Tirreno. Los refuerzos, indispensables para sus osadías, tendrían que sortear Malta antes de pensar en el auxilio a sus cofrades religiosos y políticos.

Solimán ni siquiera había podido aprovechar una tragedia que le regaló la naturaleza. El 23 de octubre de 1555 un inesperado ciclón se abatió sobre Malta. La catástrofe produjo daños muy difíciles de reparar para la Orden; por de pronto, su pequeña flota de siete galeras, con la que atacaba a las formaciones turcas despertando en éstas razonable pavor, rompieron sus amarras en el puerto y se fueron a pique o estrellaron. Lo más grave fue que los forzados que (como era habitual) dormían engrillados a los bancos de remos, tuvieron la cruel muerte de los que se ahogan encadenados sin que pudieran hacer nada los Caballeros para liberarlos. Con la tormenta, la Orden perdió más de trescientos hombres de la chusma, muy difíciles de reponer. Es cierto que Felipe II les cedió dos galeras de su flota de Nápoles y el Papa les envió de regalo doscientos remeros,

pero los restantes príncipes católicos nada pudieron hacer para ayudar, entretenidos como estaban con las guerras de religión que les planteaban los reformistas.

Sin embargo, el Magnífico no pudo disfrutar esas penurias. Su hijo Bayaceto se había amotinado y todas las fuerzas del Imperio estaban ocupadas en destruirlo. Una sonrisa torva se dibujó en la cara de Roxorana: un competidor con mejores títulos que su hijo Selim era el sublevado y la destrucción inevitable de sus pretensiones también le acarrearía la pérdida de la vida. Mejor para sus planes; un enemigo menos.

Tejada y de Castil (también lo hizo Augusto) se embarcaron en Barcelona con destino a Nápoles, primera etapa del posterior viaje a Malta. Lo hicieron en una vieja carraca que parecía próxima a naufragar, si no contara a su favor con la pericia del piloto, un genovés que en sus tiempos de juventud sirvió en una flotilla portuguesa. Los acompañaba Giustiniani, el voluntarioso y valiente prior de Mesina, quien ya había hecho arreglos para el ingreso de ambos a la Orden. El noble dominico no ocultaba su devoción por Nuestro Señor... y también por las tácticas navales: no obstante pertenecer a una de las familias más antiguas de Venecia, era un conspicuo admirador de don Álvaro de Bazán, (futuro marqués de Santa Cruz), sobre cuyas hazañas náuticas realizadas y a realizar no paraba de pontificar. Que la Orden fuera de náutica militar, era un regalo adicional para el buen cura.

Lo que en realidad ocurría era que, hasta el abandono de Acre, a fines del siglo XIII, la Orden había sido primordialmente terrestre. Cuando se transfirió a Chipre primero y Rodas después, se convirtió en una Orden marítima, y en 1554 La Valetta, en representación de la lengua provenzal, fue ascendido a la dignidad de General de las Galeras de la Religión (la Orden tenía ocho lenguas o prioratos:

Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragón, Castilla, Alemania e Inglaterra; también, por ingeniosa concurrencia, son ocho las puntas que tiene la cruz que los identifica). Con gran desprendimiento y dignidad, La Valetta resignó esa nominación a favor del Gran Prior Monseñor Francisco de Lorena, hermano del duque de Guisa, en razón de su elevada alcurnia. Por cierto, en la primavera siguiente (es decir a partir de marzo de 1556), y a pesar de que sus fuerzas habían sido diezgadas por los elementos, la Orden reinició con éxito su actividad corsaria por el Mediterráneo (según apreciaciones turcas, se necesitaban cuatro galeras infieles para doblegar una cristiana).

Finalmente, una mañana soleada de agosto de 1564, arribaron los jóvenes españoles a la isla, embarcados en un velero que, por un precio razonable, solía hacer el tramo entre Nápoles y Malta.

Hierático, de estatura superior a la común, con el aspecto severo de los cruzados, inteligente y piadoso, los aguardaba en el pequeño puerto el 49 Gran Maestre de la Orden, Jean Parisot de La Valetta, totalmente vestido de negro a pesar del calor arrasador que prometía ese día de verano y el inseparable pavés, que sostenía con su brazo izquierdo y ahora apoyaba en el suelo. Solo la modesta insignia situada en la parte superior derecha del torso, con la legendaria Cruz “de Malta” estampada en color blanco (de ocho puntas, signo de sus ocho lenguas, como se ha dicho), denunciaba su jerarquía principal.

Hacía relativamente poco tiempo que La Valetta era el conductor de la Orden; al año siguiente del gran huracán murió el Gran Maestre, Claude de la Sangle y el 17 de agosto de 1557, los caballeros del Capítulo por unanimidad lo eligieron sin vacilaciones para ese cargo.

La ceremonia de incorporación de los españoles fue sencilla.

Una Misa solemne oficiada por el prior de Mesina Pietro Giustiniani y, después del sermón —que se pareció mucho a una arenga militar— los iniciados fueron aceptados en la Orden, previo el juramento de práctica. A través de los años ha conservado la misma fórmula, cuyo enunciado se remonta al Medioevo. El Gran Maestre (o la personalidad que lo reemplazara), se dirigía al novicio que, arrodillado para recibir los hábitos, escuchaba: “Recibid el yugo del Señor, porque este yugo es dulce y ligero. No os podemos prometer más que pan y agua y un hábito modesto, pero os hacemos partícipes a vos, a vuestros padres y a vuestros parientes, de los méritos de las buenas obras que la Orden realice en el mundo entero”. En el año 1259, un Breve de Alejandro IV autorizó a los Caballeros a vestir en campaña militar una cota de malla roja, para proteger su torso. Jacobo de Castil y Alonso de Tejada ya eran Caballeros de la Religión de Malta, como solía llamársela. No ingresaron en el mismo estamento, porque ambos, a pesar de la fe que era consigna unánime para todos los miembros, tenían objetivos distintos. Jacobo lo hizo como Caballero de Justicia y por lo tanto, su voto fue el equivalente al proferido al unirse a una orden monástica: comprendía obediencia, pobreza y castidad. Alonso fue Caballero de Obediencia, y su incorporación estableció el deber de subordinarse a la autoridad de la Orden, que naturalmente, derivaba del Pontífice Romano. Soñaba con desposar a Noelia algún día y por lo tanto no quería participar de un acto que después la misma condición humana se encargaría de revocar, convirtiéndolo en perjurio. Jacobo, de acuerdo con una decisión voluntaria, que tomara hacía ya tiempo, deseaba consagrar su cuerpo a Dios, y por lo tanto la castidad era un sacrificio que se había impuesto voluntariamente. Agregarlo ahora, para alistarse en la Orden, no significaba una mortificación adicional; lo hacía con libertad y convencimiento.

Fueron provistos del uniforme (un hábito sencillo), distintivos y una pesada espada (que hizo célebres a tantos caballeros justicieros),

símbolos todos de autoridad y mando, pero también de obediencia y disciplina, subordinación sin objeciones ni planteos.

Los dos muchachos tenían dominio de esa arma; antes de recalar en Alcalá, como buenos primogénitos que eran, recibieron instrucción con el mayor esmero. Habían tirado esgrima y la pedana no les era un lugar desconocido, aunque hubiera una notable distancia entre las fintas propias del visteo doméstico y las cimitarras turcas, cuyos hachazos solían ser parados mediante el sostenimiento de la espada en lo alto, sujeta su extremo mediante la mano inhábil, protegida por el guantelete, por supuesto.

Veleidades de la fortuna

Después de la ceremonia, los flamantes Caballeros se dedicaron a recorrer la isla; al menos en los lugares próximos al lugar de celebración. Visitaron fortificaciones y algunos bastiones, armados con singular proyección de acuerdo a precisas instrucciones de La Valetta. En realidad la captura de Malta era tarea complicada para cualquier invasor. La población más numerosa se encontraba en Birgu (después llamada Vittoriosa por la gloria en que quedara inmersa), puerto protegido por cinco lenguas de mar que le confieren una ubicación estratégica inmejorable. También debidamente protegidos quedaban los hospedajes de los distintos prioratos con sus respectivas iglesias, donde la fe convocaba diariamente a los Caballeros.

La Valetta era un personaje de singular perfil: osado, valiente, astuto, previsor. Siempre sereno, no estaba despojado de un espíritu vengativo, contradictorio con su natural misericordioso. No resultaba frecuente que algún aspecto táctico escapara a su consideración. Se

suponía que los otomanos pondrían sitio a la isla en cualquier momento y los defensores eran escasos para hacerles frente. Pero La Valetta alternaba sus oraciones permanentes, la Misa diaria y la vida piadosa, con la obsesión militar. Nada escapaba a su ojo inquisidor, y esa mirada de águila que tenía, escrutaba con minuciosa prolijidad las irregularidades de la tierra para encontrar los puntos vulnerables que se apresuraba a suturar.

Tejada y de Castil se interrogaban sobre el futuro, inmediato y previsible. ¿Cómo serían los turcos? Tenían el recurso de acudir en busca de información a Augusto, pero... ¿sería objetiva? Sabían de su resentimiento y es posible que su juicio no fuera imparcial.

La pregunta no encerraba una obviedad. Ambos sabían que eran soldados como otros cualesquiera, pero... ¡se habían contado tantas historias de ellos...! Era famosa la crueldad de que solían hacer ostentación y el griterío deliberado con que precedían sus ataques, así como que la palabra empeñada no tenía el alcance irreversible que se le reconocía en España. Si eso fuera así, la mentira y el engaño serían moneda corriente, haciendo fe de lo que se decía de los oficiales turcos: su palabra de honor no era garantía de nada.

Solimán podía lisonjearse de haber conseguido varios triunfos y en poco tiempo. La conquista de Rodas le había insumido apenas seis meses. La isla de Gozo, obtenida cuatro años antes, se rindió al Imperio Otomano en un tiempo ínfimo; apenas a unos días de iniciado el ataque, que llevó a cabo el famoso corsario Dragut.

Personaje notable este corsario despiadado y astuto. Varios años antes de esa época, La Valetta fue hecho prisionero por los turcos, después de haber sido abordada la galera en que luchaba. Quien después sería el héroe de Malta, siguiendo las costumbres de entonces, fue encadenado al banco de los esclavos galeotes. Pero —

volteretas de la suerte— tiempo después obtuvo la libertad cuando a su vez, la flota de Dragut, fue vencida por don García de Toledo y su galera, en la que formaba parte de la chusma, liberada. El pirata cayó prisionero de los españoles y, siguiendo la misma tradición, fue encadenado a un banco como remero. La leyenda refiere que en cierto momento se cruzaron La Valetta y Dragut y al verse en situación tan paradójica, no pudieron reprimir una sonrisa. “Son gajes del oficio”, parece que dijo, irónico, La Valetta al pasar a su lado; “Si, son los azares de la fortuna” habría respondido con el mismo tono Dragut, quien poco después, pagó el rescate que se había puesto a su cabeza y consiguió ser libre.

En ocasión del ataque a Gozo, Dragut ancló su flota en inmediaciones del puerto, pero fuera del alcance de la artillería del fuerte; las estibaciones de la costa eran insignificantes, de manera que para darle cierta altura a la fortificación hubieron de hacer una construcción elevada.

Con calma, convocó a los principales comandantes a la nave insignia de la armada turca para acordar un plan común. Obviamente, los cañones de sus embarcaciones no eran tan poderosos como las baterías cristianas, pero, al estar instalados en galeras, por su misma naturaleza disponían de una movilidad de la que carecían los defensores. Los cañones que saturaban la fortificación eran fijos, montados en las célebres “bocca di lupo”, y algo desplazados hacia el interior de las gruesas paredes, revestidas en piedra. Era muy difícil destruirlos, pero en su misma protección estaba la base de su inmovilidad y consecuente impotencia. La flota otomana solo debía asegurar la movilidad permanente de sus buques para bombardear con saña y eficiencia la plaza armada y, al mismo tiempo, gozar de una impunidad casi absoluta.

Con sencillez expuso el plan a los subordinados, que acataron

las órdenes con convicción y confianza en los resultados.

Una vez efectuada la necesaria coordinación con los marinos que navegaban bajo su mando, comenzó el ataque: abrumador, implacable, disperso, pero al final efectivo.

El jefe de la guarnición cristiana, el Caballero Galatian de Sesse, consideró, después de padecer un demoledor bombardeo, que era inútil oponer resistencia y optó por rendirse a Dragut, bajo palabra de respeto. Sin embargo, los padecimientos cristianos recién comenzaban: alrededor de 5000 personas —todos los soldados y la unanimidad de los habitantes de la isla— fueron embarcados para Estambul en condición de esclavos. Un nostálgico y arrepentido de Sesse se lamentaba tardíamente de haber confiado en la palabra de los sitiadores.

Antes de arrebatarse a los Caballeros la pequeña isla de Gozo, los otomanos habían tratado de conquistar Malta. Una fuerza de desembarco de más de diez mil hombres (de los cuales dos mil eran los temidos jenizaros), apoyada por el bombardeo de la flota que los había transportado, resultó insuficiente para doblegar las defensas de la Orden que en ese entonces regía Jean de Homedes. El plan otomano era el mismo que después tendría éxito en Gozo, solo que Homedes hizo gala de una determinación que advirtió, al jefe invasor, el costo enorme que habría de esperarle si deseaba conquistar esa isla.

Dragut no perdió tiempo; hombre de razonamiento y reflejos rápidos y prácticos, cuando advirtió las dificultades que presentaba Malta, eligió la isla de Gozo, y una vez capturada ésta, lanzó el peso de su ofensiva sobre Trípoli, la restante guarnición cristiana. Álvaro de Sande, el jefe español, sufrió el mismo cautiverio que soportara de Sesse después de la captura de Gozo. Cuando también Trípoli fue

dominada, solo Malta quedaba como una espina venenosa en el camino victorioso de ese sultán Magnífico.

El Gran Maestre —ya lo era La Valetta— previendo la inminencia del ataque turco, pidió y obtuvo ayuda económica del Pontífice. Ordenó construir tres nuevos fuertes que al final resultaron inestimables. Ellos fueron el de San Ángel en Birgu, es decir, como protegiendo a la población, que quedaba a sus espaldas; el de San Miguel en el promontorio de Senaglea y el de San Telmo, en la falda del Monte Sceberras. La edificación se levantó en tiempo mínimo y las obras se realizaron siguiendo las técnicas más avanzadas de la arquitectura de entonces, tomando en cuenta, fundamentalmente, la acción destructiva que habría de llevar a cabo la artillería enemiga.

Cuando los noveles caballeros llegaron a la isla habían ya concluido los trabajos en los dos primeros bastiones; el de San Telmo (en rigor Saint Elmo) —aún no terminado— finalizó al poco tiempo, justo antes de que la invasión hiciera necesaria su utilización.

Como ha sido dicho, desde unos años atrás se esperaba el ataque otomano. Cuando el feroz Dragut cansó con sus correrías a Felipe II, éste envió una flota a Trípoli para reconquistarla.

Fueron 54 galeras —una armada importante— a la que se sumaron buques de la Orden (las siete galeras que componían su flota), de Saboya, de Génova. Malta, además, había enviado a los caballeros más valiosos que componían sus filas con la consigna de ayudar a los españoles en la recuperación de la ciudadela. Comandaba la Armada de España el duque de Medinaceli (Juan de la Cerda) quien llevaba como consigna vengar las frustraciones de Bujía y la anterior de Trípoli.

Pero no tuvieron en cuenta la astucia del flamante comandante

de la flota otomana: Pialí Bajá. Éste, junto al implacable Dragut, los atacó imprevistamente (digamos, a favor de los españoles, que una sorpresiva e inesperada tempestad perjudicó notablemente su desembarco; cuando se les dio la orden de reembarcar fueron atacados por los otomanos).

La actuación heroica de la infantería de España mereció un juicio laudatorio del historiador francés Jurien de la Gravière: "...a ella cupo el honor de la retirada: la desgracia común, la desmoralización casi total, sirvió para mejor poner de relieve las cualidades militares de una raza sobria y dura, hecha, como ninguna otra, a la fatiga". El resultado fue que quedó destruida por completo la flota cristiana en la batalla de Djerba (año 1560) —también se conocía esa isla por el nombre español de Los Gelves— en la que un número importante de galeras aliadas fueron hundidas o apresadas y solo 14 de ellas pudieron poner proa a España, vencidas y con las manos vacías.

La guarnición española, mandada por Álvaro de Sande resistió heroicamente, pero fue vencida y el ejército derrotado, masacrado sin misericordia alguna. Sande mismo fue conducido en virtual estado de esclavitud (como ha sido dicho) a Estambul, donde estuvo prisionero cinco interminables años hasta que una importante suma fue recaudada por su familia para pagar el cuantioso rescate pedido. Sabían los captores de la importancia política, militar y social de Sande y aguardaron el tiempo necesario hasta que se juntó el dinero reclamado para recuperar al hombre, que aguardaba en las mazmorras otomanas su destino incierto. Pero después....

Con esos resultados militares, el reino volvía a quedar expuesto, a merced de las correrías turcas en las Baleares y en la costa oriental, sólo minguadas por la isla de Malta, baluarte cristiano de invalorable utilidad.

La alarma por la inevitable exposición fue comunicada de inmediato a todas las poblaciones costeras. Las autoridades españolas estimularon entonces el recuerdo de Pollensa, ocurrido diez años atrás, cuando los piratas fueron destruidos por valerosos habitantes de la aldea. El ejemplo de esos briosos pobladores volvió a tomar cuerpo y flamear como una divisa heroica, digna de ser imitada y superada.

En el momento en que los dos amigos llegaron a Malta, la isla —como se ha dicho— se preparaba para contener una gran ofensiva otomana. Los espías que el Gran Maestre tenía en Constantinopla (había transcurrido un siglo, pero la Orden no se resignaba a llamarla Estambul) le avisaron a fines de 1564, que se estaba armando una gran invasión y que ella sería anfibia.

Hasta ahora no se ha hecho mérito suficiente de esos bravos espías que se arriesgaban a torturas, cárcel y muerte. El secreto de la invasión fue guardado al extremo de que solo Solimán conocía el destino de su flota; el pronóstico anterior solo fue conjetura, palpito o expresión de deseos de quienes espiaban para los cristianos. Ni siquiera el almirante Pialí tenía conocimiento exacto de las órdenes. Solimán observó, reclinado en un cómodo sillón de su harén, la salida del Bósforo de su interminable escuadra; cuando hubo traspuesto la última embarcación el estrecho de los Dardanelos y la vanguardia ya estuvo en mar abierto, Pialí rompió el sobre en el que, de puño y letra del sultán, se le ordenaba dirigirse a Malta.

Que Malta fuera el destino elegido era fácil de presumir; esa isla constituía una verdadera obsesión para Solimán. Con esa suposición en sus manos, La Valetta no perdió tiempo: envió las clásicas citazioni a los Caballeros que estaban dispersos en diversos lugares de Europa para aumentar el número de defensores.

Era una verdadera cita de honor; los estandartes tremolaban y la pasión crispaba los nervios; había ruido de guerra, y la Orden, con la desesperación que tendría un pichón acechado por el águila, llamaba a los suyos. Como un solo hombre, respondieron todos los Caballeros convocados; no concurrieron solo los muy ancianos o gravemente enfermos y alguno, apenas en condiciones de sostener una espada, no quiso faltar a un citatorio emanado no solo de la autoridad, sino de la fe y el honor.

Ataca la flota turca

Tejada y de Castil fueron asignados al promontorio de Senaglea con la misión de avistar el arribo de la flota otomana y emitir la alarma temprana. La mañana del 18 de mayo de 1565, Alonso se encontraba al borde de los acantilados que trepaban hacia una colina próxima a la fortaleza. Desde esa posición alcanzó a divisar una vela solitaria, que avanzaba desde el este con resolución veleidosa. Era esa hora de la mañana en que las luces todavía tienen el tinte crepuscular de la noche, que se niega a entregar por completo sus tinieblas al sol.

-“¡Si algún rayo luminoso pudiera alumbrarla bien!”, pensó con ansiedad Alonso, con los nervios propios de quien ansía enviar con urgencia una primicia y la reticencia del que teme caer en el ridículo y ser tomado por cobarde, si la alarma fuera infundada.

Aguzó la vista; le pareció algo baja, con relación a las tradicionales embarcaciones de Génova, España o Venecia, las principales potencias que podrían navegar seguras en ese sector del Mediterráneo. Era probable que esa nave no fuera cristiana; maldijo por lo bajo no tener consigo el catalejo para divisar con mayor nitidez la arboladura de esa galera, pero siguió confiando en sus ojos. “¿Será

turca?” se preguntó para sus adentros y un escalofrío corrió por su cuerpo.

Sorpresivamente se encontró pensando en Noelia. ¿Qué sería de esa dama hermosa y gentil, de estampa vaporosa, tan lejana en el tiempo y distante en las emociones? ¿Volvería a verla algún día o su evocación terminaría en un ataque turco? Y la pregunta que nunca deseaba hacerse: ¿lo esperaría, o su corazón, después de tanto tiempo, sería de otro hombre?

Sin embargo, esos precipitados pensamientos duraron poco; al cabo de unos instantes se le erizó la piel: una enorme cantidad de galeras seguía a la avanzada que divisara primero. Era evidente que a ésta, la aparente seguridad en la navegación se la confería el respaldo de sus compañeras, a las que se había anticipado con resolución. Ahora no tenía dudas: ¡era la flota turca!

Destacó el hombre que lo acompañaba para llevar la noticia al cuartel general. Él permanecería observando e intentaría contar las embarcaciones “... si es que la cantidad lo hace posible”, pensó para sus adentros. Llegó a contar hasta cien y paró la suma; sólo en materia de galeras la flota superaba ese número. En total fueron ciento treinta y una galeras, más los transportes. La totalidad de naves turcas llegó a las doscientas, incluidas aquellas destinadas a trasladar provisiones, caballos de guerra y el tren de asedio que incluía cañones de gran calibre y dos inmensos pedreros de tubo corto pero enorme porte.

Alonso seguía atónito los movimientos de la flota, que preparaba el desembarco en la bahía de Marsamxett. No esperó el regreso de su hombre. Pronto entraría en acción y por primera vez tendría que enfrentar el mayor dilema humano: matar o sucumbir. Por sus venas corrían una serie de sentimientos encontrados y el

miedo tocó su carne de gallina.

Agazapado como una codorniz, a pesar de que la distancia hacía poco posible su detección por los turcos, se dirigió a su base, en el fuerte San Miguel. El comandante, un corpulento hombretón de la lengua de Lorena, estaba en el primer patio.

Llegaba hasta ellos el intercambio de diversos idiomas, en una mezcla cuyo colorido hubiera resultado simpático en otras circunstancias. No en vano la Orden estaba dividida en ocho lenguas distintas, pero la propia naturaleza de la conflagración hacía que se dieran cita en Malta, además de los Caballeros, soldados de diferentes procedencias. La mayoría eran de España e Italia, pero los había también aventureros de distintas naciones; mercenarios convocados solo por la paga y la expectativa del botín y soldados de fortuna, provenientes de otras regiones de Europa.

Alonso sacudió su ropa, en la que habían quedado vestigios del polvo y las briznas del lugar en que estuvo echado en tierra observando el desembarco. En forma sucinta y ayudado por los ademanes, explicó al comandante las alternativas que había presenciado. Sí; ya había enviado un aviso al Gran Maestre, que a esas horas debía haber adoptado las medidas militares para las que se venían preparando.

Una gran cruz con el emblema de la Orden cubría el escudo del señor d'Opraugny, Lugarteniente Principal y Comandante del fuerte San Miguel. Conocía de antemano las providencias a adoptar cuando se produjera el ataque turco y La Valetta podría estar conforme con su autoridad y criterio.

En pocos minutos los arcabuceros ocuparon sus lugares en las troneras del fuerte; a su lado se situaron ballesteros eficientes,

capaces de darle al centro de una manzana a cincuenta pasos. Cotas de malla y coseletes metálicos resguardaban torsos recios; cascos de metal o cuero cuidaban las cabezas y brazaletes de acero protegían las extremidades de infantes destinados a contener la furia de los atacantes. Municiones y vituallas había de sobra; el fuerte estaba en condiciones de aguantar un largo asedio.

Hacia la mitad de la mañana los turcos habían comenzado el desembarco. Para hacerlo, eligieron un lugar desolado (la bahía de Marsamxett o Marsaxlokk), donde era poco probable que los cristianos pudieran hacerse fuertes; después, con su fabulosa artillería atacarían las fortalezas. La primera sería la de San Telmo, que Lala Mustafá (comandante del ejército otomano de tierra) pensaba demoler en dos días.

Jacobo (a quien acompañaba Augusto, como si fuera su misma sombra) había sido transferido al fuerte San Telmo, el que los otomanos atacarían primero, a juzgar por las informaciones que enviaran desde Estambul los espías cristianos. Alonso no pudo reprimir un sentimiento de preocupación por el amigo, pero esas inquietudes humanas ahora debían ser evitadas; cada uno debía cuidar de sí mismo y de los hombres que tuviera a su cargo. Después del combate se verían las heridas.

Zamora, Alcalá, Noelia, Jacobo, sus padres, la servidumbre del castillo familiar, Augusto, todo eso ahora era prescindible y lejano. Lo inminente era la guerra, esa invasión que auguraba un enfrentamiento feroz. Su mente, juvenil y nostálgica, solo debía ocuparse de las tropas enemigas, que masivamente acababan de desembarcar en la isla, y sobre todo, en los pasos que dieran a continuación.

En efecto, tal como era supuesto, el ataque turco comenzó por

el fuerte de San Telmo, ubicado en la falda del Monte Sceberras, por encima de un promontorio que caía a pique sobre el Mediterráneo. Los invasores pensaban reducirlo a cenizas en dos o tres días.

Y, como era previsible, la fortaleza fue sometida a un brutal bombardeo que llevaron a cabo los enormes cañones que habían traído consigo los sitiadores. Por otra parte, después del rigor de los cañonazos, Lala enviaba una carga de soldados, alfanjes en mano, para doblegar a los defensores. La dotación del fuerte era magra: apenas 100 Caballeros y 500 soldados, a quienes La Valetta les había encomendado una misión que ponía a prueba el temple y la fe que los animaba: debían sostener la posición luchando hasta el último hombre.

La misión era extrema: morir antes que ceder posiciones, sabiendo de antemano que no habrían de recibir refuerzos de afuera, porque los que dependían del Virrey de Sicilia —en ese momento García Álvarez de Toledo, conde de Villafranca— eran remotos.

Entre los caballeros se encontraba un mozo fuerte, pero nuevo; valiente, pero inexperto; un gladiador, que con su porte habría deslumbrado al Coliseo Romano. Tenía el perfil audaz y romántico de los castellanos y de hecho lo era: se trataba de Jacobo de Castil. Lo acompañaba un soldado de pocas palabras, extraordinariamente hábil con la espada y dotado de una puntería inmejorable, dispuesto siempre a protegerlo con su propio cuerpo.

La Valetta había destinado al Caballero a ese puesto y —como buen catador de hombres— adivinaba que el soberbio castellano sabría morir antes que entregar la porción que a él correspondía defender.

Jacobo sentía algo de temor por caer prisionero; eran tantas las

barbaridades que se escuchaba decir de los enemigos, que había de hacerse un esfuerzo para alejarlas del cerebro y si fuera posible, ignorarlas. Según esas versiones, en el mejor de los casos, podría ser destinado a las galeras turcas, donde toda esperanza de rescate o fuga eran vanas.

¡Linda perspectiva! Condenado a remar toda la vida, recibiendo latigazos como premio. Comiendo de una escudilla inmundada, donde los desperdicios que constituían el único sustento debían ser disputados con ratas hambrientas, que en muchas ocasiones vencían en la puja y huían con el mendrugo robado. Para ese panorama era preferible morir con la espada en la mano, acuchillando enemigos y recibiendo algún hachazo mortal; todo, menos caer prisionero de los turcos.

Por supuesto, ir a las galeras era todo un premio: las atrocidades que podían hacerle a un cristiano eran tan salvajes como irrepetibles. Si la consigna era pelear hasta morir habría que cumplirla... con gusto.

Pocos días después de iniciado el ataque, el fuerte había sido destruido. El cañoneo incesante no tenía descanso y soldados y caballeros debían parapetarse detrás de los escombros, esperando el disparo siguiente. Cuando los cañones se llamaban a silencio llegaba lo peor: era el anticipo de un ataque de la infantería turca, integrada también con los feroces cipayos y los aterrorizadores jenízaros. Lala sabía cómo abrumar a sus enemigos.

Los cristianos recibían las oleadas turcas a pie firme. Con denuedo y un valor rayano en el aturdimiento rechazaban la marea otomana con sañuda osadía. Tenían las manos llagadas por sostener la espada y empuñar el escudo. No conocían el sueño y se encontraban exhaustos. No era que les faltaran víveres: carecían de

tiempo para ingerirlos, porque la palabra descaso o tregua se había tornado un vocablo desconocido. El campo cristiano se había convertido en un tumulto. Mutilados, heridos, algunos de los cuales imploraban a Dios una muerte rápida, eran un espectáculo desgarrador.

“¡La Valetta nos ha abandonado a nuestra suerte!”, el reproche comenzó a correr con voz sorda, pese a que de antemano supieran que no habrían de recibir refuerzos.

Entre los caballeros comenzaba a cundir una preocupación creciente, repetida a media voz, cuidando que no llegara a oídos de los soldados para no descorazarlos:

“¡El Gran Maestre se ha resignado a perdernos!”. Debían olvidar toda esperanza de salvación. Para eso, “era preferible salir con las armas en la mano y morir peleando” antes que padecer esa agonía.

Pero se equivocaban. La Valetta no olvidaba a sus hombres. Esa misma noche, desafiando las naves turcas que vigilaban por el mar, una silenciosa formación de botes a remo atracó por la zona del puerto, aprovechando que el mar allí es un lago. Llegaban refuerzos —hombres que sabían de antemano que su destino era morir— y renovadas vituallas. Con precaución y silencio se evacuaron numerosos heridos y la promesa de futuros envíos por ese mismo medio renovó el espíritu de los Caballeros.

Avergonzados por los malos pensamientos que habían acudido a sus mentes, los defensores se conjuraron para multiplicar su esfuerzo. Era el 8 de junio de 1565, y esa fecha sería inolvidable para muchos.

Al amanecer de ese día, Lala sufrió uno de los desengaños mayores: una lluvia de jenízaros y cipayos, que mandó contra los escombros fue rechazada con tanto brío como eficiencia. Los cadáveres de sus soldados, obscenamente expuestos al sol del mediodía, mezclados con piedras, cascotes, moscas y ruinas que habían querido escalar, resultaba una muestra inequívoca de su fracaso. Lala apretó los dientes. Por culpa de estos desgraciados cristianos él tendría que dar cuentas a su señor. “¡Malditos tercicos!” Si apenas salió de su colete esta expresión, por dentro la gritó con todas sus fuerzas: “¡Ya verán estos condenados infieles!”.

En las noches posteriores —y hasta cuando se percataron los turcos— se repitió el operativo. Por el puerto, y burlando los vigías otomanos, llegaban los refuerzos enviados por La Valetta.

Hacia ya un mes que los turcos habían desembarcado en Malta y comenzado el asedio, pero el pronóstico que tenían inicialmente no era ese. Si la captura de este fuerte les había demandado tanto tiempo y tamaña pérdida de hombres ¡qué les esperaba cuando siguieran con toda la isla!

Algún reproche silencioso caía sobre Solimán, pero era injusto.

A la reconvencción de que el mando era compartido entre Lala Mustafá y Pialí Bajá, era oponible una decisión militarmente inobjetable: ambos debían someterse a la autoridad del bey de Trípoli, el corsario Dragut, cuando éste llegara. Y Dragut vino de inmediato y se hizo cargo. Hubo, por lo tanto, un comando unificado.

A la crítica por la elección de San Telmo como objetivo inicial, también era deducible una excusa válida: la decisión de tomarlo como blanco inicial se había adoptado en Estambul y tan así era esa determinación, que los propios espías cristianos habían prevenido a

La Valetta de que, en caso de atacarse Malta, esa era la elección decidida. No había, pues, objeciones válidas.

Para colmo, dos sucesos fatídicos habían ocurrido en el terreno otomano, prueba, para muchos de los Caballeros de la Orden, de que el verdadero Dios era el que defendían los cristianos. Uno de ellos fue la muerte del corsario Dragut, fatalidad ocurrida por obra de la torpeza.

En apariencia, los cañones con que se sometía a un bombardeo sin tregua el fuerte de San Telmo se estaban recalentando. Había momentos en que el hierro de sus tubos estaba rojo y los artilleros debían tomar los proyectiles con paños mojados para colocarlos en una recámara que ardía. Al parecer, Dragut insistió en estimular al soldado que operaba el cañón en el preciso momento en que, efectuado el disparo, aquél estalló. Una esquirla dio en el ojo izquierdo del corsario y, atravesando toda la cabeza, salió expelida por la coronilla del hombre. El bey murió en el acto.

El otro episodio todavía fue más azaroso. Un soldado de apellido Ballestero, natural de Ronda, la pintoresca ciudad de Andalucía, cuyo padre había sido sirviente del duque de Arcos, estaba maniobrando con un arcabuz en el fuerte de San Ángel.

Ballestero había crecido odiando a los moros.

Durante su infancia escuchó historias tremendas en la mesa familiar. Su padre recordaba una y otra vez las prisiones en la montaña a nivel del río, desde cuyas enrejadas ventanas se veían los esclavos cristianos transportando pesadas vasijas con agua para satisfacer los baños árabes. La antigua ciudad en la que había nacido fue uno de los últimos reductos reconquistados por los Reyes Católicos. Y la gran mezquita, donde la piedad religiosa de los

musulmanes se manifestaba en cada atardecer, guardaba en una de sus lajas la marca de la herradura del corcel de Fernando el Católico, cuando penetró en ella montado y decidió convertirla en catedral católica. Con esos auspicios, el modesto Ballestero empuñaba el dichoso fusil, ignorando que estaba a punto de torcer la historia.

“¡Apúntale al de turbante azul!” le dijo, bromeando, un soldado de Aragón. El andaluz le hizo caso, apuntó varios palmos por encima del blanco y disparó. Era, evidentemente, una bala perdida, que no llevaba destino alguno y estaba condenada a caer extraviada sin pena ni gloria; sin embargo, en forma instantánea, Pialí Bajá cayó, rodeado de varios oficiales turcos y fue conducido en andas a una de las tiendas vecinas. El proyectil, al que ya la distancia le quitara fuerzas, había amortiguado su impacto con el turbante, por lo cual la lesión fue leve, pero el almirante perdió el conocimiento y la herida sangraba mucho. El comandante de la flota otomana había quedado fuera de la lucha.

De pronto, Lala quedó como único responsable de la captura de la isla. El superior inmediato, Dragut, había muerto; Pialí hacía unos instantes había sido puesto fuera de combate. Incómodo pero obstinado, convocó a su Estado Mayor para disponer un ataque final contra San Telmo.

A la mañana siguiente, los heroicos caballeros y los pocos soldados que los acompañaban, vivieron un espectáculo aterrador. También presenciaron, quienes se encontraban en San Miguel y San Ángel, esa marea humana que se había abalanzado sobre los restos de San Telmo. Lo veían todo con desesperación, impotentes para ayudar a sus camaradas.

Alonso, como los demás miembros de la Orden, también observaba el momento, pero a diferencia de los otros, que miraban

con la calculadora visión del hombre de armas, dispuestos con ansiedad a vengar las vidas ajenas, lo hacía con un nudo en la garganta. Por un instante pasó por su mente el momento del primer encuentro, el vino saboreado en Alcalá, las confidencias, las esperanzas, la irrupción de Augusto. Pronto Jacobo habría de morir, a juzgar por la nube de soldados que se había arrojado a la conquista final del bastión. “Más dolería si fuera capturado con vida y arrojado a la tortura o a la esclavitud” —pensó para sus adentros como si intentara conformarse.

-Aunque duela, éste es el destino que buscamos – reflexionó entre dientes y con resignación.

Los que tenían un catalejo relataban a los más próximos los pormenores que presenciaban, en la mezcla de lenguas que era ese crisol. Había quedado, en la zona norte del antiguo fuerte, un pequeño grupo de soldados que se batía, retrocediendo, para apoyarse en los muros de la destruida iglesia. Los escudos, formando un caparazón, protegían a la pequeña tropa que continuaba retrocediendo. Los guanteletes estaban destruidos por los sucesivos golpes de alfanjes y cimitarras que habían parado; los brazales parecían andrajos de mendigos miserables y bajo los petos de algunos hombres manaba sangre de heridas que no habían podido evitar los coseletes.

De pronto un grito estalló en San Miguel y San Ángel. Los cristianos habían tocado la pared de la iglesia con sus espaldas, pero, electrizados, como respondiendo a una consigna unánime, habían retomado la ofensiva. ¡Ahora estaban acuchillando a los turcos! Las ovaciones se multiplicaron y algún caballero cayó de rodillas con el rosario en la mano, rezando por sus hermanos. “¡Hay esperanzas!” se escuchó el grito unánime de caballeros y soldados, con gestos que parecían una imprecación al demonio, en lugar de un rezo al Cielo.

Pero la empresa era desesperada. Una muchedumbre los rodeaba y atinaba con sus alfanjes. El primero en caer fue un Caballero vigoroso, de barba rojiza y abundante. La partida quedó dividida y por lo tanto, el empeño había perdido la fuerza inicial. Un equipo quedó acorralado por una nube de cimitarras y empezó a perder terreno; fueron cayendo muertos o exhaustos, a la vista descorazonada y cada vez más lejana de sus hermanos.

El otro racimo tuvo más fortuna; acosado por un número menor de enemigos, pudo llegar al promontorio, despojándose de armaduras y elementos de peso mientras continuaban batiéndose. Allí estaba el mar que, aunque infestado de naves otomanas, prometía una salida de escape remota, pero alternativa al fin. Desde San Ángel y San Miguel, las miradas iban de una liga a la otra. La que había caído atrapada fue despojada de sus ropas. A los que aún se encontraban con vida se los crucificó y un puñal dibujó una gran cruz en cada pecho. Después, mientras se encontraban en la agonía de los últimos instantes, los maderos, con los pobres crucificados, fueron arrojados al mar para que, flotando, la corriente los arrastrara hasta pasar frente a las fortificaciones cristianas.

El otro equipo no tuvo mejor suerte. La mayor parte del grupo que se arrojó al mar fue capturado por los turcos, que habían bajado chalupas de las galeras para aproximarse a los fugitivos a golpe de remos. Jacobo nadaba con desesperación. En el desasosiego de la pelea lo había visto a Augusto destruir turcos con la espada, mientras un escudo, roto en la parte superior, le daba una protección relativa. Volvió a verlo arrojándose al mar cuando él lo hizo y escapar con vida, aunque creía haberlo visto herido. Después no lo volvió a ver y, consternado, supuso que se había ahogado.

Mientras nadaba con desesperación, gastando sus últimas

energías, alcanzó a divisar un bote turco que se aproximaba y, como sus fuerzas se agotaban, pensó en abandonar la pelea y entregarse. A último momento, y tal vez impulsado por el rostro otomano que percibiera, tomó una gran bocanada de aire y se sumergió. Nadó varios metros hacia el fondo, de manera de escapar a las ballestas que sin duda le arrojarían flechas destinadas a desgarrar su carne. Abría los ojos, pero no estaba acostumbrado al agua salada y sentía mucho ardor. Era buen nadador, pero en Castilla no había mar; sus mayores proezas fueron en ríos de agua dulce, para diversión y de paso combatir el calor del verano. Nunca había nadado en el mar y menos todavía para salvar la vida. De pronto sintió sueño. Cerraba los ojos y una sensación plena de paz y tranquilidad lo embelesaba. ¿Sería eso la muerte? Tentadora y dulce, como una mujer seductora y peligrosa, si aquello era la muerte se aproximaba en silencio, dispuesta a emitir una sentencia irrevocable. Pero los estímulos terrenales se sobrepusieron a ese tobogán indolente y mórbido que lo arrastraba a la indefensión, y haciendo un esfuerzo final eligió salvar el pellejo.

La Valetta presenciaba con un anteojo todas las alternativas. Compartió la alegría inicial, divisó con amargura la tortura a que fueron sometidos sus hombres y lo acongojaron las capturas en el mar. “Pero tal vez algunos podrían haber sorteado el patrullaje turco”... —se dijo a sí mismo. “Si fuera de ese modo, pronto serían arrastrados por la corriente y habría que interceptarlos, porque seguramente estarán exánimes o heridos. Si llegaran a mar abierto perdiendo sangre, serían pasto inmediato de los tiburones, cuyo olfato ventearía el olor a millas de distancia” —pensó con natural temor.

Ordenó a sus hombres bajar a la costa y, los que fueran buenos nadadores —algunos italianos, nacidos en las márgenes del Tirreno o del Adriático, lo eran— debían estar prontos para arrojarse al agua y

socorrerlos.

La decisión fue acertada. Al cabo de unos pocos momentos cuatro hombres aparecieron, con visibles muestras de agotamiento: dos españoles, un italiano y un austríaco. Unos cuantos camaradas de armas se lanzaron de inmediato al mar y los auxiliaron, nadando con presteza a la costa y arrastrando la valiosa carga. Varias chalupas turcas, que se aproximaban en forma amenazadora, pusieron fin al encuentro, mientras los náufragos eran llevados desde la costa en brazos por los numerosos voluntarios que se habían acercado. Tenían el rostro desfigurado por las tensiones vividas, la muerte cercana de amigos y tantos enemigos, los esfuerzos ciclópeos que habían tenido que realizar y las privaciones por las que habían pasado.

Las diferentes lenguas se ocuparon de sus hombres; Alonso se había acercado con la remota idea de buscar a su amigo o al valiente servidor. Observó con detenimiento a los españoles, pero un telón de tristeza nubló sus ojos: Jacobo no estaba entre los sobrevivientes. Tampoco Augusto.

Pero de Tejada se había equivocado. Desfigurado por una cicatriz que había conseguido de un alfanje, Jacobo tenía la cara tajeada en el costado derecho. El surco corría desde la sien hasta la quijada y era evidente que el casco había detenido el ímpetu del hachazo que, frenado en su violencia inicial por el acero protector, pudo penetrar la carne solo con la punta del arma. El resto del rostro era una masa deforme e irreconocible; “ni mi propia madre podría haberme identificado”, diría, días después, un de Castil casi feliz con su suerte.

La Valetta se había acercado al grupo de sobrevivientes y no ocultaba su felicidad.

-Mañana por la mañana haremos oficiar una solemne Misa para dar gracias a Dios por habernos permitido recuperar a estos hermanos. También pediremos para que nos provea de la suficiente entereza para afrontar esta prueba a que nos someten los turcos — dijo el Gran Maestre dirigiéndose a un Comendador de la Orden y recuperando su tono majestuoso.

Sin embargo, más allá de la alegría momentánea, la realidad mostraba las dificultades de la situación. Los turcos habían obtenido una victoria importante sobre los cristianos en la puja por apropiarse de la isla, y eso era un dato objetivo. No importaba el costo que les había demandado. En verdad aquella podría ser comparada con las obtenidas por el legendario Pirro en su guerra con los romanos, pero más allá del precio enorme que debían haber pagado los secuaces de Lala por tomar San Telmo, la verdad era que un numeroso ejército estaba desplegado frente a la Orden.

Pero otra vez la crueldad otomana galvanizó las huestes cristianas.

Ocurrió de la siguiente manera: las fuerzas sitiadoras tenían el apoyo y la contribución de tributarios que, aún peleando bajo la bandera de la Media Luna, se convertían en propietarios de los bienes que obtenían por el saqueo. El mismo criterio se aplicaba a los prisioneros: éstos pertenecían a quienes se apoderaran de ellos. Si había sido el ejército regular, serían del Imperio; en cambio si la captura la hubiera efectuado un tributario, el dinero obtenido por su venta pertenecería a aquel.

Eso era lo que había sucedido en este caso; muy pocos hombres habían sido hechos prisioneros, pero la mayoría de las capturas habían ocurrido en el agua. Allí, casi todos los boteros estaban al servicio del corsario Dragut; su muerte no hizo que levaran

anclas los capitanes, que habían permanecido, un poco debido a la sumisión jurada a la Sublime Puerta y otro poco para tratar de conseguir alguna ganancia y no hacer el viaje en balde.

Lala recurrió al expediente más previsible en un hombre como él: compró, “a precio de mercado” casi todos los prisioneros y, ya dueño de ellos, los colocó en lo alto de la muralla para que pudieran ser vistos desde el campo cristiano. Una vez formados en fila, hizo degollarlos uno por uno.

Perturbados por esa escena terrible y provocadora, Caballeros y soldados cristianos mostraron su desgarramiento gritando. La Valetta no fue ajeno a esta conmoción. Con la cara endurecida por el espectáculo que había sido forzado a ver y estimulado por la indignación de todos sus hombres, se dirigió en silencio al espacio en que estaban retenidos los prisioneros turcos. Dio orden en voz baja a un subalterno, se dirigió al reducto ocupado por las baterías que apuntaban hacia el territorio en que estaban los atacantes, e impartió en voz baja instrucciones a los armeros. Poco después comenzaron a tronar dos inmensos pedreros: la artillería estaba arrojando al bando turco las cabezas de los prisioneros recién decapitadas, hasta que el suelo quedó cubierto con la macabra acumulación de envíos. Nunca mejor aplicación de aquel refrán que decía “a Dios rogando y con el mazo dando...”.

Las cabezas, arrojadas como proyectiles, tendrían que haber hecho pensar a Lala en lo infructuosa que era la ferocidad. No se sabe si el destinatario entendió el mensaje, aunque la conducta posterior de Lala hace pensar que el envío no dio en el blanco. Al propio tiempo demostró al jefe de los invasores que la guerra desata demonios insospechados en los hombres y aún los individuos virtuosos sufren las consecuencias del “empacho” de sangre y odio.

El hecho enseña, también, que no es posible juzgar con la mente y los datos de la paz, los sucesos producidos durante los momentos más salvajes del enfrentamiento.

El renegado de Estambul

Como todo nadador improvisado, Augusto llenó los pulmones de aire antes de sumergirse. Fue todo instinto, pero ocurrió lo que era inevitable: salió inmediatamente a la superficie. Cuando Jacobo se arrojó al mar, él hizo lo propio; pensó que el mar adyacente a Malta sería su tumba, pero —novato al fin— cuando subió lo hizo en forma desesperada, con la angustia del que sabe que está a punto de ahogarse. Intentó asirse al primer madero que encontró, pero lo hizo con escasa fortuna: era uno de los esquifes que habían bajado de las naves argelinas.

No pudo dejar de ver la cara del hombre que estaba a cargo del bote. Era un africano enorme, de barba hirsuta y aspecto desagradable, que lanzó una ruidosa carcajada cuando lo vio desfalleciente y ansioso. Augusto miró hacia todos los ángulos que le permitía su estado, pero no pudo ver a Jacobo. Salvada la vida a partir del momento en que se había adherido con voluntad férrea a la chalupa, la protección a su jefe se había convertido en una verdadera obsesión.

Poco después dio por sentado que había muerto y una honda tristeza se apoderó del náufrago. Sabía que estaba herido y si bien no conocía la gravedad de los golpes que había recibido su patrón, daba por cierto que no había podido huir: las intermediaciones estaban saturadas por los botes que habían descendido de las galeras para capturar prisioneros y lo último en que podía pensarse era en

escapar. Supuso que para él también era aplicable ese razonamiento: inútil oponer resistencia. Él era un sobreviviente y como tal esperaba su momento; por ahora era preferible rendirse.

Chorreando agua, fue izado al bote por una mano áspera y fuerte, que lo arrancó del mar como si se tratara de un señuelo de pesca. Cuando alzó la vista, comprobó que era el mismo sujeto que instantes antes lanzara la carcajada humillante y grotesca. Con rapidez giró la cabeza en dirección a los otros tripulantes y advirtió que eran hombres con menor jerarquía. No participaban de la ruidosa chanza del grandote. Más aún; le pareció a Augusto que ninguno de ellos compartía la jarana y el bochorno.

Al poco rato fueron subidos a la galera y el bote amarrado de manera rústica a estribor de la nave. El inmenso carcelero extrajo un cordel y se lo ató con firmeza a la muñeca derecha e intentó sodomizarlo, pero Augusto rechazó sus pretensiones con un argumento baladí, atribuyendo el requirente esa negativa a una actitud recatada. Este comportamiento, destinado por parte de la víctima a ganar tiempo, solo logró aumentar la lascivia del carcelero que, sonriente, empujó al detenido hacia las profundidades de la galera.

Cayó en el lugar donde se encontraban los remeros bajo la atenta mirada del cómitre, que notó su caída con la indiferencia de quien está acostumbrado a lidiar con piltrafas humanas.

Augusto fue arrojado pesadamente al fondo de la nave, pero no perdió el conocimiento. Se arrastró por el piso hasta dar con los pies descalzos y sucios de un viejo remero que, idiotizado por los años de padecimiento, apenas podía recordar su nombre. Con emoción, vio que debajo de esos pies la madera se encontraba rota, formándose una astilla de unos veinte centímetros de longitud. Con

disimulo acercó su mano a la rotura, a la vez que observaba al cómitre, sin advertir que el viejo remero estaba a punto de alborotar en su perjuicio.

Empleando sonidos guturales y señalando en forma festiva hacia el prisionero, el remero comenzó a zapatear con brío, imaginando, tal vez, que esa noche la escudilla vendría más cargada que de costumbre “con alimentos”, aunque fuera a expensas de un par suyo. Con la rapidez de un malviviente, Augusto hizo un cálculo en el aire: inútil procurar que el viejo callara; por otra parte, si era descubierto, adiós plan. La astilla, como un arma blanca, sería decomisada y él mismo terminaría siendo pasto de los peces.

Sin volver a pensarlo, con la gimnasia que confieren las acechanzas y la lucha por la vida, se abalanzó contra el infeliz remero que, imposibilitado de defenderse por las cadenas que limitaban sus movimientos y su desnutrición cadavérica, solo atinó a abrir los ojos con la seguridad de que habría de cerrarlos para siempre.

Por supuesto, el tumulto y el ruido atrajeron a numerosos interesados; el cómitre en primer lugar, cuyo látigo comenzó a descargarse sobre la espalda de Augusto. Sin embargo, una mano de acero detuvo su brazo: era el carcelero, que no deseaba ver a su polluelo dolorido y quejoso. Con ojos vidriosos y con una cuota de baba cayendo de sus labios, hizo un gesto al cómitre que este comprendió de inmediato, al extremo de finalizar la agresión.

-¿La muerte del remero? Bahh... una boca menos para alimentar —pensó el guardián mientras se aprestaba a arrojar el cuerpo del infortunado viejo a la tumba más económica que haya existido: el mar.

Una mano enorme tomó a Augusto por el cuello y lo transportó

a la parte superior de la embarcación. Sin pensarlo otra vez, empujó al antiguo jenízaro hacia unas cuerdas con la intención de someterlo; Augusto miraba al islamita haciendo esfuerzos denodados por manifestar sumisión y ocultar las verdaderas intenciones que lo animaban. Finalmente pareció ceder a las exigencias del africano, quien insistía con rudeza en obligarlo a dar la espalda para facilitar sus designios. De pronto, con un hábil movimiento, que puso al desnudo las bajas calidades combativas del carcelero, Augusto se situó frente suyo y con rápido movimiento de su brazo, clavó la parte puntiaguda de la astilla a la altura del corazón del mahometano.

El honor había quedado a salvo, pero ahora venía la parte en la cual sería acusado y a esta muerte, justa e inevitable, buscada por la misma víctima, habría de sumarse la del anciano galeote, pensaba con rigor fatalista. No obstante el pesimismo del antiguo jenízaro, sintió el paso silencioso de varios marineros. Éstos, distendidos, tropezaron con el cadáver, de cuya boca salía un hilo de sangre. Uno de los marineros se inclinó sobre el muerto, y en lengua berebere incomprensible para Augusto, mintió a sus compañeros:

-¡Está muerto! Se ve que debía estar borracho, porque cayó sobre su cuchillo, que se clavó en el pecho. ¡Necesito la ayuda de alguno de ustedes para arrojarlo al mar!

Dos camaradas de inmediato se acercaron y comprobaron con sorpresa que no había caído sobre su propio cuchillo (tampoco que había transgredido al Corán) sino que una astilla, utilizada como arma, era lo que había acabado con la vida del vicioso marinero. Sin embargo tampoco dijeron nada; era evidente que ninguno lo quería.

De común acuerdo coincidieron en elegir a uno de ellos para reemplazarlo; después le llevarían el caso al capitán, que sin dudas estaría de acuerdo; él tampoco lo quería demasiado. Deliberaron

sobre el futuro del prisionero: tratarían de venderlo ahora y repartir el dinero; nadie deseaba esperar a llevarlo a Estambul. De cualquier manera, Augusto, ajeno a esos negocios, se encontró, después de un viaje en el que fue utilizado como galeote, otra vez en Estambul. La posibilidad de ser reconocido por algún antiguo camarada era remota y él confiaba en el padecimiento físico que le había llevado borrar el viejo tatuaje donde constaba el grado de oficial y la pertenencia al orgulloso cuerpo de jenízaros.

Bajo un tinglado donde se colocaban, con la protección y la amenaza del látigo las desdichadas personas que habían perdido la condición de libres, fueron subastadas al mejor postor. Los oferentes eran indiferentes al dolor o la angustia de la persona enajenada.

En una lengua que Augusto simulaba no conocer e, irónicamente era la primera que había balbuceado en su infancia, oyó aparentando ignorancia las ponderaciones que se hizo de él antes de comenzar el remate. Fue adquirido por un renegado genovés, Amilcare Anastasi, quien amasara una pequeña fortuna con el comercio non sancto de productos que venían desde oriente.

Anastasi no había tenido remordimientos en abandonar a su primera esposa, los dos hijos que tenía con ella y la religión, cuyos dogmas habían nutrido espiritualmente su familia a través de los siglos. Un día cualquiera, de hacía ya más de diez años, fletó un barco, lo cargó con mercaderías que ya estaban ociosas en sus estanterías y se largó a la aventura en la que podía perder primero la mercadería y después la vida.

Tan mal no le fue, a juzgar por los resultados obtenidos en los que, el desasosiego por el precio que tuvo que pagar, no pareció ocupar un lugar relevante en su vida. No había pasado un año de su estadía en Estambul, cuando contrajo enlace con la hija de un colega,

mujer apuesta que tenía veinte años menos que el renegado y apenas había salido de su etapa infantil. Por cierto, Anastasi no purgaba remordimientos religiosos ni familiares y ni una sola gota de la antigua ciudad de Doria, la magnificencia artística de su inolvidable cementerio o el llanto inquieto de sus hijos llegaba con tanta potencia como para enturbiar la apacible felicidad de que gozaba en Estambul.

Compró a Augusto para destinarlo a las tareas gruesas que existen en todas las residencias, pero su objetivo fue contrastado por su mujer, que ansiaba una persona exclusiva para atender el serrallo, ámbito al cual Anastasi no parecía atender. Como es de imaginar, Augusto terminó ocupándose del serrallo, rechazando hasta donde pudo los reclamos más imperiosos de las pupilas.

Cierto día, Amilcare abrió sorpresivamente la puerta de la estancia de su mujer y encontró a ésta apenas vestida con una bata transparente, llorando, con la mejilla hinchada y Augusto, con el rostro adusto e impenetrable ante esa circunstancia. Era evidente que alguien le había propinado una bofetada a la mujer y siendo que el esclavo era la única persona presente, resultaba inevitable atribuir a ese individuo el referido sopapo. Anastasi se sintió en el deber de aplicar un correctivo al “español”, pero cuando comenzó a gritar para que otros esclavos de la casa concurrieran en respaldo suyo, se encontró con la decidida oposición de su propia esposa, que con empecinamiento, se negaba a que la aplicaran un castigo a Augusto.

Amilcare Anastasi no tendría escrúpulos, pero no era un sonso y no podía aceptar una situación en la que el ridículo rozara su prestigio. Como castigo a la insolencia del esclavo, amenazó con transformarlo en un eunuco, pero se topó con la abierta oposición de su esposa, quien aducía que se intentaría un castigo con un inocente, fundado solo en las injustas sospechas de un marido que se suponía engañado.

Finalmente, se llegó a una solución intermedia, que dejó a salvo la opinión de la mujer y el honor del hombre: se lo vistió como un eunuco, marchaba por las calles por delante del matrimonio, como solían hacerlo los castrados y se lo obligó a comer en exceso, de manera que al engordar, adquiriera las apariencias de los hombres que carecían de sus condiciones enteras.

Pese a todas estas medidas, Amilcare continuaba desconfiando de su mujer y de Augusto. Trató el tema con su suegro, que de ninguna manera deseaba que la mala fama cayera sobre su hija y menos todavía que el repudio del esposo lo obligara a recogerla nuevamente. Con énfasis lo apoyó y Anastasi, con las espaldas cubiertas por el respaldo de su padre político, vendió su esclavo como galeote para que ocupara una plaza en la galera de Alí Pachá.

La derrota

El balance que hizo Lala después de San Telmo fue autocondenatorio. Había perdido más de 6000 hombres en los sucesivos ataques, muchos de los cuales eran los temibles jenizaros, la flor y nata de su fuerza. Las perspectivas para los asaltos futuros eran desalentadoras.

Eligió la península de Senaglea, que ocuparía en primer lugar desalojando a los defensores cristianos, para después atacar los dos fuertes que permanecían en pie. El plan era objetivamente irreprochable. Pero para llegar a buen destino, con anterioridad debían expulsarse a defensores que, a la obsesión por la pelea, sumaban los componentes de desesperación a que los había conducido el rigor extremo de los atacantes y la fama de que venían

precedidos.

Alonso, que ya se había enterado de la salvación de Jacobo (y la pérdida de Augusto), ansiaba emular el arrojo de su amigo. Pidió y obtuvo un puesto de lucha para defender Senaglea y participó, junto a soldados endurecidos por la guerra, y Caballeros ansiosos por demostrar su valía, en la protección de la península.

De Castil lo vio partir sin esconder signos de evidente preocupación:

-No te dejes llevar por el deseo de ser un héroe —le dijo. Se encontraba en estado de postración, y su voz era apenas audible, pero igual procuró enmascarar la ansiedad con una broma.

-No lo intento. Pero mientras estabas bajo el asedio turco en las ruinas de San Telmo muchas veces deseé poder estar a tu lado compartiendo riesgos. He aprendido a odiar al enemigo y ansío participar en su escarmiento. Presumo que a la postre habremos de vencer y me desvivo por estar en la lucha. Vengaremos a Augusto. No temas, que no habré de realizar ninguna temeridad estúpida — contestó con seriedad Alonso, echando una mirada crítica a la precariedad de la tienda de campaña que oficiaba de hospital.

No obstante la claridad del compromiso asumido con el amigo, Alonso sabía que iba a participar de un hecho de histórica trascendencia y que ello lo obligaría a extremar riesgos y por lo tanto, a faltar a la palabra dada. También lo sabía Jacobo, que no ocultó, en la última mirada que intercambiaron, el valor simbólico de una despedida.

Así como la conquista de Malta se había convertido en una verdadera alucinación para Solimán, para los Caballeros de la Orden

impedirla era una obsesión innegociable. En los planes del Gran Turco estaba utilizar la isla como trampolín estratégico para la posterior conquista de Italia. Había amenazado a Paulo IV que ingresaría a caballo a San Pedro y la convertiría en la principal mezquita del islam, y pensaba honrar esa promesa. Después, con la captura de Italia y la península balcánica que estaba a punto de caer, iría hacia el centro de Europa a través de Hungría. Pero para la concreción de esos planes inmensos, Solimán primero debía capturar Malta.

La muerte de Dragut y la herida de Pialí habían significado un golpe duro para el Imperio. El mando de la flota recayó, entonces en Uluch Alí (el inolvidable y odioso Uchalí referido en “El Quijote...”), renegado calabrés que sin duda tenía los atributos de ferocidad aptos para el mando, pero no tenía la sabiduría ni la viveza de Pialí. Parecía como que todo empezara a salir mal para los proyectos de Solimán... y no solo en Malta. Inició conversaciones con Carlos IX de Francia para estimular la amistad que los unía, pero tropezó con la renuencia del francés.

En los planes de Solimán estaba hacer invernar la flota en un puerto amigo del Mediterráneo antes de que comenzaran las tempestades, para volver contra Malta al año siguiente. Precisaba un lugar donde no pudiera ser atacado por el rey católico. De ese modo, mandar la flota a Francia significaba una garantía: era muy difícil que Felipe intentara un golpe de mano en Francia, porque equivaldría a una declaración de guerra contra ese reino. Sin embargo, el Sultán se encontró con una sorpresa: Carlos IX no quiso recibir personalmente a su embajador y mandó decirle que no debía albergar la flota turca ni a sus corsarios. En ese momento no podría actuar contra su hermano político (Felipe se encontraba casado con la dulce Isabel de Valois). Solimán apretó los puños; a ese desaire había que sumarle la herida de Pialí.

En coincidencia con el cambio de mando que se operó en la armada turca (o debido a que el mismo ocurriera), la flota sitiadora comenzó a ser burlada por los cristianos. Es cierto que muchas de estas ayudas fueron desbaratadas a último momento, pero algunas llegaron a buen término, sembrando desconfianza en la propia escuadra turca, vacilante en su deber de vigilar. Primero fue un bote a remos, atacado a cañonazos cuando estaba próximo a la costa. Es verdad que fue echado a pique, pero algunos caballeros y marineros ganaron tierra a nado. Después, una expedición que comandaba el sobrino de La Valetta, burló el sitio y se acercó a la playa. Cuando le tocó el turno al gran marino y militar español don Juan de Cardona, llegó hasta Malta con una dotación preciosa: 600 hombres, de los cuales 150 lo constituían una fuerza de soldados españoles, los más recios de entre los imbatibles tercios, además de nobles y Caballeros llegados de toda Europa.

Los recién desembarcados fueron afectados por La Valetta a la península de Senaglea; ése sería el primer escollo que habrían de enfrentar los turcos.

En ese mismo sector tomó posición Alonso, a las órdenes de un caballero de lengua provenzal llamado Vaucluse, que conocía bien su oficio. Tenía subordinada una pequeña batería cuyos cañones estaban emplazados en dirección a una de las lenguas de mar. En su revesada media lengua, que mezclaba, junto a las nativas, palabras españolas e italianas, decía con pícaro intención: “¡Ojalá ingresen los turcos por ese brazo de mar para proteger su infantería!”.

Pronto eligió a un Caballero de su misma lengua como ayudante y en forma directa, sin perder autoridad, compartió sus planes con su auxiliar y el joven español, a quien había considerado como elemento valioso apenas lo vio.

Éste, provisto de un catalejo, cumplió la orden de acercarse al borde del acantilado situado en el extremo opuesto para divisar la flota turca, si es que se acercaba. Ya había hecho antes ese mismo trabajo y por un momento sintió como si el tiempo regresara. Se arrastró por el suelo cuidando no ser divisado por alguien que, como él, hubiera sido afectado por el enemigo a un prolijo reconocimiento. Sabían los defensores que los turcos, la noche anterior, habían bajado pequeñas dotaciones de exploradores que cumplían la misión de inspeccionar el terreno e informar.

A las ropas de de Tejada se adherían los pastos húmedos y el barro del lugar. Después, cuando comenzó a sentir en la piel las desgarraduras que provocaban las irregularidades del suelo pedregoso, advirtió que las adhesiones eran más viscosas: se pegaba a la ropa el musgo del lugar. Pronto apreció que le estorbaban las botas y lamentó no haber efectuado la misión con trabillas; en ese instante envidió a los turcos las cómodas y silenciosas babuchas. Con mucho trabajo, cuidando de no sentarse para no ser visto por el enemigo, se fue quitando las botas. Ahora no harían ruido, pero el silencio sería a expensas de sus pies, que quedaban expuestos a los cortes y verdugones del suelo irregular. Continuó avanzando. Poco después se encontró al borde del acantilado y, siempre manteniendo la posición horizontal, con el pecho pegado al suelo, alzó apenas la cabeza para enfocar el mar con su anteojó.

Era ya casi mediodía, y el sol africano, cuando promediaba el mes de julio, caía con el peso del plomo sobre la isla. A propósito: el señor de Vaocluse había hecho pintar el casco de modo que el sol, reflejándose en el mismo, no delatara por efectos del bruñido de los metales la presencia de un soldado cristiano, alertando de ese modo a los enemigos. En consecuencia el morrión, íntegramente de metal grueso endurecido a martillazos, absorbía los rayos y trasladaba un calor insoportable a quien lo enfundaba.

-“Bueno, cuando se descarguen los alfanjes turcos contra mi cabeza bendeciré este malestar” —pensó con una sonrisa resignada Alonso, haciendo gala de una flemática ironía, más apropiada al estilo inglés que al de un caballero de Castilla.

Durante dos días cumplió esa misión. Estaba promediando esa jornada (14 de julio de 1565) cuando mediante el catalejo advirtió una vela; detrás de la primitiva galera marchaban otras, que navegaban con suavidad por las aguas verdosas y serenas de esa hermosa bahía. Uluç las desplegaba para cañonear con impunidad las defensas cristianas. Pero Uchalí no tenía la astucia de su antecesor.

Alonso se incorporó y rápidamente, aún a riesgo de ser sorprendido por el disparo de algún enemigo de los infiltrados la noche anterior, emprendió a la carrera el retorno hacia su base. Confirmando los sentimientos que lo asaltarán, creía estar retrocediendo en el tiempo a un momento similar; había cumplido esa comisión apenas unos días antes, cuando divisara la flota otomana que se aproximaba; al castellano el tiempo transcurrido le pareció que eran siglos. Entre jadeos por la velocidad con que había corrido, mezclando palabras de diferentes lenguas, dijo a su jefe que una flota oponente se acercaba para apoyar las fuerzas de desembarco.

Vaucluse recibió la noticia con una sonrisa. La lengua de mar en la que estaba situada la península de Senaglea hacía un recodo, partir del cual se debía navegar en sentido opuesto. A partir de ese momento la flota debía padecer las consecuencias de un viento que debían recibir de frente. -“¡Ajá!de manera que llegarán por el norte”—razonó en silencio.

Si habían sido divisados una media hora antes, —continuó pensando— era probable que a más tardar un par de horas después irrumpieran ante ellos. Tenía tiempo. Llegarían mucho antes de anoecer. Con calma, ordenó a los artilleros que se prepararan. Acumuló suficiente munición y pólvora en la cercanía de los cañones y esperó con paciencia. Toda la dotación debía observar el más absoluto silencio, evitando ser detectados por los observadores que había desplegado por toda la península el Imperio Otomano.

-Al que produzca el menor ruido lo voy a ajusticiar con mis propias manos —dijo Vaucluse en su tradicional media lengua.

El tiempo pasaba y la flota turca no aparecía.

Aumentaron las pulsaciones y los nervios entre los cristianos. ¿Y si habían sido descubiertos? Varios pelotones turcos recorrían el área desde la noche anterior. ¿Y si hubieran detectado la batería? ¿Y si les advirtieron de la emboscada y al final los sorprendidos resultaban ellos? Además, todo había sido previsto suponiendo que el desembarco se haría por el oeste, y por lo tanto la flota llegaría por el norte; así al menos era lo indicado por un razonamiento lógico. ¿Y si los otomanos hubieran planeado una táctica diversa?

En general las dudas suelen atraer otras dudas y éste no era un caso distinto. Los titubeos e interrogantes empezaron a abrumar a Vaucluse, quien, apremiado, se decía a sí mismo que todo el plan se había trazado en base a una conjetura. Por otra parte, cuando se parte de una suposición, todo el trazado de la estructura es aleatorio. Las distintas hipótesis comenzaron a acosar a los defensores y — como sucede en esos casos— el pesimismo comenzó a apoderarse de ellos.

-“Ahora, en cualquier momento los invasores irrumpirán en

medio de nuestras fuerzas, mientras esperamos con inocencia un comportamiento lógico de ellos” —pensaba Vaucluse mientras apretaba los dientes con fuerza. Pero era evidente que Uluch no era Pialí. Sus movimientos, previsibles por lo obvio, podían ser anticipados por los defensores sin temor a equivocarse. Cuando los nervios empezaban a destruir la serenidad de Vaucluse, aparecieron, navegando solemnes e inmutables, las galeras que habían sido dispuestas para abrumar las defensas con sus cañones y transportar los soldados de desembarco. El alma regresó al cuerpo del jefe cristiano y echado en el piso, volvió a recomendar silencio a sus hombres. Dejó acercar las galeras haciendo gala de una serenidad que unos instantes antes lo había abandonado.

Cuando estuvo seguro del resultado dio la orden que esperaban con ansiedad sus artilleros:

-“¡¡Fuego!!”.

Al unísono, desde las varias bocas emplazadas, se escupió munición a discreción contra los navíos. La puntería de los artilleros era consumada y un Vaucluse eufórico los alentaba a continuar sin tregua. Después de algunos minutos de ensordecedor ataque fue abatida la primera galera. Cuando Caballeros y soldados la vieron hundirse un estallido de gozo arreció en forma unánime. “¡Dios no va a abandonarnos!”, se escuchó, superando la sonoridad de los disparos.

Cuando arreciaba el fuego cristiano, Vaucluse advirtió que otro Caballero de la Orden, el señor de Guiral, también había emplazado una batería en San Ángel, desde la cual aplicaba un bombardeo incesante a los buques enemigos. Pero los turcos ya habían comenzado una operación anfibia de magnitud, y a pesar de que muchos de ellos se habían ido a pique junto con los buques que los

transportaban, miles de soldados, divididos en tres grupos de ataque, se preparaban para abalanzarse sobre las posiciones que defendían los cristianos. Otra vez se aproximaba una carnicería.

En el sector cristiano ocurrió un hecho providencial. Un hombre del bando turco, disconforme con el reconocimiento dado por la superioridad a lo que él consideraba justos méritos, se había pasado al campo cristiano. Su llegada fue prodigiosa. Informó a La Valetta que en los planes turcos estaba la invasión a la península por los acantilados y el Gran Maestre, perspicaz para detectar si hubiera sido una mentira, creyó en la palabra del desertor. Fue un acierto. Con premura hizo levantar una empalizada en el sector que estaba bajo responsabilidad de Vaocluse y dispuso el envío de una importante dotación de soldados; el provenzal encomendó a su ayudante y a de Tejada la defensa de la misma.

Cuando quedó claro que el cañoneo de de Guiral tenía el mismo objetivo que el que venía desarrollando su batería, Vaocluse dispuso que sus hombres se aplicaran de lleno a la empalizada, suspendiendo el bombardeo. Los encargados de la defensa, con casi todos los soldados y varios caballeros, se encaminaron a su flamante puesto de acción. Una fosa había disimulado bastante bien los parapetos y ellos constituyeron una sorpresa para los invasores. Cuando se toparon con las empalizadas no solo debieron pensar en superarlas, sea destruyéndolas, sea sorteándolas, sino que además tuvieron frente a sí soldados que con ferocidad estaban dispuestos a morir protegiendo el suelo que pisaban.

Las fallas estratégicas de los otomanos quedaron al descubierto. Lala se había equivocado en San Telmo y tratando de enmendar esa falta, había modificado su táctica en Senaglea, dividiendo en tres su fuerza de ataque. Esto le resultó fatal. Tampoco el recordado Uchalí podía exhibir algo más que su famosa bestialidad:

la baja de Pialí Bajá había sido grave y el sustituto no logró acercarse a su nivel.

Con todo, al tiempo de pelear, la defensa de la barrera comenzó a ceder ante el número abrumador de atacantes. Una oleada irrefrenable de soldados turcos se había lanzado al ataque, a continuación la siguiente, y así sucesivamente; los medios tradicionales, que el maestro de esgrima había enseñado a Alonso en sus clases de visteo, fueron inaplicables ante el aluvión humano. Los alfnjes brillaban al sol y caían sin piedad sobre los pocos defensores que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, trataban de resistir el ímpetu enemigo. Ya la valla estaba rota por varios lugares y los atacantes se filtraban tras las líneas de defensa, atacando a los cristianos por la retaguardia. El ayudante de Vaucluse había caído, alcanzado por una cuchillada y agonizaba en el suelo. Alonso se batía con denuedo, pero era evidente que en cualquier momento sus fuerzas se agotarían o una cimitarra certera habría de acabar con él. Por de pronto, el suelo estaba cubierto por hombres muertos en la acción. Era el momento de retroceder. Con método y orden, los cristianos comenzaron a retirarse hacia posiciones más seguras. Lo hicieron hasta donde, La Valetta en persona, frío y solemne, encabezaba la defensa. Su personalidad, hierática e imponente, ejercía un efecto disuasorio sobre los invasores.

Pero los cristianos no pudieron retroceder con tranquilidad. Los soldados turcos, y en especial una pequeña compañía de jenizaros, los continuaba acosando, como una cuadrilla de lobos hambrientos lo haría con un animal herido, abandonado en medio de la nieve. El señor de Vaucluse tenía la cara roja por la sangre que salía de una herida profunda que le habían propinado en la cabeza. Varios cristianos yacían gravemente heridos o estaban muertos. Alonso sentía que la sangre fluía en abundancia desde el costado izquierdo de su cuerpo. Un chafarote lanzado de punta le había penetrado

debajo de la axila y debía haberse frenado con algún hueso. Tenía el brazo en alto en ese momento, sosteniendo el escudo para proteger el flanco de un hachazo turco, cuando sintió, como si se le hubiera introducido un metal al rojo vivo, que una hoja penetraba en su costado. “Después del combate veremos la herida” se dijo a si mismo mientras apretaba el escudo contra su cuerpo para disminuir la hemorragia y hacía girar el brazo sano en molinete.

La victoria ya se hallaba cercana a Lala. Las hordas estaban próximas a triunfar, doblando las trincheras hechas levantar por La Valetta en protección de las fortalezas. Ahora, al mismo tiempo, los invasores asaltaban la península y los fuertes de San Miguel y San Ángel; las defensas protectoras ya se consideraban vencidas. Sobre los defensores se había volcado una fuerza irresistible de soldados turcos.

Cuando ya la victoria otomana era segura, e inminente la claudicación de los cristianos, desde la misma ciudadela de Birgu surgió la figura del Caballero Vincenzo Anastagi un infatigable y valeroso capitán de caballería que atacó la retaguardia otomana. En realidad, se peleaba sin misericordia y las reglas mínimas de humanidad se habían olvidado. En su embestida contra el enemigo, Anastagi atacó sin contemplaciones el hospital de campaña que habían levantado los turcos y masacró a los heridos. Lala supuso que su retaguardia había sido desbaratada por soldados de refuerzo enviados por el virrey de Sicilia y, temeroso de ser tomado entre dos fuegos, ordenó cesar el ataque. Fue una decisión providencial para los cristianos. Una torpeza de Lala los libró de una caída segura.

Pero el respiro no duró mucho.

Los turcos, como animales predadores, se replegaron pero no abandonaron la presa. A comienzos de agosto volvieron al ataque y

en apoyo de sus pretensiones trajeron el tren de asedio, que constaba de más de 60 piezas de artillería. Pusieron cerco en regla a San Miguel y Birgu, que debía pagar por la osadía de Anastagi, y sobre ambos bastiones cristianos hicieron caer una lluvia de proyectiles. Ya las defensas maltesas habían sido demolidas por los cañones, y el Gran Maestre, que se había desplazado a Birgu, peleaba espada en mano entre los escombros, arriesgándose en la primera línea.

Sin embargo, inesperadamente, otra vez con la victoria al alcance de la mano, los infieles levantaron el asedio.

Sobre los hombros de Lala pesaba mucho: el tiempo y los soldados perdidos en el asalto a San Telmo, y ese pensamiento, sumado a otras consideraciones le hizo incurrir en pesadas vacilaciones. Una vez más, la Providencia había salvado a los cristianos. Entre los diversos factores a evaluar con respecto a esta determinación, debe señalarse una fundamental: los turcos estaban arrepentidos de no haber sometido con anterioridad el interior de la isla. De ese modo, pensaban, hubieran evitado que desde sus cuatro puntos cardinales continuaran presentándose hombres al servicio de la defensa. Otra versión contiene datos menos objetivos: se suponía que la imagen de La Valetta ejercía, sobre los contingentes otomanos, una impresión terrorífica, y ante su presencia claudicaba el valor de los soldados enemigos. Según esta opinión, Lala quiso evitar que sus fuerzas se diluyeran en medio de la frustración.

La retirada dispuesta por Lala se produjo el 7 de agosto, día de la festividad de San Cayetano, por lo cual se atribuyó a la intercesión milagrosa de ese siervo católico la salvación cristiana. La Valetta dispuso que ese mismo día se rezara una Misa en conmemoración del santo.

La discordia entre los atacantes pasó a ser moneda corriente.

Se sabía que un oficial subalterno había expresado su disconformidad a Lala en tono airado. Es cierto que el comandante ordenó su muerte inmediata, pero la ejecución no hacía más que poner en evidencia la desunión reinante en las filas sitiadoras. Las diferencias y peleas se habían convertido en comidilla habitual. A esto debía agregarse un segundo dato: corría el rumor de que la llegada de los refuerzos que debía traer García de Toledo desde Sicilia eran cada vez más inminentes.

A partir de ese momento, los turcos se encontraron con la moral más baja todavía. Contaban con someter la isla en pocos días pero el tiempo y los hombres perdidos constituían un déficit tan grande, que, a esa altura, ni siquiera la captura de Malta podría compensar. El malestar había acampado en los cuarteles sitiadores.

Sin embargo, tanto como para satisfacer su orgullo herido, Lala ordenó un último intento. Los soldados asumieron la orden como una fatalidad, con indiferencia, sin que la alegría o la esperanza tuvieran la forma de una promesa. Cargarían contra los enemigos como una obligación.

Es que la situación no podía ser más inexplicable para el alto mando otomano: disponían de un parque de artillería con tanto vigor como jamás se había visto; los soldados eran de una profesionalidad y eficiencia absolutas; la flota de apoyo se jactaba de ser la más poderosa del mundo. Por si a esa enumeración le faltara algún elemento, los sitiadores contaban entre sus tropas con los temibles jenízaros y una formación especial de cipayos había intervenido en todos los asaltos.

¿Cuál era la razón del fracaso? ¿La tenacidad de los defensores?

En medio de esas dudas, Lala dispuso un bombardeo total de los fuertes y del poblado de Birgu. El 21 de agosto ordenó un asalto completo a San Miguel y San Ángel, manteniendo la presión sobre la ciudad. Ese día, una mina turca de alta perforación, destruyó las murallas que protegían Birgu. Por ese orificio comenzaron a ingresar los soldados turcos y la caída de la importante ciudadela pareció inminente. El pánico se apoderó de la población cuando numerosos estandartes de la Media Luna aparecieron tras la muralla, demostrando que ésta en verdad había sido vulnerada.

Sin embargo, en una de las acciones que más lo encumbraran, La Valetta corrió hacia la brecha y se paró frente a los invasores con su espada en una mano y el inseparable escudo en la otra. Vestido de negro como siempre, alto y sumamente delgado, parecía la encarnación de un espíritu protegido, al que resultaba imposible herir o matar a pesar de los numerosos intentos que se efectuaran. Implacable, la pesada espada que esgrimía con la mano derecha, se descargó con rudeza sobre la cabeza de los soldados del islam más atrevidos. Pronto desaparecieron los enemigos —al menos en ese lugar— aún cuando la situación continuaba siendo grave para los cristianos.

Horas después, durante un silencioso interregno predecesor de un nuevo ataque, el Consejo de Ancianos de Birgu se reunió para evaluar el estado de cosas. Por supuesto nadie hablaba de rendirse o entregarse a los turcos, porque se conocían las consecuencias. Pero el Consejo consideraba otra posibilidad: evacuar la ciudad y refugiarse en los fuertes, con preferencia en el de San Miguel, que se consideraba más amplio y mejor defendido.

Esta posibilidad sobrecogió a La Valetta. Si se abandonaba la ciudad, ello sería interpretado por los turcos como una acción desesperada de los cristianos y renovarían su ímpetu. No; Birgu

debía retenerse. Con la misma ropa que sobrecogiera a los asaltantes, con una desgarradura en su costado izquierdo a consecuencia de un estoque otomano, volcó su mayor prestigio para defender esta posición y no sin grandes esfuerzos pudo imponerla. El terror suele ser mal consejero de la gente.

Desmoralizados, los invasores no querían nuevas experiencias. Esto, en cambio, no era lo que estaba en la mente de Lala, que había olfateado el triunfo cercano y de pronto, acuciado por esa perspectiva, no quería abandonar Malta sin una victoria. Ordenó a sus hombres construir una torre de asedio y, transportándola cubierta de escudos para proteger a los soldados de las flechas maltesas, intentó uno de los últimos esfuerzos por vencer a la Orden.

Alonso estaba reponiéndose de la herida recibida en Senaglea, y junto a Jacobo de Castil se les ordenó colocarse en cercanías de la torre. Tenían expresas instrucciones de La Valetta; ellos solo debían efectuar el aporte de su coraje, que no era escaso y el de su inteligencia, que se sabía abundante. Se veía que la torre de asedio sería el obstáculo a vencer. Cumpliendo las indicaciones recibidas del Gran Maestre, encomendaron a un ingeniero planificar y realizar de inmediato excavaciones que llegaran hasta la torre.

Fue una carrera contra el reloj, pues una vez colocada la elevación era evidente que de inmediato comenzarían los atacantes a ingresar a la ciudad. Además, era de la misma naturaleza del ingenio turco la movilidad de que estaba dotado, y era obvio que si advirtieran la construcción de un túnel, con solo desplazar la torre unos pocos metros, aquél se tornaría inútil. Resultaba imprescindible, por lo tanto, que los trabajos de ingeniería no solo se comenzaran de inmediato sino que se llevaran a cabo con absoluto secreto (y sobre todo silencio), evitando que los sitiadores supieran de su ejecución.

La tarea no era sencilla, pues las lluvias habían convertido el suelo en un barrial. Después de terminados los trabajos de zapa, la torre comenzó a ceder en sus bases. Los atacantes, atemorizados por la inminente caída del artefacto, intentaron bajar a toda prisa, pero debieron vérselas con los soldados enemigos. Estos, solo con armas blancas (en especial ballestas) —la intensidad de las precipitaciones ocurridas en los últimos días inutilizó las de fuego— los acosaron de tal forma que aquellos terminaron por abandonar el intento.

Por fin, el 28 de agosto llegó la flota de García Álvarez de Toledo. Uluch Alí con sus navíos la rechazó, pero ello solo fue en apariencia; el marqués de Villafranca (García de Toledo) evitó el enfrentamiento, efectuó un rodeo de la isla y desembarcó los refuerzos en una playa desierta del norte, llamada San Pablo. Casi diez mil soldados había transportado desde Sicilia; ese número era desalentador y nefasto para los invasores.

No obstante, un hecho casual pudo cambiar el curso de las cosas. Un soldado morisco al servicio de España, que se pasó a los turcos, dijo a éstos que la cantidad de hombres traídos por García de Toledo era muy inferior al número señalado en un principio. Según él, no llegaba a cinco mil hombres. El dato hizo renacer esperanzas en Lala, que odiaba una capitulación, y se apresuró a transmitirla a sus soldados, reclamándoles un último esfuerzo. Ocurrió lo mismo que habría de pasar más adelante, cuando se incendiara Venecia: los hechos fueron aceptados por los destinatarios de acuerdo a lo que deseaban escuchar, y no de conformidad con la realidad: los soldados llegados eran en verdad diez mil.

Como quien asume la obligación por fatalidad, los hombres se prepararon a atacar cumpliendo la orden de Lala cuando ya estaban a punto de embarcarse rumbo a Turquía. Naturalmente no lo hicieron con espíritu guerrero, sino dominados por el escepticismo y el

fastidio. Ello, una vez más, les trajo mala suerte.

Álvaro de Sande había sido el comandante español en Trípoli, cuando esta ciudad capituló con los otomanos, cinco años atrás. Las bases del acuerdo no fueron cumplidas por los turcos y Sande fue convertido en esclavo. En esa condición humillante estuvo durante los largos años que duró su cautiverio (como se ha relatado), hasta que se produjo el rescate. Odiaba como pocos a los otomanos y consideraba la oportunidad de pelear contra ellos como una bendición del Cielo; más que un comandante era un vengador.

En realidad, durante sus largos años de esclavitud en Estambul, pensó que jamás habría de tener la ocasión de luchar contra sus carceleros. Algunos de los hombres que estaban a sus órdenes en la vanguardia recién llegada, también habían padecido el cautiverio en el Imperio Otomano, en condiciones ignominiosas. Cuando se les informó que los invasores iban a intentar un nuevo golpe, no necesitaron recibir la orden; tampoco revestirse con petos y demás adminículos de las corazas.

A medio vestir, con las armas en la mano, acometieron con tal fiereza a los infieles que éstos, faltos de motivación para la lucha, creyeron que les caía encima todo el ejército de Felipe II. Dieron media vuelta y arremetieron en manifiesto desbande buscando el mar, siendo acuchillados por los españoles sin tregua durante todo el recorrido hacia las naves.

La acción de los atacantes, disponiendo la evacuación de la isla y el abandono de la invasión, se desarrolló el 8 de septiembre, en que el santoral recuerda a la Santísima Virgen. La más rezagada de las velas del Imperio de Solimán, se perdía en el horizonte el día 11, la jornada en que el mundo católico honra a Santa María.

La llegada de la flota otomana ocurrió el 18 de mayo de 1565; se embarcaron, rechazados por un puñado de defensores, como ha sido dicho, el 11 de septiembre del mismo año. El asedio había transcurrido durante todo el período estival; ese verano sería inolvidable para los defensores; para los turcos también.

Atacantes y guardianes debieron soportar lluvias interminables y soles abrasadores; cielos radiantes y nubes bajas; tormentas eléctricas y anocheceres plácidos; la muerte y la victoria, disputándose la carne sangrante y el dolor de hombres y bestias. También, que los segundos tiñeran su espíritu con los atributos brutales que tenían los primeros. El intento de captura de Malta puso a prueba la suma virtud y la suma culpa de los individuos, a menudo expresadas a través del mismo personaje “y de sus circunstancias”, como diría, varios siglos después, Ortega y Gasset.

Malta se había salvado para la fe y para la tradición europea. Ése era uno de los dos resultados de la batalla. El Imperio Otomano, sufrido un impresionante revés en su intento por dominar el Mediterráneo Occidental y su flota demostrado no ser invencible. Ése era el otro.



Felipe II, tras la victoria de Lepanto, ofrece al príncipe Fernando al cielo, Tiziano, 1572-1575, Museo del Prado, Madrid

CAPÍTULO IV

La paz armada

Como fuera dicho, Malta se había salvado. Al desistir de su intento y abandonar la expulsión de los cristianos, Solimán parecía haber reconocido la inviabilidad de sus sueños grandiosos y desmedidos.

Sin embargo, derrumbadas sus aspiraciones de dominar, a través de la dichosa isla el Mediterráneo Occidental y el sur de Europa, sus quimeras no acabaron y pronto intentó no descorazonarse él ni sus soldados. Por el Danubio sus ejércitos continuaron marchando hacia Viena —verdadera obsesión— pensando acabar con los Habsburgos, la casa reinante más fuerte y antigua de todo el continente.

En tanto, Malta había comenzado su tarea de lenta reconstrucción. La Valetta —cuya notable dirección de las defensas lo había transformado en un semidiós— ejercía una indiscutible paternidad sobre Caballeros y habitantes de la isla. Para sumarse a esa consideración, Felipe II le envió un obsequio que habría de constituir todo un símbolo de gloria y admiración: una daga recamada en piedras preciosas, que el destinatario exhibía con orgullo y honra. Nada menos que el Príncipe de la Cristiandad agregaba semejante homenaje a quien se lo ensalzara como el salvador de Malta.

Con el levantamiento del sitio, la navegación desde el continente empezó a normalizarse. Comenzaron a llegar las embarcaciones habituales y el comercio procedió a desarrollarse con la fluidez anterior. Los Caballeros que habían sobrevivido al asedio, con lentitud regresaron a los distintos puntos de Europa de donde habían venido. Poco a poco, la isla retomaba su rutina tradicional y la Orden —propietaria de la isla por cesión primero y ahora por derecho propio— recuperaba su preeminencia sin discusiones. Arribaron al puerto las embarcaciones con los correos acumulados desde algunos meses atrás, cuando el bloqueo otomano impidiera toda cercanía de buques cristianos.

Llegó para Alonso de Tejada una carta con remitente de Zamora, despachada con fecha 23 de abril de 1565, anterior al comienzo del cerco. Estaba firmada por su padre, aunque el contenido de la misiva comprendiera también la opinión y el sentimiento de su madre. Don Alonso no pudo impedir que un ligero temblor azotara sus manos cuando recibió el sobre. Antes de abrirlo una serie de pensamientos asaltaron su alma. ¿Qué diría esa carta? ¿Contendría reproches? Había partido de Zamora para concurrir a Alcalá, pero terminó ingresando a la Orden de Malta y participando con riesgo y arrojó en la guerra con el turco. El destino guerrero parecía que acompañaría para siempre a su persona. ¿Estaría conforme su padre?

Sin embargo, el Conde no pudo reprimir sus sentimientos, y la autoridad doméstica cayó vencida por el afecto paterno, angustiado por las pruebas a que la Divina Providencia habría de someter a su hijo. Lo aterrorizaba la muerte del vástago, pero más aún que pudiera ser prisionero de los infieles. Es verdad que el cautiverio al menos permitiría imaginar un rescate, pero en el ideario general prevalecía la imagen de las torturas y vejaciones a que sería sometido. Ni pensarlo si lo mandaran a las galeras. Arrepentido por el rigor

aplicado para alejarlo de una prometida que no ofrecía impugnaciones, nunca imaginó que Alcalá, un destino de estudio y distracción, habría de convertir la inocente separación en una marcha hacia la guerra. También es cierto que el orgullo no le permitía olvidar que en sus años mozos él mismo fuera lugarteniente de don García Álvarez de Toledo, hijo del duque de Alba, y sirviera en el ejército del emperador contra los turcos.

Pero las cosas habían ocurrido en la forma relatada, y las lágrimas de su mujer, la angustia de sus hermanas, la tristeza de Noelia, su mismo dolor, no eran suficientes para torcer el destino. El Conde suspiró mientras volvía a mojar la pluma y continuaba con sus pensamientos: “¡Si Dios lo protegiera en este trance...!”, rumió en silencio mientras buscaba las palabras adecuadas. Encaró el tema frontalmente: “Si tu corazón te indica que Noelia es la mujer adecuada, nosotros —tu madre y yo— no solo no tenemos inconvenientes ni objeciones que deducir, sino que apoyamos con todo énfasis esa correspondencia. Hemos conversado con los padres de la niña y acordamos todo lo atinente a vuestra relación (vuelvo a repetir: si vos estuvierais de acuerdo). Ella te espera con abnegada entrega y nosotros aguardamos con fe tu retorno. Los sentimientos dependen de ti”. Alonso releyó varias veces la carta y en especial ese tramo; después guardó el papel en su pecho, cerca del corazón.

Algunas veces sentía el dolor provocado por el estoque turco en el costado de su cuerpo. La herida empezaba a cerrar por debajo de la rústica costura que la uniera, pero algún movimiento brusco del brazo era como una puntada, que reemplazaba la picazón, provocada por la cicatrización. Ahora había sido el brazo del lado opuesto, instintivamente rápido para guardar la carta. Deseaba estar solo para leerla a sus anchas nuevamente. “¿Le haría conocer su contenido a Jacobo?” —dudó con las vacilaciones que provoca el pudor. Mejor le diría su contenido, pero reservaría el texto para releerlo con

discreción y en soledad.

Trataría de obtener un permiso especial de La Valetta para viajar a España. “Le diré que me llaman asuntos de familia” —pensó para sus adentros, suponiendo que a fin de cuentas no era una mentira la que estaba planeando, ya que había sido una carta paterna la que disparó el viaje.

Un prolongado tiempo después, a bordo de un velero, zarpaba para Nápoles, en su primera etapa del viaje hacia su tierra. Desde la cubierta del buque, que navegaba repleto de carga y personas que acomodaban sus cuerpos para que la cercanía de ellos protegiera los bártulos que transportaban, veía cada vez más pequeña la isla. Desde ese mismo puesto distinguió, algunos días después, el puerto de Nápoles. Unas horas antes había divisado el litoral amalfitano y desde allí, al impulso de una brisa sostenida, el ágil velero se acercó a su destino sin apartarse de la costa. “Por algo la llaman de oro”, se dijo para sus adentros Alonso, deslumbrado por las plantaciones de naranjas que se extendían por millas y millas.

La belleza de las inmediaciones napolitanas le hizo pensar en la grandeza de Dios, que había realizado semejante milagro de color y contrastes, acentuados y agigantados a la vista del observador por los rayos del sol que iluminaba el sur de Italia.

Por cierto, no era esta la primera vez que llegaba a Nápoles por mar; lo sorprendió que en el anterior viaje no percibiera la belleza del lugar. Pero entonces —se dijo a modo de consuelo— su ánimo era diferente. Ante todo, traía un recuerdo tenso de su familia, que confrontaba su amor. Además, su cabeza estaba pendiente del desafío con el Imperio Otomano y no sabía si sobreviviría al inevitable enfrentamiento. Y sobre todo una incógnita lo atormentaba: ¿Cuál habría de ser su desempeño? Nunca había estado en la guerra. ¿Y si

llegado el momento resultaba ser un cobarde? La situación era ahora diferente; algunos de los mismos pasajeros del velero habían peleado con él y sabían de su bravura. Herido, sangrando, casi agotado, lo habían visto sobreponerse a las adversidades y distribuir mandobles a diestra y siniestra.

Como al pasar, advirtió que algunos pasajeros hablaban de él y murmuraban algo a sus espaldas. No eran críticas; al contrario. Señalaban con la cabeza en su dirección, como diciendo “He ahí una de las espadas principales de La Valetta”.

Alonso se paseaba con la solemnidad que invariablemente acompaña a los héroes, que aún queriendo ser modestos no pueden evitar las consecuencias de la fama. Vestía un jubón escarlata, que ajustaba a la cintura un correaje brillante. De él colgaba una espada pesada y larga, que el joven estiraba hacia afuera con una cadenilla para que no arrugara los gregüescos, también escarlatas, matizados con negro y encajes blancos. Las calzas negras daban a su aspecto una edad que no tenía. En el brazo izquierdo lucía un pequeño emblema: era el signo de la Orden de Malta, que llevaba con orgullo; “quizá con el tiempo me impongan la insignia del pecho” —pensó con un dejo de soberbia.

Su cabeza, tocada con un sombrero castaño de alas muy anchas, llevaba una pluma blanca, tan inmensa como insolente. Cubrían sus pies unas botas de caña alta, que un artesano de Zamora había confeccionado a su medida y remataba el atuendo, elegante y sobrio, una capa oscura, forrada de gris, que, extendida, casi llegaba al suelo. “Ojalá pudiera verme Noelia así vestido” —pensó para sus adentros, como una criatura jactanciosa y feliz.

Ahora se alojaría en una posada hasta que saliera el próximo navío hacia Barcelona.

Tuvo suerte. Dos días después, una galeota española zarpaba para la costa oriental del país y su periplo tocaba Valencia y concluía en Barcelona. Alonso prefirió ingresar a su patria por Valencia y desde allí, dirigirse por las postas habituales hasta Zamora.

La galeota que había tomado era ligera; su patrón la había hecho construir con un diseño adecuado para tomar velocidad, a pesar de que solo unos pocos bancos le daban asiento a unos 20 remeros. Estaba confeccionada con materiales livianos y, si el viento era sostenido y favorable, tajeaba el mar como un cuchillo filoso corta mantequilla blanda por el calor.

Los dos palos dejaban libre la cubierta de proa, que sin trinquete, hacía lugar para que la proiza se destinara a anclar la nave, o que algún pasajero — como en este caso Alonso— recibiera en plena cara la brisa del Mediterráneo. El piloto, un hombre de Mallorca apellidado Bisán, se sentía orgulloso de su nave. Varias veces escapó de las zarpas piratas gracias a su veloz estructura y, confiado, pensaba que sería siempre inalcanzable para los moros.

Por otra parte, sus remeros no habían sido reclutados entre la cáfila de perdularios que pululan por los puertos, ni en los registros de su buque existían constancias de que algún convicto estuviera destinado a sus bancos. Por todos ellos pagaba una buena moneda para tomarlos y ninguno deseaba cambiar su posición de marinero contratado por esclavo moro. Llegado el momento podía contar con ellos, que clavarían los remos en el agua para impulsar con brío el navío.

Su ojo atento revisaba el mar con un catalejo potente, que permitía acercar las imágenes lo suficiente como para anticipar el acoso. Precisamente ahora parecía llegado ese momento. En el

horizonte, dirigiendo la vista hacia barlovento, podían divisarse dos navíos que, en apariencia, debían ser hostiles. Daban impresión de interponerse entre la costa levantina de España y la galeota; mala suerte. Ahora tendría que dar un gran rodeo para evitarlas y esa circunstancia cansaría a sus remeros, con cuya energía contaba para llegar rápido a Valencia.

Corneja cascoteada tantas veces, la necesidad había convertido al piloto en un zorro viejo y mañero. No esperaría la cercanía de los buques avistados para escapar; les daría popa de inmediato y, si las intenciones no fueran piratas, no intentarían perseguirlo. En caso contrario... bueno, la distancia era enorme.

La galeota derivó de inmediato, confirmando con la maniobra las virtudes marineras de la embarcación. Se inflaron las dos grandes velas y, aprovechando el viento favorable que recibía por la aleta de babor, los remeros acompañaron el impulso de la nave con el golpe preciso de sus palas. El piloto, como buen mallorquín, desde su infancia había conocido dos cosas: el gusto salado del mar y la navegación en esas aguas que los romanos llamaran “Mare Nostrum”. Él también, como los antiguos marineros de Roma, había concebido ese mar como propio y no estaba dispuesto a que ningún pirata moro le arrebatara su propiedad, que era tan suya como la misma galeota lo era de su patrón y sus hombres de la libertad.

Ninguno de éstos lo había visto jamás nervioso o alterado. Contaba con un contraмаestre que, bebidas al margen, conservaba la frialdad de los muertos cuando la faena se ponía calurosa. Fue hacia popa con calma y, como si hiciera un ejercicio rutinario, llevó el catalejo hacia su cara. Las dos galeras habían puesto proa en su dirección. Ahora no había dudas; se trataba de dos buques piratas; con seguridad, corsarios al servicio de Solimán. Se trataba de dos galeras —de eso no cabían dudas— pero una, provista de mayor

velamen, parecía acortar distancias... y dejaba atrás a la otra. Eso no era nada auspicioso. Estaba acostumbrado a burlar con su velocidad las galeras enemigas y nunca, hasta ese momento, había encontrado una que descontara distancias. Pero ésta lo hacía, y de manera rápida.

El mallorquín, con evidente astucia, dispuso una maniobra envolvente. Tarde o temprano sería alcanzado por la galera berebere y era mejor anticiparse, desconcertando al pirata. Los ocho cañones poderosos que tenía en cada banda se mantenían ocultos, para ser mostrados solo cuando comenzara el combate; a la vista mantenía unas inocentes culebrinas, que harían confiada la maniobra enemiga.

Dispararon a la orden del contraamaestre pero, como estaba previsto, no alcanzaron la nave corsaria.

-“Con seguridad se estarán riendo de nosotros” —pensó Bisán con una sonrisa enigmática.

Los piratas sentían segura su posición y era probable que demoraran el cañoneo a la espera de producir en la galeota un daño irreparable. Ahora estaban lo suficientemente cerca como para intentar el fuego de los cañones. La galera pirata le ofrecía con impunidad todo su flanco de estribor y el viejo piloto de Mallorca no dejó pasar la ocasión. A una seña suya su segundo hizo descubrir los cañones ya preparados con la carga adecuada. No fue preciso que Bisán diera la orden: tantos años navegando juntos y peleando en el mismo bando habían hecho, del curtido contraamaestre, un adivinador de las intenciones de su jefe; nunca había contradicciones entre ambos.

-Excelencia, podéis ponerlos a resguardo bajo cubierta —dijo, cumplido, el piloto a Alonso.

-Solo si estuviera ebrio —que no lo estoy— lo haría —replicó con impaciencia Alonso. Permaneceré allí donde la muerte diezme — agregó confiado.

La galera pirata fue sorprendida con el cañoneo cristiano. Alcanzó a contestar el fuego y de hecho un proyectil, que había estallado en la galeota, alcanzó a dar muerte a un remero. Pero fue solo eso: la galeota había hecho tronar otra vez los cañones y una de las balas dio en la arboladura de la galera.

En general, la suerte de uno suele ser la desgracia del otro; en este caso, la buena estrella de la galeota se convirtió en fortuna recíproca. Uno de los proyectiles había dado de pleno en el timón de la galera y ésta quedó al garete. La sorpresa de los piratas aumentó cuando los remeros estallaron en un grito de júbilo, participando del festejo que alegraba a la tripulación del buque mallorquín. Se habían armado con sables y espadas y se mostraban dispuestos a efectuar el abordaje de la nave turca. Por supuesto, superaban en número a los corsarios y éstos no tenían dudas de que podían ser acuchillados por los españoles. Además, ellos no podrían contar con sus remeros: eran todos esclavos cristianos y con seguridad intentarían una rebelión, aunque solo fuera para vengarse del trato recibido. Encima habían quedado boyando, a merced de las corrientes, sin timón en medio del combate.

Pero Bisán, bajo el ardor de un exterior sanguíneo, era frío y cauteloso. “No habrá abordaje” —dijo con voz normal, sin esforzarse para hacerse oír. Entre los remeros surgió un grito de decepción. El capitán, con el mismo tono indiferente, se sintió obligado a ampliar sus ideas con Alonso, que con su valor natural le había demostrado que las armas que llevaba no eran un adorno de su atuendo:

-Dentro de dos horas tendremos aquí la otra galera; no sé que calibre calzan sus cañones, pero no tengo interés en averiguarlo. Me conformo con huir. Sé que privo a mis hombres del saqueo y tal vez el botín mereciera ser el premio de la jornada, pero se les paga por navegar, no para pelear —dijo en tono neutro y sin emoción.

-¡A remar con fuerza y contra el viento! ¡Ahora! —se escuchó la inconfundible voz del contramaestre, anticipando la voluntad del piloto.

La galera berebere había quedado a la deriva. A pesar de ello, que implicaba toda una humillación, su capitán no podía comprender la fortuna que había tenido. Más tarde o más temprano sería alcanzado por la restante galera y entonces, con su ayuda, trataría de reparar el timón. Vergüenza aparte, esa perspectiva era mejor que ser colgado por los cristianos de la entena o irse a pique con la nave. Por esta vez, la cacería los había dejado sin piezas, pero habían salvado el pellejo.

Alonso sintió una complicada frustración. ¿Tan habituado a la pelea estaba? Comenzaron a bajar sus pulsaciones; él también se había imaginado un abordaje y hubiera acuchillado algún pirata, pero la orden del piloto era lógica e inteligente. Suspiró resignado. El viaje por momentos se había hecho entretenido y la aventura había tocado a la puerta de su existencia, pero en esta ocasión, aquella no se había abierto. Mala suerte. Ya se presentaría otra oportunidad. Ahora, a esperar Valencia, que, cercana y tentadora, pronto estaría a la vista.

CAPÍTULO V

El regreso a Zamora

Otro hombre, el mismo amor

En una caballeriza próxima al pueblo había alquilado un caballo. Era un ruano de buena alzada, cuyo palafrenero afirmaba que tenía solo cuatro años. Alonso algo entendía de animales y observando la dentadura de la bestia podía jurar que el jumento tenía por lo menos el doble. Pero se trataba de un buen caballo, de evidente resistencia, apropiado por su fortaleza y docilidad para ejecutar con él largas marchas.

A poco andar se arrepintió de no haber intentado comprarlo; hasta el nombre, “Barón” le resultaba simpático y a medida que recorrían las secas tierras de Castilla aumentaba su identificación con el animal.

Pronto llegaría a su casa —el antiguo castillo de los condes del Tajo—, situado en una saliente montañosa ubicada en las mismas puertas de la ciudad. Algo nervioso se sentía. ¿Cómo estaría su madre? ¿Y cómo debía obrar con su padre? Las efusiones no eran frecuentes en él y era costumbre de la familia —al menos entre hombres— evitar las expresiones altisonantes o los gestos rotundos.

“Son cosas de italianos o de mujeres” habría dicho su padre, con el ácido gesto que utilizaba para enmascarar las ironías.

Sonrió al recordarlo. Trataría, pues, de ser reservado.

¿Cuándo sería el momento de hablar de Noelia? Se había trazado a sí mismo el deber de mantener el tema a la distancia; esperaría a que sus padres lo sacaran a relucir. Entonces vería.

Venía de tutearse con la muerte en Malta y ya no era más el muchacho dócil que alguna vez había partido hacia Alcalá. Estaba endurecido por la sangre y las heridas y la cara de los sarracenos cargada de odio o de dolor habían completado su carácter. Pero bajo esa apariencia de riesgo y sufrimiento, continuaba latiendo un corazón apasionado y noble. Gracias a Dios, esa condición no se había transformado.

La espada golpeaba, al marchar, contra el flanco de Barón. Llevaba dos pistolas dispuestas para su uso inmediato. Una atravesaba sus tiradores y colocada en sus espaldas, calzaba con el cinturón; la cubría un chaquetón largo, plegado en la grupa del caballo. La otra la había ubicado en su cartuchera, situada en la parte inferior de la montura; apenas un quiebre de la cintura y su mano derecha alcanzaría a tomarla y hacer puntería. En ese momento percibió que la silla de montar era aceptable. Continuó marchando al tranco cansino que había impuesto a la cabalgadura.

El camino hizo un brusco giro hacia la izquierda del jinete y cuando éste lo repuso, atisbó, por el frente, la construcción, parda y sólida de la casa paterna. Detuvo el caballo y, apoyado en los estribos, contempló largamente el castillo. Como si se tratara de un torbellino, los recuerdos cegaron un rostro inexpresivo; se veía a sí mismo en los juegos infantiles; le parecía escuchar gritos y cantos de su remota

infancia; creía observar a sus hermanas, corriendo detrás de alguna mariposa esquiva. Ahora con seguridad serían mujeres formales, a las que no cabría imaginarlas en actitudes infantiles. Alguna de ellas tal vez ya estuviera casada o en trámites para hacerlo. Alonso sentía que el tiempo transcurrido era infinitamente superior al real.

Sacudió la cabeza con una sonrisa triste y espoleó a Barón, que respondió de inmediato, con la sangre vivaz de los animales briosos. “Buen caballo; ahora al trote”, se dijo mientras palmeaba el pescuezo del animal y lo hacía marchar con elegante sobrepaso.

Unos minutos después, un lacayo, feliz de verlo, tomaba el caballo por la brida y lo llevaba mansamente al pesebre. Alonso se sacudió las calzas de viaje y con emoción, ingresó en la sala principal de la casa. ¿Habría cambiado? —se preguntó a sí mismo como una criatura temerosa ante su examinador.

El encuentro con sus padres fue emotivo, precursor del que después le dieron sus hermanas, las que, a pesar de la edad juvenil que tenían y que las llevaba a un justo retraimiento, no cesaron de prodigar toda clase de afectos y caricias al hermano regresado.

Por un momento, Alonso sintió como si el tiempo no hubiera transcurrido, y Malta, el cañoneo con la galera pirata, la sangre que se había derramado alrededor suyo y la propia que había perdido, fueran postales de otra época y otro espacio. Pero algo había cambiado dentro suyo y la aventura, el llamado de la guerra, la violencia extrema, los ojos de la muerte, se habían incorporado a su ser sin pedir permiso, como un pensamiento ingresa en el alma de un hombre sin esperar a ser llamado.

Rodeado por el cariño extremo de quienes lo querían, Alonso se dejó llevar por la embriaguez de la compañía que no cesaba en

formularle preguntas y sorprenderse con la intrepidez de los relatos. En cierto momento, su padre dijo:

-Es preciso que le hagamos conocer tu presencia a la familia de Noelia. Estaba esta niña muy inquieta aguardando tu llegada, que un poco conocía y otro tanto intuía.

-Cuando lo dispongáis vosotros —respondió Alonso, agradecido que el tema ingresara en la conversación de una manera natural, sin prolegómenos.

-Si estáis de acuerdo —agregó el padre— les mandaré a decir que has llegado y acordaré un encuentro para mañana por la tarde. Si dais la conformidad —y por supuesto si ellos lo consienten— iremos tú, tu madre, tus hermanas y yo. Será una visita formal; después podréis visitar a Noelia todas las veces que lo consientan los señores de Irurjo.

Era evidente que esa formalidad no estaba en los planes de Alonso. Recordaba los encuentros furtivos con esa niña etérea, envuelta siempre en tules que agregaban una cuota de misterio y distancia a su hermosura, y se veía ahora, retraído y distante, obligado a un encuentro planificado. Pero así estaba dispuesto por quienes ejercían el dominio de ambos y la tolerancia de estos ritos era una compensación mínima respecto de los beneficios que traía el consentimiento social. Por otra parte, tarde o temprano debería quedar “blanqueada” esa relación y era preferible que lo fuera ahora, con el beneplácito de ambas familias. No había podido hablar a solas con Noelia para conocer su opinión, pero imaginaba que ella compartiría ese enfoque.

Dio su parecer favorable:

-Estoy de acuerdo, padre. Si todos están conformes, aguardaré hasta mañana por la tarde, entonces.

Pero el largo camino, la suma de emociones, el encuentro con su familia, lo habían cansado. Pidió permiso para retirarse a sus habitaciones:

-Si todavía las tengo —agregó con una sonrisa pícaramente sugestiva.

Su padre no pudo reprimir una respuesta emocionada:

-No solo están disponibles tus aposentos. No nos habríamos permitido dismantelarlos. ¡Dios mío! No sabemos que hubiéramos hecho si algún turco nos privaba de nuestro hijo. Tal vez habríamos muerto de tristeza, vagando con tu recuerdo en nuestra memoria — dijo el conde mirando con intensidad a su hijo, como si recién descubriera su presencia.

Su madre, que había permanecido en silencio, apretó con intensidad las manos de ambos hombres. Pero Alonso tenía razón respecto de la enemistad de su padre con los gestos emotivos: el conde, repuesto ya de su momentánea turbación, había vuelto indiferente la expresión y, puesto de pie, esperó a que su hijo saliera de la sala. Éste hizo un cortés movimiento de cabeza, alzó su cuerpo del sillón, y marchó hacia la escalera de piedra y madera que conducía al piso superior.

Se reconfortó durante algunos instantes mirando su alcoba; con alegría, observó que todo estaba igual que antes de su partida para Alcalá. Se detuvo un momento en el hogar, que templara la habitación y con cuyos rescoldos se calentaba el lecho por medio de una tumbilla, que encontró, limpia y disponible, en un rincón de la

cámara. Se arrojó boca arriba en la cama y entrelazó los dedos detrás de la nuca, de modo que quedara algo elevada la cabeza. Sus pensamientos volaron más allá de las paredes de la pieza, y por supuesto recalaron en su prometida. ¡Ya podría llamarla de ese modo! La distancia y el tiempo habían convertido a Noelia en un ser ideal, cuya posesión sería la culminación de su vida. En verdad el tiempo transcurrido a partir de su viaje a Alcalá no había sido estéril; en poco tiempo había ingresado a la Orden y, lo que era más importante, su desempeño en Malta había sido consagradorio. Pero el amor continuaba siendo lo más importante en su vida.

“¡Dios mío, como la quiero!” —se dijo a sí mismo sorprendido por la visión ideal que tenía de su amada.

Pronto la vería; nada más que un día debía esperar y aunque se le hiciera interminable esa tardanza, sabía que la alternativa era una precipitación inoportuna e infeliz. ¿Sentiría Noelia de igual modo su cercanía? ¿Cómo serían sus sentimientos?

Durante tantas noches había soñado con ella que había espiritualizado su existencia: la veía tan hermosa como siempre, vaporosa y sumisa, intangible, sonriente. ¿La vería ahora del mismo modo que la había pensado?

La familia Irurjo

La familia Irurjo pertenecía a la alta burguesía. No la adornaban títulos nobiliarios, ni en los escudos de la casa podían encontrarse acciones heroicas en las luchas por la Reconquista de España. Pero en cambio, don Damián de Irurjo era un hombre inmensamente rico, cuya fortuna había acrecentado a partir del comercio con las Indias.

Los viajes a Cádiz eran muy frecuentes y se decía que don Damián era comensal de varios Grandes de España y en especial, amigo del duque de Medina Sidonia.

No había dudas; iba a ser una gran boda.

“La dote de la niña no sería escasa y el aporte nobiliario de Alonso no será cosa de poca monta, sobre todo ahora que sumaba a aquella condición hereditaria, el mérito de una tarea bizarra durante la guerra con el infiel”. Con estos pensamientos felices, el conde del Tajo se preparaba para la reunión que habría de llevarse a cabo al día siguiente.

Durante la jornada del día posterior, el tiempo no pasaba para Alonso. Encerrado en su habitación, mucho antes había extraído del equipaje que había llevado a grupos del noble Barón la ropa que llevara a su arribo a Nápoles. La pluma que adornaba el vistoso sombrero estaba algo ajada, por culpa del viento marino y del sol y la tierra del camino, pero podía reemplazarla. Un paje del castillo se había esmerado en el cepillado del resto del atuendo y contemplándose en forma crítica frente al espejo, no encontró objeciones. Satisfecho de sí mismo, podía encarar el encuentro con Noelia y sus padres de manera confiada.

Llegaron en el carruaje familiar a las ocho; la puntualidad era una de las mayores obsesiones del conde. Dos solícitos lacayos acomodaron un estribo con ribetes de bronce para que pudieran pisar en él los señores y siguiéndolos de cerca, descendieron también las hermanas. Alonso no quiso viajar en el mismo coche y prefirió hacerlo a lomo de Barón, que trotó, al principio, detrás de aquél. Pronto se colocó unos metros adelante, cuando el jinete advirtiera que recibía el polvo que levantaban las ruedas del vehículo y los bazos de los caballos.

El encuentro de ambas familias fue cordial. Don Damián demostró que no en vano frecuentaba la mesa de importantes personajes de España, ya que ninguno de sus gestos denunció modales plebeyos. A su vez, el conde y la condesa del Tajo, acostumbrados desde la cuna al roce social, acreditaron no pertenecer a la nobleza provinciana, de relativo vuelo y condición.

Antes de sentarse frente a la mesa, los asistentes cumplieron el ritual del lavado de manos. Con esa irrefutable muestra de distinción —uno de los tantos rasgos que diferenciaban la casa de los señores de la vivienda del pobre— varios pajes mantenían a la altura de los concurrentes escudillas de cerámica. En ellas debían higienizarse los comensales, con el agua que provenía de una jarra ofrecida por una muchacha vestida con sobriedad.

La noche transcurrió con la armonía que ambas familias esperaban, y bebidas, entremeses y platos, estuvieron a tono con el momento. Unas lonjas de jamón traído en forma directa de Pamplona, acompañadas por olivas negras y verdes constituyeron un entremés previsible, pero el plato tenía agregadas algunas rodajas de color rojo intenso, desconocidas por entonces. Eran los famosos e ignorados “tomates”, una fruta traída de las Indias y que, entre otras cosas, probaba la cercanía comercial del dueño de casa con el Nuevo Mundo. El plato estaba aderezado con “mahonesa”, una denominación que anticipara a la famosa “mayonesa”, preparada, como ésta, con huevos y aceite.

Los platos siguientes fueron los típicos de la España de ese tiempo: coles y espinacas, destinadas todas ellas a acompañar, cerdo primero y conejo después. Como era previsible en las mesas bien puestas de esa época, no faltó el brioso consumado, servido en esta ocasión después de los platos principales. Unos sabrosos hojaldres,

asociados a unas tazas de cacao, también conseguido en las Indias y preparado con abundante azúcar para mitigar su gusto amargo, culminaron la recepción esa noche de presentación de los jóvenes.

Alonso no dejó un instante de mirar a Noelia, que estaba más hermosa que nunca y ella no perdió un segundo en contemplar a su atractivo prometido, que sumaba, a su recia estampa varonil, la fama de héroe que había ganado en Malta. No tuvieron tiempo para hablar a solas, ya que siempre estuvieron rodeados por sus parientes, pero las miradas fueron más elocuentes que las palabras. Se prometieron concurrir a la Misa del domingo, que se celebraría en la catedral de Zamora a las diez; no estarían solos, pero sin dudas se ingeniarían para encontrar la forma de hacerlo. Era jueves y esperar hasta el domingo parecía una eternidad.

Durante la cena, don Damián contó las dificultades que se estaban notando en Andalucía. La comunidad mora estaba en ebullición. A las naturales quejas, que derivaban de la pérdida de territorios y posiciones políticas, debía agregarse un factor nuevo: la instigación permanente que provenía del Imperio Otomano y la Promulgación de una Pragmática, con la cual Felipe II intentaba impulsar la conversión forzosa de los moros.

-Por cierto —dijo el señor Irurjo— no los moviliza la expansión árabe como en el siglo VIII, cuando Tariq invadió las costas españolas. Ahora quien se extiende es el Imperio Turco, invocando la religión como factor de unidad entre todos los pueblos asociados en el dominio de la Media Luna. El conde del Tajo, veterano de la guerra contra el infiel, al que había enfrentado a órdenes de don García Álvarez de Toledo, escuchaba con tolerante suficiencia los relatos de su futuro pariente.

En esta oportunidad —decía Irurjo— el poderío no lo tenían los

bereberes ni los árabes; ambos eran tributarios de los otomanos y un tráfico de mensajes y aliento estrechaban los vínculos entre la Sublime Puerta, los Estados del norte de África y los moros de España, todos aliados y sometidos a Estambul. Pero en definitiva era el Imperio Otomano quien impartía las directivas.

En verdad, los moros veían en el imperialismo otomano una oportunidad de retorno y venganza; los turcos, por aplicación de la máxima según la cual “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, confiaban en que se produjera una rebelión de los musulmanes de España. Les había ido bien en Francia: Francisco I (derrotado y prisionero español en Pavía) había estrechado vínculos con Solimán, deseando entorpecer los movimientos españoles. Los hijos de ambas majestades habían mantenido las mismas posiciones de sus padres cuando a ellos les tocó reinar, aunque ahora Carlos IX se hubiera vuelto un tanto reticente después del matrimonio de su hermana con Felipe II. Los franceses había llegado incluso a prometerles a los turcos un puerto en el Mediterráneo (de hecho, Barbarroja, con toda su flota, inverna en las cercanías de Tolón), como base de operaciones para atacar a España. Pero ahora, al transcurrir 1567, era un secreto a voces que los moros estaban a punto de protagonizar una revolución, y que la base de operaciones tenían pensado establecerla en el reino de Granada.

Alonso escuchaba sin interés los pormenores del relato. Sus sentidos solo estaban, en aptitud de atender una sola cosa, y en este momento, el tema se limitaba a imaginar cómo reducir el tiempo que demandaba esperar hasta el domingo.

Por fin, el ansiado momento llegó. Después de la Misa, Alonso, que había dejado el caballo a la sombra, comenzó a caminar junto a Noelia, seguido por dos discretas chaperonas. Después de años, podría volver a conversar con su amada. Ahora, aunque sujeto a los

convencionalismos de sociedad y familia, lo haría sin que la clandestinidad se interpusiera entre ambos. Perdía intimidad, es cierto, pero ganaba tranquilidad y consentimiento.

En forma brusca, preguntó, como quien espera una determinada respuesta:

-¿Me habéis extrañado?

La contestación excedió las expectativas:

-No solo he sentido tu ausencia. Me ha consumido la angustia de no tener noticias tuyas. Te sabía en peligro, acechado por tantas amenazas, tomando parte en encuentros desesperados... ¡la información llegaba a nuestros oídos después de meses! Todo ese tiempo, sin conocer tu destino, fue como morir tantas veces.

-Solo puedo empeñar la palabra de que no estarás más sujeta a esta incertidumbre. No puedo prometerte nada más. Es probable que regrese a defender la religión y la raza, frente a un enemigo que quiere destruir a ambos. Pero entonces ya serás mi mujer y si bien tendrás la incertidumbre y el miedo de recibir una mala noticia, en otro aspecto podrás sentir el legítimo orgullo de proclamar que eres mi esposa y saber que mi divisa estuvo a tus pies y mi honra volcada a tu servicio.

-Alonso —respondió Noelia— como no podía permanecer ociosa durante tu ausencia, me sumé a un grupo de damas que intentaba mitigar la miseria ajena. El Santo Padre (¡que Papa fantástico nos ha dado Nuestro Señor!) ha reconocido a los laicos el derecho de ayudar a los más necesitados y a hacerlo con humildad, con entrega, con devoción. Eso es algo que me ha reconfortado en las largas vigiliass que pasé durante tu ausencia y me ha hecho sentir útil.

Es verdad que un poco de riesgo entraña este apostolado, pero quería actuar en una zona de peligro, al menos mientras tú estuvieras arriesgando la vida con los turcos.

-¿A qué inseguridad te refieres? La miseria equivale a la desdicha y la desdicha, al hambre. ¿De eso me hablas? Es cierto que aquella abunda, y mucho, pero también es verdad que convive con la suciedad, con pulgas, con roedores y con cualquier suerte de alimaña. Allí es donde nacen las enfermedades peores; no me gustaría que te veas tan expuesta y con el dilema que siempre presenta el contagio.

-Ambos sabemos bien que donde hay miseria no puede haber higiene. Eso al menos es lo que dicen quienes estudian los aspectos principales de la realidad humana y sus vínculos con la sociedad y, aunque ello no alcance el valor de un sacramento, es difícil de rebatir y muy posible de generalizar, argumentó Noelia.

Alonso se sorprendió con la respuesta. Era evidente que había olvidado la inteligencia de esa niña que había sabido ganar su corazón no solo con la belleza de un rostro y un cuerpo, sino con el brillo de un juicio exacto y un razonamiento agudo. Además, a la inteligencia sumaba ahora una elocuencia que no había advertido antes. Con cautela, señaló:

-Por desgracia, mientras algunos sectores despilfarran y se dan atracones con excesos, otros, menos favorecidos, conviven con el hambre. Más aún: para algunos, poder comer es la única vocación en la vida. Pero así es esta fatal determinación que no podemos cambiar. Y que así sea el mundo no resta peligrosidad a la tarea. Me parece un sueño estar con vida después de tantos peligros y encontrarte otra vez es también un sueño del que no quiero despertar. Presiento el futuro compartiendo la dicha de estar juntos. Por Dios, ¡es tanta la felicidad con que veo el porvenir que tengo miedo! Siento temor a

perderte, a que en cierto momento me despierte con un mañana vacío y sin rumbo. Debo confesarte algo: es tanto el espanto que tengo de tu abandono que no podría compararlo siquiera con el que me provocaban las cimitarras de los jenízaros.

-Me halagan esos pensamientos y debo decirte que los comparto; en ningún momento podré abandonarte ¡todo mi futuro está ligado a ti! A esta tarea nada me obliga y el servicio lo haces solo porque deseas hacerlo —agregó Noelia. Te aseguro que es reconfortante saber que puedes hacer el bien a los demás ¡y con tus propias manos!

-No descreo de esa verdad. Y no niego que haya muchas personas cuya existencia está ligada al hambre. El almacenamiento es imposible: el pescado se pudre, los granos son devorados por las ratas y el centeno fermenta en las trojes con la humedad, cuando no ve florecer el cornezuelo. ¿La carne? En la mesa del pobre sólo es imaginable si fuera robada. Por supuesto, uno debe atenerse a lo que escucha: las grandes hambrunas incluso han dado paso al canibalismo. Vuelvo a insistir: no deseo que persistas en este apostolado —reiteró Alonso, y agregó con un dejo de picardía: más bien desearía verte a solas, no con la compañía de carabinas incómodas e indiscretas.

Ruborizada, Noelia atinó a responder:

-Moderad vuestros impulsos, amor mío. Tiempo tendremos en el futuro para compartir sin intrusiones ni vigilancia. Pero por el momento... es mejor que sea así.

Ambos continuaron caminando en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. Alonso imaginaba con pavor un futuro sin esa mujer; Noelia guardaba silencio por otra razón: sentía los ganglios del

cuello abultados y gestantes. Ahora que había alcanzado la dicha suprema de su amor con Alonso con el consentimiento de ambas familias, ¿habría contraído la terrible plaga?

¡La Peste Negra! Esa era una expresión que se podía decir en voz alta solo después de santiguarse. Europa todavía tenía memoria de ese espantoso flagelo que había asolado a su población hacía casi dos siglos.

Es cierto que las ciudades más castigadas fueron las portuarias, pero la epidemia pronto se extendió por todo el continente. Dos terceras partes de la población de Europa fue extinguida a consecuencia de la enfermedad que en sus comienzos tuvo como vector a la pulga que transportaban ratas enfermas, pero después extendió el contagio a la proximidad con el enfermo, e incluso, al mismo aliento de éste.

La peste no respetó la casa del pobre ni la del rico, pero es obvio que, como siempre, se ensañó más con la de aquél. En primer lugar la pésima alimentación creaba condiciones apropiadas para la proliferación del mal; en segundo lugar, los desperdicios: la ausencia de toda regla de higiene, el agua potable en malas condiciones, los alimentos descompuestos, eran campo de cultivo adecuado para estimular el mal.

Si el pan era la alimentación básica de todo individuo, solo a la mesa de los sectores más halagados por la fortuna llegaba el que era de color blanco, como muestran algunas pinturas de época. Al alcance del pobre estaba un pan hecho en base a mijo, cebada, castañas o una molienda de bellotas, que debía disputarse con variada fortuna contra las intrépidas ratas. En muchos casos ese pan era la única alimentación del día. Si había en la mesa algo más que solo hambre, podía embeberse en aceite y frotarse con ajos.

La falta de diversificación de la dieta no ayudaba, por cierto, a evitar la contracción de la peste, sobre todo en un sector que solo podía tener acceso a los cereales y cuya bebida principal era la cerveza.

Por ahora los dos enamorados continuaron caminando, felices, escoltados por las chaperonas de nombre robiñano; nadie adivinaba que, con una hosquedad sanguinaria, el destino estaba a punto de escribir una página distinta al libreto consensuado.

La peste negra

Algunos días después del domingo referido, Alonso fue a visitar a su prometida, pero recibió una sorpresa que, a pesar de todo, no lo perturbó: Noelia se encontraba en cama, haciendo reposo.

El médico que la había visitado —un hombre de reconocida reputación, que seguía la opinión de los galenos de la escuela griega — había desdeñado cualquier vaticinio negativo. Eran apenas unas fiebres ligeras, dijo, producidas tal vez por una exposición al agua o algún golpe de frío. Con una rigurosa dieta y caldo de gallina “gordo”, pronto estaría completamente repuesta.

En general, el ánimo que prevalecía en la casa era bueno. Nadie opinaba de diferente forma y ya el doctor Villareal lo había dicho con la autoridad que le confería la enorme cantidad de aciertos que podía acreditar. Pero Noelia no había confiado todos sus secretos al médico. Sus fiebres venían precedidas por chuchos de frío, alguna encía sangrante y ganglios inflamados.

Al siguiente día, la fiebre parecía retirarse. Pero volvió y sin ninguna intermitencia, para no salir más del cuerpo de la muchacha. Con la buena voluntad que muestran las personas que poseen sincero afecto, su dama de compañía hizo todo lo posible por superar ese momento y acercó a sus ojos el semblante de la bondad.

Habían pasado apenas diez días de aquel domingo en que se dieran cita en la Catedral de Zamora y la pobre Noelia no podía ya levantarse de la cama. El doctor Villareal trajo el dictamen terrible: Noelia tenía contraída la famosa peste negra y nada podría alterar la fatalidad del diagnóstico.

El señor de Irurjo se tiraba de los pelos. ¡Su propia hija infectada por la plaga maldita! Alonso no salía de su estupor; la madre de la niña era una autómatas: aun se resistía a admitir la dureza de la realidad. La casa de los Irurjo, hasta hacía muy poco tiempo alegre y colorida, se había convertido en un sepulcro, anticipo de un presagio fúnebre.

Advirtió Alonso, en esas circunstancias, la esquematización de sus conceptos. Era, en verdad, un hombre de ideas rígidas. Durante su vida había actuado de conformidad con verdaderos preconceptos, estableciendo objetivos que debía cumplir y sin cuyo concurso no consideraba aconsejable dar otro paso posterior. De conformidad con su criterio estructurado, todo debía concebirse de acuerdo a un plan. Ahora había llegado el momento de pensar en el futuro de su vida; contraer enlace era un paso ineludible, que debía dar junto a la mujer que amaba. Si ella desaparecía ¿Qué quedaba de su vida futura? ¿Dónde iban a parar los planes, prolijamente concebidos?

Pronto quedó abrumado por el desenlace previsible. Ya no tendría más a quien había resuelto, en la estricta previsión de sus sueños, unir a su vida para siempre. Sobre la frágil existencia de

Noelia se abatía una sentencia inapelable. ¿Dónde se había contagiado? ¿Quién le había transmitido el rigor de esa enfermedad?

En realidad eran todas preguntas sin sentido; en cualquier lugar podía haber contraído el mal y la miseria que frecuentaba y asistía como una samaritana, era sin duda la causa de su enfermedad. Persiguiendo la forma de sentirse en paz con Dios y con su conciencia había logrado entregar lo más valioso de una persona: su propia vida.

Donde encontró la enfermedad era algo obvio.

En las afueras de Zamora no existía el empedrado. Las calles, de tierra, eran un fangal en épocas de lluvias y arenales en tiempos de sequía. Como los desperdicios se arrojaban a la calle, allí se mezclaban con el suelo terroso formando un magma maloliente y pegajoso. Las autoridades luchaban con brío para asegurar normas de higiene, pero eran derrotadas por una costumbre inveterada más fuerte que las amenazas de sanción. Vanos fueron los edictos policiales prohibiendo la acumulación de basura y estableciendo — bajo apercibimiento de aplicar severas penas— la obligatoriedad de arrojarla fuera de los confines de la población (es decir, extramuros, más allá de los límites amurallados de la urbe). Las viviendas “decentes” con frecuencia disponían de un granero anexo a la finca, establos para vacunos o porquerizas orientadas en dirección a la calle. En general, deambulando por ésta, era frecuente ver toda clase de animales domésticos; gallinas, patos, gansos, incluso cerdos, factores todos determinantes de la suciedad.

Varias ciudades de Alemania llegaron a prohibir que los cerdos anduvieran sueltos por la vía pública, y alguna ordenanza le impidió a cada propietario mantener, en el interior de sus fincas, un stock superior a los 24 animales. No podía ser de otra manera: Felipe, hijo del rey de Francia Luis el Obeso, murió a raíz de un accidente de

equitación, cuando un cerdo, a las puertas del Palacio Real, espantó al caballo que montaba.

Por otra parte, recién cuando se construyeron los mataderos municipales dejaron de faenarse animales grandes en las calles, lográndose, con esa práctica nauseabunda, que la sangre de los mismos contribuyera a esa argamasa compacta y viscosa que se conseguía al mezclarla con la tierra de la calle y la basura domiciliaria.

Pero así como los griegos tuvieron el ágora y los romanos el foro como puntos de reunión, los vecinos del Medioevo encontraron un lugar de concurrencia en el mercado.

Su recreación sirve no solo para la simpática reconstrucción de episodios alegres. Los dibujos de época son elocuentes cuando muestran una abigarrada concurrencia: algunos de los asistentes danzan, otros venden y compran, varios participan de rotundas asambleas o pronunciamientos políticos. En medio de esa descomunal y desordenada bacanal, se llevaban a cabo juicios, en los que, el honor, la libertad o el patrimonio de las personas estaban en juego. Por supuesto, la mayoría de los asistentes “mataba” el tiempo enfrascado en inútiles e inservibles conversaciones.

Sin embargo, esta descripción sirve para poner en evidencia la preocupación que tenían las autoridades por la higiene: en la mayoría de los mercados se prescribían reglas estrictas de barrido y recolección de residuos, como un medio de mitigar los efectos caóticos del espectáculo que se ha descripto más arriba.

Si eso ocurría en las zonas más privilegiadas de una ciudad, ¿extraña que en medio de ese estado de cosas pudieran existir factores de contagio en viviendas visitadas por el hambre y la miseria? Y allí era donde la caridad había requerido, al alma pura de

Noelia, el sacrificio de atender a quienes la necesitaban.

¿De qué valía ahora preguntarse el lugar y la persona que podría haberla contagiado? Más allá del interés de conocer ese dato para efectuar cuarentenas, aislamientos, desinfecciones, ¿el conocimiento de esos datos podría devolverle una vida sana a Noelia?

En medio de esa espantosa realidad, la vida de la joven damita se fue apagando. En paz con Dios, cuya misericordia imploró siempre, le entregó su alma una noche interminable para sus padres, cargada de dolor e inquietud para Alonso. Antes de partir, recibió los óleos del prior de la Catedral de Zamora, quien, antes aun, le había podido administrar el sacramento de la comunión.

Un día después de su muerte fue trasladada al panteón que la familia tenía en el cementerio de la ciudad, dándosele sepultura en medio del dolor y llanto de sus atormentados padres y el desconsuelo de sus futuras y frustradas cuñadas.

Alonso siguió la procesión fúnebre con riguroso silencio. No pudieron advertir, quienes lo miraban con insistencia, un solo signo de llanto o perturbación. Inmóvil, severo en el aspecto exterior y destrozado para sus adentros, no permitió, sin embargo, que sus sentimientos denunciaran un estado de ánimo destruido o amargado. Compartió la despedida con la sección más íntima de la familia de Noelia sin que un solo músculo de su cara evidenciara la magnitud de su pena. ¡Tantos años quejándose de que su padre era inescrutable y él resultaba exactamente igual a su progenitor, por la retraída disposición a compartir el dolor!

Después de la ceremonia y de largas despedidas piadosas que varios sacerdotes le prodigaron en un incomprensible latín,

permaneció solo, rígido, en silencio, durante varios minutos. Parecía que ese fuera el saludo final de un enamorado. No quiso la compañía de nadie; permaneció solo, hasta el momento en que se acercó a la puerta del sepulcro y levantó la mano derecha. Con amor, la posó sobre el vano y acarició su contorno, como si estuviera tocando el cuerpo de su amada. Después, llevó la misma mano a sus ojos y arrancó de ellos las lágrimas que pugnaban por salir. Nadie debía saber la magnitud de su dolor ni la inmensidad de su pena.

Se santiguó y lentamente, cabizbajo, dirigió sus pasos a la entrada del cementerio. Incomprensiblemente, había muerto la mitad de su vida. Deseó estar en la compañía de Jacobo y se acordó del lejano encuentro en Alcalá, cuando le contó, entre jarras de vino, los sinsabores de su vida y el amor que sentía por Noelia.

“Dios sabe porqué hace las cosas” —se dijo a sí mismo sacudiendo la cabeza con resignado fatalismo. Recordaba, en íntimo silencio, que esa mujer nunca había sido suya y que quizá, el Señor había dispuesto llevarla porque era demasiado perfecta para permanecer en la Tierra. Amargo consuelo, pero consuelo al fin.

Trasposo la puerta del camposanto y se dirigió a su cabalgadura. El fiel Barón lo aguardaba bajo un roble joven, que apenas proyectaba sombra en el suelo; lo esperaba como si adivinara el trance de su jinete. Lo montó de un salto y lo puso al paso, con las riendas sueltas, como si diera al animal libertad para elegir el camino. Llegó a un promontorio desde el cual se divisaba Zamora y, a lo lejos, en otra saliente, el castillo de los condes del Tajo. Clavado en la silla de su cabalgadura como si una estaca lo hubiera herido, pasó revista a los últimos episodios de su vida. Pero inevitablemente, su mente volvía a Noelia y su absurda muerte.

-“¡Dios mío! Algo tengo que hacer para seguir adelante.” —se

dijo a sí mismo como si tratara de dar vuelta una página de su vida.

Era casi de noche cuando entró en la casa paterna. Buscó a Víctor, su fiel servidor; le dio las señas del establo que se encontraba sobre el camino de Salamanca y le encomendó que tratara de comprar a Barón. Tal vez el caballerizo quisiera aprovechar la situación y pidiera, por el noble bruto, una suma mayor de la correspondiente. No importaba. Demasiadas cosas había perdido como para regatear ahora por un caballo. Debía comprarlo lo mismo.

En ese momento pensó en regresar a Alcalá.

CAPÍTULO VI

La sorpresa de Alcalá

Cuando Dios dispone

Parecía una eternidad. Apenas habían transcurrido cuatro años desde su llegada a esa lisonjera ciudad y le daba la impresión de que el tiempo hubiera corrido hacia el infinito desde entonces. Caminó esa noche dejándose llevar por la nostalgia y visitó los mismos lugares que antaño le habían producido un efecto negativo. No encontró, en la puerta de la taberna, como era obvio, a su gran amigo. Pero igual, con una amarga sonrisa que se dibujó en su boca, ingresó al recinto para solicitar una jarra de vino.

Se instaló en una mesa cercana a la puerta y luego de unos momentos una joven, alegre y desenvuelta, se acercó a su silla. No sin cierta cautela, pero haciendo gala de la desenvoltura que le daban profesión, juventud y belleza, entabló conversación con Alonso. La muchacha era realmente atractiva y sus formas quedaban realzadas por un vestido vistoso, ajustado al torso y de falda amplia, que hacía volar con frecuencia y desenfado para mostrar unas piernas perfectas. Por si algún detalle escapara, el prometedor escote realzaba un busto atrevido.

Escéptico, Alonso le sonrió con serenidad y, evitando en forma deliberada cometer una grosería, rechazó los requiebres y le entregó,

con gran discreción, algunas monedas, muchas más de las que hubiera precisado para comprar sus favores.

Había transcurrido más de media jarra de vino, cuando tres caballeros, vestidos con notable distinción, ingresaron al recinto. Alonso los observó con indolente perspicacia. Dos de ellos reían con alegría, como si sintieran la felicidad de su condición social. No cabían dudas; todos eran de sangre noble y, a juzgar por el atuendo que llevaban, sus padres no habían escatimado gastos para proveerles ropas finas.

Ignoraba el evaluador que solo el de aspecto taciturno era de nacimiento legítimo. Los restantes, aquellos cuya alegría contagiosa era desbordante, tenían algún reproche en su raíz natal. En su origen o en sus ancestros más remotos, alguna mácula, de las que la conciencia social de esa época hacía gala, atacaba la pureza de su linaje.

Pronto los jóvenes advirtieron que las mesas estaban ocupadas por la elevada presencia de parroquianos. Rechazaron con aire displicente el ofrecimiento del posadero para agregar una nueva “que haría traer de inmediato del depósito de muebles viejos que tenía ahí mismo, en la cava del lugar, para que pudieran sentarse los señores”. Uno de ellos, rubio y de aspecto elegante, con evidente audacia, se dirigió con desenvoltura a la mesa que ocupaba Alonso.

-¿Permitiríais a tres caballeros sedientos sentarse a vuestra mesa y compartir una jarra de vino con ellos? —dijo con desfachatez pero simpática humildad el recién llegado.

-Me sentiría honrado si aceptarais una invitación formal para beber en mi compañía. Más aun; permitidme invitaros y os dejaré la mesa con gusto; estaba a punto de marcharme —le respondió con

igual desenvoltura Alonso.

-De ningún modo aceptaremos vuestra marcha. Os quedáis a beber con nosotros o de inmediato desistimos del pedido que te formuláramos —le refutó con agradable tono su interlocutor.

Los otros dos caballeros se habían acercado a la mesa. El de aspecto taciturno desmintió la cordialidad del que hablara al inicio:

-Señor: debéis dejarnos vuestra mesa. Si pensabais iros (era evidente que había escuchado lo que expresara Alonso) podéis hacerlo ya mismo —dijo con acritud.

-Disculpad, señor, pero vuestro atrevimiento me ha hecho cambiar de opinión —respondió, altivo, Alonso. Esta mesa es mía y no la compartiré con nadie —agregó con empecinado y desafiante tono. Por lo demás estoy a vuestra disposición.

Ofuscado por la respuesta y con los ojos centelleando de odio, iba a responder el aludido, cuando uno de los jóvenes se interpuso:

-Carlos, mi señor; el caballero tiene razón; ha sido su gentileza la que nos ha permitido compartir la mesa y tanto su aspecto, como la nobleza de su porte y los modales que posee nos hace suponer que participaremos de ella con un par. Y agregó, dirigiéndose a Alonso:

-Disculpad a nuestro pariente y permitidme que me presente. Soy Alejandro Farnesio —dijo con seriedad, acompañando la frase con una inclinación de cabeza, al mismo tiempo que, extendiendo el sombrero, realizaba con él una reverencia haciéndolo flamear de derecha a izquierda, casi raspando el suelo con la pluma.

Alonso se sorprendió, pero evitó demostrar la impresión que le

había causado ese nombre. El otro individuo, alegre y jocundo, también se presentó, pero lo hizo no sin cierta ironía en su voz:

-Permitidme que yo también me identifique. Nací llamándome Jerónimo, pero la fortuna quiso que ese nombre me lo cambiaran por el que llevo en la actualidad: Juan. Soy Juan de Austria, según lo ha dispuesto mi poderoso hermano; para serviros, señor.

Ahora sí, Alonso no salió de su asombro. Si esos dos hombres eran nada menos que Alejandro Farnesio y Don Juan de Austria, el tercero, el patibulario a quien llamaban Carlos —y él había desafiado— debía ser el futuro Carlos II⁵, ¡el hijo del rey Felipe!

Confundido, abrumado por la magnitud de esos personajes, Alonso atinó a balbucear una disculpa. Dirigiéndose de pie al príncipe Carlos, dijo, con aire contrito:

-Disculpadme Alteza por no haberos reconocido. Os dejo mi mesa y marchó, con mis disculpas, que hago extensivas a vosotros, distinguidos caballeros.

Pero Don Juan rechazó el gesto de Alonso, y Farnesio adhirió a la actitud de su primo:

-De ningún modo admitiremos que te marches. Eres invitado nuestro y beberemos a la salud de quien lo dispongáis —exclamó Don Juan, y uniendo la acción a la palabra, atrajo una silla hacia la mesa y con evidente naturalidad, tomó asiento en ella. Lo mismo hizo Alejandro Farnesio. Don Carlos, con la mirada esquiva y en silencio, utilizó el mismo asiento que instantes antes ocupara la joven de vida

5 Este Carlos murió antes de lograr convertirse en Carlos II; el que sí lo consiguió fue el famoso Carlos II el hechizado, último soberano de la casa de Habsburgo.

alegre.

Solo el parentesco podía explicar la unión de ese joven al dúo formado por Don Juan y Alejandro. Era evidente que don Carlos tenía el sello de sus antepasados Transtamara, que habían dado a Castilla soberanos de real valía como Isabel la Católica, otros de discutida moral, como Pedro el Cruel (de quien algunos dicen que era justo y valiente, asesinado a traición por su medio hermano Enrique, el fratricida), y algunos dementes, tal la bisabuela de Carlos, que se llamara Juana, y fuera conocida por la adición de su apodo, que hacía alusión a su condición de “Loca”.

Se decía que Carlos sumaba, a su naturaleza perversa, un delirio insano que lo convertía en demente. Era conocido el odio que tenía hacia su padre, de cuyo poder ansiaba disponer con desesperación.

La noche transcurrió entre alegres cuitas, la mayoría destinada a expresar la inclinación de Austria y Farnesio por las aventuras ligadas a las faldas, la capa y la espada, con prioridad sobre los estudios, dato más notable en Don Juan. Por lo demás, el vino ayudó a que se soltara la lengua. Don Juan relató —tal vez con algo de indiscreción— que su hermano le había dirigido una carta fraternal por lo cálida y afectuosa.

En rigor, bien podría ser calificada como la composición de un hermano mayor, ansioso por enviar consejos a un impetuoso y disipado hermano menor. Felipe II le recomendaba en esa carta a Juan de Austria que hiciera vida piadosa, absteniéndose de ceder a las tentaciones de la carne y optando por la castidad, que era una forma de convertir el cuerpo en templo del Señor.

Don Juan recibía esos consejos con obediencia y a la vez

remordimiento. Lo cierto era que ya había pecado, al seducir a María de Mendoza, sobrina de la princesa de Éboli, y dejarla embarazada.

En rigor de verdad, Austria hacía honor a la tradición sexual de su familia: Carlos V, de una de cuyas aventuras naciera el propio príncipe Don Juan, bautizado con el secreto nombre de Jerónimo y la abuela de Alejandro Farnesio, doña Margarita, fueron frutos de su soledad. La última, el resultado de una prolongada visita que hizo el emperador a Parma. Incluso su bisabuelo, el propio Fernando de Aragón, era un famoso visitante de lechos agradables, datos que no pudo olvidar la historia. Ni hablar del mismo Felipe II, amante devoto de la recordada princesa de Éboli, esposa, a su vez, del complacido consejero y ministro del rey, don Ruy Gómes.

Ahora, el impetuoso hermano menor del rey, tomaba como querida a la sobrina de la amante del monarca (que le diera tan castos consejos), esposa, a su vez, del severo y fiel consejero del reino. ¿Quién dijo que era falsa la afirmación: “haz lo que yo digo, más no lo que yo hago?”.

Alonso se abstuvo de referir la situación en que se encontraba y el recuerdo de Noelia no salió en ningún tramo de la conversación. Su tristeza era solo suya. Sí, en cambio, aparecieron los turcos, cuya presencia en el Mediterráneo era un tema central para España.

Sin proponérselo, Alonso demostró a sus interlocutores conocer a fondo el problema otomano. Intrigados, se sorprendieron cuando les dijo que había estado en Malta, conocido a La Valetta, e intervenido en las acciones de guerra que terminaron con la derrota de los infieles. Como al pasar, dijo algo que provocó un vivo interés en ambos: pertenecía a la Orden.

-La cristiandad necesita de vuestra espada, don Alonso —dijo

Juan de Austria con tono grave.

Poco después, el hermano bastardo de Felipe II comenzó a referir algunos de los pormenores que se conocían de Andalucía y el fermento que se estaba produciendo dentro del pueblo morisco. Inevitablemente, la descripción trajo a Alonso el recuerdo de la comida en casa de los padres de Noelia, y el relato que hiciera el señor de Irurjo en esa ocasión.

-Tengo referencias que en cualquier momento estalla una rebelión —dijo Don Juan en tono confidencial, y agregó, inclinando la cabeza hacia el centro de la mesa donde también la acercaron los restantes comensales: sabe mi hermano que la revuelta se está gestando, pero quiere que se la sofoque después de producida, no antes. Y yo comparto ese pensamiento —sostuvo con arrogancia. Si la represión se anticipara, capturando a los cabecillas (cuyos nombres se conocen), lo único que se lograría sería diferir el problema: más tarde o más temprano los moros volverían a prepararse para atacarnos. Si en cambio se los deja rebelarse, y el estallido se hace realidad, podremos aniquilarlos, porque quedarán al descubierto no solo los jefes, sino todos sus secuaces.

Farnesio agregó que Su Majestad ya tenía resuelto qué nobles serían los encargados de la represión y anticipó la sagacidad de Felipe II para encarar el problema. Solo el príncipe Carlos, con amargura por no estar al tanto de esos sucesos, opuso silenciosa distancia a todos. No había dudas: se sentía agraviado cuando algún juicio laudatorio era destinado a su padre.

-En verdad, este problema reconoce su origen en tiempos de nuestros antepasados Fernando e Isabel. Ellos tuvieron gran tolerancia con los moros, y el padre Talavera, incluso, ordenó a un sacerdote que dependía de él que tradujera a lengua árabe el

catecismo, para influir en una conversión voluntaria. Esa política, de tolerancia y conversiones deliberadas fue exitosa —dijo con desenvoltura Don Juan.

-Claro está que después vino nuestro buen cardenal Cisneros y ordenó quemar los libros infieles (no sin antes seleccionar los más útiles y traerlos para esta Universidad de Alcalá) —observó Farnesio mientras guiñaba el ojo para ratificar la ironía de esa taimada acotación. En verdad, la actitud del cardenal ofendió a todo el pueblo islamita —agregó, demostrando conocer el problema moro—. Después de la incineración, una nube de inquisidores revisó las cenizas para ver si del brasero ardiente se había salvado alguna página, para volver a quemarla. Los árabes sintieron que no solo sus libros se habían calcinado: con ellos habían prendido fuego a su cultura, vestidos, turbantes, hábitos, abluciones, comidas, lengua y sobre todo, religión.

Después de varias jarras de vino, generosamente ingeridas por todos los concurrentes, se despidieron con afecto no exento de formalidad. Se intercambiaron las señas —es claro que don Carlos no lo hizo— de modo que pudieran volver a encontrarse en el futuro si las circunstancias lo hicieran necesario, sabiendo que Alcalá era un destino pasajero para todos ellos. Era evidente que entre el medio hermano del rey de España y Alonso se había creado una relación de confianza y estima mutuas. Lo mismo podría decirse de Farnesio, quien, a su condición de sobrino y amigo de Don Juan, agregaba la cualidad de un temperamento muy parecido al de éste. No le iba en zaga en cuanto a bravura, y era previsible, dada la natural frescura de su inteligencia, una aptitud sobresaliente para la estrategia militar.

La pertenencia de Alonso a la Orden (por entonces ya se la llamaba habitualmente “Orden de Malta”) había despertado una viva curiosidad en ambos jóvenes, que imaginaban las cualidades de

integridad y valor que adornarían la personalidad del muchacho, recaudos sin los cuales no hubiera sido admitido. A su vez, éste ya creía haber tomado una resolución sobre el futuro: volver a la isla de Malta.

Por supuesto, hay veces en que las proposiciones del hombre son alteradas por Dios. Éste no sería un caso distinto.

Un príncipe de pluma y espada

Muere Isabel de Valois

Felipe II apenas había tenido fuerzas para sobrellevar la muerte del heredero, su hijo Carlos. Verdad es que el difunto se encontraba en prisión por orden del mismo padre, pero esa circunstancia, más que una excusa, fue un agravante moral para el monarca. Es que ningún padre puede sentirse feliz, o al menos indiferente, si ha ordenado el encarcelamiento de su propio hijo, por más signos de crueldad y locura que éste hubiese presentado.

Ese año de 1568 había iniciado su marcha indeclinable con malos signos y al promediar su evolución, las señales no solo no habían disminuido, sino que se acentuaron más aún. Por si a la muerte del príncipe le faltara algún elemento, la joven reina estaba grave. Pésimas noticias para un rey que ansiaba tener un sucesor de sexo masculino. La pobre Isabel de Valois, que apenas tenía veintidós años, había dado a luz una niña, en un parto cuyas complicaciones habían sumido a la joven madre en mal trance. Parte de la placenta había quedado en el interior del útero y la medicina de entonces no daba con los medios para detener la infección.

Las lágrimas de todas las damas que habían venido desde Francia, ni las de su regio esposo, ni las de su hermano político, fueron suficientes para salvar la vida de la malograda Isabel.

Pero entre la muerte del hijo loco y la gravedad de la esposa parturienta, las obligaciones del mundo se abatían sobre ese soberano taciturno, que exigía a sus colaboradores que hicieran discurrir entre sus manos los problemas de aquél. La famosa burocracia, pesada y demandante, debía tener respuesta en el peldaño final de la montaña, que era, precisamente, el mismo rey. Era cosa de no creer: los temas importantes y los baladíes debían pasar por sus manos de forma indefectible.

Por lo tanto, entre la pila de resoluciones y mandamientos urgentes que requerían su asentimiento y firma, había también disposiciones intrascendentes, que tendrían que haber sido resueltas en instancias inferiores, lo que había sido vedado por el carácter absorbente de Felipe. Por caso, la providencia que en este momento le había acercado un paje y carecía de toda entidad. Era una sanción intrascendente, dictada en relación a personas desconocidas, sin ninguna significación para el monarca. Se ordenaba detener a un tal Miguel de Cervantes Saavedra por haber herido en duelo a un maestro de obras, llamado Antonio Sigura. Es casi seguro que el rey más poderoso del mundo olvidara el tema apenas firmada la orden (si es que ésta en realidad fue leída por el soberano), ignorando que su medida afectaba la vida de quien después sería el padre de la novela española, orgullo de la lengua y culturas de España.

Para Cervantes fue otro golpe, a más de los ya recibidos cuando debió emigrar con sus padres de Alcalá, padecer la prisión de su progenitor en Valladolid, vivir con una relativa holgura en Córdoba, lugar donde su padre mudó a toda la familia para cobrar la herencia

del abuelo del “príncipe de los ingenios”. Huyendo siempre de acreedores implacables, escapando al brazo largo de los alguaciles para eludir la cárcel, don Rodrigo de Cervantes fue llevando a su familia a peregrinar por toda España, sin asentarse en forma definitiva en ninguna ciudad.

El niño Miguel, amante de la lectura, compositor de bellas poesías, al que le brillaban los ojos cuando leía trabajos épicos, apenas pudo concurrir a escuelas elementales. Al fin logró asentarse, al dar con la que dirigía en Madrid don Juan López de Hoyos. Quedó impresionado el maestro con el talento de ese joven, de remota ascendencia gallega, cuyas elegías, dedicadas a la memoria de la reina muerta (ya había fallecido doña Isabel) merecieron su inclusión en el libro editado como homenaje a la noble difunta.

Y ahora, este díscolo y brillante joven había caído en desgracia, perdido por su talento orgulloso y justiciero. Hoyos no podía permitir que el joven Cervantes fuera encarcelado y maltratado, por un hecho que no había sido montado por la codicia o la venalidad, sino debido a la defensa de un honor mancillado por la injusticia.

Tomó la decisión. Por indicación de Monseñor Diego de Espinosa, a la sazón Presidente del poderoso Consejo de Castilla, interesaría a Monseñor Giulio Acquaviva, un talentoso sacerdote napolitano muy cercano al mismísimo Papa, a quien éste había mandado a Madrid para dar el pésame a Felipe II. Acquaviva llegó a España tiempo después de la muerte de Carlos (que había ocurrido el 24 de julio de 1568) y cuando, apenas diez días antes, se había producido el deceso de Isabel (quien falleciera el 3 de octubre). Llevó las condolencias papales al reciente viudo cuando éste dejó el convento de los Jerónimos, y permaneció cerca de la Corte hasta el último día de ese año.

Sin perder tiempo, porque la captura de Cervantes pronto podía ser dispuesta, Hoyos pidió una audiencia al Monseñor. Giulio Acquaviva, hijo del duque de Atri, había adquirido desde la infancia el don del trato y el aplomo que provenía de su condición nobiliaria, los que ejercía con el refinamiento derivado de una cuna impecable. Este piadoso hombre de Dios, apenas mayor que Cervantes, tenía una disposición natural para manejarse en forma desprovista de todo empaque y sus audiencias solían ser públicas, en cuanto su interlocutor no tratara aspectos que rozaran el secreto. Ello, según su criterioso juicio, le permitió dar satisfacción a la gran cantidad de pedidos de entrevistas que debió atender durante su estancia en Madrid.

A la misma hora que al afamado maestro, había concedido una audiencia a cierto joven. No recordaba bien su nombre, pero la visita había sido solicitada invocando a la Orden de Malta (Soberana Orden Hospitalaria y Militar de los Caballeros de San Juan, de Jerusalén, Rodas y Malta), entidad a la que Su Santidad tenía en elevado concepto.

Si no lo traían asuntos de cierta intimidad, lo atendería junto al maestro Hoyos, por quien se había interesado uno de los más importantes clérigos de España, el mencionado Cardenal Espinosa. En realidad, era Hoyos un devoto seguidor de ese cardenal, a quien dedicaba con frecuencia sus producciones literarias y a su vez, el prelado tenía en elevada estima al Maestro. No cupieron dudas de que, cuando Acquaviva los recibió, ya había sido estimulado por el encumbrado dignatario español.

Mientras aguardaban la reunión con Acquaviva, se encontraron en la antesala López de Hoyos y Cervantes, con don Alonso de Tejada, que había concurrido por disposición de la Orden.

-¿Habéis sido citado por Su Eminencia? —inquirió Hoyos a de Tejada.

-No. Se trata de una audiencia que he solicitado — respondió cortésmente Alonso, agregando:

-¿Y vosotros?

-“¡Buen jubón me tengo en Francia!” —pensó Hoyos; esta incómoda pregunta me la formula por mi culpa. Maldito el momento en que se me ocurrió intimar con este visitante... me lamento tanto de haberlo hecho partícipe de mi urbanidad. En tiempos como los que corren no es posible ser educado o cortés, porque cualquiera se siente, después, con derecho a curiosear en las cosas de uno. Y ya en voz alta, agregó, de manera tajante:

-Igual que vos.

-Han dispuesto mi captura —acotó Cervantes, con fastidio por la renuencia de su maestro.

Don Alonso miró con curiosidad a ese joven que había disparado tal afirmación a contrapelo de su mentor. Era claro que mientras Hoyos trataba de ocultar el episodio, el joven Cervantes no vacilaba en exhibirlo como un hecho que no tendría que haber ocupado el tiempo del rey. Como si en su agitación dijera: “No fue para tanto”.

Cuando se abrió la puerta del despacho, apareció en la sala un jovial Acquaviva, de aspecto tan lozano como no podían imaginarlo sus visitantes.

-¿Maestro Hoyos? ¿Signore de Tejada? —dijo con una sonrisa

mientras tendía una mano morena y segura hacia ambos visitantes.

A su turno, tanto el Maestro como Alonso doblaron una rodilla en tierra e intentaron besar la mano tendida hacia ellos. En gesto familiar y amistoso, el Monseñor la retiró antes que ambos pudieran posar los labios sobre el anillo que indicaba su jerarquía.

-¿Qué puedo hacer por vosotros? —dijo con afabilidad. -He venido por decisión de la Orden —expresó con serenidad Alonso. Quisiera transmitirlos en privado un mensaje para conocimiento de Su Santidad —agregó, remarcando las palabras “en privado” con cierta solemnidad.

-Por nuestra parte sabemos que sois aficionado a las letras y desearía, antes de pedirlos algo —ello ha sido el motivo de nuestra visita— que leyerais algunas de estas bellas composiciones que ha confeccionado éste, mi querido discípulo —señaló con amplia sinceridad Hoyos en tanto hacía girar el sombrero en sus manos mientras inclinaba la cabeza en signo de sumisión.

-Lo haré con gusto, pero me agradaría que el mismo autor les diera lectura —dijo el Purpurado con cortesía, y dirigiéndose a Alonso, agregó: ¿Tenéis inconveniente en esta distracción, signore de Tejada? En seguida os haré ingresar al despacho.

-Para nada, Monseñor. Antes bien; considero un honor que me hagáis partícipe de este entretenido momento —respondió con aire mundano Alonso.

-¡Adelante, pues...! —concluyó el prelado -¿Cómo es vuestro nombre, signore?

-Cervantes, Monseñor. Miguel de Cervantes Saavedra —

contestó el interpelado, al tiempo que hacía una reverencia.

Cervantes dio lectura a dos poesías suyas y cuando iba a dar inicio la tercera, lo interrumpió con notable vitalidad Acquaviva:

—“¡Bravo! ¡Bravissimo! ¡Non ho bisogno di un'altra!” —dijo exultante el Monseñor, a quien la satisfacción le había hecho retomar su lengua natal. ¡Cuánto me gustaría tenerlo cerca para escuchar sus versos con mayor frecuencia! —agregó con rotundo énfasis.

—Precisamente eso nos ha traído a veros —dijo con astucia Hoyos. Sobre el joven Cervantes pesa una orden de detención —aclaro que no es injusta— por cuanto ha cometido un pecado. ¡Se ha batido a duelo! Y por más que el agravio haya existido, la Santa Madre lo ha calificado como un pecado grave, que no debemos cometer. Sin duda, este joven se ha arrepentido del mismo y con seguridad lo ha confesado, pero ello no inhibe la culpa ni reconocer la justicia de la captura ordenada a los alguaciles. Ese es el motivo de nuestra visita, Monseñor: os pido que cuando volváis a Italia os llevéis a este joven que es honesto, servicial, de confianza y sobre todo ¡de buena pluma! —agregó con entusiasmo el maestro.

—Dentro de unas semanas habré de partir hacia Roma —contestó un reflexivo Acquaviva. No sería correcto que abusara de mi condición de diplomático para enervar una orden del rey. Pero si Cervantes no fuera prendido por los alguaciles —agregó con mirada pícaro— y pudiera viajar a Italia, os prometo que lo tomaré a mi servicio, asegurándole techo, comida y un buen pasar. ¿Es suficiente, signore Hoyos? —concluyó el Monseñor.

—¡Por supuesto, Ilustrísimo Monseñor! Os estamos infinitamente agradecidos —respondió, feliz, López de Hoyos, al tiempo que se ponía de pie para terminar la entrevista.

Alonso, que había permanecido en silencio hasta entonces, se sintió libre para agregar un comentario:

-En verdad son muy bellas esas elegías. No puedo menos que agradecer la oportunidad de haberos conocido y escuchado, don Miguel. A fe que desearía volver a veros.

-A las órdenes de Vuestra Merced —retribuyó Cervantes.

Ya de pie, Alonso ingresó, invitado por un gesto del Monseñor a su despacho.

-Monseñor —inició Alonso. He venido por indicaciones de la superioridad de mi Orden, en función del deber de obediencia que hemos contraído con el Papado y para que estéis al tanto de sucesos importantes que habrán de ocurrir y se lo transmitáis a Su Santidad.

-Hablad —respondió poniéndose serio Acquaviva.

-Según la información de que disponemos, los turcos otomanos se encuentran en inteligencia con los moros de España y los estimulan a rebelarse, para facilitar su posterior entrada a toda Europa. Ya están tratando de introducirse por la cuenca del Danubio, tienen una alianza tácita con Francia, y sus corsarios asolan el Mediterráneo. Si el rey Felipe resuelve reprimirlos, nuestra Orden está dispuesta a poner sus espadas a favor de la empresa. Queríamos que el Santo Padre lo supiera y sobre todo, saber si contamos con su conformidad.

-Perded cuidado que cuando llegue a Italia le haré saber estos pormenores al Sumo Pontífice. Tal vez exista una manifestación explícita suya, quizá os haga llegar una respuesta privada. Lo que os

puedo anticipar es que Su Santidad hará todo lo posible para asegurar la fe. Despiertan su ansiedad las explosiones reformistas que se están propagando por toda Europa a partir de Lutero, pensad como debe sentirse cuando ellas provienen de un Imperio que alimenta otra fe —respondió, pensativo, Acquaviva.

-Lo dejo en vuestras manos, Monseñor. Dentro de unos días iré a Andalucía, donde se espera la rebelión de los moros; a la larga, Don Juan de Austria conducirá las legiones del rey y ello es una garantía de autoridad y valor. Por favor, decídselo también a Su Santidad.

Cervantes huye a Roma

Alonso descendió de los aposentos donde se domiciliaba Monseñor Giulio Acquaviva para retornar a la calle. La arteria la llamaban de los Olivares y había cambiado su nombre por el de Alcalá, debido a que los olivos que bordeaban sus calzadas y habían dado razón al nombre, fueron talados pues eran escondrijo de maleantes y salteadores. Había pasado casi un siglo desde el reemplazo de un nombre por otro, pero la costumbre popular la seguía designando por la antigua denominación.

El sol realizaba su declinación diaria comenzando a dar paso a las sombras. Se arrebujó en su capa, que vestía sin capilla, cubriéndose del frío que comenzaba a sentirse en el seco clima de Madrid. Había arrendado habitaciones en una casa céntrica, cercana a la Plaza Mayor de la ciudad y concurriría a ella para aguardar la noche al amparo de sus braseros, hora en que buscaría un mesón donde sentarse a comer. Esperaba aguardar un coche de plaza para que lo trasladara hacia su destino, que no era lejano.

Inmóvil, tieso como una estaca, con los rasgos de la cara encendidos como una tea, un joven, algo menor que él, lo estaba esperando. Alonso lo miró intensamente y luego lo reconoció. Se trataba del mismo mozo que un rato antes leyera esas poesías tan agradables e inteligentes, en las que el mal gusto no había podido instalarse. Se cubría del frío con un ferreruelo grisáceo cuya existencia Alonso no había advertido minutos antes.

Le dirigió una sonrisa afable, que el joven devolvió con una afirmación volcada a boca de jarro:

-Voy a viajar a Italia y buscar la protección de Monseñor Acquaviva, pero después voy a enrolarme como soldado.

-¿Y por qué me habéis elegido a mí para esta confianza? —replicó Alonso con un dejo de fastidio en el tono.

-He visto vuestra insignia. No podéis negarlo: sois miembro de la Orden —señaló el joven Cervantes.

-No somos una cofradía secreta —rectificó con impaciencia Alonso. Las insignias las llevo como una marca de honor, que no tengo por qué ocultar. Si se dice que somos discretos como Caballeros y feroces como soldados, es algo de que bien pueden dar fe nuestros enemigos. Nosotros, los que la integramos, ni hacemos alarde ni ocultamos nuestra condición y realizó un ademán rotundo, como quien considera terminado ese tema.

-Es evidente que vosotros representáis la verdadera resistencia al Imperio Otomano —Cervantes había vuelto a la carga—. No es que se haya mostrado ausente Felipe II, o no sufra con las depredaciones a las costas españolas o de Italia, pero todas las urgencias del mundo recaen sobre él. Si los Países Bajos se alinean con príncipes

protestantes, ahí tiene que hacerse presente para defender la fe; si se quieren separar de su Corona, ahí debe comparecer para que la tierra donde nació su padre no salga de sus manos; y así diciendo. Deseo pelear contra el turco, señor —concluyó Cervantes.

-Querido amigo, estimo que pronto podréis hacerlo. Creo que aquí mismo, en España, se habrá de desatar la próxima contienda. Lástima que debáis partir hacia Italia de inmediato y perderos esta guerra. Pero no desesperéis; supongo que en este suelo los venceremos sin tropiezos, pero después... Bueno; no me complace adivinar el futuro, pero intuyo que muy pronto nos veremos las caras con esa gente —concluyó Alonso, reemplazando su inicial molestia por un tono gentil y afectuoso. Agregó:

-Hacedme llegar vuestras señas personales, sobre todo cuando viajéis a Italia. Si el momento llega y estoy con vida, tendréis noticias mías.

Don Miguel de Cervantes saludó con respeto al Caballero y se retiró.

Dentro de unos días partiría hacia Italia, donde se decía que los aires románticos de la península favorecían las poesías y el amor y desinhibían a las muchachas. Lamentaba dejar España; no solo era su tierra. Había quedado deslumbrado por las representaciones teatrales de Lope de Rueda y la farándula atrapó su imaginación y sus deseos. Si no hubiera ocurrido ese maldito duelo con Sigura, no se habrían abatido contra su persona los edictos reales disponiendo que fuera detenido, y a esta hora podría ir en esa caravana artística.

-“¡Ese maldito Sigura!”—pensó para sus adentros. Pero cuando recordó su acero entrando en las carnes robustas del ofensor, una sonrisa tunante asomó a la cara del joven Cervantes. Bueno... el

placer de la herida a un adversario bien merecía esa sanción, se dijo a sí mismo y con una feliz resignación aceptó el destino. Ese bellaco de Sigura había quedado herido; dicen que malherido.

-“¡Se lo merece por bastardo!”, se dijo a sí mismo y otra vez una sonrisa diabólica asomó a su rostro.

Además —pensó más adelante con cierto fatalismo— su verdadera vocación era la de ser militar; en Italia podría lograrlo. Se decía que numerosos ejércitos —cada uno contratado por un señor feudal— servían al mismo tiempo a lo largo y ancho del territorio. Por otra parte, las ciudades importantes, las que constituían ducados o principados, estaban aliadas entre sí o se hacían la guerra.

Italia no era una sola nación, ni un solo amo era el señor de todo el suelo: algunas regiones pertenecían a España; otras eran materia de disputa entre Francia y el Imperio Español, como el milanesado; había Repúblicas independientes, como Génova (tributaria de España), Venecia, Salerno, Ragusa, Amalfi (las célebres Repubbliche Marinaie); alguna zona pertenecía al Sacro Imperio, y vastos ducados correspondían al dominio secular del Papa. ¡Italia era un mosaico, la tierra soñada!

Un hombre con algo de suerte podía abrirse paso en esa maraña militar y política y alcanzar buenas posiciones, sin contar con que la paga y los acantonamientos se decía que eran muy satisfactorios. Amén de esas lindas muchachas que llamaban ragazze...

Las tres gracias

Monseñor Giulio Acquaviva retornó a Roma a principios del año 1569 y solicitó una audiencia con el Papa.

Pío V se la concedió de inmediato. Un poco porque estaba ansioso por recibir noticias del famoso Felipe II, otro poco por el afecto y la consideración que sentía por ese joven obispo napolitano, y de manera fundamental porque él mismo era un hombre sencillo, desprovisto de toda cercanía con el protocolo y la pompa. Nadie más alejado de la solemnidad que ese Papa humilde, de austeras vestimentas y magro yantar; que marchaba descalzo por el empedrado de Roma en las innumerables procesiones que ordenaba; un hombre así no podía ser renuente o formalista en la concesión de audiencias.

Por otra parte, las relaciones entre España y el papado no pasaban por el mejor momento. El obispo de Sevilla, Monseñor Carranza había sido llevado a juicio por sus pares de la Inquisición. El Santo Oficio español encontraba a Monseñor Carranza culpable del pecado de herejía, pero los integrantes del Tribunal Supremo de Roma —y en especial los amigos de Carranza— no solo consideraban inocente al veterano obispo, sino que lo trataban como si fuera un héroe de la fe.

Como es de imaginar, Felipe había tomado partido a favor de su clero y la actitud de los integrantes del entorno papal lo irritaba: Carranza no había sido llevado a prisión, estaba alojado en casa de un allegado al Pontífice, celebraba misas, etc. Este Papa piadoso, de quien se decía que hablaba con Dios, y su Santísima Madre le hacía confidencias, creía en la inocencia de Carranza y estaba dispuesto a tensar las relaciones aún con España, a la que se consideraba el estandarte del catolicismo en Europa, antes que traicionar la buena fe de sus convicciones. Es de imaginar, entonces, que las referencias sobre el rey Felipe le interesaran mucho.

En rigor de verdad, los lazos entre España y el Papa estaban tensionados además, por razones crematísticas; el rey aspiraba a obtener de Pío V ciertos beneficios (las “tres gracias”) que si bien tenían un sentido espiritual, no dejaban de consagrar grandes ventajas dinerarias. Tres factores urgían a Felipe: la prórroga del famoso Subsidio, la elevación a Bula del Excusado y la extensión en el tiempo de la Bula de la Cruzada. Ciertamente es que alrededor de esos preceptos eclesiales se habían cometido excesos en los cuales el clero y los nobles habían caído con reiteración, dando pretexto a personas como Lutero o Calvino para propiciar los movimientos reformistas. Se había llegado a sostener, incluso, que las indulgencias “se vendían”.

El subsidio o décima, era un “alquiler” que el Estado español cobraba bajo la forma de impuesto a los bienes y propiedades de la Iglesia en España. Le dejaba al fisco la friolera de 420.000 ducados de oro por año. Por su parte el excusado era un impuesto establecido solo por Felipe II; consistía en una tasa que se cobraba al contribuyente de alguna parroquia elegida —por lo general las que más tributaban— para que su diezmo se lo pagara al rey, en lugar de abonarlo al clero, evitándose de ese modo la doble imposición. Justamente así se lo llamaba porque el contribuyente que le pagaba al Estado, quedaba excusado de hacerlo con la Iglesia.

La “Bula de la Cruzada” había sido instituida con motivo del nacimiento de las primitivas expediciones de Occidente para rescatar el Santo Sepulcro de Jerusalén. Su contenido era espiritual y, en forma secundaria económico, por cuanto la Iglesia se comprometía a asistir financieramente las empresas militares que se emprendieran. Felipe II intentaba que Pío V emitiera esta Bula con motivo de una campaña marítima contra el Imperio Otomano (como se sabe, finalmente lo logró).

A esos institutos se los denominó “las tres gracias”, con las cuales Roma distinguiría al reino de España por su labor en favor de la fe católica.

Cuando Monseñor Acquaviva ingresó al sencillo despacho de San Pío V, el Papa ya había tomado una decisión respecto de su joven legado. Primero escuchó con atención los relatos minuciosos de Acquaviva; como buen italiano no pudo impedir que su rostro reflejara los pormenores de su estado de ánimo y al finalizar la exposición su enviado, dijo con toda la serenidad que le permitía su condición sanguínea:

-Caro Giulio, he pensado mucho en tu porvenir y en los servicios que tu talento le reportará a la fe y a nuestra Iglesia. No tengo ninguna duda en la proposición que habré de formular: tu nombre será elevado al próximo consistorio para consagrarlo Cardenal —dijo, con una sonrisa, San Pío V.

-¡Santidad! ¡Nunca he mostrado mi fe, ni mi devoción por vuestra persona, midiendo ello con la vara del interés! Soy un modesto siervo del Señor que asumió sus funciones pensando en valerle en el puesto en que se requirieran sus oficios. Es demasiado premio para este humilde sacerdote el capello que Vuestra Eminencia le está prometiendo... —respondió con mansedumbre Acquaviva.

-No habrás de ser el Cardenal más joven de la historia —agregó el Santo Padre, como si no hubiera escuchado las protestas del futuro Cardenal. Casos hay en que nuestros monarcas administran esas designaciones eclesiales como una suerte de premio, para satisfacer deudas políticas; y algunos, más que el revestimiento curial deberían lucir los entorchados reservados a los generales. De ese modo ¡hasta niños! han sido elegidos cardenales.

En cambio estoy seguro que entre los hombres de Iglesia, es decir, los que han tomado los hábitos para mostrar los deseos de servir al Señor, vos estaréis entre los de menor edad.

Una serie de emociones se abatieron sobre Monseñor Acquaviva. Nada menos que un hombre santo era el que había formulado esa promesa, que en labios de Pío V equivalía a un compromiso de doble mano: la distinción por la nominación generaba una deuda en el elegido. Respecto de esto último, bueno es recordar que todo quedaba reducido (o sobredimensionado) a una obligación moral hacia la fe. El Santo Padre no era hombre de estrategias políticas, ni en las designaciones podía buscarse un propósito mezquino, como sería el de rodearse de adictos a su persona y secuaces de sus proyectos. El Sumo Pontífice guiaba sus acciones de acuerdo a la misericordiosa conducta que él mismo se imponía, imaginando qué acciones serían gratas a Dios para ejecutarlas como un esclavo obediente de su voluntad. Esto, y no otra cosa, era lo que demandaba de Acquaviva.

Finalizada la audiencia, el futuro Cardenal se dirigió a pie hacia su residencia romana, metido en los pensamientos que había provocado la confianza papal. El mundo y sus tentaciones eran ajenos a una imaginación que solo atisbaba un porvenir de obligaciones y prodigios... ayudados por Dios, por supuesto. Salió de su ensimismamiento recién en la puerta de calle de su casa, cuando fue abordado imprevisamente por un hombre joven, surgido por detrás de un árbol bajo y de abundantes hojas.

La guardia del Monseñor dio muestras de celo cuando lo prendió, mientras un asistente tomaba a Acquaviva de un brazo para introducirlo en la mansión. Por fortuna, el futuro cardenal había semblanteado al muchacho y antes de ingresar a la casa, giró otra vez la cabeza reiterando en su memoria ese rostro familiar, tanto como

para recordarlo y poderlo identificar.

-“¡Pero si es el mozo que había recitado esas poesías tan gratas en Madrid...!”—se dijo a sí mismo.

-¡Soltadlo que es amigo! —exclamó sin necesidad de levantar la voz.

Los centinelas dejaron libre al muchacho de inmediato y éste, acomodándose la ropa, dijo, doblando una rodilla en el suelo:

-Gracias por reconocerme, Monseñor. Nunca habré de olvidar este gesto.

Repuesto del entredicho, el inminente Cardenal dirigió una seña al muchacho invitándolo a ingresar a la residencia.

-He pensado en el pedido que me habéis hecho en Madrid por medio de don López de Hoyos —refirió mientras caminaba— y deseo complacer el requerimiento. Precisamente hoy he recibido noticias que hacen a mi futuro y permiten que pueda disponer de alguna posibilidad más favorable aún. ¿Os place ingresar como camarero mío?

-Monseñor: guardaré siempre un devoto agradecimiento hacia vuestra persona por este cargo que me ofrecéis y desde el cual pretendo honraros. Sin embargo, nobleza obliga: con la misma dosis de gratitud y lealtad que os debo, quiero confesaros algo. Me desvivo por probar mi valor hacia mi fe, mi rey y mi patria y, si Dios lo permite, desearía servirlos en esta guerra que se viene librando contra el infiel. Con esto anticipo a Vuestra Eminencia que si se presentara la ocasión de servir como soldado, habré de dejar este cargo con que la infinita generosidad de Vuestra Merced me

beneficia. Siento que no debo traicionar la esplendidez de Su Eminencia ocultando mis intenciones para después dejaros por otro empleo, que alguien podría considerar adquirido solo para mi ganancia y no por satisfacer mi vocación.

-Sea —dijo el Cardenal con tolerante expresión— pero cuidaos mucho si vais a la guerra, porque las letras os esperan.



Farax Aben Farax

Ilustración de Los Motines de las Alpujarras de Manuel Fernandez y Gonzalez, 1859. Grabador: Tomás Carlos Capuz.

CAPÍTULO VII

La rebelión de las alpujarras

La pragmática sanción

1567 había comenzado con algunas medidas que llevaron a conmovedores resultados. Uno de ellos fue la Pragmática Sanción de ese año, acogiendo las disposiciones del Sínodo de los obispos de Granada que había dado inicio a su labor en 1565.

Proclamada a principios del mes de enero, había calado tan hondo como el invierno español en los espíritus musulmanes. Quienes lo llevaron para su firma al monarca, lo hicieron con el pulso trémulo, obligados por ese frío que carcomía la entraña del cuerpo. Apenas unas pocas brasas en la hornalla servían para mitigar el aire helado, sin llegar a calefaccionar el ambiente real, en el cual, manos reumáticas y huesudas como las de un mendigo, con el porte encorvado y anguloso, le alcanzaban a Felipe II la carpeta con los folios que esperaban su atención.

Por cierto, el Sínodo había sido una asamblea de fe, y al mismo tiempo de encendido patriotismo, ya que intentaba ratificar la unificación del país, en este caso, por medio de la religión (antes lo había sido por la lengua, adoptándose la de Castilla; y la política, por el matrimonio, casándose Isabel con Fernando). Así, al menos, lo entendía el rey. En razón de aquella, las prácticas islámicas, que la

comunidad morisca ejecutaba con libertad, debían quedar limitadas de manera draconiana.

En cierto sentido, y visto con un cristal religioso (e hispanista), la inquietud de los sacerdotes no estaba demasiado errada. En el sínodo anterior, se estableció que el objetivo era la asimilación de los moros a la población cristiana a través de sus costumbres y estilo de vida. Sin embargo, casi un siglo después, debía reconocerse que la evangelización no había avanzado. Los árabes continuaban manteniendo su arraigo religioso y la separación con la sociedad “española” era absoluta: culturas diferentes, gustos diversos, amoríos conjuntos que solo en la clandestinidad se podían gozar; hasta las comidas y la medicina eran distintas.

Las medidas que tomó el rey fueron, sin duda, de una dureza singular, pero ello recién es posible advertirlo en nuestros días, analizadas con la distancia que proporciona el tiempo. Observados los acontecimientos con el cristal de esta época, es fácil encontrar fallas en actos realizados varios siglos antes. Pero en ese momento parecieron comprensibles, y el monarca fue inamovible con las decisiones que promulgara.

Las súplicas deducidas por los más notables moros fueron vanas. Todas las gestiones dirigidas a salvar costumbres, religión, cultura, fueron inútiles; tampoco tuvo éxito un ruego interpuesto ante el cardenal Diego de Espinosa, que presidía el Consejo de Castilla. Una sociedad como la española, que había visto cómo le eran arrebatados hábitos, rutinas, tradiciones, fe, territorios, mujeres, durante siete siglos, debía ser, naturalmente, refractaria a la clemencia.

Sin embargo, las medidas dispuestas en aquella “pragmática” dictada por el rey de España, implicaban una verdadera asfixia para

los moros. En un plazo de tres años debían erradicar todo vestigio de su comunidad: los libros tenían que ser incinerados y el idioma abandonado; ni pensar en prácticas religiosas. Y como las revocatorias interpuestas no fueron acogidas, comenzaron a suscitarse una serie de reuniones: la conspiración, que se había iniciado algunos años antes, tomó ritmo acelerado.

Para ser justos, tiempo atrás los activistas musulmanes ya habían comenzado su prédica revolucionaria. Aunque parezca irónico, la promulgación real había hecho felices a los cabecillas revolucionarios: ahora podrían aumentar la perorata y sumar los sectores compuestos por los moros más pacíficos, aquellos que con anterioridad no eran incondicionales de la revolución.

Por cierto, esa rebelión que se estaba gestando no contaba a su favor con el factor sorpresa. En todo complot en el que no se mantiene el monopolio del secreto, los represores, por medio de una red de informantes, espías e infiltrados, suelen estar al tanto de todos sus pasos, y ello siempre resulta fatal para los conjurados. El estallido revolucionario era tan cantado que ya hasta tenía fecha de lanzamiento: el Jueves Santo de 1568, cuando el recogimiento llevara a los cristianos a sus templos. (Al final la rebelión estalló; no un Jueves Santo, como supusieron los lugartenientes del rey, pero sí en una fecha igualmente religiosa para la cristiandad: entre Nochebuena y la Navidad de ese mismo año).

Como todo era tan ostensible, las autoridades se habían preparado para dominar la asonada. En las cercanías de la Semana Santa, comenzaron los arrestos de aquellos que eran sospechosos de ser cabecillas del alzamiento; no lo hicieron con todos: a algunos no se los privó de la libertad precisamente para continuar desarrollando el ovillo de la conspiración.

Para continuar siendo fieles a la verdad, digamos que tampoco el gobierno hizo de su política un arcano. Trascendió que proyectaba internar a los moros al norte de Castilla y privarlos de sus posesiones. Y también otro dato que perturbaba a los afectados: serían reemplazados en el ejercicio de sus derechos por cristianos confiables. El descontento, que era un murmullo, pasó a ser todo un rugido. Entre rumores y verdades, misivas de Turquía que se interceptaban, noticias de Argelia y promesas de apoyo, la comunidad árabe se reunió en Beznar (valle de Lecrin), en un momento cercano a los finales de 1568. En secreto eligieron rey y optaron por la clandestinidad.

Por elección de los asistentes fue designado monarca Hernando de Córdoba y Valor, que como una manera de “quemar las naves”, recuperó de inmediato su antigua denominación mora: Aben Humeya (u Omeya o Umeya). Se proclamó en ese mismo acto la rebelión de todos los moros de España y, soliviantada la región del reino de Granada, el paso siguiente que emprendieron los rebeldes fue convencer a sus hermanos de las principales ciudades sobre la conveniencia de compartir la rebeldía.

En realidad, la rebelión fue muy seria. Al menos, aunque la historia no se hubiere detenido demasiado en el hecho, así fue percibido por los espíritus más esclarecidos de ese tiempo. Monseñor Castagna —futuro Urbano VII— nuncio del Papa en España, le hizo conocer su temor a San Pío V, expresándole que “todos los moros de ese reino se han sublevado, excepto los que están dentro de la misma ciudad de Granada”.

En efecto, el lugarteniente de Humeya, Farax Aben Farax, fácil de identificar porque era negro, secundado por una docena de secuaces, penetró por la noche en la ciudad de Granada. Llevaba el propósito de transmitir la revolución y levantar los moriscos que

permanecían indecisos, sobre todo en el barrio aristocrático del Albaicín. Allí, en la belleza compacta de una zona desde la cual la vista se posa con facilidad en la parte inferior de la ciudad (que ocupaban los cristianos), los moros más ricos compartían su “hábitat” con los de recursos más escasos. Al lado de una residencia suntuosa, una vivienda de contornos humildes demostraba, que más allá de las notables diferencias de casta y nacimiento, el barrio tenía la fuerza de los conglomerados urbanos para propiciar mecanismos igualitarios.

Tal vez no era Farax la persona más indicada para elegir como emisario; “hombre bestial, de instintos sanguinarios”, del linaje de los Abencerrajes, parecía, al decir del almirante Carrero Blanco, “un saltador de caminos” a pesar de sus antecedentes familiares. Pero sea que el motivo hubiera sido la calaña del personaje elegido, o la razón fuera otra, lo cierto es que los moros del Albaicín negaron su apoyo a la rebelión. También, algo de lógica había en esa renuencia de los moros ricos. Perteneían a las familias más pudientes de la ciudad y, en solidaridad (y conveniencia) con ellas, el resto de la comunidad árabe urbana entendió que con el alzamiento mucho era lo que tenían por perder, pocas las perspectivas a ganar y declinó sumarse. Solo por instinto, ignorando la celebridad del autor, los moros granadinos optaron por añadirse a la afirmación del emperador Augusto: “quien hace la guerra con perspectivas escasas de ganancia en caso de victoria, se parece al pescador que utiliza un anzuelo de oro, cuya pérdida no podría compensar la obtención de ningún pez”.

Parcialmente, no era este el caso de la revolución mora, más o menos equivalente a cobrar un inmenso pez de oro. El triunfo de la asonada hubiera tenido consecuencias impensadas para España, y es posible que para el resto de Europa; lo difícil era que pudiera resultar victoriosa.

La frustración del segundo de Humeya fue total. Con el fracaso de Farax se confirmó un hecho que sorprendió por lo paradójico: los moros que vivían en las ciudades desdeñaron el levantamiento y los que lo hacían en las zonas rurales no solo lo aplaudieron, sino que intensificaron la relación con el norte de África, añorando el retorno a los tiempos felices previos a la Reconquista. Fue irónico: los pobladores de las regiones urbanas —en general más proclives a la veta revolucionaria— se mostraron “conservadores” y los que habitaban el campo resultaron “progresistas”. ¿Quién dijo que la historia es una línea recta, que no acepta curvas?

De cualquier forma, las posiciones asumidas por revolucionarios y españoles de cepa se fueron endureciendo. El presidente de la Audiencia de Granada, Pedro de Deza, publicó la Pragmática y formalmente la rebelión estalló, con más virulencia de la esperada (salvo para quienes, como el Nuncio papal, habían efectuado un vaticinio tremendo). Para colmo, Felipe II tenía a sus célebres tercios entretenidos en Flandes a órdenes del duque de Alba para reprimir a los protestantes, de modo que no podía contar con ellos. Recurrió a dos Grandes del Reino: el marqués de Mondéjar, designado Capitán General de Granada y el conde de Los Vélez; a ambos encomendó la conducción de los ejércitos reales, suponiendo, con grave error, que la rebelión era desdeñable.

Pero —inconcebible en un monarca tan meticuloso como Felipe II— ambos nobles se odiaban y el resultado militar fue consecuencia de esa manifiesta y recíproca acritud. El tiempo transcurría, los moros recibían dinero y refuerzos en hombres de Argelia y la revuelta, lejos de ser sometida, se extendió a toda la región de las Alpujarras.

Para complemento, 1568 había sido un año desdichado para Felipe.

Como hemos dicho, con escasa diferencia de tiempo murieron su hijo Carlos (en prisión) y su querida y joven esposa, la dulce Isabel de Valois. Al dolor que arrastraba por Carlos, a quien había hecho encerrar para impedir que se dañara a sí mismo (había intentado suicidarse ingiriendo nieve), o asesinara a su propio padre, debía sumar la pérdida de su esposa. Isabel había muerto después del parto de una flamante princesa, sometida a la cruel e ineficaz medicina de esa época: purgantes y sangrías.

Todo parecía conspirar contra el monarca. Escribió una dolida carta a su suegra, Catalina de Médicis, informándole la muerte de la reina y como atormentado consuelo se internó en el monasterio de los Jerónimos en Madrid, para guardar un duelo riguroso.

Durante quince días se negó a recibir cualquier información externa. Vanos los intentos de los embajadores por abordarlo, inútiles los deseos de sus colaboradores por acercársele. Él era el centro del mundo y el universo parecía no funcionar sin su concurso, pero el rey, fiel a su dolor, se negó en forma rotunda a aceptar los acicates humanos.

En tanto, el marqués de Mondéjar ponía en marcha una embestida frontal. Arrolló a los moros, atravesó las Alpujarras y estableció su cuartel general en Orgiva. El conde de Los Vélez no le fue en zaga. Atropelló a los rebeldes y también franqueó el macizo serrano; fijó su cuartel en Terque, al este de las sierras. Ambos nobles actuaban conduciendo fuerzas militares que eran notables por sus condiciones colecticias, difíciles de subordinar e imposibles de ordenar, cuyo principal ingreso —dispuesto por esos mismos soldados— era el saqueo y la depredación. Escudadas en los abusos cometidos por los insurrectos, esas tropas indisciplinadas no cejaron en su empeño por desplegar los mayores pillajes sobre las

poblaciones vencidas, ejerciendo el atropello del soldado que actúa solo atraído por la fortuna, olvidando en su rapacidad, la dignidad de España.

Estos descalabros, lejos de intimidar a los moriscos, exasperaron más aún su condición irritable. A partir de allí, la confrontación entre cristianos y árabes, que de por sí era feroz, se convirtió en más sangrienta aún. Los rebeldes no dejaron crimen por realizar. Obligaron a sus hermanos de raza, voluntariamente convertidos al cristianismo, a repudiar su nueva fe y volver al islam. Se ensañaron, en especial con los profesos, y vistieron los hábitos de los sacerdotes católicos en son de burla. Las iglesias fueron incendiadas y las religiosas violadas. Esa brutalidad no habría de conducir a nada bueno y solo sirvió para justificar en sus oponentes los peores instintos humanos.

Mediante la formación de un cuerpo militar muy numeroso (y demostrando de paso que tenían presencia en toda España), los rebeldes pusieron sorpresivo asedio a la fortaleza de Calahorra. La guarnición cristiana se sostuvo con toda gallardía, resistiendo hasta que don Pedro de Arias acudiera con un buen número de tropas a atacar a los sitiadores, obligando a éstos a levantar el cerco. Poco después Los Vélez pudo reportar un importante triunfo en Oan, el que no hubiera quedado deslucido si el conde no hubiera entregado, después del combate, la población a la insaciable codicia del miliciano.

Mondéjar, seguro de su fuerza militar, avanzó sobre Guájjar, pero, enardecido por la resistencia que le opusieron los rebeldes, pasó por las armas a todos los combatientes que no alcanzaron a huir, dando forma a acciones más sangrientas que célebres.

Por supuesto, los moros no se quedaron atrás. Capturaron

Serón y la guarnición, a la que se habían dado garantías expresas, fue íntegramente degollada. “Para que aprendan”, masculló uno de los verdugos en medio de una orgía lujuriosa.

La ciudadela cayó por la desavenencia entre las fuerzas cristianas, como se verá más adelante. Como en todo conflicto racial y religioso, el fanatismo y la intolerancia se apoderaron de los combatientes. Los lobos de las dos manadas habían husmeado sangre y, como fieras cebadas, se abalanzaban sobre los pobres que caían.

Sin embargo, el marqués, que viera coronados sus esfuerzos por sucesivas victorias, intentó, a pesar de la derrota de Serón, un gesto conciliador. Envío una delegación a la Corte para solicitar el perdón para los moriscos que se rindieran y en especial a los pobladores del barrio del Albaicín, en Granada. No contaba con que su enemigo frontal, el conde de Los Vélez, habría de sabotear el proyecto y envenenar la Corte contra el marqués y sus buenas intenciones.

Esta flagrante negativa, sumada a las alternativas dolorosas de la guerra que se estaba librando, enfervorizó los ánimos moriscos, enardeció su espíritu independiente e hizo lentas las operaciones militares que desplegara la monarquía española. Pero esta lentitud no tenía origen solo en las energías moras; el principal factor estaba constituido por la indisciplina de las tropas cristianas.

Como dijera un ilustre cronista, “soldados de nuevo apellido que volaban al campo de combate en alas de su entusiasmo o indignación, carecían de aquellos hábitos de sobriedad y constancia sin los cuales es imposible una victoria definitiva”. Cebándose en las riquezas presuntas o reales del enemigo, más bien que en su persecución, permitían a éste rehacerse después de sus derrotas o le impulsaban a la desesperación cometiendo crueldades gratuitas y

actos de latrocinio con certeza punibles.

Como en cierto momento lo percibiera don Luis de Quijada, cuando los jefes querían reducirlos al cumplimiento de sus deberes desertaban o hacían alarde de su insolencia sin temor al castigo. Este descaro afectaba tanto al soldado raso como al oficial, y algunas partidas, ciegas con el aliciente del botín, fueron víctimas de emboscadas hábilmente preparadas por el enemigo.

Con paciencia y la ayuda de soldados argelinos y algunos centenares de turcos, los rebeldes, percibiendo la debilidad española, pusieron sitio a Almería, esperando contar con un efectivo bloqueo de Uluch Alí. Sin embargo no tuvieron presente dos errores de apreciación: Gil de Andrade, lugarteniente de García de Toledo, peinaba el Mediterráneo con una poderosa flota, que impidió los actos de piratería a que estaba acostumbrado Uluch. Tampoco imaginaron la resistencia férrea que opuso la guarnición española, que se batió con una energía conmovedora. El saldo no pudo ser más negativo para los rebeldes: no solo no consiguieron capturar Almería, sino que dejaron expuesta la población mora a las crueles represalias de los sitiados.

Felipe había visto como las disensiones entre los jefes cristianos y la baja calidad de sus tropas fueron aprovechadas por los moros y percibió, con alarma, que la balanza militar comenzaba a inclinarse a favor de los rebeldes. También advirtió que una jefatura militar no puede tener dos cabezas, aunque ambas fueren brillantes y percibió, al costo enorme que depara la experiencia del fracaso, que sus fuerzas militares eran insuficientes. Pero debía ir por partes; ante todo, unificar el mando.

-“¿A quién designar?” —se preguntó el soberano en medio de sus largas cavilaciones. Alba estaba en Flandes y al general Leiva, el

otro gran militar español (el “Rayo de la Guerra”, como con justicia se lo llamara), tampoco lo tenía cerca: secundaba al duque en el norte de Europa; podría venir, pero en todo caso, más adelante. ¿Quién le quedaba? ¿El Marqués de Pescara? ¡Por favor! Ya había muerto, había sido héroe, pero era en tiempos de su padre. Tendría que ser alguien que hiciera de síntesis y por su mérito o alcurnia superara a los dos nobles enfrentados.

¿Juan de Austria? Pero era demasiado joven, ¡apenas tenía veintidós años! Carecía de experiencia... y es posible que su atrevimiento lo llevara a arriesgarse demasiado en el aspecto personal —cavilaba en silencio el rey. Sin embargo.... No fue ésa la primera vez que a Don Juan lo llamara la aventura e intentara cubrirse de fama y nombre. La ofensiva de los turcos, en especial contra Malta, lo había seducido y lamentó la desdicha de no haber intervenido en su auxilio. Cuando se encontró con Alonso de Tejada en Alcalá y escuchó algunos de los relatos que éste hizo de la resistencia al asedio, los ojos del príncipe sacaron chispas.

—“¡Pensar que no estuve allí!” —exclamó para sus adentros.

En realidad había hecho de todo para enrolarse, hasta desobedecer e incurrir en la ira de su hermano, el rey. Los hechos sucedieron de la siguiente manera:

Felipe había enviado a su joven esposa a Bayona, para entrevistarse con su madre, Catalina de Médicis y su hermano, Carlos IX. Tenía muchas esperanzas puestas en esa reunión, de la que pensaba obtener, gracias a Isabel, una actitud firme de Francia frente a los hugonotes protestantes.

Isabel no viajaba sola; la acompañaban, por disposición real, el heredero don Carlos y el príncipe Juan de Austria. Pero a Juan le

palpitaban las sienas de la excitación. Sabía que habrían de zarpar, desde Barcelona, las galeras que mandaba don Álvaro de Bazán e irían a unirse a García de Toledo para formar una escuadra destinada a defender las costas del Mediterráneo amenazadas por los piratas que respondían a Estambul y, si era posible, asistir a Malta. Sofocado por la ansiedad, no pudo más y escapó al galope una noche, dejando atrás, junto a Segovia, sus obligaciones reales. Sin embargo tuvo mala suerte. Al llegar a Zaragoza lo atacaron fuertes fiebres y debió permanecer en esa ciudad.

Pero... ¿qué tenía de seductor ese mozo rubio, bien parecido, de profundos ojos azules? Las principales familias del lugar compitieron entre sí para dar albergue al príncipe enfermo. Taciturno, amargado por su mala estrella, Don Juan aceptó con indiferencia hospedarse en casa del arzobispo, permaneciendo insensible a las atenciones que con denuedo el anfitrión le prestaba.

Deprimido, solo pensaba que el fracaso del objetivo había sido completo: el rey enojado por su desobediencia; las galeras, que ignoraban su intención, marchadas hacia Nápoles. Nada había salido bien. Para colmo, cupo solo a García Álvarez de Toledo el honor de haber puesto en fuga a los sitiadores de Malta.

No obstante, le duró poco el fastidio a Felipe. La reina Isabel intercedió ante él haciendo de abogada de su alocado cuñado y éste obtuvo el perdón real.

Al final, Don Juan salió beneficiado. El soberano lo nombró “general del mar”, lo que equivalía al grado de almirante. Además, instruyó al antiguo embajador suyo ante el Papa, don Luis de Requesens —que era de la absoluta confianza de Felipe— para que, cuando estuviera cerca del príncipe, lo protegiera e instruyera en “las artes marítimas”, para asegurarle un desempeño inobjetable en el

mando. A los veinte años, parecía que don Juan había tocado el Cielo con las manos.

Pero la realidad era otra para el interesado: ansioso e impaciente por vivir lances audaces y alcanzar celebridad ante el mundo, este notable príncipe debía contentarse con vivir como cortesano. Eso lo aburría. Se lo veía desesperado, ansioso tal vez por borrar su pasado bastardo. Para colmo él, que tenía devoción por la vida militar, había tomado conocimiento que su real hermano pensaba en él como religioso y a ese fin se encontraba gestionando en Roma un capelo cardenalicio. Tenía sueños y condiciones para probarse y demostrar que era fiel al rey y a España; que era posible hacerlo con la espada, no con una tonsura en la cabeza. Sin vacilar, galopó, esta vez desde Valladolid a Madrid, acompañado solo por su secretario y dos sirvientes. Antes de partir, escribió a su hermano, ofreciéndose para ocupar la jefatura del ejército que peleaba en Andalucía: quería comandar la represión de las Alpujarras.

El joven rubio, de ojos azules, diestro con la espada, seductor eterno, envidia de varones y codicia de mujeres, a quien acompañaba un porte de varonil elegancia, le escribió con manifiesta imprudencia a su célebre hermano: “Me he enterado de la gravedad de la rebelión de los moros de Granada. Como esta cuestión toca de cerca mi deseo de gloria y la dignidad y grandeza de Vuestra Majestad, ultrajada por la insolencia de esos rebeldes, no puedo dejar de ponerme enteramente a su disposición. Puesto que lo debo todo a Vuestra Majestad, le ruego servirse de mí como de su brazo para castigar”.

No quedan dudas de que se trata de la carta de un hermano leal y franco, agradecido y obligado, porque Felipe, cumpliendo la voluntad de su padre, lo había reconocido y hecho príncipe.

El relato del momento de su reconocimiento como hermano

pinta con fidelidad a ambos:

Carlos V, que había visto a su hijo Jerónimo una sola vez cuando ya estaba en Yuste (alguna versión histórica dice que varias veces, pero solo lo acarició una vez, sin revelar nunca quien era), lo reconoció mediante testamento, aclarando para la posteridad que no era hijo adulterino, pues al momento de la concepción, la emperatriz había muerto y él era ya viudo (y la madre de Don Juan, Bárbara Blomberg, soltera). Como hombre que preparaba sus actos para el juicio que habría de rendir ante el Todopoderoso, estableció el mencionado reconocimiento y encomendó a su hijo legítimo, Felipe II, protección y cuidado para el hermano de cuya existencia recién tomaría conocimiento ese rey “frío y distante” como lo ha pintado la historia.

El encuentro entre ambos hermanos se preparó para una jornada de caza, a la que asistió el rey en compañía del duque de Alba y el joven Jerónimo con su padre adoptivo, don Luis Méndez de Quijada.

Jerónimo (o Don Juan, como se llamó en el futuro) ignoraba quien era y Felipe (bastante mayor que ese niño) no dudó en prodigarle un sincero afecto fraternal, acariciando con cariño su cabellera abundante, rubia y cubierta de rulos. Antes había ocurrido un hecho por demás gracioso. Quijada y Jerónimo, cuando divisaron al rey, fueron de inmediato a saludarle. Como correspondía de acuerdo al ceremonial, al estar frente al soberano, don Luis, seguido por su hijo adoptivo, se dirigió a expresarle su devoción. Hincó la rodilla en tierra para besarle la mano y el niño, cuya consigna era imitar a don Luis en todo, advirtió con pánico que su estatura le impedía observar el protocolo. Al percibir ese detalle, Felipe II se apeó del caballo; sonriente, tomó la cabeza del niño y apoyándola contra su pecho, le hizo conocer su cariño a la sorprendida criatura.

En esas circunstancias Jerónimo supo, por boca del mismo rey, que era hermano del monarca y las obligaciones que habría de asumir: entre otras la de estudiar, algo para lo cual el niño no sentía apego.

Por si faltara algo, ese joven, que creció comprador y simpático; ante quien las damas suspiraban (y a las que, una vez poseídas, olvidaba), los sacerdotes le hacían pleitesía, y los hombres de armas se inclinaban, contaba con el apoyo expreso del cardenal Espinosa, uno de los hombres más prominentes del reino.

Al dirigir la carta a la que nos hemos referido a su poderoso hermano cometió un error evidente, diría un psicólogo (profesión que no existía en el medioevo): antepuso su ansia de gloria a la grandeza del rey. No importó; ello solo sirvió para resaltar la actitud irreflexiva del joven y la magnificencia del soberano, quien recibió con un gesto resignado la torpe imprudencia del hermano menor.

Por otra parte, quedó probado que el juicio del príncipe, sobre la importancia de la rebelión, no fue equivocado. En agosto de 1570, cuando estaba a punto de terminar la represión de los moros, Catalina de Austria —tía de Felipe II y abuela del rey de Portugal, don Sebastián— hizo saber al sobrino la preocupación de la cancillería habsburga, refiriéndole que, según sus datos, las bajas de los ejércitos del rey alcanzaban a ¡40.000 muertos!!

En una misiva en la que se mezclaban la política con el linaje, lo estimulaba a concluir con la rebelión, derrotándola: “deseo que Vuestra Alteza de fin a esto, de manera que no deje lugar a esa mala gente para que se fortifique, le de nuevos trabajos y le ponga en nuevos cuidados y gastos”.

La carta de Don Juan, decíamos, terminó por inclinar la balanza. El 17 de marzo el rey designó a Juan de Austria generalísimo

de los ejércitos que tenían la obligación de someter a los moros.

Éste no cabía en sí de gozo. Radiante, imaginó quienes serían sus lugartenientes. Inútil pretender contar con Alejandro Farnesio, en quien pensó primero de todos: su madre era gobernadora de los Países Bajos y él estaba cumpliendo una misión delicada cerca suyo. Tal vez esa decisión la tomara Felipe y en ese caso, seguro que el designado sería Requesens. Peinaba canas, era amigo del rey, astuto y valiente... todo eso no lo disgustaba.

Debía pensar en quienes llevaría como camaradas de armas. ¿Y ese Caballero de Malta, con quien habían bebido en Alcalá? Lo mandaría llamar; seguro estaba en la isla.

Una sintonía de la historia

Como se ha dicho, la muerte de la joven reina dejó maltrecho espiritualmente al rey y también a su medio hermano. De edad cercana a la de Don Juan, esa soberana, que falleciera mansamente entre médicos pusilánimes y el llanto desconsolado de damas que la habían acompañado desde Francia, se había habituado a la camaradería honesta del cuñado, su amigo y compinche, que la amaba como un verdadero hermano.

Incómodo en sus funerales, donde ya se comenzaba a hablar de “una nueva esposa para el rey”, Don Juan se recluyó en un monasterio (llamado del Abrojo), más tiempo aún que el propio viudo en el de los Jerónimos. Más que nada lo asqueaba que fuera una amante del rey, la princesa de Éboli, quien actuara de celestina a favor del matrimonio del monarca con una sobrina tanto del rey como suya, Margarita de Austria (al final el casamiento, con dispensa

papal, se concretó). Eterna manipuladora, la princesa — como se ha dicho esposa de Ruy Gomes de Silva, consejero de confianza del rey Felipe— ansiaba colocar como reina esa sobrina, dócil e insulsa, que se limitaría al papel de consorte del monarca y lo dejaría a éste con suficiente libertad para ejercer el gobierno del reino sin interferencias de alcoba y almohada. Por otra parte, sabía que con la burda Margarita como reina, ella no perdería influencia en la Corte.

Durante su aislada vida de retiro, Juan de Austria solo recibió la visita de su madre adoptiva, doña Magdalena, que santamente venía desde Villagarcía con periódica rutina a visitarlo. También interrumpía su meditación y retiro el confesor, padre Juan de Calahorra, sacerdote que sumaba, a su recoleta existencia, una notable visión para adivinar los misterios del futuro.

Justamente, fue a instancias del referido sacerdote —la disposición a la vida contemplativa de éste, no le impedía impulsar a la acción a sus fieles—, que Don Juan dirigiera a su hermano aquella célebre carta pidiéndole que lo designara al frente de la represión morisca. Por extraña coincidencia, doña Magdalena (nadie conoce al hijo mejor que su madre, dicen los que dicen entender), tal vez movida por su indiscutible amor y maternal tutela, tenía similar idea: “El lujo y la inacción serán siempre peligrosos para vuestra juventud —le decía en una carta amorosa—. Sólo los peligros y trabajos de la guerra podrán atemperar el fuego de vuestras pasiones”. Tenía razón.

El rey lo había puesto a la cabeza de su ejército de Andalucía, pero Felipe, cauteloso como siempre, nombró también un Consejo que tuvo como misión asesorar y contener los impulsos del joven príncipe.

Lo integraban nada menos que el marqués de Mondéjar, Capitán General de Granada; el presidente de la Cancillería

granadina, don Diego de Deza, hermano del Presidente de la Audiencia; monseñor Pedro Guerrero, arzobispo de Granada; el valeroso y leal duque de Sessa y don Luis de Quijada, esposo de doña Magdalena y ex tutor de Don Juan, personaje a quien Felipe le confiriera más atribuciones que a los demás.

Para asegurar el éxito de la empresa —y de Don Juan— ordenó al virrey de Sicilia (García de Toledo) que marchara con una flota hacia la costa española para impedir la llegada de auxilios de África o Turquía, misión que éste observó disciplinadamente junto a su segundo, Gil de Andrade, como se ha dicho. Incondicional de las formalidades, Felipe ordenó a un noble de su Corte llevar los honores de la designación a su hermano.

Tiempo después, y vestido con la indumentaria excesivamente lujosa que era su preferida, Don Juan marchó a Granada.

Al paso nervioso de su caballo se desplazaba una compacta corte de nobles y oficiales. Iban precedidos por el éxito que el príncipe había tenido en su expedición por el mar, llevada a cabo apenas unos meses antes: la gallarda presencia de un navío comandado por “el hermano del rey” despertó prevención y cautela en los atrevidos corsarios bereberes. Durante su travesía se rescataron mujeres secuestradas, cesaron las violaciones y ultrajes, se acabaron los saqueos a las Baleares, las costas del Levante y el litoral italiano. En su paseo triunfal, Juan de Austria hasta se permitió el lujo de proveer de un auxilio utilísimo al almirante Doria, cuya flota, combinada con los refuerzos, pudo poner en fuga una armada otomana de cien naves que estaba asolando el Tirreno.

Al flanco de Don Juan, cabalgaba un anciano conversador y malhumorado, cargado de honores: era don Luis Méndez de Quijada, su padre adoptivo. Cumplía con la orden del rey, pero ya por iniciativa

propia se había prometido protegerlo en todos los escenarios, excepto en el agua:

-“¿Embarcarme? ¡Jamás!”. Había exclamado con los pulmones llenos, aunque sabía que si se lo hubiera ordenado el difunto emperador Carlos, lo habría hecho sin vacilar.

Detrás del príncipe, formando en la compacta masa de caballeros, marchaba, en una cabalgadura de pelo ruano enjaezado con atuendos de guerra, un caballero de arrogante estampa y soberbio porte. Era un castellano que había tomado los votos de la Orden de Malta: Alonso de Tejada; no hizo falta que se lo buscara en la isla; “adivinando” la rebelión, no había salido de España.

Con mirada absorta y en silencio, Alonso contemplaba las irregularidades del camino. Habían ya sobrepasado la Ciudad Real y continuaban rodeados por las estibaciones, romas y suaves, de la meseta castellana. Era ésa la primera vez que don Alonso se dirigía a Andalucía; al dejar atrás Córdoba, después de varios días de marcha, divisó en el horizonte la línea abrupta y filosa, desafiante ante el viajero, de las sierras que definen, con su traza y matiz, el sur de España. Eran varios los caballeros que por primera vez se toparían con ese suelo arenoso, regado por sangre mora, que habría de convertirse, quizá, en su misma tumba. Llegando a Granada advirtió que ese suelo, terroso y amarillo, era al mismo tiempo prolífico en olivares, mayoritariamente explotados por magnates moros, industriosos en la producción de aceitunas y esmerados en la redituable fabricación de aceites, con procedimientos que habían superado los métodos romanos, introductorios en la península de esa especie.

Con ojos deslumbrados por el paisaje y las prevenciones de lo que el reino esperaba de ellos, Tejada observaba con preocupación

valles y quebradas, abismos y llanos, barrancos y salientes. Por fortuna, el ojo escrutador y astuto de Don Juan advirtió las dificultades que un ejército tendría cuando las exigencias de la guerra reclamaran la movilidad constante de tropas y vituallas. Llamó a los guías más renombrados de la región y les exigió la ayuda de su pericia a fin de rodear lomadas, sortear cursos de agua, atravesar las incomodidades de la montaña. También los caballos parecían adivinar los inconvenientes del suelo y sus pasos se habían vuelto torpes y dubitativos; en ese sentido las acémilas, con su andar seguro, descontaban la diferencia con que la naturaleza había premiado la habitual arrogancia de los corceles.

Con un pabellón desplegado por el portaestandarte real, volando al viento el chal que pendía de su brazo y era el símbolo de su mando, al son de trompetas que brillaban bajo el sol andaluz, la comitiva hizo su entrada en la ciudad de Granada. Ya don Luis, con el tono rezongón que había adquirido con los años, lo había advertido:

-Los verdaderos ejércitos de España están en Flandes. Aquí solo nos ha quedado una junta de malhechores, saqueadores impresentables, desertores infames, a los que solo les cabe la horca.

A diferencia de su ex hijo adoptivo, Quijada vestía con sobriedad. Llevaba la armadura que le habían confeccionado en Milán, en tiempos en que era —siempre lo fue— el fiel e incondicional ayudante del emperador.

-Resistió los fuegos de los luteranos en tiempos de su padre, aguantará los disparos moros bajo el reinado de su hijo —decía, riéndose, don Luis, un poco en tono de cábala y otro en son de broma para referirse a su vieja armadura.

Don Juan estaba convencido que la puesta en vigor del edicto

de Carlos V (la famosa Pragmática), había sido un error. La reconocida astucia de Isabel y Fernando (en especial la de este último) le había dado buenos resultados a la Corona de España. Transaron con los moros, capturaron Granada sin grandes derramamientos de sangre y obtuvieron pingües ganancias gracias a ese comercio que practicaba aquella importante comunidad.

Carlos V había dictado esa norma, si, pero —estadista sagaz— nunca, en realidad, había intentado ponerla en vigor. Siempre corto de dinero para gastar en guerras, el emperador consideraba más práctico obtener recursos financieros de esa población con la amenaza del edicto, que aplicándolo de manera imperativa. Eso sí que era pragmatismo puro.

Felipe, en cambio, intransigente en todo lo atinente a la fe, no concebía otra religión en su reino que la católica, en cuyo nombre sus soldados morían en los Países Bajos. Su austera severidad no le permitía convivir con el pecado. Si era preciso para defender esa fe imponer las reglas a sangre y fuego... pues así se haría.

Sin embargo, tampoco es posible efectuar una reducción tan simplista de la situación. Hacerlo así, sería ignorar que el Imperio Otomano intentaba entrar a Europa, de hecho Solimán (que murió después del descalabro de Malta, mientras sitiaba Sziget Var y pretendía Viena) ya había sometido Belgrado; Buda estaba a punto de ser capturada, sus soldados próximos a trasponer el Danubio y acometer la llanura que hoy se conoce como Pest (no debería olvidarse que la captura de Malta le hubiera permitido abalanzarse sobre Italia). España era uno de los lugares que presumía accesibles en la panza baja y blanda de Europa. Allí, en función de la población islamita que habitaba el sur, percibía un jugoso “*boccata di cardinale*”.

En medio de ese contexto internacional, en el que el Imperio

Turco se expandía a expensas de la cristiandad, la acción de la Corona de España obraba como una sintonía de la historia: si Francia prometía apoyar a los infieles (como de hecho estaba ocurriendo), ella sería abanderada del mundo católico, con abstracción del partido que tomaran los príncipes de esa fe, incluido el propio Papa (Paulo IV), insólitamente volcado a favor de Francia. Aprisionados entre esos dos colosos, los moros de España estaban destinados al triste papel de convertirse en jamón del sándwich: su inmolación era apenas el sacrificio de un peón, en un tablero donde jugaban un ajedrez sombrío el rey Felipe y el Sultán turco.

La campaña final

La entrada de Don Juan y su comitiva a Granada fue apoteótica. Diez mil soldados elegidos —Quijada los miraba con escepticismo— desfilaron ante él antes que el príncipe ingresara al palacio donde concedería audiencias. La primera de ellas fue a los moros del barrio del Albaicín que, muy respetuosamente, refirieron sus quejas al flamante jefe. (Este trato conciliador hacia los árabes alertó a los españoles “de raza”, quienes, con el religioso Pedro de Deza a la cabeza, establecieron una alianza táctica con el sector más intransigente, aquel que encabezaba el conde de Los Vélez).

La guerra contra los infieles había comenzado hacía tiempo, pero las fuerzas católicas estaban divididas en dos ejércitos, como se dijo: uno el del marqués de Mondéjar; otro, el perteneciente al conde de Los Vélez. Enemigos entre sí los dos nobles como ha sido referido, tenían un solo punto de coincidencia: no habían aún resuelto subordinarse a Don Juan y formar un solo ejército. No solo competían entre ellos para probar sus éxitos, sino que algo grave sucedía entre los dos bandos: se robaban las armas, el botín, los triunfos. Pronto la

soldadesca comenzó a identificar burlescamente la guerra como la de “los dos señores”.

Humeña aprovechó esta circunstancia para ganar las alturas de las Alpujarras y hacerse fuerte en ellas. Por su parte, el famoso renegado Uluch Alí (cuya marrullería había crecido después de Malta) desembarcaba hombres y pertrechos por las noches, a despecho del bloqueo que había instalado la flota del virrey de Sicilia, García de Toledo, que cruzara el Mediterráneo con la intención de blindar las costas andaluzas.

Los soldados de refuerzo que mandaba Argelia iban equipados de manera impecable. Como buenos integrantes de las huestes turcas, preferían las flechas a las armas de fuego, las que si bien eran más precisas y tenían mayor alcance, debían ser recargadas después de cada disparo (lo que insumía tiempo) y eran mucho más pesadas para transportar que el arco ligero.

Al reflejo del sol, la disposición de estos soldados era impresionante. Los infantes llevaban una aljaba colgando del hombro provista de numerosas flechas; revestido el cuerpo por una robusta aljaba, sobre cuya parte superior iba colocada una resistente cofia de malla. El atuendo militar lo completaba una cimitarra, que era corta para los soldados de infantería y algo más larga para los de caballería. El uniforme preveía babuchas, que los oficiales de caballería habían hecho construir con refuerzos de cuero (la infantería calzaba las tradicionales) y mientras estaban en el cuartel o transitaban por zonas boscosas o con nieve, se cubrían los pies con las incómodas y desgastadoras almadreñas.

Durante la rebelión de las Alpujarras se advirtieron pocos jenizaros en España. Es posible que el Imperio los reservase para emplearlos en las acciones de guerra en las que estuviera

comprometido su prestigio. En todo caso, este cuerpo no se protegía la cabeza con el almófar ni con el capacete, habituales en todos los cuerpos militares, sino que —además de pintarse caras y manos de rojo para que no se advirtieran las heridas y emitir gritos espeluznantes para acobardar a sus oponentes— empleaba, igual que los lansquenets, el tradicional almete, común en las formaciones germanas.

Bajo esas condiciones, después de las largas meditaciones a que sometía todas sus decisiones, Felipe hizo una jugada de dudoso acierto: abandonó a Mondéjar y respaldó el eje Deza-Los Vélez.

Como Mondéjar estaba sitiado en Serón por Humeya, Don Juan ordenó a Los Vélez que fuera en su auxilio, lo que éste —sabiéndose bendecido por el rey— hizo de mala gana y a regañadientes. Cuando por fin llegó, después de una pausada y cómoda marcha, como era obvio, fue tarde. La guarnición, rendida, resultó degollada por los secuaces de Humeya; Don Juan, con lógica, no perdonó esta bajeza a Los Vélez y con resignada paciencia aguardó la hora de la revancha.

La represalia cristiana a ese crimen fue terrible. Toda la población masculina de Granada, de raíz mora, que tuviera entre 12 y 60 años, incluidas las que vivían en el Albaicín, fue deportada a Extremadura y Castilla. Sin embargo, los niños y las esposas de los moros deportados no quisieron abandonarlos. Resultado: más de diez mil personas fueron obligadas a transferirse a pie y murieron por agotamiento o asesinadas por sus guardias. Prácticamente ninguna llegó a destino.

Como consecuencia de esta crueldad innecesaria, la ciudad de Granada se había convertido en un caos. Don Juan, respaldado solo por un puñado de incondicionales, se jugó una partida personal. Enfrentó con la espada en la mano a alabarderos que trataban de

acuchillar un joven moro que se había defendido a cascotazos de un abusivo soldado cristiano. Pero ésta era la tónica diaria de Granada: anarquía, desorden, saqueos, linchamientos.

La temeridad de Austria llegó a oídos del rey, quien de inmediato dictó a Ruy Gómez una carta dirigida al hermano con una severa reprimenda, pero en la que se adivinan afecto y preocupación. Le reprochaba el descuido que hacía de su vida, que consideraba preciosa, para él y para España: “dejad que esas tareas las lleven a cabo Deza, Los Vélez o Quijada...”. Pero conocedor del ansia guerrera de su hermano, lo autorizó a iniciar ya mismo una campaña final contra los rebeldes “... a sangre y fuego...”.

Una trágica tempestad

Sin embargo, por algo la historia designó a ese soberano con el mote de “rey Prudente”. Muchos aspectos de Felipe podrán ser cuestionados, pero el de obrar a tontas y locas, seguro no. Escribió a su buen amigo don Luis de Requesens que se encontraba en Roma cumpliendo la embajada que le encomendara, para asignarle un nuevo deber.

El rey impartió las órdenes al fiel catalán a fines de junio o principios de julio de 1569, a estar con lo informado al Sumo Pontífice por Monseñor Castagna, el Nuncio que aquél había destacado en España. La comunicación del monseñor lleva fecha 13 de julio. En ellas le ordenaba (según Castagna), al buen Comendador Mayor de Castilla (Requesens), armar un ejército lo más poderoso posible y marchar de inmediato sobre Cartagena, para converger después hacia el sur por tierra y someterse al mando de Don Juan de Austria. Le ordenaba, también, armar una flota que debía patrullar las costas del

Levante español reforzando a García de Toledo, cuya misión era impedir al pirata Uluch Alí proveer de refuerzos a los moros amotinados, verdadera obsesión de Felipe.

Hizo algo más: al advertir que la rebelión era de una contumacia absoluta, demandaba recursos reales en magnitud y exigía cada vez en forma más perentoria sangre cristiana, trasladó la Corte a Córdoba. Llevó a cabo el traslado tanto para demostrar que se situaba cerca del lugar de la pelea como que lo animaba la decisión de no retroceder y al mismo tiempo, reforzar la moral de la población cristiana. Por cierto: a su hermano le requeriría contención y prudencia, pero no lo dejaba en la estacada; tomó todas las medidas necesarias como para que la represión no fuera solo una teoría, abstracta e inútil.

Requesens dejó las comodidades de la legación en Roma ante el Papa y se abocó en forma inmediata a dar satisfacción a su rey. En cierto modo las medidas que debía adoptar eran urgentes: cerca del Papa se criticaba al monarca español porque, careciendo de fuerzas suficientes en sus ejércitos de España, a juzgar por los escasos avances en la represión, no recurría a soldados italianos.

En los corrillos próximos a Pío V decían que esto era un signo de avaricia: no alquilaba o compraba soldados italianos para no desembolsar las partidas que serían necesarias para pagarlos. Otro grupo sostenía que la causal no era económica; lo atribuían a la soberbia de los militares de España, que no deseaban compartir con naturales de otra región los halagos de la victoria. Lo único cierto es que Felipe II no incorporaba soldados de Italia, la guerra no avanzaba, y el conflicto, por esa u otra causa, se prolongaba.

Hasta Catalina de Austria, tía del rey y una de las cabezas visibles de la familia Habsburgo, manifestó (como se ha dicho), muy

cortésmente, que la lucha se prolongaba en exceso.

Sea porque el hecho de estar en Roma le permitía poner la oreja cerca de los chismes, sea por propio convencimiento, lo cierto es que Requesens revirtió esa situación. De inmediato hizo arreglos para disponer de las suficientes compañías de soldados italianos, que se reclutaron en Nápoles y la Lombardía.

Fueron dos mil hombres que dejaron conformes al noble catalán. Es cierto que la mayoría no tenía experiencia de combate, pero todos disponían de una buena instrucción, eran de contextura fuerte y estaban muy bien armados. Ni siquiera un ojo crítico podría haberlos calificado como bisoños. Esas tropas no eran improvisadas.

Lo que no podían saber ni Requesens, ni el Papa, ni el rey de España, es que aún restaba lo peor: una tormenta en el mar.

El recuerdo de esa tremenda tempestad de mediados de abril de 1569 evoca otra terrible perturbación de los elementos, ocurrida hace cinco siglos, cuando en 1588, un temporal impredecible se abatió sobre el Canal de la Mancha, destruyendo la formación principal de la Armada Invencible.

Este ciclón de mediados de abril fue tremendo. En Orgiva, el marqués de Mondéjar esperaba a Austria y a Requesens, para destruir a los rebeldes en conjunto, de acuerdo a las órdenes que le habían llegado del rey, pero el último no llegaba. Esperaba con ansia a don Luis, quien se había embarcado en el puerto de La Spezia (según estaba informado), conducido a bordo los soldados lombardos y una partida de 1500 arcabuces (había encargado 4000), más unos cuantos caballos de guerra. Con los hombres fletados en el golfo de Génova, más los que habían ingresado en Nápoles, componía un contingente total de unos 3000 soldados (muy superior a los 2000 iniciales). Agua

y vituallas para aprovisionarlos por un mes —o lo que durara la travesía— debían alcanzar para dar sustento a esa enorme legión.

Ojo experto, el Comendador Mayor de Castilla (Requesens), advirtió que el inconveniente principal que presentaba esa flota era la heterogeneidad de su composición, en el sentido de que todos los buques eran alquilados, y sus capitanes, por lo tanto, no necesariamente vasallos de España.

En tanto, Felipe II —que no carecía de un amplio sentido de la estrategia global— no quiso dejar expuesto el litoral mediterráneo a un ataque turco. Dispuso que don Luis dividiera en tres partes la flota y asignó a Juan de Cardona —quien habría de probar después sus notables condiciones marineras y su entrega como soldado— la protección de la línea imaginaria entre Cerdeña y Sicilia. Al indomable Álvaro de Bazán la custodia del tramo que va de Nápoles a Cerdeña y al sobrino-nieto del inolvidable Andrea Doria el cuidado de las rutas que unían Civitavecchia y Génova con Cerdeña. Cada una de estas formaciones estaba compuesta por 16 galeras, y con 24 permanecía Requesens, quien debía alcanzar Cartagena, desembarcar hombres y equipos y despachar las naves para la custodia del Estrecho de Gibraltar, las islas Baleares y el norte de África. Esta Armada poderosa y bien conducida, estaba destinada a complementar a García Álvarez de Toledo y Gil de Andrade e impedir la llegada de refuerzos bereberes a los rebeldes del reino de Granada (como ya se ha dicho) y, al mismo tiempo, defender los enclaves españoles dispersos por las laderas que bañaba ese mar.

Las naves de Requesens zarparon de La Spezia y completaron el embarque en Génova. Desde allí pusieron proa a Marsella, pero el mal tiempo los obligó a permanecer en ese puerto siete días. Impaciente, deseoso de cumplir con los imperativos reales, el buen catalán partió con la flota hacia el golfo de Narbona y mientras se

dirigía hacia ese destino fue sorprendido por una de las más raras tormentas de primavera ocurridas en el Mediterráneo.

Las galeras rompieron la formación; el viento huracanado completó la dispersión de los buques, mientras que un oleaje furioso impidió el contacto visual entre las naves. Solo la capitana de Requesens mantuvo el rumbo trazado. Don Luis demostraba que por algo el rey lo había designado segundo comandante de la armada del Mediterráneo y era uno de los marinos más calificados del reino. Consultó la brújula y marcó orientación hacia el oeste-sudoeste, donde se encontrarían las aguas más apacibles del golfo de Narbona. En esa dirección hizo clavar la proa de la galera y encomendó al piloto más bravío que empuñara el timón de la nave, sin permitir que ninguna ola o viento furioso alterara el rumbo decidido.

Con ese plan y la boga empeñosa de los remeros, el buque se decidió a embestir la tormenta. Las olas eran tremendas y la galera se había convertido en una frágil hoja en medio de la tempestad. La proa debía abrir un surco contra una pared de agua que una vez embestida y superada, era reemplazada por otra de iguales características, que golpeaba con igual contundencia y hacía temblar las maderas de la pobre embarcación. Por otra parte, las olas del Mediterráneo —que se precipitan con un breve espacio físico entre una y otra— provocaban una sucesión de acometidas inmediatas contra el navío. En el Atlántico la distancia entre una ola y otra es de más de cuatro metros; en el Mediterráneo, en cambio, es tal la inminencia que no bien el buque asimiló una, tiene la siguiente encima suyo.

El agua sacudía con estruendo la arboladura de la nave y una vez desplomada sobre la cubierta, corría como un alud sobre el piso resbaladizo de la misma. Requesens ordenó que el hombre que permanecía en la cofa se atara al palo mayor, como una manera de

impedir que se precipitara en el cabeceo incesante de la embarcación.

El tremendo golpe de una ola que se desplomó sobre la cubierta superior (que era combada) dio de lleno en uno de los dos esquifes y lo destruyó por completo. Requesens posó una mirada resignada sobre esos destrozos que eran barridos velozmente por el mar: con fatalismo pensó que de poco serviría ese bote con un mar tan embravecido. Ni siquiera los marineros más experimentados que navegaban en esa galera hubieran podido bajarlo al mar. Por otra parte, si tuvieran que abandonar la nave en esos momentos, las chalupas auxiliares solo servirían como apoyo moral: la tormenta impediría su utilización y en la imprevisible hipótesis de su empleo, con seguridad irían a pique.

Breve tiempo después, y viendo que la tempestad no cesaba, don Luis ordenó bajar al gaviero que estaba de vigía, el que permanecía atado y se encontraba aterido de frío. El pobre hombre, muerto de miedo y con los miembros entumecidos, se negaba a descender. La temperatura había disminuido mucho, la espuma que producía el oleaje se mezclaba con la lluvia, y el marinero que estaba en lo alto del trinquete solo podía mojarse, padecer frío y correr un riesgo inútil para no ver nada, ni avisar de algún obstáculo, puesto que, por un lado, no podía divisar ningún estorbo y por otra parte, el ruido del viento y la lluvia tornarían incomprensibles los mensajes que pretendiera enviar. Fue necesario que Requesens en persona se asomara a cubierta y le realizara señales contundentes para que éste iniciara el apeo con muchas vacilaciones y corriendo siempre el riesgo de precipitarse en el vacío.

Mientras luchaba contra un naufragio cada vez más cercano, Requesens no dejaba de pensar en sus deberes. Maldijo la urgencia que los había llevado a alquilar las naves; pensaba que los distintos

capitanes solo habían pensado en salvar sus embarcaciones; si en cambio la flota hubiera pertenecido por entero a la Corona, con seguridad la formación no se hubiera roto y las galeras seguido a la capitana. Pero en eso, al buen hombre la ofuscación lo cegaba: semejante vendaval habría desbaratado cualquier escuadra.

Al cabo de una jornada tensa, se divisó cuando estaba anocheciendo, a unos centenares de metros hacia babor, la costa de una isla, que marineros avisados identificaron como la de Menorca. A pesar del rumbo marcado con tanta determinación y el empeño del piloto, el viento y la correntada habían empujado la galera hacia el sur.

Las condiciones de navegación eran extremadamente graves y con el propósito de acercarse a la isla, a Requesens no le quedó más alternativa que mejorar las condiciones de flotabilidad para evitar el hundimiento. Con gran dolor vio arrojar por la borda el fogón y las vituallas, el cordaje y gran parte del agua dulce, pero mucho más sufrió cuando debió aceptar que se arrojaran dos piezas de artillería, imprescindibles para un enfrentamiento armado.

A pesar de todo este despilfarro, las condiciones de flotabilidad no mejoraron. La nave, amenazada por la zozobra, fue alejada de la costa por el viento, cada vez más huracanado. La lógica indicaba poner proa hacia Cerdeña, para aprovechar las ráfagas que llegaban con violencia, y así lo había decidido Requesens. No obstante y para compartir el destino, convocó un Consejo entre los componentes de la plana mayor y el general de los jesuitas que se embarcó en Génova con ellos. La oscuridad hacía más dramática la reunión y los participantes no alcanzaban a divisarse los rostros entre sí: razones de seguridad impedían encender una linterna. Finalmente el concilio resolvió que era imposible continuar la navegación en esas condiciones; mucho menos ir a Cerdeña.

Don Luis tomó el toro por las astas. Hizo retirar todo el velamen de las perchas y solo a remos, con la proa empujando el viento de frente, puso rumbo a Menorca, contando con que la fuerza humana (y el temor de los galeotes a hundirse encadenados a la nave) permitiera aviar la embarcación. Los remeros bogaron con energía, pero la embarcación estaba en peores condiciones a cada instante; la nave hacía agua por varios lados y la comida se había perdido. Pan, galletas, encurtidos, los alimentos fríos estaban mojados; los otros habían ido al fondo del mar en el intento desesperado por aliviar la carga y evitar el naufragio. Después de dos días eternos, sin agua ni víveres, la nave llegó al puerto de Mahon, en la costa oriental de Menorca, donde se refugió a la espera de una reparación salvadora.

La galera debió, prácticamente, ser reconstruida. Las tareas insumieron cinco días durante los cuales la tempestad amainó un poco y en condiciones de relativa navegabilidad se dirigieron al puerto de Palmós; pareciera que el rey hubiera adivinado las desventuras de sus hombres, pues precautoriamente había enviado a Barcelona alimentos y armas.

El resto de la flota no lo pasó mejor. Doce de ellas tocaron tierra en Cerdeña y anclaron en pésima forma en Cagliari y Alghero. Llegaron sin remos ni agua y debieron lamentar que tres embarcaciones fueron tragadas por el mar, sin haber podido rescatar un solo náufrago. Por fortuna don Álvaro de Bazán había llegado varios días antes y pudo colaborar en su reparación, así como con el recambio de soldados, agotados por el esfuerzo. De las once galeras restantes no se tenía noticia alguna, pero después se supo que habían corrido una suerte similar y se habían salvado. Muchos soldados llegaron en estado paupérrimo, puesto que habían tenido que arrojar al mar pertrechos, armas y vestidos.

Como suele ocurrir siempre, “a perro flaco no le faltan pulgas”. Al llegar a Palmós, Requesens y Marco Antonio Colonna se habían recogido en casas particulares; uno para reponerse de las fiebres que lo carcomían y el otro porque se encontraba exhausto y deprimido por no tener noticias de la suerte corrida por la galera en que navegaba su hijo, finalmente arribada en estado desesperante a Cerdeña. La tripulación, por su parte, bajo las órdenes de don Pedro de Padilla, se había agrupado y, formando cuartel, se entregó al descanso o la juerga. La galera quedó virtualmente en manos de los remeros, todos esclavos turcos, apenas custodiados por un puñado de soldados cristianos. Ordenó que se desencadenaran los turcos más fiables para que ayudaran a reparar la nave. Pero por precaución, para el caso de ocurrir un motín, don Luis dispuso retirar todos los remos.

Tal como es de imaginar, los “dóciles” acaudillaron a los restantes remeros y se apoderaron de la embarcación. Como no tenían remos, aprovecharon un leve viento que les permitía alejarse del puerto, solo con el despliegue de las velas. La alarma llegó a oídos de Requesens y Colonna, quienes de inmediato se precipitaron al puerto solo para ver como se alejaba la galera amotinada. Estaba ésta dejando atrás Palmós y los flamantes tripulantes próximos a festejar la burla a sus carceleros, cuando un navío, requisado por Requesens, les dio caza.

La represión a los amotinados fue feroz. La horca se destinó para los caciques (eran solo tres, que estaban en tan malas condiciones de salud que el verdugo solo anticipó unas horas el deceso de los infortunados). Igual, a todos los remeros se les cortó la nariz y las orejas. Si el escarmiento es la medida de la obediencia, las penas que se aplicaron asegurarían una sumisión total.

Había, en cambio, galeotes cristianos, a los que una condena

emitida por un tribunal español, envió a remar encadenados a los bancos. Fueron quienes dieron la voz de alarma denunciando la conspiración y que, producido el amotinamiento, tuvieron un desempeño osado en la reconquista del buque. Don Luis pidió autorización al Soberano para conferirles la libertad, quien la concedió de inmediato, pero, entendiendo obrar con justicia distributiva, le reclamó a Requesens mayor dureza con los alzados.

Además de los recursos enviados por el rey, de todas partes convergieron hacia Barcelona refuerzos de víveres y municiones. Pasada la borrasca, Requesens pidió a Génova el envío urgente de reemplazos para los aprestos irre recuperables, incluidos mástiles, palos mayores y perchas. Consciente de la necesidad de no desgarnecer los enclaves españoles en Italia, les reclamó el embarque inmediato de solo dos mil soldados de infantería, para reponer las tropas perdidas o agotadas.

Requesens, el protector

Cuando los repuestos y refuerzos solicitados llegaron —pasó muy poco tiempo— don Luis se sintió en condiciones de cumplir con la orden real. A marchas forzadas encaminó una parte de su ejército hacia Andalucía, donde lo esperaban Austria y Mondéjar; la restante fue despachada por mar. También lo aguardaba el más inasible e indeterminado destino: cumplir con el deber.

A fines de mayo Requesens se puso en movimiento hacia el sur. Antes, el 28 de abril, ni bien arribado a Palmós, y a pesar de las altas fiebres que lo atacaron, escribió a Felipe II para informarle los inconvenientes padecidos en el viaje. La carta estuvo concebida en los términos sufridos y sobrios que eran naturales en el noble

Comendador, y en ningún tramo de su texto puso de manifiesto el mérito que sin duda tuvo su actuación en la tormenta. Puede decirse sin temor a yerro que esa misiva muestra la verdadera personalidad de don Luis: modesta, humilde, siempre proclive a minimizarse y atribuir a causas ajenas sus importantes éxitos.

Había acertado el rey cuando le encomendó la tarea de “enseñar y proteger” a Don Juan de Austria. Requesens siempre fue una sombra para Don Juan: atento y cuidadoso, pero jamás indiscreto; comportándose como un leal amigo del príncipe y en absoluto usurpando su papel de mando y autoridad; así se lo pudo ver en la batalla de Lepanto.

En esa carta al rey se disculpó por los retrasos, las pérdidas de parque y soldados, pero atribuyó las desgracias “a los efectos del mal tiempo”. Enemigo de todo ensalzamiento personal, Requesens no dijo que fue su pericia la que afrontó la tempestad y mérito suyo la captura de la galera cuando los remeros turcos se habían apoderado de la misma. Tal vez no hiciera falta: el rey conocía los quilates de su amigo.

Una vez escrita la carta, y a pesar de la fiebre, don Luis se dedicó a llevar a cabo la empresa militar que se le había encomendado.

La batalla de Fregiliana

Humeya había prevenido, como objetivo de su rebelión, ocupar todas las alturas de la Sierra Nevada, llevando a cabo, de ese modo, su plan estratégico: obligar al rey a una guerra de desgaste, munido de fuerzas irregulares y con ataques sorpresivos. Ante el esperado

cansancio de Felipe II, confiaba separar del reino de España el de Granada. Después podría convertirse en tributario del Imperio Otomano y lograr un status como el de Argelia.

Encomendó a su lugarteniente ocupar las elevaciones de Fregiliana, donde un majestuoso castillo dominaba los accesos. Así lo hizo Farax, hecho que no ha sido registrado como un combate, dado que la ocupación se llevó a cabo con la inmediata rendición de los efectivos con que contaba el señor del lugar. Los moros trasladaron e incorporaron una importante dotación, se parapetaron correctamente y concentraron suficiente cantidad de víveres. Si los cristianos se decidían a poner sitio en regla el lugar, la guarnición estaría en condiciones de sobrellevar ese asedio el tiempo suficiente como para que llegaran refuerzos de toda la región de las Alpujarras.

Hacia ese enclave dirigió sus tropas Luis de Requesens y, después de coordinar la acción con Austria y Mondéjar, desplegó sus soldados por las laderas preparándose para una acción ofensiva.

La operación sirvió, entre otras razones, para poner en evidencia el talento militar del Comendador. La acción fue combinada; una parte esencial del ejército fue transportada por mar, mediante las galeras ya recuperadas y que se habían concentrado en Palmós; a este grupo militar dispuso el comandante agregar ochocientos marineros, técnicamente formados en la dura escuela de los abordajes navales. El resto de la fuerza terrestre, después de la conferencia mantenida con Don Juan y el marqués de Mondéjar, se desplazó desde la sierra de Bentomiz y el río Chillar.

El castillo sobre el cual debía dirigirse el ataque no solo era una pieza hermosa de arquitectura. Situado en la parte más elevada de un gran macizo rocoso, dominaba, con pomposa imponencia, un inmenso valle. Sus laderas eran prácticamente inaccesibles por tres

de sus costados y la restante, de acercamiento normal, defendida con los mejores arcabuceros y largas picas, que empuñaban infantes seleccionados y a los que el fanatismo había convertido en imbatibles.

Los españoles —con los refuerzos italianos traídos por Requesens— estudiaron las diferentes opciones durante varios días. El ascenso solo podía hacerse de noche, para evitar la rápida detección de los defensores, que, aún en los flancos que daban al abismo habían colocado numerosos hombres de vigilancia.

Sin pérdida de tiempo, don Luis convocó un Consejo de Guerra que debía resolver todos los pormenores: la forma, el día, la hora y el lugar de ataque. Las deliberaciones fueron largas y complicadas pues, entre otras cosas, se dudaba si éste debía perpetrarse en una noche cerrada o con luna, evaluándose, como es lógico, los riesgos de una postura u otra: avanzar en la oscuridad absoluta y hacerlo con el factor sorpresa a favor, o correr el riesgo de las caídas al vacío.

Por fin los capitanes de España decidieron el asalto. Marchaban con Requesens don Pedro de Padilla, Juan de Cárdenas, Arévalo de Zuazo. Se encomendó a Miguel de Moncada (además de la fama bien ganada por su valor, se hizo célebre en Lepanto por tener entre sus hombres a un tal Miguel de Cervantes Saavedra) que hiciera un relevamiento previo del fuerte. Moncada se dirigió al inmediato teatro de operaciones con 700 arcabuceros bien municionados, pero sin respaldo de la artillería, la que fue alijada en el Mediterráneo, durante la recordada tempestad que amenazara a las galeras con hacerlas zozobrar.

El informe del zapador destacado fue espeluznante. Inútil intentarlo por el sector llano del frente; la guarnición se encontraba preparada y con sobrada protección. Los restantes accesos eran

(como se había previsto) de imposible o muy dificultoso tránsito, sobre todo para soldados que debían transportar equipo y armamento.

Lejos de amilanarse por el informe, Requesens ordenó preparar el avance. En esas circunstancias afloró la faceta ingeniosa y audaz del catalán. Dispuso demorar el ataque veinticuatro horas. Semblanteó a los esclavos turcos que llevara su galera y que había hecho prisioneros García de Toledo cuando tomó el peñón de Vélez de la Gomera. Eran los mismos que se habían apoderado de su nave por breve tiempo. La totalidad tenía un aspecto siniestro por lo escalofriante del trato recibido cuando fueron reapresados. No era para menos: a todos les habían cortado orejas y narices después del motín y los que no habían muerto por las infecciones, parecían monstruos. Detuvo la mirada en uno de ellos y lo separó del grupo. Lo hizo conducir a su tienda de campaña y le preguntó:

-¿Deseáis obtener la libertad?

-No juguéis con mis sentimientos, amo. Sabéis que nada puede ansiar más un esclavo que su libertad. Pero no tengo bienes de fortuna ni rango; no puedo aspirar a que nadie, en mi patria, se ocupe de mi redención. Siento pues, que mi vida es una condena perpetua, que solo terminará cuando mi existencia concluya — respondió el galeote en su mala media lengua.

-¿Y qué dirías si os dijera que vuestra condición puede variar? —replicó Requesens con aire que aparentó indiferencia.

-Diría que haría cualquier cosa por lograrlo, amo. Pero es algo demasiado bueno para ser cierto —contestó con tristeza el galeote.

-Os propongo un acuerdo —dijo Requesens mirándolo fijo—

que puede conducirnos a la libertad. Voy a concedérsela a cambio de un trabajo que tendréis que hacer para mí. Debéis ingresar al castillo fingiendo que habéis escapado de nosotros, observar con detenimiento las cuatro laderas del reducto, regresar y decirnos cuál de ellas es la más vulnerable a un ataque. Recordad bien dos cosas: tu patria te ha abandonado y dejado a merced nuestra. La otra es una apelación a tu inteligencia: puedes traicionarme, revelar mi plan al comandante moro y permanecer entre sus filas o regresar con la intención de engañarme. En ese caso no seréis libre: seréis un prófugo, torturado y vejado en la primera oportunidad que tengamos de capturaros vivo, lo que será muy pronto. Sabéis bien que cumplo mi palabra siempre; así como os prometo la libertad, y habré de corresponderla, también os digo que esta oportunidad es única en vuestra vida y si pretendieras burlarme y faltar a mi confianza, no cesaré hasta encontraros. Y en ese caso, pedidle a vuestro Dios que os encuentre muerto, porque si estuvieras vivo...

-Amo, permitidme que os bese los pies en reconocimiento a vuestra magnanimidad. No habré de defraudaros —lo interrumpió el turco.

-Id. Tenéis veinticuatro horas para regresar con el informe. Que vuestro Dios sea contigo —concluyó Requesens.

No habían transcurrido más de diez horas cuando el prisionero regresó con los datos pedidos:

-El sector menos protegido es el del sur —dijo con voz queda.

En su momento, Requesens cumplió su palabra con el esclavo y entretanto colocó en el espacio indicado el grueso del ejército. De cualquier manera, tanto para distraer a los defensores como para inducirlos a suponer que la acción sería emprendida en forma

conjunta por todas las laderas, ordenó a Pedro de Padilla y al corregidor de Málaga, Arévalo de Zuazo trepar al mismo tiempo que su división. El progreso debía hacerse en forma mancomunada y era clave mantener un riguroso y absoluto silencio. Se acordó que el primer disparo lo hiciera Requesens, estruendo que obraría como autorización para que la totalidad de las compañías iniciaran la acometida.

A pesar de la claridad de la consigna, fue Padilla el que primero disparó ya que, silenciosamente, había llegado a las almenas del castillo. Ello tuvo las malas consecuencias con que el destino retribuyó su arrojo, ya que el grueso de los defensores se volcó hacia ese sector y su batallón fue diezmado. Pero Requesens y el corregidor de Málaga pudieron continuar avanzando y de una manera encarnizada y feroz, las fuerzas españolas vieron coronado su arresto con la gloria.

Las bajas moras fueron muy importantes, a estar a los cronistas de época. Hubieron 2000 muertos y se hicieron 3000 prisioneros. Las bajas españolas alcanzaron a 400 muertos y 800 heridos. Párrafo especial merecen las mujeres moras. Pelearon con ciego valor al lado de sus maridos, padres, hermanos. Cuando sintieron que la situación estaba terminada, en conjunto decidieron arrojar al abismo y morir hechas trizas antes que ser capturadas por los cristianos.

Como dijo en ese momento un testigo de la epopeya: “No hubieron los nuestros la victoria sin sangre”.

Asesinato del rey Humeya

Por su parte, Don Juan ya se encontraba a la cabeza del ejército

de Andalucía, pero continuaba recibiendo cartas del príncipe de Éboli (Ruy Gómez) y de su hermano, con las mismas recomendaciones: cuidarse y dejar que los mandos de peligro los tomaran a su cargo los oficiales de más rango.

Pero de Austria no les daba tranquilidad con sus respuestas: “¿Qué pensarán de mi si a pesar de mi juventud, me contengo a retaguardia y permito que otros asuman los riesgos, poniéndose a la cabeza de mis hombres?”. Le reclama, al hermano mayor, autorización para dar a las tropas el ejemplo que corresponde a los comandantes. Más adelante, aclara al rey algo como para que se ponga más inquieto todavía: “Este ejército es un desastre. Ni la horca ni el patíbulo impiden las deserciones. El ejército del conde de Los Vélez, que era de más de doce mil hombres ha quedado reducido a solo tres mil. Y todo ello por obra de las deserciones, de las que son responsables los oficiales....” “Ayer he dado de baja, en forma ignominiosa, treinta y dos oficiales sobre cuarenta...”. Lo cierto era que ni el patíbulo ni las galeras constituían una amenaza suficiente para detener la continua hemorragia, como anticipara Quijada. ¿Tenían razón cerca del Papa cuando reclamaban soldados italianos?

En el campo moro, también existían intrigas y felonías. Humeya ni siquiera en medio de la guerra cejaba en su atracción por el sexo. Los oficiales mascullaban su disconformidad en voz baja: el cuidado del numeroso harén del rey moro insumía guerreros que serían mejor aprovechados en el frente de batalla. Solo las sucesivas victorias de Aben Humeya lo conservaban en el trono, pero ya eran muchos los que estaban dispuestos a apuñalarlo; incluso los soldados venidos de Argelia se sumaban a los descontentos.

Una noche, en que el árabe dormía con dos mujeres a las que había poseído, se puso al descubierto la conspiración. Las dos amantes estaban comprometidas con el asesinato del monarca y una

de ellas (que aspiraba a tener jerarquía de esposa del rey y solo consiguió ser su concubina) en silencio temblaba de despecho. Llegado el momento avisó a su primo, quien aprovechó el falso abrazo de la querida para acuchillarlo. Herido mortalmente, Humeya gritó desesperadamente pidiendo auxilio.

Inútil intento: la guardia personal también estaba complotada. Rabioso por las heridas y la traición, maldijo a todos y a los gritos les informó, como reproche póstumo, que en secreto se había hecho cristiano. La sorpresa cundió entre los asesinos, alarmados por el giro imprevisto que tomara el ataque.

En represalia, el cadáver de Humeya (quien fuera reemplazado por un pariente que integraba la nómina de conspiradores llamado Abdallá Aben Abu), fue arrojado a la basura. De allí lo recobró su enemigo, el mismo Juan de Austria, disponiendo que se le diera sepultura en una iglesia católica.

La conversión secreta de Humeya era cierta.

Las sucesivas victorias moriscas obtenidas en un plazo breve proveyeron a la rebelión islamita de dos valiosos nidos de águila: Galera y Serón. Situados ambos en lo alto de promontorios considerados inexpugnables —a los que solo se podía acceder mediante marchas por desfiladeros y grietas muy difíciles de atacar (y por consiguiente fáciles de defender)— su posesión aseguraba el dominio de las cumbres de las Alpujarras. Podían haber capturado los españoles Fregiliana, pero los moros tenían en su haber los dos principales reductos amurallados de las sierras. Serón había sido conquistado por los rebeldes tiempo antes, sacrificando a toda la guarnición cristiana, como se ha dicho.

Pero las fuerzas españolas debían afrontar dos enemigos. Uno

era el que buscaban: el ejército moro. El otro era inasible y estaba por todos lados: el invierno, más devastador que los arcabuces y las picas de Fregiliana.

Las alturas estaban barridas por un viento helado que hacía honor al nombre de esa sierra: Nevada. Las sendas eran apenas detectables por la cantidad de nieve caída; en ese sentido los españoles debieron acudir a los guías del lugar que, expertos conocedores del territorio, volcaban su experiencia para que un precipicio traidor no se tragara un pelotón confiado.

Cuando el ejército se puso en marcha al amanecer del 9 de enero, un manto blanco, de purísima nieve, cubría todo el sendero hasta el horizonte. Como había dejado de nevar, el frío se hacía más intenso; por debajo del manto blanco, una capa de hielo hacía notar a los soldados que aquélla no era una cubierta destinada a los juegos invernales.

Por precaución, muchos de éstos se habían vendado los pies, imaginando que esa medida sería apropiada para evitar el congelamiento de las extremidades. Pronto advirtieron con desazón que todo era inútil. Apenas unos rayos de sol alcanzaban a la infantería, la nieve acumulada en los pliegues comenzaba a derretirse y el agua helada a penetrar la carne. Varios hombres quedaron relegados, con las piernas gangrenadas; para ellos la guerra había concluido y lo más probable era que la vida también.

Las pobres bestias no la pasaban mejor. Las acémilas se negaban a avanzar y, empacadas, recibían de los caballerizos, para hacerlas andar, unas golpizas tremendas. Cuando comenzaban a marchar, cargadas con vituallas, víveres, piezas de cañón y —en fin— todos los elementos que componen un campamento militar y deben ser trasladados, se veía a los cuidadores marchar a paso vivo o

corriendo detrás de ellas para que su sangre no perdiera el ritmo que había conseguido antes con los latigazos propinados a los pobres animales.

Los caballos, en general más dóciles a las órdenes humanas, avanzaban con dificultad, enterrando los remos en la nieve hasta la altura de la segunda articulación. La marcha era sacrificada y penosa y las botas de vino agrio pasaban de boca en boca con la tolerante pasividad de los oficiales, que también —infructuosamente— recurrían al alcohol para mitigar el frío.

La toma de galera

Don Juan decidió tomar primero Galera.

Hacía muy pocos días se había vivido una frustración. El conde de Los Vélez le había puesto sitio con un ejército fuerte de diez mil soldados, con la ilusión de capturar Galera y erigirse en su libertador, disfrutando que Serón había sido arrebatada a su rival, el duque de Mondéjar. Sea que en esa numerosa tropa no se hubiera restablecido el nervio de la disciplina perdida, sea que el conde no tuviera medios suficientes como para estrechar el cerco y de Austria se los negara, o que el brío de la guarnición mora hiciera resistir la plaza, lo cierto es que el conde debió levantar el cerco. Lo hizo sufriendo las consecuencias de la humillación, con notable mengua de su autoridad y fama.

Sin duda, Don Juan habrá sonreído complacido, recordando que aquella desobediencia orgullosa, cuando le ordenó socorrer a Serón, habría de sucumbir en esta tentativa de sitio infructuosa. En esa ocasión, Austria, a pesar de su juventud y espíritu levantisco,

encajó el agravio para no agregar leña al fuego. Sin embargo, su memoria archivó el desacato esperando una ocasión propicia, la que llegó con el sitio de Galera y el fracaso del conde.

En rigor de verdad, el fracaso de Los Vélez era cantado, sin que Don Juan tuviera que mover un dedo para que se consumara. Ya pocos días antes, cuando condujera un ejército de doce mil infantes y caballería de setecientos jinetes, había desobedecido indicaciones del príncipe y, cegado por su orgullo desmedido, fue responsable de una insubordinación general, la que ocurriera en el valle de Bolodina. En esa ocasión estalló una gran sedición en la que el propio conde estuvo a punto de morir, y su hijo, don Diego, quedó peligrosamente herido.

Cuando la retirada del conde de Los Vélez en Galera se hubo verificado, Don Juan puso en movimiento todo el ejército y reservó un grupo de soldados escogidos para atacar el reducto por el lado de “imposible” acceso. Este contingente fue detrás de una maniobra militar de audacia inconcebible, pero cuyo éxito abriría compuertas decisivas al resto del ejército.

Ese cuerpo de comandos, como se lo llamaría hoy, estaba integrado por caballeros de absoluta confianza y soldados de reputado valor, de los que era imposible esperar flaqueza alguna. Colocó, a la cabeza de la fracción, un castellano ya probado en la guerra con el infiel: don Alonso de Tejada. A él confió la formación del contingente, integrado por hombres de distintas lenguas: si bien la mayoría era española, los había también italianos y algún alemán. Un dato era común a casi todos los oficiales: pertenecían a la Orden de Malta, ansiosos por demostrar su acatamiento y devoción por la jerarquía. Don Luis de Quijada, a pesar de sus años y fiel a su juramento, permanecía al lado de Juan de Austria, desoyendo la orden de éste de conservarse a retaguardia.

Las consignas que impartía Don Juan arrancaron una sonrisa feliz a su ex padre adoptivo. Volvía a sentirse joven con ese muchacho audaz, que le recordaba tanto a su padre de sangre, a quien cuidó y sirvió en Pavía y en cuanta batalla se involucrara el emperador. El estilo que tenía el joven para disponer los bombardeos, la colocación de las minas, el empleo de la artillería (había trasladado un importante tren con el que cañoneó sin piedad las murallas de Galera, hasta abrir importantes brechas en los lienzos), la astucia que demostraba en cada acto, le recordaban siempre al difunto Emperador.

“Bueno, a disposición de mi señor estuve en todos los terrenos que él demandara”, pensó mientras miraba con ojos enternecidos al hermoso retoño del último Cesar. Tampoco pudo dejar de pensar en ese momento, que a ese joven, ansioso de gloria y honores, lo había conducido de la mano, cuando era un niño, al monasterio de Yuste, antes de la muerte de Carlos V. Inmerso en esos pensamientos, don Luis no cabía en sí de felicidad; ya sabía quien estaría tan dichosa como él cuando le relatara los pormenores de la campaña: doña Magdalena, su mujer.

Para colmo, Galera les proveería de notables beneficios: no solo la captura de un bastión que los moros reputaban imbatible, sino la apropiación de un suculento botín, miles de prisioneros y centenares de moros ejecutados. Por si a esa lectura le faltara una página —pensaba— toda España estaba pendiente de esa victoria esperada, que —suponía— habría de conducir a la finalización de una guerra sangrienta, librada en su propio suelo. Mientras la infantería española avanzaba con Don Juan a la cabeza, a Quijada se le hacía agua la boca, imaginando estos desenlaces.

Como el comandante del ejército español había supuesto, una

guardia insignificante custodiaba el flanco que daba hacia el abismo. No obstante lo escarpado del lugar, la fracción española trepaba protegida por un atalaya, desafiando el peligro de una caída, escondida de los ojos de los defensores. Al cabo de un prolongado e interminable esfuerzo, el destacamento llegó a la cumbre, donde los defensores pensaban que solo el vuelo de los pájaros podía alcanzarlos.

La guardia mora del reducto había encendido un fuego y se felicitaba de la suerte que la había acompañado: mientras el resto de los defensores se encontraba a la intemperie, afrontando las inclemencias de un tiempo hostil, ella podía gozar del protegido pedestal en que se encontraba. Por supuesto, no contaron con que un grupo de atacantes tan intrépido como tozudo, habría de trepar por la ladera que se consideraba inaccesible. Los zapadores, en silencio, acuchillaron a una custodia árabe que, desprevenida, apenas alcanzó a empuñar las armas y solo lo hizo para comprender que habría de morir de inmediato.

El éxito de la misión estaba basado en la coordinación de movimientos. Para no resultar aniquilados era fundamental la rápida intervención del grueso de ejército de España, que avanzaba por el desfiladero, ya que de esa manera las fuerzas moras quedarían atrapadas entre dos fuegos. Si la sincronización de acciones fallaba, los atacantes, a pesar de su triunfo inicial en el sector supuestamente inexpugnable, serían vencidos y todo el golpe táctico se perdería, porque los moros recuperarían la posición capturada y, —por si no fuera suficiente— estarían alertados del asalto español. Tal como estaba convenido, de Tejada hizo la señal luminosa acordada: la altura estaba dominada.

-“Es el momento de atacar” —exclamó Don Juan.

Sin embargo, Tejada y sus hombres siguieron avanzando; ahora se debían enfrentar a un verdadero ejército que, aunque sorprendido, se plantó con tanta eficiencia y orden como solo podrían hacerlo las formaciones profesionales. Con la confianza que brinda el sentirse próximo al arribo de los camaradas esperados, el destacamento español se replegó sobre un largo muro en el que apoyó las espaldas, batiéndose contra un enemigo formado por miles de hombres. La desigualdad numérica pronto habría de hacerlos sucumbir y de hecho, varios españoles yacían en el suelo, muertos o heridos, esperando estos últimos el momento en que serían ultimados.

En cierto instante se escuchó mascullar al jefe del comando español:

-“¡Dios mío! ¡Si Don Juan no fuerza rápido los desfiladeros estaremos perdidos!”. En realidad no era para permanecer tranquilo. Si las murallas de Galera no eran rebasadas en forma rápida por los soldados que avanzaban por el desfiladero, no solo la proeza verificada por los escaladores se vería truncada con su aniquilamiento, sino que la victoria misma se perdería. Pero... ¿qué pasaba que Don Juan no avanzaba con la rapidez que sus camaradas esperaban?

Para asombro de los atacantes, la guarnición mora había sido reforzada con soldados otomanos, traídos por sorpresa en alguna de las incursiones de Uluch Alí. A la natural resistencia que de por si era de esperar de los moros, rebecos y contumaces, tenía que sumarse el contundente respaldo de una formación militar que, a su experiencia y veteranía, sumaba la adecuada preparación que tienen los cuerpos militares organizados.

Pero la infantería real estaba a la altura de la esperanza y la

combinación pactadas. Los defensores, que quedaron sorprendidos por el ataque perpetrado desde la parte más inaccesible de la guarnición, supusieron que por esa brecha habría de entrar todo el ejército de Juan de Austria. Se encontraron desconcertados por completo cuando éste ingresó por el desfiladero y tarde comprendieron (incluso los turcos) que solo una parte de las fuerzas cristianas lo había hecho por el nido de águilas.

Espada en mano, los infantes de España entraron a la plaza a través del desfiladero y el boquete abierto en la muralla y, gritando la furia contenida y el silencio guardado durante el gélido ascenso a la cresta, atacaron al ejército rebelde. En esta etapa, Don Juan se cubrió de gloria: su ejemplo fue vital no sólo como modelo de valor y riesgo, sino que además evitó los accidentes comunes en toda empresa de inseguridad y despertó las virtudes propias del orgullo español, algo retenido hasta ese momento. Otra formación, a las órdenes de Requesens, también irrumpió con fiereza por otra brecha abierta en el lienzo. Ahora los moros quedaron efectivamente tomados entre varios fuegos; por un lado, los audaces atacantes que habían trepado a la cumbre; por el otro, esa infantería feroz que se abalanzaba sobre los defensores conducida por Don Juan; por si faltara algo llegaban también los infantes de Requesens.

Retomada la iniciativa, don Alonso y su contingente pasaron de inmediato a la ofensiva. No tenía el castellano el fervor del empecinado, ni el ciego rencor que brinda la ferocidad. Ahora estaba convertido en una máquina implacable, para la cual sangre y muerte nada contaban. Su acero cortaba las carnes que atacaba casi con indiferencia. Después de la batalla, en el sereno instante de la reflexión (a la que se entrega todo combatiente que lo ha hecho por sus convicciones), pasó revista a su desempeño con cierta inquietud: ¿Valor? Absoluto. ¿Comportamiento? Impecable. ¿Por qué se sentía preocupado? ¿Qué razón encontraba su conciencia para reprocharle?

Formado moralmente en la fragua innegociable de los principios, se condenaba a sí mismo por la apatía con que había asumido el dolor de los vencidos. Si en una acción de guerra, la muerte del oponente es un dato de la realidad imposible de soslayar, porque forma parte de las reglas implícitas en el combate, no debería ser motivo de preocupación la actuación llevada a cabo para cumplir esas metas. La guerra en sí puede ser un crimen, según la opinión de tratadistas ilustres; pero las muertes ejecutadas en su consecuencia no convierten a quien las realiza en asesino.

Y sin embargo, en su fuero más íntimo, Alonso sabía que la muerte de tantos enemigos había transformado su naturaleza. En la guerra que librara, no solo había extinguido vidas de infieles; también había muerto aquél que fuera dócil al destierro para alejarlo de la mujer amada.

Muchas cosas y con notable precipitación habían ocurrido en su vida: amistad con Jacobo, la irrupción de Augusto, el ingreso a la Orden, Malta, y por si fuera poco, la proximidad de Don Juan de Austria y esta rebelión, que había servido para poner de manifiesto su virtud y patriotismo.

En forma deliberada había omitido la muerte de Noelia: ese dato era un dolor personal e íntimo que no podía compartir, ni siquiera con ciertos pensamientos.

Se dirigió a la tienda de Don Juan de Austria, y al centinela que estaba apostado en su entrada, escuetamente dijo:

-Con su Alteza.

Don Juan acababa de quitarse la armadura y estaba

acompañado por Quijada y Requesens, quienes aún conservaban los revestimientos utilizados en el combate; bebían con el príncipe celebrando el resultado obtenido. Cuando Austria advirtió la presencia del joven, se levantó con precipitación y corrió a saludarlo.

-Celebro tu valentía y la de todos quienes te han acompañado. Te he felicitado en el lugar de la acción, pero ahora deseo hacerlo en forma personal y explícita. ¡Salud a los Caballeros de Malta! —dijo el príncipe levantando su copa de plata y dirigiéndose, además de Alonso, a sus dos huéspedes.

La batalla que acababa de librarse había provocado numerosas bajas en el ejército de España; incluso habían caído varios Caballeros de la Orden, que se habían enrolado para pelear por la fe y la estirpe. Su memoria debía ser honrada, y de hecho así se haría, pero ello no impedía disfrutar la felicidad de la victoria; Alonso se sumó al festejo y Austria, con la nobleza característica de los seres carentes de mezquindad, que con dignidad tratan de sobreponerse a las pruebas de infortunio que les dio la vida, le volvió a decir:

-Ha sido un honor pelear a vuestro lado. No me equivoqué al encomendaros esa misión tan difícil y riesgosa. La habéis llevado a cabo en forma excelente y no habré de olvidarme de ello. Gracias a vosotros pudimos lograr el desconcierto del ejército moro, forzar los desfiladeros e ingresar a la plaza.

-Señor: permitidme sumar mi felicitación a la alegría de la victoria. Ha sido la visión estratégica de Vuestra Alteza la que concibió el plan de atacar a los rebeldes por la zona más escarpada (y al mismo tiempo bombardear sus murallas). Llevarla a cabo con acierto, por nuestra parte, es el deber de todo soldado que tiene como misión cumplir con lo ordenado —replicó con elegancia y buen gusto Alonso.

-Es verdad lo que decís —contestó de Austria, pero debo hacer una rectificación a esas palabras. Vuestro pelotón de ataque fue voluntario; es cierto que lo compusieron tropas escogidas, pero ellas se formaron con hombres que se plegaron a la causa por propia decisión. Nunca habré de olvidarme de ello... y desde ya os informo que no me conformaré con esta pequeña gloria obtenida. Don Alonso: si Dios lo permite habremos de encarar empresas de gran tamaño, y sueño con la consumación de una batalla que jamás haya sido librada bajo los rayos del sol; no me gusta hurtar la victoria y en mi ilusión sueño con vencer a los turcos. A su tiempo lo veréis y cuando ello ocurra, deseo que vos estéis a mi lado.

-Alteza. Mi espada y mi sangre están a las órdenes de Dios, de mi religión, del rey y vuestra, por cuanto las causas que ejecutáis siempre han tenido ese mismo norte. Podéis contar con ellas.

Alonso consideró que ya había ocupado suficiente tiempo del príncipe, saludó con una inclinación reverencial a Quijada y Requesens y dobló la rodilla frente a Austria. Se retiró sin emociones, desconociendo, por supuesto, que la Providencia le había reservado un papel decisivo para el futuro.

Al término de la batalla se hizo un balance de resultados. Por la mente de Alonso pasaron, como imágenes superpuestas, los episodios de la jornada, que quedaron grabados a fuego: la mayor parte de los moros huyó. Los que continuaron, pronto fueron dominados, muertos o hechos prisioneros. En un acto censurable, que Don Juan no pudo (o no quiso) detener, prisioneros y pobladores fueron degollados. Por las alcantarillas de Galera corría sangre árabe; las plazas y las calles quedaron cubiertas de cadáveres. Esa noche helada y terrible del 10 de enero de 1570, en que no quedó un solo soldado moro vivo, mostraba la tónica de esa guerra, librada con fanatismo y sin cuartel. El resto de los habitantes de la infortunada

plaza fue sometido a esclavitud.

¿Cómo repercutió ese espectáculo en Alonso? Lo recibió con la indolente neutralidad con que le llegaban todos los sucesos de esa naturaleza. Con esa misma indiferencia peleaba y mataba. Suspiró con tristeza; hizo un gesto de resignación y se dirigió a su tienda.

—“Así es la vida” —pensó en voz alta y marchó, atravesando un bosquecillo nevado.

La toma de Galera, además de satisfacer el ansia de gloria de Don Juan de Austria, proveyó a las agotadas arcas del ejército real un jugoso botín. Al día siguiente ordenó demoler en forma meticulosa todas las casas y por si fuera poco, en su suelo se esparció sal a discreción. El Cartago que destruyeran los romanos, volvía ser ejemplo tremendo y modelo inaudito. Después de la batalla, nada quedó de esa hermosa y altiva ciudad.

Pero no todo fue el resultado de la vindicta reclamada por las fuerzas victoriosas. Un análisis posterior, sereno y ecuánime, nos permite ser objetivos en el juzgamiento de la conducta del jefe español. Galera estaba situada en lo alto de los escabrosos montes de la Sierra Nevada, en cercanías de la región de Baza. Llevarle auxilio en caso necesario, ocurrir en su defensa, proveerle aunque más no sea de los medios de subsistencia elementales en medio de un terreno cuya fragura lo convertía en áspero e intransitable, era tarea que habría demandado un esfuerzo ciclópeo y tan denodado como innecesario.

La decisión de Austria de demolerlo debe situarse, pues, no solo en el arrebato producido al calor del triunfo, sino también en la meditada determinación de un soldado que adopta decisiones en función de la economía de los recursos de que dispone.

Don Juan, obrero del destino

Sin embargo, como en toda guerra, la alegría duró poco. El nuevo monarca moro, Aben Abú, capturó la fortaleza de Orgiva, que estaba en manos españolas, y al tope de la fortificación colocó la que habría de ser su divisa de guerra:

“Nada pude desear más, ni contentarme con menos”.

La noticia llegó a oídos de Don Juan cuando ya había capturado Galera y celebrado el triunfo. El destacamento de Tejada presentó armas y en silencio, recibió los plácemes del comandante, cuyo semblante no ocultaba la preocupación por la noticia de Orgiva. No precisó Alonso decir palabra alguna; su mirada fue más elocuente que todas las que podría pronunciar: “Siempre podréis contar con nosotros”.

Sin embargo, la infortunada noticia de Orgiva no alteró los planes de Don Juan. El paso siguiente sería reconquistar Serón, que algún tiempo antes se había perdido por la recordada renuencia del conde de Los Vélez. Después le tocaría el turno a Orgiva.

Una a una fueron cayendo, bajo el peso de su empeño militar, pequeñas plazas fuertes con que habían coronado los moros las alturas de las Alpujarras y que debían ser sorteadas antes de llegar a Serón. Desde ellas los moros pensaban dominar toda esa región de España, con el vano intento de convertir la zona en un Estado tributario del Imperio Otomano, como se ha dicho.

Al mismo tiempo y cumpliendo las órdenes de Austria, el

duque de Sessa se acercó a Hor, cercano a la costa, que los árabes habían capturado a principios de la rebelión. Allí estableció contactos con don Gil de Andrade, el que, de acuerdo a las instrucciones impartidas por García Álvarez de Toledo, patrullaba el Mediterráneo para obstaculizar a Uluch Alí. Andrade proveyó al duque de un valioso destacamento de infantería compuesto por marinos experimentados, que resultaron decisivos a la hora de capturar, a viva fuerza, el castillo de Hor.

Don Juan de Austria no podía quejarse del resultado de su primer mando absoluto de fuerzas militares. Ya los principales estadistas de Europa conocían el genio de ese joven guerrero que se pudo sobreponer a todo, comenzando por su condición de hijo ilegítimo. Por otra parte, contrariando su inclinación personal por el lujo desbordante en el vestuario, había sido un obediente hermano, acatando la opinión de Felipe II:

-“Sería bueno que Vuestra Excelencia se vistiera sencillamente, con traje de campaña, sin botones, cadenas u ornamentos de oro...”, le decía en una carta donde se evidencia no tanto el imperativo del rey más poderoso del mundo, sino el del hermano mayor, que amonesta mientras aconseja al más joven y turbulento. Al revestirse con las prendas más suntuosas de su vestuario, Don Juan nunca olvidó el Toisón de Oro, la mayor distinción conferida por España, lo que hiciera conjeturar, a algunos historiadores, una actitud celosa del monarca. Pero... a propósito de esas cizañas históricas, ¿quién, si no el mismo Felipe II, había distinguido a su hermano con el Toisón de Oro?

Las otras cartas del rey, en que actuaba más como hermano que como soberano, no fueron menos convincentes:

-“He sabido, con pesar, que habéis participado, el otro día, en

una de esas expediciones. Tal no es vuestro deber. No volváis a hacerlo. Debo conservaros y os debéis conservar. Es así como os formaréis a mi guisa, no a la vuestra”.

Y como el hermano menor era un desobediente crónico, el rey Felipe reitera, en términos más rotundos:

-“... vuestra muerte sería de un efecto deplorable... En lo futuro, sed más obediente a mis recomendaciones...”. Le expresa en el estilo de amonestación y reto que emplearía cualquier hermano mayor al dirigirse a aquel que tiene a su cargo y es un malmandado permanente.

Es posible que el rey no recordara que le entregó a su hermano un ejército indisciplinado y de escaso valor —salvo para el pillaje— el que imperiosamente necesitaba de un jefe que diera ejemplos de valentía y honor. Por eso aquellas respuestas de Don Juan, a ese hermano que escribe tanto y todo lo tiene bajo el dominio de su conocimiento, cuyo texto (similar a tantas cartas suyas) ilustra bien el ánimo del príncipe:

-“Os ruego que observéis qué mal estaría, siendo quien soy y dada mi edad, que me encerrara en vez de salir con los demás... Considero que es justo, para las expediciones y los combates, que mis hombres me encuentren a la cabeza, pronto a alentarlos a cumplir con su deber...”. Este párrafo merece ser repetido porque sirve para probar la ansiedad de Don Juan por no defraudar a su hermano y la valentía con que ejercía su cargo. Es apto, también, para denotar el mal estado en que se encontraban las fuerzas militares que debía atender el príncipe, así como su deseo natural a corregirlo, aun corriendo los riesgos que provendrían de su manifiesta exposición. Austria necesitaba de la aprobación externa (en especial de su hermano) para todos sus actos, de modo de borrar el estigma que le

deportaba el nacimiento ilegítimo, diría un psicólogo (los que, por supuesto no existían en ese entonces).

No obstante su habitual rebeldía, el joven general respetaba las indicaciones del medio hermano. No se vestía de acuerdo a su gusto. Lo hacía con la sobriedad austera que le reclamara Felipe; en lo posible evitaba marchar al frente del ejército, aunque observar esta limitación le costara mucho.

Del rey podrán decirse muchas cosas, pero las dudas respecto a si sentía amor o desconfianza hacia su hermano tendrían que ser abandonadas, a menos a criterio de este autor. Uno de los hechos más significativos para mostrar la felicidad de Felipe dado el éxito obtenido por su hermano, fue, precisamente la batalla de Lepanto. El rey le escribe: “Cumpliendo con todas vuestras tareas habéis mostrado a los demás cómo tendrían que cumplir con las suyas. No hay dudas que esta fue la razón principal de la victoria. Por eso es a vos (después de Dios) a quien atribuyo el mérito y doy las gracias. Algún mérito he también de recibir puesto que por la mano de alguien de mí tan querido, una empresa de tal grandeza ha sido realizada y lograda, que tanto honor y gloria han sido ganados en presencia de Dios y del mundo para el bien de la cristiandad y humillación de sus enemigos”. ¿Para qué pensar mal? Ese rey, a quien algunos historiadores describen como “tétrico”, no ha vacilado en ratificar que Don Juan es “alguien de mi tan querido” y en sus reprimendas debe encontrarse la actitud de un hermano circunspecto y templado, que pretende enmendar al menor, alocado, desobediente, indiscutiblemente valiente, botarate y embarullado. Algunos historiadores incluso, han tratado de suponer que Felipe II desconfiaba de la desmesura de Don Juan e imaginar que en su afiebrada cabeza podía anidar la idea de suplantar en el trono a su hermano cuando se produjera la muerte de éste. A esas versiones aterradoras habría que recordarles que al momento del librarse la

batalla de Lepanto —consagratoria de Don Juan— su hermano ya se había casado con Margarita de Austria (su prima) quien, ya embarazada, habría de darle un hijo varón que aseguraría la perpetuación de la estirpe. El rey, en ese sentido —si es que alguna vez estuvo preocupado— con la expectativa del heredero tan deseado habría quedado tranquilo y sosegado.

Es verdad que la mayoría de los biógrafos sostienen que la relación de ambos hermanos era conflictiva y los celos de Felipe, enfermizos. Más aún; apoyan esa reflexión en un dato casi irrefutable: Austria, recién en la segunda quincena de noviembre remitió al rey el parte oficial de la victoria de Lepanto. Esta noticia — que llegó muy tarde— en apariencia es irrefutable: ¿por qué demoró tanto Don Juan en informar a su rey el triunfo obtenido sobre los turcos? ¿Fue un acto de desprecio al soberano?

Pero hay más: los que imaginan una actitud rebelde, casi ofensiva, de parte del generalísimo, apoyan su discurso en varios hechos. Uno sería que el rey recibió la noticia “oficial” por boca del embajador de Venecia en España, Leonardo Dorá y no del comandante de la Liga, que era su mismísimo hermano. Otra, que el último de los miembros de la Liga que recibió la información fue Felipe (y la contribución de España había alcanzado el 50% del costo de la expedición, medida en dinero y sangre). Hasta en las capitales protestantes, el parte de la victoria contra los infieles llegó antes que a Madrid. Por último, el hecho de que Felipe, disgustado y con visibles muestras de enojo, impidiera a Don Juan participar de los festejos con que el Papa pretendía homenajear a él y a Colonna con demostraciones dignas de la época romana, pareciera redondear la tesis. Como consecuencia de esta imposición, Don Juan, cumpliendo lo ordenado por su hermano (y muy a pesar suyo), declinó su presencia en Roma. Pío V redujo los homenajes a Colonna, que a la postre fue el único jefe importante en concurrir y por supuesto, en

ser objeto de actos que no tuvieron el boato con que los romanos recibían a los generales victoriosos.

Si bien todo esto es cierto, y la tesis no deja de ser seductora, algunas referencias abonan una impresión distinta: ¿quién sino el mismo Don Juan le envió noticias de la victoria a su hermano, el rey, el 10 de octubre, apenas tres días después de la batalla? ¿Quién sino el mismo Don Juan, mostrando una buena fe rayana en la inocencia infantil, en esa misma carta, le informó de la herida que había sufrido en la batalla? Es obvio que una persona más “pícaro” le hubiera dicho al rey que la herida la padeció por un flechazo enemigo y no a raíz de una cuchillada. De ese modo habría eludido mostrar la evidencia de su desobediencia: Felipe II le había ordenado que se cuidara y no participara físicamente en la contienda; una flecha podía haberlo alcanzado desde cualquier lugar; una herida de arma blanca denota una intervención activa en la refriega. Era la prueba definitiva de su desobediencia, que el príncipe podía haberla evitado, pero al mismo tiempo la información irrefutable de que Austria relató al hermano los pormenores de la victoria. No lo habrá hecho en forma oficial, pero... ¿desde cuando los hermanos recurren al derecho administrativo para ponerse al tanto de las novedades?

Otra más: Felipe II ordenó que se construyera la galera que habría de ser capitana de la flota cristiana y que la misma le fuera entregada a Don Juan. No escatimó gastos y las atarazanas de Barcelona la fabricaron con la mejor madera de Europa y África: pinos catalanes, más livianos y resistentes que el mismo roble. La decoraron los artistas más encumbrados de España, a quienes el rey personalmente reclamó la diligencia indispensable para que el regalo al hermano menor fuera “la mejor nave de España”. Pero esos regalos... ¿no se hacen a alguien “de mí tan querido”?

Cabe formular otra reserva analizando el carácter de Felipe II;

es posible que su famosa severidad (y la proverbial humildad que tenía) le hubieran impedido aceptar la fastuosidad de las celebraciones y disimular en público su felicidad. Por otra parte, ése era el carácter de los Habsburgo: refractarios a toda manifestación externa de su estado de ánimo, a cualquier expresión que denotara una alegría exagerada, impropia del tipo hierático que constituía su personalidad. Baste recordar cómo recibió su padre, el Gran Emperador, la noticia de Pavía, llevada a su conocimiento en el mismo campo de batalla. Testigos presenciales —incluso el propio marqués de Pescara (general Ávalos)— son contestes en referir que su ánimo no sufrió ninguna alteración; ni siquiera cuando le informaron que el propio Francisco I de Francia estaba entre los prisioneros logrados.

En la misma línea que fuera esbozada más arriba, un autor de la jerarquía de Marañón sostiene que el rey sentía preocupación por el éxito de Don Juan. Invoca para ello un juicio psicológico: Don Juan era el vivo retrato del difunto Emperador, su padre natural: valiente, audaz, simpático, ovacionado por los soldados y admirado por las mujeres, que se derretían ante su estampa; adoraba la guerra y el peligro. Fue todo lo que no llegó a ser el hijo legítimo, que era prudente, austero, sobrio, reservado, silencioso. Un oficinista perfecto. Felipe amaba la burocracia, se deleitaba con el papeleo, reverenciaba las expediciones de caza y pesca, que le permitían estar un largo rato a solas con sus pensamientos. Hijo devoto de un padre que lo fascinaba y al que amaba, le había impuesto por testamento brindarle ternura al hermano menor, afectividad que ya de por sí sentía; Felipe se debatía —según Marañón— entre el amor y los celos. El notable escritor traza una descripción del príncipe, inolvidable: “apuesto, rubio, delgado, de largo cabello ondulado, alanceador de toros, experto cazador, gran bailarín, de labia rendida con las mujeres, Itivo con los hombres, amigo de sus amigos, único en el vestir, que cuidaba con elegante primor...”. ¿Extraña la actitud del rey, que era todo lo opuesto?

Frente a las especulaciones que establecen la relación entre los hermanos como “tirante” (y en ello ven el envío del príncipe a Flandes), la tesis del duque de Maura aumenta de valor: Don Juan fue, según el duque (opinión que compartimos) un hermano muy “mimado”.

Poniéndonos en rol de psicólogo, intentemos arriesgar un juicio: Don Juan, después de Lepanto, fue el niño predilecto de la cristiandad. Los soberanos (y en especial las soberanas) lo aclamaban; el Papa lo tenía por su campeón; los nobles lo admiraban y algunos le ofrecieron, para tentarlo, un trono⁶, obteniendo su negativa. ¿Qué quería ese joven brillante? ¿Éxitos? ¿Gloria? ¿Tronos? ¡Por supuesto que los deseaba! ¿Un matrimonio exultante?⁷ ¡Por cierto! ¿El trato de “Alteza”, que le habría prohibido su hermano? ¡Tal vez! Pero fundamentalmente, Don Juan deseaba borrar su pasado bastardo, ansiaba que se le reconociera como un noble de nacimiento, que no debía hacer olvidar su origen ilegítimo con sus triunfos militares y rotundas aventuras amorosas. Don Juan fue, al decir de Braduel, “el obrero del destino”; de su propio destino, para ser justos.

La “reina de las batallas”

Más allá de estas disquisiciones que incumben a sus biógrafos y son más afines al terreno de la filosofía, Don Juan cavilaba que, como una cuenta pendiente, quedaba la fortaleza de Serón, desde la cual se

6 Por ejemplo, los albaneses y los croatas.

7 Isabel I de Inglaterra, mujer de inclinaciones sexuales frustrantes y amargas, evaluó largamente el matrimonio con Don Juan, que, como el personaje del “Burlador...”, seducía y olvidaba con igual rapidez las conquistas femeninas.

domina el valle del Almanzora. Había otra razón más, que revestía a Serón de un paladeo especial: era necesario tomarla para vengar la humillación y el dolor padecidos tiempo atrás.

También los moros le daban una gran importancia a ese reducto. Había corrido la voz que los turcos estaban prontos a enviar una expedición de apoyo, tal vez decisiva. Si en Serón el ejército cristiano fuera vencido... se ilusionaban los moriscos. Su rey, Aben Abú, le concedía escasa importancia al serrallo que heredara de Humeya y no permitía que le quitara las fuerzas que necesitaba para la guerra. Con sangrienta tozudez pensaba que el dominio de esa fortaleza sería decisivo para los dos ejércitos y tal vez decidiera el futuro de la rebelión.

La reina de las batallas se libraría, pues, en Serón. Hacia allí marchó Don Juan, dispuesto a enfrentar esa fortaleza impresionante, cuya ladera hacia el abismo, era imposible de escalar. Dividió el ejército en dos destacamentos, a cuyo frente puso a los hombres más confiables y que más autoridad tenían con la tropa de infantería: don Luis de Quijada y don Luis de Requesens.

Contrariando su natural deseo, tanto como para complacer al hermano distante, Don Juan permaneció en la retaguardia, observando todo desde un promontorio rocoso. A la fortaleza solo se podía llegar a través de dos desfiladeros, fáciles de defender y, como ya hemos dicho, difíciles de tomar. Sin embargo, con trabajoso esfuerzo, Quijada pudo vencer a los defensores y protegerse en un altozano que aparecía perpendicular a las murallas. A costa de mucho empeño pudo introducirse por un angosto pasadizo e ingresar a la sorprendida fortaleza. Al fin, por ese estrecho pasaje, penetró en el fuerte. Por su parte, Requesens y la fracción que conducía, estaban próximos a doblegar las defensas que le obstruían el camino por una modesta poterna. Austria ordenó a la caballería que se encargara de

custodiar el entronque de ambos desfiladeros que daban a un valle, para impedir el suministro de refuerzos. Respetando una táctica impecable, Don Juan formó el resto del ejército, en absoluto silencio, en ese valle. El camino para la victoria estaba allanado.

Así, al menos, lo entendió la soldadesca, que sin acatar las órdenes de don Luis dio por lograda la gloria y se entregó al saqueo; los que estaban al mando de Requesens pensaron igual y desconfiaron que a ellos les quedaran solo las sobras, así que también se dieron a la rapiña. A su vez, la caballería vio con espanto como los infantes se llevarían los beneficios del atraco y se precipitó para disputar a sus camaradas el desvalijamiento de la ciudadela.

En definitiva ocurrió lo que nunca debe cegar en la victoria a un ejército: la posesión de los bienes de su enemigo. Ya Alejandro Magno, con el talento militar que no es preciso recalcar, se lo había dicho al general Parmenión en medio de la batalla de Gaugamelos, cuando éste, preocupado por la carga de la caballería de Mazeo, le pidió refuerzos para sostener los bagajes que habían acumulado durante la campaña. La respuesta de Alejandro no se hizo esperar: “¿Estás lelo, Parmenión? ¿Para qué quieres refuerzos? Si vencemos no solo estos sino todos los que atesoran los persas nos pertenecerán y si somos derrotados, todo nos lo quitarán. Y por otra parte no debemos hacer lo que hacen ellos y los condujo a la derrota: los lujos y los adornos pesan más a quien debe cuidarlos, transportarlos y defenderlos”.

Por supuesto, los esfuerzos de Requesens por detener a sus hombres, voraces ante el saqueo, fueron inútiles, lo mismo que antes lo habían sido para Quijada. Don Juan vio con horror cómo por los mismos desfiladeros, ahora desguarnecidos, llegaban los temidos refuerzos: seis mil soldados del islam, cuya detención resultaría imposible sin la dichosa caballería.

No lo pensó dos veces y, con el ejército de reserva que había conservado —los caballeros con los cuales siempre había contado estaban con de Quijada— se arrojó sobre Serón. Lo hizo con desesperación, sin reparar en los riesgos que le traía semejante exposición y, con la espada desnuda, hizo frente a los soldados españoles que huían dominados por el pánico.

“¡Soldados! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones. ¿Qué teméis? ¡Yo estoy con vosotros! ¿Dónde queda el honor de España?” Pero todo fue inútil; ni los gritos ni los golpes de espada. El terror se había apoderado de los hombres y el ¡sálvese quien pueda! se había convertido en la consigna general.

En medio del caos, ocurrió lo que era previsible. Una bala certera dio en la cabeza de Don Juan. El proyectil pegó en la costura metálica del casco y se desvió; la fortuna salvó al príncipe, pero fue fatal para don Luis Méndez de Quijada: no encontró en su trayectoria ningún hierro de la histórica armadura milanesa y entró por el hombro. Allí quedó alojado; don Luis, se tambaleó por el impacto y cayó del caballo. Austria, angustiado por el suceso, se arrojó del suyo con precipitación y procuró socorrer a su padre adoptivo. Con gran fatiga —el peso de la armadura era inmenso— trasladó al herido a un costado del núcleo de la refriega y le brindó los primeros socorros. Pronto un coro de caballeros, al advertir los esfuerzos del príncipe, lo rodeó, y utilizando sus cuerpos como escudos, le proveyó de suficiente custodia.

Para contento de las armas de España, dentro del precio de la derrota, que fue muy alto, quedó el sabor de una retirada digna. El día anterior, García de Manrique había descubierto por obra del azar un sendero, por el cual pudo retirarse en orden el ejército español en dirección a Caniles.

Al llegar a ese pueblo, los cirujanos hicieron varias incisiones profundas en el hombro de Quijada; con ninguna de ellas pudieron extirpar el proyectil. La bala permanecía incrustada en el cuerpo de don Luis; había infectado la herida produciendo en la víctima dolor, fiebres y pérdida parcial del conocimiento.

Un Juan de Austria apesadumbrado, con signos evidentes de dolor moral, escribió dos cartas. Una al rey, para dar cuenta del fracaso estrepitoso que había ocurrido, en lugar del éxito que pensaba transmitir. La otra fue personal, y si bien escrita con la mano, como no podía ser de otra forma, la dictó un corazón estrujado por la angustia: iba dirigida a doña Magdalena, la madre adoptiva de Don Juan y mujer de don Luis de Quijada.

Doña Magdalena de Ulloa tardó seis días para llegar desde Villagarcía por caminos anegados de nieve y agua, pero alcanzó a ver a su marido antes de que muriera, el 25 de febrero de 1570.

Don Juan cayó víctima de un ataque de dolor. Sobre todo lo abrumaba la soledad. Durante toda su vida, ese hombre y su mujer habían representado lo más parecido a una familia, que la suerte le había arrancado al privarlo de raíces ciertas. Recordaba su primera niñez, cuando fuera depositado en manos de un matrimonio que lo trató con corrección, pero con absoluta indiferencia. Solo cuando pasó a manos de don Luis y doña Magdalena obtuvo amor como cualquier otro niño; nunca olvidaría que de la mano de ese hombre visitara el monasterio de Yuste y vería, por única vez, a su padre de sangre, el gran emperador. Por entonces se llamaba Jerónimo, e ignoraba su condición de hijo natural de Carlos V.

¿A quién transmitir tanta pena? Lo hizo con el único lazo de sangre que conocía: su hermano, el rey de España. Le escribió una

carta cargada de dolor y la respuesta, humana y cálida, desmentía el carácter flemático del soberano: “Es imposible hablar de él sin dolor. Tenéis toda la razón al llorarlo tanto”, contestó Felipe, como lo hubiera hecho cualquier otro hermano.

Pero la necesidad de venganza hizo hervir la sangre de ese militar tan altivo como joven. Sobrepuesto a la pena en su exterior, una obsesión se abatió en sus entrañas: regresar a Serón y capturarlo. El 11 de marzo, a pesar de la brillante defensa opuesta por el jefe musulmán, El Habaqui, recuperó la fortaleza. Los moros no alcanzaron a disfrutar la victoria: no habían aun recibido los turcos la noticia del triunfo, cuando los mensajeros debieron informarle la pérdida definitiva.

La impaciencia se apoderó del príncipe, que deseaba más gloria todavía. El 12 escribió a su hermano, mientras comenzaba a colocar minas y emplazar la artillería en los alrededores de Tijola, un fuerte también instalado en las alturas, sobre una saliente rocosa de la que emergía la fortaleza. El día 25 de ese mismo mes, cayó el bastión en manos españolas.

En forma sucesiva, capturó Purchena, Cantoria y Padul; El Habaqui, que había defendido con vigor Tijola, se ofreció a interceder ante Aben Abu para poner fin al levantamiento. Los moros, que habían recibido una importante ayuda de Argelia, ya no podían tener más esperanzas puestas en el Imperio Otomano. Era el momento de admitir la derrota. La campaña había terminado y Don Juan de Austria incorporado a su trayectoria el primer gran triunfo.

Sin embargo, todavía faltaba algo más. Aben Abu no se resignaba a volver a la condición modesta de la que había partido y por lo tanto no estaba dispuesto a declinar de su condición de soberano. Desmintió a El Habaqui y ordenó su muerte. Un

lugarteniente suyo, tan fanatizado como el rey, llamado Melqui, acompañado por una confusa multitud, se dirigió a Ronda, donde fue alcanzado por el duque de Arcos y destrozado en el mismo lugar donde sesenta años antes perdiera la vida don Alonso de Aguilar.

Don Juan, que ya planeaba nuevas aventuras, debió resignarse y volvió a empuñar armas. Instaló su cuartel general en Guadix, pero el tiempo había transcurrido; ya estaban en el mes de septiembre. El rey ordenó a Requesens que activara, operando en línea recta contra los insurrectos; éste partió de Granada y asoló el territorio que ocuparan los rebeldes, dando muerte a todos los moros que encontró en el camino. Como si se tratara de una partida de caza, todo árabe que salía de su refugio era capturado o ultimado.

Aben Abu fue atraído a una celada, resistióse y perdió la vida. El odio que había desatado en sus enemigos era tanto que después de muerto fue despeñado desde lo alto de una sierra; de allí fue recuperado el cuerpo y su cabeza exhibida en la puerta del Rastro en Granada, donde permaneció casi treinta años.

La rebelión había concluido y Don Juan, en esta ocasión como vencedor, entró otra vez a la capital de ese reino. Allí fue recibido con más honores que los prodigados el año anterior al comienzo de la rebelión, cuando solo era un proyecto de héroe. Felipe II, que deseaba afirmar su autoridad en el reino y por lo tanto someter a los súbditos díscolos, no quería que hombres industrioses se perdieran por un exterminio indiscriminado o una persecución vengativa, y otorgó una amnistía tan política como generosa.

La magnanimidad del monarca fue más allá: en un gesto poco recordado por sus biógrafos, confirió largos beneficios a la comunidad vencida. Incluso a los hijos de los rebeldes, la Corona les proporcionó educación elemental y gratuita. Hoy es posible advertir en Granada

que la tez de sus habitantes es cetrina, confirmación definitiva de que esa fusión, buscada por el monarca, resultó un suceso. En general, la historia ha elaborado de Felipe II una imagen fría, indiferente al dolor ajeno, celoso de los éxitos de su hermano; un burócrata torpe y necio. La realidad fue otra, tan intensa como para desmentir esa tendenciosa sombra, aventar la leyenda negra y mostrar un ser humano que sufría y se entristecía, se alegraba y ofuscaba como todos los hombres y estaba dotado de tanta grandeza como para ser compasivo y altruista cuando las circunstancias le dictaban esa conducta.

La piel trigüeña de tantas mujeres, cuyos hermosos ojos moros denotan el negro brillante de sus ancestros, habla con más elocuencia que mil palabras, del éxito de los Reyes Católicos. Ellos desearon la integración en fe y lengua, de esa raza sagaz y emprendedora con los cristianos que habían recuperado su suelo.

Es cierto que la guerra en España había terminado, pero el espíritu insaciable del hermano del rey más poderoso del mundo, joven príncipe de oscuros orígenes cuya ansia de gloria le reclamaba nuevos lances, clamaba por más laureles.

A buscarlos, pues.



Sultán Selim II

CAPÍTULO VIII

A la conquista de Chipre

Si Alá así lo quiere...

De pie en la cubierta de su galera, Pialí Bajá comandaba la flota otomana. Observó el despliegue de sus buques; atendió, impasible, la formación que avanzaba con lentitud por el Mediterráneo Oriental. Se encontraban desplegadas las velas de más de 200 navíos, sin contar con que los esclavos remaban sin piedad para superar las corrientes adversas. Su mano derecha empuñaba un catalejo, que acercaba a uno de sus ojos cuando alguna inquietud lo asolaba y trataba de aproximar la imagen del objeto.

Una brisa suave hacía ondear el pliegue del turbante que ocultaba parte de su cabeza y a la vez lo protegía de una insignificante llovizna; no alzaba la voz para impartir órdenes: para eso estaba su nostramo, suerte de contramaestre, como lo llamarían en las embarcaciones cristianas.

Sabía bien que no tendría el honor de comandar las tropas que llevaban como misión arrebatarse Chipre a los venecianos; el Sultán le confirió esa honra a Lala Mustafá (no se sabía porqué) y él se conformó con conducir esa armada naval que habría de participar de los halagos de la victoria, si Alá lo disponía. Y a su vez si ese Todopoderoso le permitía sacar a relucir sus condiciones militares en una confrontación con alguna flota veneciana. “O podría ser

combinada, si Venecia conseguía vencer la resistencia española y lograr que sus galeras se asociaran a la aventura marinera” —pensó sin poder evitar que una sonrisa de burla se dibujara en su boca. Pero eso era el futuro; ya se vería.

Como buen renegado que era, tenía una noción de la fe laxa, muy ligada a la política y sobre todo a sus intereses. Para Pialí, religión y conveniencia eran más o menos sinónimos.

Se encogió de hombros; ni siquiera conocía el origen de su existencia humana (¿húngaro, croata?). Hasta el nombre de su galera parecía una ironía con que el almirante desdeñaba al destino: “Devshirme”, expresión con que los turcos designaban la cesión o el apoderamiento de niños de los pueblos cristianos sometidos.

Había sido entregado a los turcos cuando era un jovencito que todavía no había abandonado las caricias maternas y pensaba que sus ancestros eran eslavos ¿o eso también era una forma de acomodar su conciencia y negar su estirpe veneciana? Sabía bien los tormentos y crueldades a que serían sometidos los vencidos y no deseaba que esa sangre fuera idéntica a la suya.

Volvió a encogerse de hombros; para apartar malos pensamientos de su mente recordó las delicias de su harén y el aire voluptuoso con que habría de dar satisfacción a sus deseos le ingresó al cuerpo.

Murmuró algo en voz baja a su ayudante y de inmediato éste ordenó a dos tripulantes que ajustaran los cabos de jarcia, que a Pialí le habían parecido algo flojos después de amarrados al palo de mesana.

Sabía que era el mejor marino del Imperio Otomano y en esta

campana pensaba ratificar ese prestigio que había ganado con las rotundas y provechosas correrías corsarias que hizo durante toda su vida bajo la bandera de la Media Luna. Razón no le faltaba para considerarse el mejor de todos. Cuando Felipe II envió una flota de 54 galeras para tomar Trípoli, él comandaba la escuadra otomana que la destruyó en Djerba, obligándola a regresar a España vencida y humillada. Y sobre todo, lo había ganado con la captura de la isla de Los Gelves (Djerba), de donde había llevado a Constantinopla (todavía se la continuaba llamando con la designación cristiana) la friolera de 5.000 prisioneros que quedaron sujetos a la condición de esclavos.

De Malta mejor ni acordarse. Todos los recuerdos que podrían venir a su mente eran negativos: la herida que lo había marginado del mando (de la que ya se encontraba repuesto en forma definitiva), la aparición victoriosa de la escuadra de García de Toledo (“¡por fortuna él no era comandante debido a su herida!”), la resistencia de los Caballeros de San Juan de Jerusalén.

Habían pasado cinco años y mantenía fresca en la memoria la infinita cantidad de asaltos que chocaban contra la defensa irreductible de los Caballeros y la tenacidad de su Gran Maestre, el difunto La Valetta.

Siempre se preguntó porqué el Sultán mantuvo su confianza en Lala Mustafá, quien a su juicio había sido responsable del fracaso de esa empresa. Pero eso a él no le incumbía. Si el Sultán resolvió darle otra oportunidad a ese fracasado no era él quien habría de objetarlo. A lo mejor en Chipre tenía más suerte y la crueldad le daba mejores dividendos.

A diferencia de su ayudante y por supuesto del resto de la tripulación, que navegaban descalzos, el comandante cubría sus pies con babuchas de lujo, que culminaban, al fin de su curvatura hacia

arriba, en una piedra preciosa.

Los remeros —todos esclavos cristianos— golpeaban el mar con las palas en sucesión monótona, bajo la mirada hostil del cómitre (el horator de los romanos), que imponía el ritmo de la marcha con el famoso látigo de dos puntas, encargado de estimular la boga y corregir a algún descarriado que osara rebelarse. Gracias al impulso de los remos, las naves avanzaban con lentitud, arrastrándose como anguilas perezosas sobre la superficie de un mar apenas rizado por un céfiro que soplaba sin fuerzas del Poniente.

Por su parte, Lala Kara Mustafá Pachá (se lo conocía como Lala Mustafá) se había embarcado en otra galera baja, llamada en un arranque de fe “Shari’a” y se sentía responsable de los 60.000 soldados que llevaba dispersos en los distintos navíos. Mientras hacía enormes esfuerzos por olvidarse del mareo —su condición terrera no podía ocultarla y siempre se sintió enfermo cuando sus pies pisaban maderas que flotaban sobre abismos de profundidad desconocida— pensaba en la conquista para la que se había embarcado.

Con muchas vacilaciones Selim II había aceptado la guerra con Venecia pensando quitarle Chipre, que los italianos ocupaban desde el siglo anterior. Incluso el padre de Selim, el gran Solimán el Magnífico, bajo cuyo dominio el Imperio Otomano había arrebatado tantas posesiones cristianas, respetó ese enclave veneciano. ¿Era aconsejable esta acción militar desde el punto de vista estratégico? Un antiguo dicho italiano decía “non stuzzicare il cane che dorme...” y a fe que esta pelea parecía una topada innecesaria y peligrosa. En efecto, ¿para qué molestar el perro que duerme?

El Gran Visir (que era yerno del Sultán) estaba en contra: Mehemed Sokolli se esforzó para impedir esta guerra contra Venecia, república que entre resignados suspiros pagaba 8000 ducados de oro

por año a la Puerta para poder transportar las excentricidades de Oriente, que se comercializaban en Europa. En realidad solo se trataba de un cambio de cobrador: los venecianos anualmente acostumbraban abonar esa misma suma a los mamelucos.

Sokolli era un gran estadista, dotado de una notable capacidad para concebir jugadas de alto vuelo estratégico. Su visión concebía a España como la principal enemiga, en cuya ayuda no habría de concurrir ningún reino europeo: Italia estaba sumida en rencillas internas; el emperador austríaco dependía de los españoles para sobrevivir; Polonia se desangraba en una guerra interminable con Rusia; Francia era amiga del Sultán e Inglaterra obtendría más beneficios que perjuicios de una guerra entre España y Turquía. Dicho sea de paso, bastantes problemas contribuía a presentarle al Habsburgo en Flandes estimulando a los príncipes protestantes, tanto como para tenerlo con las manos ocupadas. El Gran Visir solía decir que se interesaba más en ayudar a los moriscos rebeldes que complicaban a Felipe II, que en pelearse con los venecianos. A fin de cuentas, a esta nación la repudiaban las monarquías europeas porque su constitución política era republicana y como buenos comerciantes, todo era cuestión de dar con el número apropiado al negociar con ellos. Inevitablemente, tarde o temprano debería caer en manos turcas. No; la guerra con Venecia no era aconsejable; si era ineludible recurrir a las vías de hecho, la candidata era España, no Venecia.

Se decía a media lengua —nadie estaba dispuesto a que una indiscreción de ese órgano le costara la cabeza entera— que el Sultán había sido víctima de un ardid para acceder a la refriega. Pero las versiones eran contradictorias; incluso algunos sostenían que el astuto Sokolli, bajo su aparente oposición, era un firme partidario de la guerra, ansioso por vengar la humillación de Malta, heroicamente defendida por La Valetta y un puñado de Caballeros de San Juan. Hasta el momento en que irrumpió airosa la flota española

comandada por García Álvarez de Toledo, los turcos habían dejado en Malta no menos de 30.000 cadáveres, según solía decirse.

Otros relatos daban una versión más novelada de la decisión del Sultán: sostenían que José (o Miquez) Nasi, un judío converso al Islam de origen español, que llegó a ser bailío de la Orden de San Juan, había visto cómo las autoridades de la República adriática llevaban detenidas a dos tías suyas y le confiscaban toda su riqueza. La sed de venganza que animó su espíritu desde entonces lo hizo acercarse al Sultán y halagar su espíritu con vino chipriota (esas mismas voces decían que a partir de allí se conoció a Selim II con el apodo de “el borracho”). Según esa teoría, despertada la pasión del Sultán por la bebida, el paso siguiente fue inculcarle la conquista de Chipre para apoderarse de sus viñedos y poder ser el dueño del excitante elixir. Nasi tenía en feudo (kilij) la isla de Naxos y se decía que aspiraba a obtener también la de Chipre; con la posesión de la isla y en consecuencia de sus vides, el licor no faltaría de la mesa del Sultán.

Viejo zorro, Nasi había hecho consultar los clásicos griegos para conocer los vinos predilectos de los dioses e impresionar a Selim. Los ilustrados le dieron dos marcas de las que se ufana Homero en La Ilíada: Pramnia e Ismarian, pero fue inútil que tratara de conseguirlas: ya no existían. Tampoco el predilecto de los antiguos poetas, que se llamaba Arocesian. Hubo de conformarse con el ponderado Retsina, un tipo de bebida a la que se agregaba extracto de resina de pinos carrasco (que abundaban en los bosques secos del Mediterráneo) y, mezclado con alepo traído de Siria, producía un corte exquisito.

En ese tiempo era poco probable que un individuo bebiera solo, y en todo caso, de hacerlo como el Sultán turco, el calificativo de beodo le era impuesto de inmediato. Lo más frecuente era que se juntara una cantidad de señores en una reunión social a la que

llamaban Simposium y bebieran sin límites hasta caer vencidos por la embriaguez. Por supuesto, la famosa filoxera no había llegado a Grecia ni a sus islas próximas y el vino era una bebida que abundaba y como sus caldos, hechos a base de uvas pasificadas por el sol, producía un licor muy fortificado, se tomaba rebajado con agua. En Chipre, curiosamente, se lo “bautizaba” con agua de mar, que se suponía más sabrosa y, para las narices con olfato deteriorado, se le agregaban hierbas aromáticas: esto lo decía Teofrasto, con el beneficio de inventario a que llevan reflexiones hechas cuatro siglos antes de Jesucristo, y que, además, afirmaban que el vino se clarificaba mediante el agregado de yeso.

Pero todas estas eran solo versiones, alimentadas por una importante dosis de ensoñación; para los militares turcos la orden de Selim era apoderarse de Chipre y los responsables de la acción eran el propio Lala y Pialí Bajá; la guerra era un hecho, quisiera o no llegar a ella el Gran Visir. Por lo pronto en el mes de enero se habían confiscado todos los bienes y buques de bandera veneciana surtos en puertos turcos. La decisión de Sokolli de entretener a los venecianos con la ilusión de un posible acuerdo mientras armaba hasta los dientes las fuerzas del Imperio (si las ponía en marcha), entraba en la clásica suciedad de la política, a la que los militares se sentían ajenos. Total, para ambos, la palabra “traición” era un vocablo que no tenía valor.

Exactamente un año antes había ocurrido un hecho sorprendente, que habría de inclinar el fiel de la balanza a favor de la guerra. En septiembre de 1569 se produjo en Venecia una gran explosión que, según se dijo, fue oída a 30 millas de distancia.

El estallido tuvo epicentro en los depósitos de municiones que estaban cerca del puerto, pero la conflagración alimentó una repercusión extrema. Las llamas alcanzaron una parte importante de

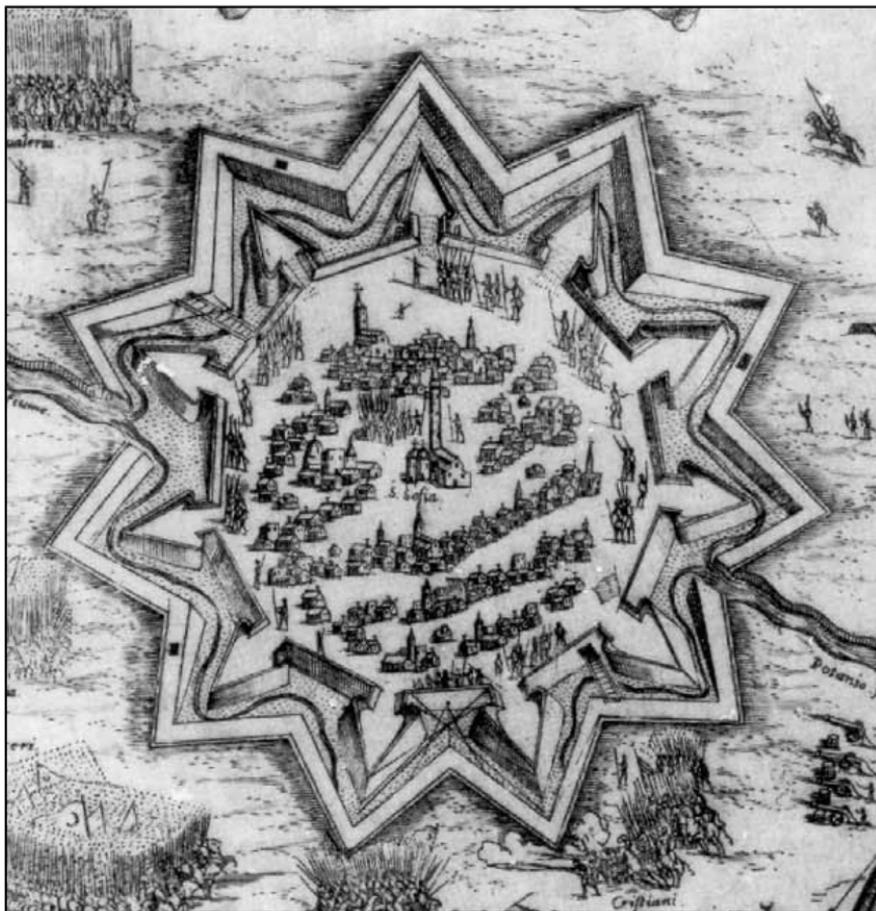
la ciudad, algunas iglesias, residencias principales y un fuego devastador arrolló el puerto. Hasta las galeras que estaban surtas en esas aguas fueron víctimas del incendio. La patria de Marco Polo, la República Serenísima, la Señoría, la Perla del Adriático, había sido convertida por el siniestro en una mueca de su tradicional belleza. Venecia era un montón de escombros ennegrecidos y humeantes, se decía en Turquía.

Pero apenas superado el impacto, la Ciudad-Estado empezó a recobrase. ¿Se daba por perdida toda la flota? La realidad era otra: solo cuatro galeras habían sucumbido; las restantes permanecieron intactas. Las municiones arruinadas tampoco eran lo que en un primer momento se dijo: solo un arsenal había explotado; los demás permanecieron indemnes.

Corrieron innumerables rumores; se decía que José Nasi había recurrido a esbirros suyos para desatar ese infierno; otra versión sostenía que Venecia había sido devuelta a la edad de piedra; que el fuego había acabado con su proverbial soberbia y toda la República era una ruina. Estambul “compró” esta versión, demostrando que los interesados creen lo que quieren creer o bien que Dios ciega al que quiere perder.

Para colmo, el muftí del Imperio, llamado Ebin Said, (especie de juriconsulto facultado para interpretar y dar fuerza de ley a la opinión del Profeta) sostuvo por medio de un dictamen llamado fetwa, que el siniestro era una prueba de que Alá iluminaba el camino de la guerra. El erudito encontró diversos casos en los cuales el recurso de la guerra, en violación de tratados preexistentes, era aceptable. El más rotundo fue la decisión de Mahoma de repudiar el acuerdo alcanzado con los cristianos con el objeto de recuperar la Meca y Medina y ponerlos bajo protección islámica. Con todos estos signos favorables y el brillo en los ojos por la proximidad de las vides

(según se dice), Selim II dejó caer sin piedad la sentencia sobre Chipre: "... si Alá así lo quiere...".



La fortaleza de Nicosia.

Nicosia, el primer objetivo

En mayo de 1570 llegó a Nicosia quien había sido designado

[Volver al índice](#)

Gobernador General de la isla: Astor Baglione. Junto a Sebastiano Veniero, el viejo Proveedor veneciano cuyo arribo aguardaban, debía administrar Chipre en nombre de la República Serenísima. Baglione, valiente capitán, se abocó sin demoras a preparar la ciudad para resistir un inminente y dispar ataque. Se suponía que los turcos contarían con una dotación escalofriante: ciento veinte mil hombres, de los cuales, al menos doce mil serían los temibles jenízaros, todos ellos comandados por Lala Mustafá, quien ya había ejercido el mando supremo en Malta.

Lala había imaginado la expedición como un paseo. A semejante ejército, servido por 80 cañones, otras piezas de asedio y culebrinas, se le opondrían escasos miles de soldados de Venecia. Chipre lavaría la vergüenza de Malta.

La primera sorpresa la tuvo en Pafos, donde pretendió desembarcar y se encontró con el estrepitoso rechazo a que lo sometió la guarnición local. Por último debió hacerlo en Lánarca (por entonces llamada Tuzla), región despoblada en la que sus fuerzas no sufrieron el hostigamiento que padecieron en Pafos.

A todo esto, Baglione no se sentía respaldado por toda Nicosia:

-Es necesario, Dandolo, que se cave una trinchera detrás de la muralla que protege la ciudad —dijo al capitán militar de Nicosia.

Nicola Dandolo era capitán de las fuerzas militares de Venecia; impulsivo, irascible, sumaba a su condición de soldado valiente, escaso sentido común y una notable disposición a incurrir en yerros tan frecuentes como obvios.

-La considero innecesaria, Excelencia. Mantengamos a los turcos distantes del muro mediante el fuego de nuestros cañones.

Alguna salida sorpresiva de nuestras tropas ayudaría no solo a mantenerlos alejados sino a fortalecer el espíritu de los soldados — respondió el capitán con tanta seguridad como si el mismísimo Alejandro Magno hablara por su boca.

-Esa táctica de salir a pelearlos fuera de la ciudadela sería válida si tuviéramos fuerzas parejas, pero nosotros disponemos apenas de cinco mil hombres, contra más de cien mil que alista el enemigo —respondió Baglione con paciencia.

-Nuestros cañones mantendrán alejados a los invasores — replicó Dandolo con aire profesoral, como si las elementalidades que pregonaba fueran una cátedra de estrategia.

-¡No es cierto Dandolo! ¡La información que han traído nuestros espías dice que han desembarcado alrededor de cien cañones! ¿Se imagina semejante artillería de campaña castigándonos día y noche? —lo refutó Baglione con la paciencia agotada.

Pero Dandolo insistía:

-Siempre nos quedará el recurso de rendirnos, Excelencia... si es que las otras alternativas guerreras nos fallan, —respondió nuevamente Dandolo con aire paciente, como si estuviera proporcionando una lección de alto vuelo militar a su superior.

-¡Ése es el peor de todos los recursos! ¿Sabe qué ocurrirá cuando se rinda la plaza? ¡Los turcos entrarán a saco en la ciudad! — contestó Baglione, que parecía estar al borde de un ataque de nervios ante las necias reflexiones del otro.

-No Excelencia, si se establece una cláusula de respeto hacia la vida y las propiedades de los habitantes y la integridad de los

soldados —retrucó Dandolo, con la impasible convicción de los iluminados.

-¡Por favor capitán! Usted no conoce a los turcos ni a los jenízaros si dice eso. Para aquellos los acuerdos no valen; éstos tienen tanta sed de sangre y oro que van a matar y violar hasta quedar satisfechos... y le aseguro que no será de inmediato. No Dandolo, nuestra estrategia debe ser la de resistir, infligir pérdidas al enemigo, rezar a Dios y... esperar a que nuestra causa justifique el riesgo de una ayuda —dijo con amargura y meneando la cabeza el Gobernador.

Baglione creyó imponer con esfuerzo el rigor de su autoridad. Se trasladó a Famagusta, un puerto en cuyas aguas profundas antaño anclaba un sinnúmero de buques europeos —en especial portugueses— que intercambiaban especias y manufacturas con Oriente. Dejó la plaza de Nicosia en manos de Dandolo (a pesar de sus reservas), rogando que cuando se iniciaran los ataques turcos, el testarudo capitán no se empecinara en sus impulsos.

¡Volver a Famagusta! Recordaba ese bello puerto natural enclavado en el extremo oriental del Mediterráneo, infestado de navíos de distintas banderas, con las velas recogidas, meciéndose con suavidad en la blandura del oleaje. Las tabernas cercanas, con el penetrante olor de las comidas orientales, las prostitutas y sus chulos, bailarinas, borrachos, monos chillones, papagayos equilibristas, que se balanceaban en el hombro de algún pirata rengo o tuerto. Las citas de amor comprado por unas pocas monedas, los músicos adormecidos por el sueño y el alcohol barato; peleas, mezcladas entre la ilusión pasada y la frustración presente.

Baglione recordaba con nostalgia esas sensaciones que había vivido cuando era un joven que cargaba un bagaje lleno de esperanzas. Miraba esos lugares con la tristeza de quien asiste a un

acto de despedida. Ese puerto ahora estaba desierto; las embarcaciones de distintos países, como los animales que han recibido golpes, habían respondido a sus propias conveniencias. Previendo una batalla, lo mejor era poner millas de agua y distancia entre las armas y el comercio.

Por cierto, Baglione no era ni se sentía un hombre viejo. Había tenido una buena formación militar y los conocimientos náuticos, como buen veneciano, no le eran extraños. Disponía de una sólida escuela administrativa y las reglas del comercio le eran familiares. Sabía las dificultades que debía afrontar y conocía la posibilidad de que jamás llegara ayuda de su patria. Eso lo asumía con resignación.

Respetaba la importancia de la flota otomana y estaba convencido que para forzar el amarre en las costas de la isla, cualquier armada cristiana debía batir al turco con anterioridad. Venecia sola no podría hacerlo y aunque el Papa realizara los mayores esfuerzos para sumar a España en la empresa, Baglione sabía que su país y los españoles tenían intereses diferentes y se recelaban.

¿Sería a fin de cuentas Chipre su tumba? Desde que era niño tenía la premonición de una muerte abrupta; imaginaba un naufragio en medio de la noche y durante una tempestad furiosa, pero caer bajo un alfanje turco...

Apartó esos pensamientos amargos y se abocó a la tarea específica que tenía entre manos. Le había causado una impresión favorable el comandante militar: Marco Antonio Bragadino, se llamaba. Las primeras medidas de defensa que había adoptado ese hombre fueron acertadas; él mismo las habría impuesto. Este capitán era diferente de Dandolo, cuya soberbia corría pareja con una necedad que brotaba de sus poros. Con Bragadino parecía congeniar; si un hombre así estuviera al frente de Nicosia era previsible una larga

defensa. Pero con Dandolo... ¿cuánto podría resistir Nicosia? ¿Un par de meses? Es cierto que quedaba a cargo el conde de Rocha, pero a pesar de la autoridad que le confería la nobleza de su origen, resultaba difícil imaginarlo superando en decisiones al obcecado Dandolo.

Era previsible que los otomanos iniciaran el ataque contra Nicosia; si conseguían tomar en forma rápida la capital de la isla el prestigio de su captura multiplicaría el temple de los soldados del Sultán y —salvo para los entendidos— se supondría que toda la isla había caído.

En el campo del Islam

En el campo del Islam la actividad era incesante. No se esperó a conseguir caballos de la isla; la expedición había traído las suficientes cabalgaduras como para atender a los hombres de la Guardia Real (los siphais de la Puerta), a los feroces jenízaros y proveer a la artillería de los pesados normandos, que tenían por misión arrastrar hasta los puntos de destino los cañones de sitio.

Lala, bajo el rigor de su pensamiento militar, había tomado las medidas apropiadas. Comenzaría por sitiar Nicosia y una vez sujeta a la Media Luna la ciudad, arrasaría con las otras ciudades: Pafos, Limasol, Cerinica y Lárnaca; a la primera se le infligiría un castigo especial en represalia por el hostigamiento padecido en el desembarco. Para el final quedaría Famagusta que, aunque importante, no podría resistir un asedio en forma, sobre todo después de haber caído las otras ciudadelas.

Bajo la tonalidad negra del caftán, su cuerpo obeso sintió un

escalofrío de placer anticipado. De forma instintiva se frotó las manos; Chipre sería la oportunidad de vengar el insulto de Malta. Por las dudas, Pialí Bajá había impuesto un anillo sitiador alrededor del puerto y era impensable el socorro a los cristianos sin una batalla naval previa... y en el Mediterráneo Oriental, la armada turca mandaba sobre las olas, pensó reprimiendo una sonrisa.

No obstante la confiada idea turca respecto de las divergencias entre Venecia y España, el Sumo Pontífice romano hacía esfuerzos denodados por auxiliar a Chipre. Pío V obtuvo de Felipe II la promesa de que 60 galeras genovesas, conducidas por el sobrino del legendario Andrea Doria y sujetas al dominio español, se sumarían a una flota combinada de fuerzas venecianas y papales al mando, estas últimas, del Príncipe Marco Antonio Colonna. La cita era en Mesina — eterno puerto de reunión de todas las flotas cristianas— y hacia ese destino siciliano pusieron proa las galeras aliadas. Los venecianos, urgidos por la amenaza sobre Chipre, quemaron etapas; Marco Quirini partió con 25 galeras hacia Creta donde debía sumarse a las 22 que allí lo esperaban; Girolamo Zanne soltó velas rumbo al puerto siciliano con 80 galeras y el anciano Sebastiano Venier embarcó hacia Corfú, escala obligada en su periplo a Chipre, con la pretensión de asumir como Gobernador General junto a Baglione.

En Famagusta se alternaban las noticias buenas con las malas. Alguien informó que la flota cristiana estaba muy próxima y el ánimo trepó a las cumbres; otras voces dieron cuenta que desde fines de julio, aprovechando el verano, los invasores habían puesto sitio a Nicosia, y ese dato era malo. Durante todo el mes de agosto (de 1570), pese a la enorme diferencia de poder, la ciudad, convertida en fortaleza, resistía. Baglione pensó que su juicio respecto de Dandolo había sido injusto, repasó las privaciones y acechanzas a que estarían sometidos él y su gente y se arrepintió de las discusiones mantenidas.

Los turcos variaron levemente la estrategia; antes de la inminente caída de Nicosia prefirieron arrasar las otras ciudades. Al fin, después de un bombardeo estremecedor, que pulverizó las murallas como en el siglo anterior lo habían hecho con las de Constantinopla, la ciudad de Nicosia se vio desbordada por todas partes. Un puñado de defensores intentó la última patriada refugiándose en la residencia del gobernador, transformada en un fuerte.

Los atacantes comenzaron a vacilar; no eran hombres los que defendían Nicosia sino gigantes. Los turcos comenzaron a sentir que les estaba costando muy cara la osadía de someter una ciudad pequeña y todavía les quedaba por delante enfrentar esa residencia transformada en reducto, defendida con uñas y dientes por los venecianos.

Agobiados por esas perspectivas, propusieron a los cansados defensores un acuerdo de compromiso, que les permitiera salvar la honra y la vida. Dandolo, que a esa hora ya era un héroe, analizó la oferta; a pesar de que los atacantes ignoraran ese dato, él sabía que les restaban escasas municiones (en el detall solo quedaban dos barriles de pólvora) y su tropa, como toda la población, estaba exhausta. El piso, sembrado de cadáveres, mostraba los signos de la lucha; por todos los rincones se oían los quejidos de dolor de los heridos, algunos clamando por una muerte que pusiera fin a sus penurias. El conde de Rocha había muerto; su lugarteniente también.

Muy a pesar suyo, recordando las órdenes recibidas, inició conversaciones con los infieles, que le prometieron medicinas y libertad para los bravos defensores. Dandolo aceptó y poco después la bandera blanca ondeaba en lo alto de la torre donde se había instalado la defensa más furiosa. Un bramido de placer salió de boca de los otomanos, anticipo de ningún presagio bueno. Cuando se

abrieron por fin las puertas de la fortaleza, la turba prorrumpió en un alarido salvaje y encabezada por los feroces jenízaros, se precipitó sin frenos de ninguna especie. Durante varias horas, que parecieron una eternidad, el saqueo, las violaciones y la muerte se abatieron sobre los pobladores de Nicosia; la ciudad había sido tomada. La borrachera duró ocho días.

Bragadino fue el primero en recibir noticias de la caída de Nicosia. Lejos de deprimirse, una nube cegó de indignación y furia sus ojos; maldijo para sus adentros y se dijo que era preferible morir en la trinchera antes que entregarse a la lujuria y crueldad de los enemigos. Con rapidez llevó la noticia a Baglione y con él compartió la amargura de la información; juntos tomaron la decisión de morir peleando.

-“¡Si llegaran refuerzos de Venecia!”; más que un deseo era un ruego. Pero ambos eran militares y sabían que era muy difícil (si no imposible) que una flota pudiera llegar a socorrerlos; para colmo, descontaban que aún en la hipótesis de acercarse a Famagusta eludiendo el cerco, después debían regresar y esquivar otra vez a los turcos; era difícil que la suerte pudiera ayudar dos veces a los navegantes que osaran esa empresa; la lógica indicaba que esa hipotética flota debía mediar fuerzas con antelación con los otomanos.

Para mantener la moral de los sitiados podría alentarse esa perspectiva, pero ellos dos, que eran soldados, no debían ilusionarse y provocarse más tarde dolorosas frustraciones. Había que sostenerse, aunque sea solo para no padecer con vida los abusos de los sitiadores.

A poco de llegar la noticia de la toma de Nicosia, lo hizo también otra, que atizó la alegría de Famagusta.

Después del saqueo de la Capital, los turcos embarcaron en las naves principales el botín con el que se habían alzado.

Una mujer, llamada Arnalda Sinclitiki, perdió a su marido durante el sitio; ella misma había sido violada y obligada a mirar los cadáveres descuartizados de sus dos pequeños hijos entre las risotadas impúdicas de los jenizaros. Trastornada, sucia, con la mirada perdida, fue conducida a la embarcación de Lala para entretenimiento de los soldados que allí habían quedado apostados. Deambulaba sin vigilancia por el interior de la nave, esperando el destino de muerte que le aguardaba cuando tuvieran saciado el apetito sexual los marineros. Sus pasos la llevaron a la santabárbara de la galera, que hizo estallar. La explosión alcanzó a dos buques laterales de la principal, que se hundieron junto con ella, llevándose a pique botín, soldados y chusma. Aunque las atrocidades que padeciera habían hecho de la pobre Arnalda una persona sin vida desde antes, su muerte sirvió para demostrar a los invasores que iban a pagar muy caro el precio de su triunfo. Si los griegos ortodoxos en un principio se habían mostrado afables con los turcos en su afán de perjudicar a los católicos venecianos, la salvaje conducta “oficial” de los invasores levantó un muro entre ambas etnias que duraría para siempre. Los otomanos no podrían contar más con la connivencia griega.

Después de ocho días de lujuriosos excesos, Lala, maldiciendo la pérdida de su nave, logró formar al ejército para dirigirse a Famagusta. Dejó en Nicosia una guarnición, no tanto por temor a un levantamiento —que era imposible— sino para administrar el envío a Estambul de los 20.000 prisioneros de ambos sexos que se habían conseguido y que pronto quedarían reducidos a la condición de esclavos. Las mujeres más atractivas y jóvenes serían prostituidas (si alguna tenía suerte iría a dar con sus huesos a un harén) y vendidas

como tales; a las menos agraciadas les esperaba un destino más honrado, pero también espantoso: constituirían el personal de servicio destinado a las tareas más abyectas. A los hombres les aguardaba una alternativa infeliz: la mayoría sería destinada a remar en las galeras, encadenados a un banco, siempre dispuestos a recibir latigazos en la espalda, comiendo y durmiendo sobre sus propios excrementos. Los viejos serían sacrificados y los más niños, si se advertían condiciones sanguinarias en su instinto y el físico fuera susceptible de un posterior desarrollo, irían a formar en la despiadada escuela de los jenízaros, para engrosar a su tiempo esa cruenta legión.

El ejército que se puso en marcha hacia Famagusta fue impresionante; cien mil hombres con trajes y correas que brillaban al sol. El espectáculo era conmovedor: los distintos cuerpos vestían indumentarias de diferente color, salvo los jenízaros, de estremecedor negro, las carnes visibles pintadas de rojo y las cabezas ornadas con vistosas plumas. La borrachera y el placer habían terminado y ahora se alzaba frente a ellos la imposición del deber, aunque estimulada por la perspectiva de un nuevo saqueo.

Al día siguiente llegaron las primeras avanzadas al puerto, oprimido desde el mar por el bloqueo impuesto por Piali. Esa guarnición no duraría mucho y —pensaba Lala— quizá antes del invierno pudiera comunicar al Sultán que toda Chipre era parte del Imperio Otomano. Ya desde un par de meses atrás se había alineado, frente a Famagusta, una formación turca de asedio, que con los cañones apuntando a las murallas mantenía en jaque a los defensores. Con el resto de la tropa y bastimentos que llegaban desde Nicosia, el poder de destrucción sería formidable; no era un desatino prever una rápida rendición de la fortaleza.

El fracaso de Malta volvía una y otra vez a su cabeza. No

pasaría lo mismo que allí; acá no estaban esos terribles Caballeros de San Juan ni La Valetta se encontraba al mando de la resistencia. Maldijo su mala suerte; todas las circunstancias jugaron en su contra en el sitio de Malta; hasta la absurda herida de Pialí, que privó al Imperio de un gran almirante cuando irrumpió España con la flota de García de Toledo ¿y la muerte de Dragut? Volvió a maldecir, como lo hacía siempre que recordaba la derrota de Malta. Al hacer memoria de ese suceso apretó la mandíbula. Nunca había sufrido una vergüenza similar. Los Caballeros de San Juan podían ser piadosos, a juzgar por sus duras penitencias, el rezo y las plegarias a que sometían su existencia junto a una comunión diaria, pero también sabían ser feroces.

A pesar de su permanente intento por desterrar de su pensamiento el episodio, éste retornaba hasta en sueños, con la inasible constancia de los fantasmas. Todo había comenzado con un hecho a su juicio inocuo: él había mandado ahorcar los prisioneros cristianos para cortarles la cabeza y exhibirlas en una pica frente a las murallas, de modo que los sitiados se rindieran. “¿Justificaba esa pequeñez el gesto posterior de La Valetta? ¡Ordenó que degollaran a todos los prisioneros turcos y colocó sus cabezas en los cañones! ¡Al día siguiente el campo sitiador estuvo sembrado de testas musulmanas! En lugar de proyectiles llovieron cabezas. Esa respuesta era impensable: ¡bella actitud de caballeros religiosos!” Con la habitual iniquidad de los sanguinarios, Lala consideraba algo natural atormentar o degollar personas y se sorprendía (o fingía hacerlo) cuando respondían a sus actos con una violencia similar. Ignoraba (o aparentaba ignorar) el contenido de aquél viejo adagio que decía “son esos vientos los que trajeron estas tempestades”.

Acosado, en fin, por recuerdos que lo consumían desde hacía años con la persistencia de una fiebre rebelde, Lala marchaba con su ejército a Famagusta. No lo hacía a caballo, aunque había sido un

jinete distinguido en su juventud. La distancia con ese tiempo había sido impuesta más por los kilogramos que pesaba su oronda humanidad que por los años. Además se sentía liberado de la obligación de montar: las estrictas reglas del protocolo militar le permitían marchar en carroza. Hacia fines de septiembre el asedio de Famagusta era total. “No pasará lo mismo que en Malta”, musitó Lala para sus adentros.

En tanto, los venecianos resistían y la guarnición se preparaba para una larga defensa. Lala construyó a fines de ese mes una elevación frente a las murallas y desde allí emplazó una sección de cañones para bombardearlas en forma diaria. Unos días más tarde, y pensando que Famagusta había sido ablandada por el cañoneo a que fuera sometida, envió su oferta de paz: la cabeza de Dandolo expuesta en lo alto de una pica, que un ayudante suyo instaló por sorpresa una noche.

La macabra propuesta, como es lógico, produjo un efecto contrario al buscado. Baglione al ver al desdichado Dandolo sintió remordimientos: “¡el capitán ha peleado como un hombre!”. Tanto él como Bragadino experimentaron repugnancia por la actitud y el deseo feroz de la venganza se apoderó de ellos.

La respuesta a Lala salió de la boca del mismo Bragadino con el estruendo de la indignación y toda la energía de sus pulmones: “¡Viva San Marcos!”.

Los turcos encajaron la negativa.

El sitio de Famagusta

“¡Suerte que Pialí los estrecha por el mar!” —pensó Lala a todo

esto, porque comenzaban a sentirse los primeros síntomas del invierno y la inactividad se apoderaba del ejército sitiador.

Algunos pescadores, que arriesgaban su vida para justificar las capturas, trajeron noticias espectaculares: ¡Se acercaba la escuadra cristiana!

La alegría se apoderó de los sitiados, pero duró poco. Por similar conducto se supo que Pialí embarcó soldados y zarpó con toda la flota para interceptar las naves de la cristiandad y se dijo que ante el poder de las embarcaciones otomanas, la armada cristiana viró y dio popa al enemigo (Después se supo que el repliegue lo produjo, a instancias de Doria, una terrible tormenta, que al final dispersó las naves y hundió parte de la flota).

Pero el invierno ya había comenzado y Lala debió postergar el intento de tomar la ciudad por asalto. Por otra parte, sus fuerzas militares disminuyeron porque una parte del contingente se embarcó con Pialí y el armamento se fue con ellos. Con resignación, los venecianos aprovecharon la inactividad turca y fortalecieron algunas defensas afectadas por el cañoneo, de modo de convertir la ciudad en un erizo, quien, cuando es atacado por alguien muy superior a sus fuerzas, se transforma en una bola de espinas en su desesperación por vivir.

A los venecianos aún les quedaba por demostrar que por algo habían recorrido el mundo con sus navíos y en la rinconada de todos los océanos dejaron la impronta sus aventureros.

Marco Quirini, (quien poco tiempo después habría de ratificar su astucia y valor en Lepanto), con doce galeras, navegó desde Creta; burló la vigilancia que la armada otomana hacía de las costas y arribó al puerto de Famagusta. Con gran rapidez, antes que llegaran las

naves enemigas, consiguió desembarcar 1600 hombres veteranos y bien preparados para la guerra; descargó también varias cargas de alimentos que comenzaba a extrañar el paladar de los soldados. De paso, saqueó algunos buques turcos, que habían acudido sorprendidos por la presencia de las galeras venecianas. A toda prisa embarcó en las naves los heridos y gente no apta para el combate; condujo también prisioneros capturados en algunas salidas nocturnas. En un santiamén la ciudad se convirtió otra vez en una plaza aguerrida. Los sitiadores deberían comenzar desde cero.

La audacia de Quirini no fue gratuita para los otomanos. Los beys de Rodas y Quios, encargados de patrullar la costa norte, pagaron cara su responsabilidad. El Sultán les quitó al primero el rango de virrey; el segundo desembolsó un precio superior aun: su vida.

Las medidas de escarmiento no terminaron allí: Pialí Bajá, que se consideraba a sí mismo el mayor marino del Imperio, perdió el mando de la flota. En realidad perdió algo más: orgulloso del inmenso kilij que poseía desde tiempos en que era un cotizado sipahis del Imperio, aspiraba a que los éxitos marinos le proporcionaran extensiones adicionales, que acrecentaran el valor y el provecho de su feudo.

Después del arribo de Quirini todo le fue distinto. En las oscuras mazmorras de Estambul, compartiendo los olores fétidos del lugar con otros prisioneros y respirando el aroma ácido del sudor humano y los excrementos, tuvo tiempo de sobra para añorar los terakki soñados y los perfumes excitantes del harén.

Estaban en el mes de enero y el frío paralizó las fuerzas sitiadoras. Para colmo, los venecianos observaban durante el día las posiciones de las tropas musulmanas desde lo alto del minarete de la

muralla de Limasol. Con prolijo método estudiaban su posición, las guardias, el descanso de la tropa, sus horas de sueño y distracción, la llegada de las consoladoras. Hasta los horarios de comida eran motivo de memoria y tenidos en cuenta para una adecuada planificación.

Por la noche, una compañía, reclutada entre los voluntarios más decididos y aptos, salía de la ciudad y atacaba la formación elegida. Las salidas eran rápidas como el relámpago y en general acuchillaban el objetivo y regresaban de prisa a la ciudad (a veces arrastrando algunos prisioneros), cuyas puertas se abrían para facilitar su ingreso y volvían a cerrarse a sus espaldas, antes de que los turcos percibieran la agresión y pudieran organizar un contraataque.

Pero estas incursiones nocturnas no hacían mella en el inmenso poder militar de los sitiadores. Es cierto que constituían una humillación para Lala, y de hecho los opresores vivían con el mismo sobresalto de los sitiados, pero a mediados de marzo de 1571 llegaron de Estambul 18.000 soldados de refuerzo y nuevos cañones. Para sorpresa de todos, no comandaba la flota Pialí, cuyo orgullo fue a dar a los calabozos; la estrella en ascenso era Uluch Alí, un conocido predador naval, que intentaba reivindicar los fracasos de Malta.

Lala, por su parte, dispuso que otras 15 piezas de artillería de sitio fueran traídas de Nicosia; los venecianos podrían atacar por sorpresa mediante salidas que ni en sueños le hubieran permitido hacer a Dandolo, pero los turcos no solo repondrían los hombres perdidos sino que los multiplicarían.

Alijo humano

¡Cuánto les costaba a los turcos cada avance! Era como una condena el precio en tiempo y hombres que debían pagar por cada éxito. Sin ir más lejos, cuando el gran Sulaiman impulsó al ejército contra los Habsburgos en el Danubio, la fortaleza de Güns, con una escasa dotación, resistió tres semanas a las fuerzas otomanas antes de rendirse. Ese tiempo fue vital para que Fernando (archiduque de Austria) preparara su ejército. Ahora parecía que iba a ocurrir lo mismo, aunque Lala pensara que la sentencia estaba dictada. Chipre debía ingresar íntegra al Imperio Otomano: como en las antiguas batallas de Heraclea y Ausculum, aún cuando el precio de la victoria fuere tan caro como el pagado por Pirro en esa guerra contra Roma.

El esfuerzo que hacían los defensores para sostener Famagusta, ¿era correspondido por su patria? Parecía que Venecia hubiera abandonado a su suerte a la gente que tenía en esa isla; olvidaba o era indiferente a los padecimientos que los venecianos sufrían en esa isla para amparar los intereses de la Señoría.

En tanto, preocupado por la inmovilidad que provocaba en su ejército el invierno, Lala decidió ponerlo a trabajar: cuarenta mil hombres fueron los encargados de cavar. Al tiempo, una red de pasajes subterráneos, galerías y pasadizos consiguió aproximarse a las murallas de Famagusta, sin que el cañoneo de la ciudad pudiera alcanzar y diezmar las tropas invasoras, que se movía bajo tierra como topos.

Los túneles y el constante fuego de la artillería turca fueron destruyendo las defensas cristianas. La prolongación del asedio trajo otras consecuencias odiosas. Los alimentos comenzaron a escasear y el hambre a mostrar su cara más horrible.

Bragadino, Baglione y el estado mayor militar efectuaron una reunión de emergencia: la reducción de las raciones no era suficiente

para conservar los alimentos que se necesitaban para la supervivencia de la ciudad; era necesaria una acción extrema. La deliberación se prolongaba y nadie tenía el atrevimiento suficiente para adoptar una medida tan tremenda como la que flotaba en la reunión. Había que deshacerse de los civiles, cuya permanencia implicaba bocas a alimentar. Al final, por unanimidad, se resolvió asumir la decisión que la razón impulsaba y el corazón, con igual énfasis, rechazaba: los civiles serían echados de Famagusta.

La población resistió la orden; sacarlos de la ciudad equivalía a una condena de muerte o esclavitud. Los hombres se enfrentarían a la cimitarra del degüello o al látigo de las galeras; las mujeres a ser vendidas como despojos en el mercado. Si bien los padecimientos constantes en que transcurría su existencia desde un año atrás habían preparado los ánimos para un desenlace fatal, la llegada del momento culminante hizo que grandes lagrimones corrieran por mejillas curtidas por el sol, el trabajo y la vida misma. Los propios soldados tenían el corazón oprimido; entre los civiles que eran expulsados forzosamente fuera de las murallas de Famagusta, estaban padres y hermanos, amantes y prometidas, hijos y enfermos de su propia sangre.

Ninguno de los jefes que ordenó la medida deseaba presenciar el momento. Sabían que nunca volverían a verlos y la multitud (eran más de ocho mil personas) se agolpó frente a la puerta del León de Venecia entre llantos, despedidas interminables, y esfuerzos tan desesperados como inútiles por permanecer.

Lala, que ya conocía la decisión, se encontraba formado a la cabeza de su ejército, con los temibles jenízaros que llevaban desnudos sus alfanjes, esperando a los desahuciados. Entre llantos, las ocho mil almas en pena se acercaron a los sitiadores aproximándose a su destino. Pero el astuto Lala tenía preparada una

sorpresa para los venecianos: optó por respetar a los desgraciados y les brindó cobijo y alimentos. Como la inmensa mayoría era chipriota, resolvió distribuirlos entre las ciudades recientemente arrasadas.

Mensaje para los sitiados: los turcos no eran esa raza cruel y despiadada con que la fama se empeñó en mostrarlos; la civilización del trato conferido sorprendió a todos. Hasta era posible que una rendición de la plaza pudiera lograrse con respeto por los vencidos, pensaron Baglione, Bragadino y los demás jefes.

Aproximadamente a finales de mayo llegó la noticia de que los europeos habían podido constituir una Santa Liga, de la que el propio Papa Pío V había sido artífice decisivo.

La alianza agrupaba las principales potencias católicas: España, a la cabeza del grupo; Venecia y el papado. San Pío V se comprometía a concurrir a la guerra con 12 galeras a las órdenes del Príncipe Colonna —soberbio descendiente de Augusto—. Por supuesto, el Imperio Español aportaría los contingentes dependientes de sus Estados Tributarios: Génova, que lo haría con las naves conducidas por el sobrino del impresionante Andrea Doria y Sicilia, con su flota al mando del almirante Cardona.

Malta, que se reputaba a si misma deudora eterna, también concurría con tres galeras (esfuerzo inmenso en medio de su pobreza) y los Caballeros de la Orden, con notable prontitud, ofrecieron su asistencia y pusieron sus espadas al servicio de la causa. Más aún; el lugarteniente del Gran Maestre de la Orden, el gigantesco señor de Romegás, “la bestia negra” de los otomanos por su actividad implacable de corsario, fue designado segundo comandante de las galeras papales, a continuación inmediata de Colonna. El Santo Padre había premiado su lealtad.

Las tres galeras de Malta eran comandadas por antiguos conocidos; la capitana, a órdenes del prior de Mesina: Fray Pietro Giustiniani. Las dos restantes llevaban por capitanes a dos castellanos que se habían lucido en la guerra contra el infiel: Jacobo de Castil y Alonso de Tejada; la Orden concurría a la guerra con los más recios de sus hombres.

Adalid de la empresa era nada menos que el ya famoso hermano natural de Felipe II, príncipe Don Juan de Austria, quien llegaba al mando de la armada cristiana precedido por una romántica fama de enamoradizo, buen mozo, justo, invicto y valiente.

A Don Juan dirigió una carta Baglione, despachando una galera bastarda a Mesina que se supone nunca llegó a destino. Como tampoco se conocieron los términos de la misiva, todo es hipotético: se piensa, con lógica, que en su texto expuso la situación de Famagusta e incitaba al príncipe a acelerar la campaña.

El mes de junio transcurrió en ansiosa espera; los sitiados solo podían contar con el auxilio añorado de la Santa Liga; para ellos, las alternativas solo conducían a ese único desenlace. Quedaban, pues, reducidos a una sola palabra: ayuda. Y por supuesto, ella solo se podía esperar de afuera. Mantener un bombardeo incesante sobre los sitiadores solo servía para agotar las reservas de sus depósitos, pero no conseguía hacer mella en los túneles que construyeran con eficiencia los zapadores otomanos. El verano estaba en marcha y en cualquier momento Lala, que jugaba como lo haría el gato con el ratón, lanzaría el ataque final.

Pero el despiadado jefe, como el gato del cuento, esperaba rencoroso y confiado. El bastión norte de Famagusta cayó, en parte como consecuencia de los cañones, pero fundamentalmente por obra de los subterráneos, que lograron minar sus bases. Los venecianos se

sintieron sorprendidos cuando éstas cedieron; de manera fundamental porque ex profeso lo habían descuidado por la inmediatez con el mar, y el agua se suponía que convertía en imposible la tarea de cavar y al mismo tiempo evitar que las galerías subterráneas se inundaran. No habían imaginado que el ejército sitiador contaba en sus filas con un inteligente ingeniero que había descubierto el método revolucionario de construir túneles con compartimentos estancos.

Con desesperación, los defensores trataron de levantar con los mismos escombros la defensa caída, y otra vez se tendieron los lienzos apropiados, pero a costa de desatender la muralla del sur, apenas amparada por unas pocas culebrinas en manos de soldados chipriotas, que se defendían con heroísmo.

En tanto, el bombardeo otomano arreciaba; con fuego concentrado pudieron derrumbar la puerta de Limasol, la soberbia y vanidosa entrada de la ciudad, donde el escudo de San Marcos mostraba el poder de la Señoría. Al promediar el mes de julio, siete, de los once puntos fuertes de la plaza, fueron demolidos por los sitiadores. Los proyectiles caían en medio de la ciudad y los sitiadores agregaron otro factor más de tormento: hacían llover bombas incendiarias, que convirtieron a Famagusta en la bíblica Gomorra. Al decir de Stirling Maxwell, descargaban en medio de la ciudad los “humos nocivos”, provocados por la combustión de cierta leña originaria de Chipre llamada tezza.

A pesar de ello, los soldados de la infortunada ciudad se multiplicaban, como si a cada ataque tuvieran la obligación de responder con ingenio y entrega: para angustia de Lala, los incendios eran sofocados de inmediato y el humo, disperso por la brisa del mar y por trapos mojados con los que se cubrían el rostro los defensores.

Después de una última acometida, que pulverizó otra sección de las murallas y obligó a los defensores a recluirse en la ciudadela, último bastión de la defensa, una comisión expuso a Baglione y Bragadino con toda crudeza la realidad de la situación: el año de asedio constante que había padecido Famagusta condujo a una situación desesperada. La población militar estaba exhausta y famélica; apenas se disponía de unas pocas barricadas con pólvora y los proyectiles comenzaban a ser reemplazados por piedras. La supervivencia de Famagusta solo dependía de la voluntad unilateral de Lala. La caída era inminente.

Baglione, tan agotado como el resto de los soldados, les pidió una última tolerancia, que fue aceptada por sus interlocutores con visibles muestras de descorazonamiento pero sin vacilar: mandaría una media galera a Creta para pedir auxilio y esperarían quince días una respuesta. Después... bueno, el gesto triste del capitán fue más elocuente que las palabras; la destrucción y la muerte habrían sido vanas.

Puso manos a la obra de inmediato. La galera ligera sería tripulada por voluntarios; incluso los remeros (ocho pares), cuyo premio habría de ser la libertad. Se ofreció a comandarla Emanuele Adami, nacido hacía 30 años en una choza de pescadores en las inmediaciones de Porto Lugones, en la coqueta isla de Elba, desde cuya costa oriental podía divisarse el continente los días luminosos y despejados. Había visto la luz entonces, y desde sus primeros pasos, el andar tambaleante de la infancia lo vivió en la cubierta de un navío en el que pescaba su padre. Adami, como buen navegante que alcanzara las responsabilidades mayores de una embarcación, sabía leer y escribir sobre las olas, y bajo el color cautivante del Tirreno, había conocido las traicioneras acechanzas del oleaje frecuente y breve de ese mar azul. Era el hombre indicado para llevar por el Mediterráneo la galera a Creta.

Como contraмаestre lo había elegido a su “compadre” Oreste Schiavoni a quien había confiado el padrinazgo de su único hijo. Schiavoni, como él, había nacido en una aldea de pescadores en inmediaciones de Recanatti “giù” y desde su infancia había frecuentado, a bordo de un velero, los vientos y las mareas del Adriático. Devoto de la virgen de Loreto, esa Madonna de tez oscura, no dudaba, como otros incrédulos marineros, que había sido transportada en alas de los ángeles desde la costa dálmata para recogerse en su santuario italiano. Junto a ellos navegaba como único tripulante Abu Massad, musulmán al servicio de España, de cuya lealtad al Imperio Español nadie osaba dudar. Sabía la crueldad de su destino si fracasaban en la empresa; los turcos habrían de ensañarse con él a modo de escarmiento para todos los que, profesando la fe islámica, se permitieran confrontar el poder irrecusable del Sultán o las mandas impuestas por Alá.

-“En una bordada estarán fuera del puerto; después” —dijo con un suspiro Baglione -“dependerán de la pericia de ellos mismos, los vientos... y la voluntad de Dios, para poder burlar la vigilancia de la flota otomana”.

Tormentos y atrocidades

Por entonces el Sultán se había impacientado y le hizo saber su disconformidad a Lala; éste, tragando saliva amarga, debió enviar el día 30 de julio un mensaje de disculpas a Selim II, señalándole que a Famagusta no la defendían hombres sino prodigios. El monarca le refregó por la cara el costo de la empresa: además del dinero invertido, el sitio le había llevado sesenta mil soldados, perdidos en los veintiséis asaltos rechazados; “por mucho menos he ordenado

ahorcar a generales”, —concluía. Lala ensayó un alegato, pero un encono sordo lo enfurecía: todos los reproches de su señor eran justos. Ante su superior no podía descargarse culpando a los venecianos, a quienes, a esta altura, odiaba más que a nadie en el mundo, incluidos los Caballeros de Malta. Y por si fuera poco, los defensores efectuaban esas salidas sorpresivas que mantenían en jaque a los atacantes.

Al día siguiente, blasfemando por su suerte, Lala despachó un nuevo ultimátum: rendición incondicional de la plaza. La intimación fue rechazada con soberbia por toda la guarnición:

“Vengan por nosotros... si se atreven, ¡Viva San Marcos!” —dijeron sin imaginar, siquiera, que en Venecia algunos pensaban negociar a sus expensas.

La respuesta cayó a Lala como una afrenta; sus ojos miraron con odio el horizonte y el puño crispado estrujó el papel de la réplica. “Ya verán esos malditos venecianos...” —musitó entre dientes. Por lo visto, también él ignoraba las jugadas que se hacían a espaldas de los guerreros.

Pasaron los quince días prometidos y la respuesta esperada no llegó; tal vez ni siquiera la media galera había podido arribar a Creta. “¿Qué habría sido de Schiavoni, Adami, Massad y los pobres remeros?”. Los defensores habían reducido su número a 700 hombres; apenas quedaba un barril de pólvora y eran numerosos los heridos.

Llegó una nueva propuesta de Lala. Ahora ofrecía una rendición negociada: respeto por la vida de los defensores, a quienes se embarcaría, libres y dueños de su destino a Creta, en naves turcas con pabellón de San Marcos. “Podrán conservar sus armas y banderas; los

chipriotas podrán elegir: permanecer en la isla, con reconocimiento de su vida y bienes o marcharse”; serían libres para decidir por sí mismos. El recuerdo del trato dado a los civiles excluidos de la ciudad arrullaba a los venecianos y sonaba como el canto de las sirenas que hipnotizara a los marineros de Ulises.

Los sitiados aceptaron las bases; se izó la bandera blanca y al día siguiente Baglione y Bragadino marcharon en sendos caballos enjaezados y con uniformes de gala en dirección a Lala para entregarle las llaves de la ciudad.

Baglione, además, lo hizo con la túnica que simbolizaba su función y un parasol púrpura, emblema de la preeminencia que ejercía. Con anterioridad se habían intercambiado rehenes, como prueba de la buena fe con que se negociaba la rendición. Los otomanos enviaron a los jefes del ejército y al comandante de los jenízaros; los venecianos, dos nobles de elevada edad que fueron objeto de los mayores honores por parte de Lala. El final de la batalla parecía digno para los vencidos.

Lala esperaba a los capitanes venecianos sentado en su tienda, con aspecto indiferente y la vista dirigida a un lugar distante. Sin embargo la recepción fue cordial; invitó a tomar asiento a los jefes rendidos e intercambió con ellos algunas frases corteses. De pronto, poco antes de recibir las llaves, su ánimo y semblante cambiaron; preguntó a los venecianos por los prisioneros turcos.

Bragadino, con la mayor prudencia, respondió en nombre de Famagusta:

-No hay prisioneros; han sido transportados a Venecia hace mucho, salvo los pocos que aún se encuentran en el interior de la ciudad.

Lala insistió:

-¡Mientes! Sé que anoche los han asesinado.

Los ojos que se clavaron en los interlocutores se habían vuelto amarillos por el odio. Según sus informantes —dijo— en la noche anterior habían sido ajusticiados sin ninguna clemencia.

Baglione y Bragadino se miraron estupefactos por el giro insólito que tomaban las cosas. Bragadino, con serenidad respondió:

-No nos creas a nosotros. Pregunta a quien quieras en Famagusta; incluso a los pocos turcos que están en la ciudad. Te confirmarán lo que te decimos.

-Tendrán que dejarnos rehenes —dijo Lala y posó ojos con el brillo de la lujuria en el joven Quirini, que tenía dieciocho años y había palidecido suponiendo que podría ser abandonado por sus jefes.

-¿Cómo vienes a plantear esta novedad ahora y no durante las negociaciones? ¿Crees que no hemos adivinado tus inclinaciones torvas e inconfesables? ¿Acaso piensas que dejaremos en tus manos a este inocente? —respondió con indignación Bragadino.

Pero la ira de Lala iba en aumento. Sin duda recordaba las humillaciones padecidas y encima ahora pretendían escamotearle un entretenimiento lascivo. Para colmo, Malta y Famagusta serían obsesiones que lo acompañarían hasta el fin de sus días. Las afrentas recibidas él y sus soldados del Sultán, y las amenazas explícitas que aquél le había enviado, le ardían como si le hubieran clavado un hierro al rojo. Con rabia volvió a preguntarles:

-¿Dónde están los alimentos que debían entregar a mi oficial?

-No teníamos alimentos; estábamos comiéndonos burros, perros, algunas ratas, pero hasta éstas escaseaban —contestó Bragadino tratando de mantener la calma.

-¿Y las municiones que tenían obligación de entregarnos?, insistió Lala con voz quebrada por la ira contenida.

La réplica de Bragadino fue obvia:

-No nos quedaban. Apenas teníamos un barril de pólvora; los proyectiles estaban agotados.

La respuesta colmó los nervios de Lala:

-¡Perro infame! ¿Sin alimentos para dar a tu gente resistías? ¿Sin municiones continuaste diezmado mi ejército? ¡Por vuestra culpa han muerto más de ochenta mil de los mejores soldados del campamento! ¡Por culpa de la obcecación que los cegaba he recibido reprimendas de mi señor! ¡Ahora van a pagar por todo!

Su cuerpo adiposo y la respiración jadeante parecía que serían impedimentos para que la agilidad acompañara los movimientos de ese hombre, pero la desesperación por vengarse dio impulso a su organismo. Lala Mustafá se puso de pie y arrojó un escupitajo al suelo:

-“¡Pagarán por esos crímenes!” —repitió una vez más y acompañando a las palabras la acción, llamó a sus soldados y arrastró a un Baglione que no salía de la sorpresa fuera de la tienda; con sus propias manos empuñó la daga que había desenfundado y lo degolló.

Hizo que sus hombres dominaran a Bragadino y a la vista de todos, con la misma daga, aún empapada por la sangre de Baglione, le cortó una de las orejas, pero antes, con voz que se escuchaba entrecortada, murmuró con los ojos muy abiertos:

-¿Así que tú dijiste que cuando la armada cristiana llegara mi ejército y mi flota serían destruidos? Dijiste que me harías caminar delante de tu caballo y que acarrearía sobre mis hombros la tierra con que cubrí los fosos de Famagusta ¡Ahora a ti te corresponde arrastrarte y besar el suelo que yo pisaré!

Los soldados de Lala habían reducido a los cristianos y aquél, haciendo gala de la famosa crueldad que se había ganado, ordenó a sus secuaces que le cortaran la otra oreja y la nariz. Después, alzando la cabeza de Baglione que todavía chorreaba sangre, gritó entre risotadas y con gesto histérico:

¡¡Contemplad al defensor de Famagusta... !! A partir de la crónica escrita por Angelo Gatto, un soldado natural de Orvietto —y de los pocos sobrevivientes de Famagusta, que fue conducido prisionero a una cárcel del Mar Negro— pueden recomponerse los últimos momentos de Marco Antonio Bragadino.

Sus tormentos recién comenzaban; aún le aguardaba el trance peor. Tuvo que esperar en condiciones espantosas durante doce días, hasta el 17 de agosto, para padecer las torturas más infames. Para ese momento sus heridas, ya gangrenadas, habían convertido su cara en una mueca monstruosa. Esa jornada los soldados del Sultán la vivieron con regocijo: la catedral de San Nicolás sería transformada en mezquita.

El veneciano, cargado con una bolsa llena de tierra y piedras,

debía inclinarse y besar el suelo por donde pasaría Lala, que marchaba detrás suyo con una sonrisa beatífica en la cara. La soldadesca turca se encontraba ebria de sangre y diversión; fingía ayudar al desdichado capitán, para transformar la burla en otro azote, cobarde y sangriento. De manera inevitable, el suplicio de Bragadino evoca el Calvario de Nuestro Señor.

Agotado por el suplicio, extraviado por el dolor y las ofensas, al bravo capitán todavía le aguardaban otras pruebas: fue izado por los brazos a lo alto del mástil de una de las galeras principales, cuyo patrón era el sanguinario Rapamat y que Lala había convertido en nave insignia después de hundida la suya. Cuando el infortunado estuvo en lo alto, arreció la mofa de los soldados otomanos:

-¡A ver si ahora viene a salvarte la armada cristiana! —decían entre carcajadas.

El hombre tenía la mirada perdida; hasta es posible que el sufrimiento le hubiera hecho perder la razón; balbuceó unas palabras encomendándose a Jesucristo, que penetraron como dardos en sus agresores.

Desnudo, con el cuerpo lacerado por golpes y salivazos, hizo un último esfuerzo por contraer sus esfínteres y no sumar, al sufrimiento, humillaciones. A pesar de ello no pudo impedir que de su miembro manara orina que corría, viscosa y fría, por sus piernas. Después de media hora Rapamat lo bajó, pero como la víctima no podía caminar por su estado de postración, fue conducido a la plaza donde se efectuaban los ajusticiamientos y allí, sin ropas, sometido a un riguroso azote.

Se dice que Lala, en son de burla, alcanzó a gritarle:

-¡Reniega de tu fe y te presentaré como grande a nuestro Sultán!

Es posible que el sufrido hombre ni siquiera hubiera podido escuchar las palabras de Lala, o articular las suyas, si es que en efecto algo dijo aquel. Sin embargo, consignarlas como respuesta es el mínimo homenaje que se debe a su inmolación:

-“Señor nuestro, Jesucristo; apiádate de mí!” —susurró, según Gatto.

Por su cabeza resonaban los recuerdos, cada vez más lejanos, de su familia, de la infancia, de la patria distante. Algunos pensamientos, borrosos como un amanecer cargado de neblina, parecían estallarle, llevándole imágenes que nunca volvería a ver. Ya no recibiría con orgullo noticias de sus dos hermanos menores, Ambrosio y Antonio. Una sonrisa amarga se formó en sus labios al evocarlos. Ambos eran marinos, como la tradición indicaba, y combatientes, para más datos ¿les esperaba mejor suerte que a él?

Sus pensamientos —lo único que no podría quitarle Lala— continuaron llegando a su mente. La cocina del hogar paterno, con sus paredes impregnadas de humo y hollín, donde su madre era emperadora; los muebles de la casa, heredados de tantas generaciones anteriores; el cementerio, separado de los islotes por aquellas marismas que protegieran Venecia de los bárbaros. Cuando se acordaba del cementerio le venía a la mente aquella cruz vencida por el tiempo, inclinada entre pastizales silvestres que golpeaban el alma con el mensaje del espacio eterno. Los sarcófagos de las iglesias, en uno de los cuales reposaba a la espera del Juicio Final algún antepasado suyo, por el cual su padre profesaba veneración. El rezo de su mamma, arrodillada delante de la imagen de la Santísima Madre de Dios... todo eso era Venecia, la Patria que amaba y por la

cual estaba a punto de dar su vida.

Pero todavía no habían concluido los padecimientos del desdichado Bragadino; casi desfalleciente (tardó media hora más en morir) fue desollado vivo.

Se dice que murió después de ser despellejado en toda su espalda y cuando el “artesano” había llegado, por el frente, hasta el ombligo. Los despojos de Bragadino, por supuesto, no fueron respetados. Se seccionó su cabeza para clavarla en una pica y exhibirla sin pudor; el resto del cuerpo se cortó en cuatro pedazos y cada uno de ellos fue colocado en lo alto de los bastiones que habían resistido el bombardeo turco.

El encargado de descarnarlo fue todo un artista: conservó la piel preservando la forma de su cuerpo, comenzando por detrás, de modo que pudiera ser relleno y se mantuviera con la misma apariencia. El relleno fue de paja, pelos y algodón y el monstruo, con la cabeza degradada del infortunado capitán, después de haber sido arrastrado por Famagusta colgando de una vaca, fue expuesto en las principales ciudades y puertos de los dominios turcos. Al fin, se lo colocó en lo alto del Presidio de Estambul para advertencia de los prisioneros.

El noble capitán, con el cuerpo en carne viva, todavía pudo por un rato mirar la piel que desde su nacimiento lo acompañara y ahora, próximo a la muerte, debía contemplar como un objeto extraño a él.

Dice Gatto que antes de morir alcanzó a maldecir a Lala: “Deseo que resuene en los dos polos la traición del mezquino Lala Mustafá. ¡Deseo que mi muerte y la de tantos inocentes sean utilizadas como ejemplo para que las gentes venideras no den crédito a una raza bárbara e infiel!”.

Una relación más extensa que esta es la que surge de los escritos del malogrado Gatto, quizá impulsado por lo que hubiera deseado escuchar de boca de su jefe. Sin embargo, es probable que el pobre veneciano ni siquiera pudiera hilvanar esas palabras, agotado por el martirio y las injurias.

Tiempo más tarde, Venecia honró el nombre de sus dos valientes servidores. A precio de oro rescató los despojos de Marco Aurelio Bragadino y los condujo, con honras fúnebres, hasta la Basílica de los santos Pablo y Juan, donde estaban sepultados los héroes de la ciudad.

Pocos días después de esos sacrificios ocurridos en Chipre, la Armada que habría de enfrentar a los infieles en Lepanto, tuvo noticias de la caída de Famagusta, el tormento de sus habitantes y las horribles crueldades que se ejercieron sobre Baglione y Bragadino. Esas noticias despertaron un aullido de indignación en los soldados. Solo no gritaron los hermanos de Bragadino, que mandaban dos galeazas; los ojos inyectados en sangre, los dientes apretados, la garganta anudada por el dolor, y los puños cerrados hasta volverse blancos, fueron más elocuentes que cualquier sonido o palabra.

Se piensa que una de las razones que impulsó a los hombres con más brío e inclemencia en la batalla de Lepanto fueron la fe... y el recuerdo de esas atrocidades.



Arriba: San Pío V

Abajo izquierda: Felipe II; derecha: Don Juan de Austria

CAPÍTULO IX

El santo, el consejero, el guerrero

Tres hombres tuvieron una influencia decisiva en la batalla de Lepanto, además de Felipe II y Don Juan de Austria. Uno de ellos fue un santo: el Papa Pío V. El otro, un hombre de perfil bajo y en quien siempre tuvo absoluta confianza un príncipe susceptible y distante, receloso y solitario como Felipe, que se caracterizó por su naturaleza desconfiada: Luis de Requesens. Por último, sin el valor y el instinto guerrero de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, esa poderosa armada tal vez no hubiera logrado imponerse al turco, a pesar del denodado y animoso esfuerzo del propio Don Juan y la notable artillería de que disponía. Por supuesto, sin la abnegación de tantos hombres inspirados y convencidos, del talento guerrero de algunos, la valentía y arrojo de otros, cuyos nombres importarían la confección de una lista interminable, tampoco se hubiera logrado la victoria, pero se ha elegido a éstos por su trayectoria y logros.

Vayamos por partes.

Monseñor Ghislieri, Pío V

¿Cómo llegó, un sacerdote de origen humilde, cuya modestia le hizo frecuentar con naturalidad la austeridad y las privaciones, a ocupar la silla de Pedro? Había nacido en Bosco, con el nombre de

Michelle Antonio Ghislieri, en las postrimerías del papado de Julio II, de quien se decía que solía “esparcir bendiciones a cañonazos”.

Sin temor a caer en error, puede afirmarse que Michele Ghislieri nunca buscó convertirse en Pío V y su pontificado se caracterizó por la defensa denodada que hizo de la fe, la penitencia constante con que lo ejerció, el flagelo permanente a que sometía su cuerpo y una sincera inclinación por la oración, que lo transportaba a las cercanías de Dios y de su Madre.

Se dieron cita en Roma todos los cardenales del mundo católico a la muerte de Pío IV, en el templado invierno de 1565. Había sido el suyo un reinado relativamente breve (curiosamente el mismo tiempo de su sucesor), aunque no tanto como el de Pío III, su antecesor en el nombre, que apenas había ejercido el solio papal por veintiocho días. Pío IV le entregaba el alma a Dios a fines de ese año y se abría, para la grey católica, una expectativa grave.

Varios eran los aspirantes al papado y, en general, la mayoría contaba con el respaldo de alguna de las grandes naciones de Europa. Podría decirse que España y Francia marchaban a la cabeza de los reinos que ansiaban imponer el Papa, cuidándose, sin embargo, de no demostrar ambiciones que los hicieran impopulares dentro de la feligresía católica.

A tal punto había llegado la necesidad de detener la intromisión terrenal, que el propio cuerpo de cardenales decidió prohibir el ingreso de todo individuo ajeno al cónclave y sancionar con la expulsión al cardenal que fuera encontrado pasando o recibiendo alguna información externa.

Monseñor Carlo Borromeo (San Carlo Borromeo), el influyente y devoto cardenal que transitaba los escalones de San Pedro con la

naturalidad de quien lo hace en su propia casa, se había convertido — como lo había sido en cónclaves anteriores— en el elector por excelencia. Era factible afirmar que con la ausencia de su apoyo, o sin que el prestigioso e indulgente cardenal volcase su opinión a favor de un candidato determinado, las chances de éste eran remotas.

Pero Borromeo era hombre de la Iglesia (de hecho, ya santificado, fue puesto bajo su advocación en Viena un templo, cuyas abovedadas cúpulas barrocas explican la fe que los Habsburgo revelaban por medio del arte): haría todo lo posible porque se eligiera al cardenal más apropiado. De ese modo proclamaba que, por encima de todo, estaba en su ánimo la decisión de volcar el peso que tenía hacia la persona que reuniera las condiciones más adecuadas para conducir el catolicismo.

La Iglesia había consagrado en el pasado, para ocupar el santo pontificado, a hombres que reunían categoría de estadistas y demostrado, durante el ejercicio de sus funciones, estar al nivel de los monarcas de Europa, con quienes podía tratarse de igual a igual.

Pero la religión necesitaba algo más: no solo un conductor que pudiera situarse a la altura de los grandes soberanos que disputaban la primacía en el continente, sino que a esa condición agregara dos recaudos fundamentales: fe y humildad. La Reforma, con la amenaza latente de producir una pulverización en las filas de la religión romana, se convirtió —irónicamente— en un estímulo para el retorno a las formas primarias de oración y apostolado.

No debe olvidarse el momento especial por el que atravesaba el catolicismo: en lo interior, los luteranos y los calvinistas habían planteado una versión cismática de la religión, que amenazaba, si no se creaban anticuerpos adecuados, con transformarse en diáspora. En el terreno exterior, la amenaza del Imperio Otomano era implacable.

No solo la persistente intención de invadir Europa constituía un peligro físico para las poblaciones cristianas, sino que la misma fe se encontraba apremiada por el avance sostenido del islamismo.

Por fortuna, a diferencia del protestantismo, que tenía tantas cabezas directrices como sectas, la Iglesia de Roma tenía un Papa, jefe espiritual y físico de un conglomerado exuberante de poder y riquezas espirituales y materiales. Mientras existiera un solo e innegable heredero de San Pedro, la pirámide católica aceptaría la piedra evangélica y reconocería y obedecería un vértice natural.

Es verdad que algunas voces expresaban disconformidad con las riquezas de la Iglesia, y a lo largo de los años se condenó el poderío territorial de los Pontífices; sin embargo, un análisis realista y descarnado del escenario permite aplaudir esa circunstancia. Los ricos y fértiles dominios cercanos a Bolonia, las inmensas extensiones que llegó a poseer Cesare Borgia, necesitaban, en ese entonces, de una nueva ponderación. No se trataba, en aquel momento, de competir con la poderosa España, tan afianzada en la península itálica. Tampoco con Francia, siempre interesada en apoderarse del cruce de sendas que era Milán y de ese modo partir en dos el imperio de Carlos V. Pero el dominio de un importante territorio, sumado al señorío espiritual, resultaba fundamental para que la Iglesia pudiera exhibir una cabeza única, capaz de orientar los fieles en alguna de las direcciones que tanto la fe como la política hicieran necesarias. En ese sentido, y a pesar de tantos errores, el Papa muerto había logrado conciliar los aspectos sacramentales con algunos deberes políticos que rodeaban su pontificado.

En dicho contexto, monseñor Borromeo tenía claro su deber: la Iglesia no podía equivocarse en la elección del Santo Padre. Era necesario incrementar las oraciones si se quería reemplazar al difunto Pontífice por un hombre que siguiera los lineamientos eclesiásticos

del Papa fallecido. En su pensamiento se había instalado una visión trascendente: la oración, el rezo al Todopoderoso para implorarle su ayuda, serían la causa fundamental del acierto. Que los reyes o el emperador apoyaran después la elección (o colaboraran con ella) era algo contingente, que dependía incluso, de la misma voluntad de Dios.

La tarea no era sencilla. Algunos de los miembros de la asamblea consistorial se consideraban a sí mismos “papables”; tal el caso del cardenal de Este, quien, además de sus condiciones personales aportaba, como valor agregado, la pertenencia a una casa tan antigua como rica y aristocrática. Pero monseñor Borromeo creía que no era el hombre del momento y no era la prosapia un dato que lo conmoviera.

Otros cardenales no daban la altura, sea por su insignificancia personal, sea por su conducta. En esta última categoría estaba Cornaro, un cardenal cercano a los venecianos. Cuando Ghislieri ya era Papa, se encontró una carta de Cornaro a la Señoría —después de haber logrado Pío V constituir la Santa Liga, es decir con posterioridad al 19 de mayo de 1571— en la que instigaba al senado veneciano a abandonarla y hacer las paces por separado con los turcos. Al conocerse el texto de esta traición, el Pontífice de la tristeza pasó a la furia (lo que no era común en él) y con amargo reproche dijo a Cornaro que “no era digno de ser cardenal de la Iglesia de Roma”.

En cambio, el cardenal-electoral (es decir Monseñor Borromeo, San Carlo de Borromeo) entendía que era la hora de un sacerdote riguroso e incorruptible, religioso y frugal, con inteligencia y oración. ¿Quién reunía tales condiciones? ¡El cardenal de Alejandría!

Los partidarios del rigorismo doctrinal tuvieron éxito: ese Papa pertenecía a los pliegues más recatados de esa concepción. Con Pío V

no habría dudas: la fe y la piedad, la limosna y la oración, habrían de constituir el núcleo innegociable de su reinado.

Como se ha referido, Ghislieri (llamado Antonio Michelle a su nacimiento, pero suprimió “Antonio” al consagrarse), había nacido en Bosco, población cercana a Alejandría en 1504 y a los 14 años de edad tomó los hábitos en un monasterio dominico. Se entregó por completo a la pobreza y piedad monacales que exigía la orden.

En el verano era frecuente verlo bajo los rayos tremendos del sol, caminando con solicitud y rechazando, incluso, el carruaje que con prontitud le ofrecía el gobernador de Milán, de quien era confesor. Para combatir el calor solía recurrir a una receta tan casera como antigua, tan elemental como efectiva: recomendaba comer poco, sugerencia sencilla para un hombre cuya dieta, aún mientras ejerció el pontificado, se caracterizó por la templanza y la abstinencia.

En el invierno se lo veía descalzo o con sandalias, encabezando procesiones. Jamás guardó una porción de las generosas limosnas que recibía, algo aceptado con normalidad, porque se suponía que aún un clérigo debía prepararse para la ancianidad.

Mientras el cónclave de cardenales deliberaba para decidir la conducción de la Iglesia, los reyes de Europa no claudicaban en sus intentos de influir sobre la asamblea.

El primero en abjurar de las tentaciones terrenales resultó ser Felipe II. Fue ganado por su embajador en Roma (Luis de Requesens) a favor del cardenal de Alejandría, a quien el diplomático había ponderado mucho, puesto que lo conocía desde los tiempos de su pertenencia a la orden de los predicadores. El fiel legado le había anticipado a su rey —con notable olfato— que sería inmejorable y digno de ejercer el pontificado de la Iglesia. Cuando se produjo la

elección del Papa, el pueblo de Roma advirtió por la fumata (podría decirse que este procedimiento se inició a partir de esta elección papal, puesto que los cardenales quedaron “encerrados” y solo se conoció la decisión recaída a partir de la designación del nuevo pontífice, mediante la expulsión del famoso humo) que la cristiandad tenía un nuevo príncipe. El soberano de España —hombre de oración y penitencia— reconoció la perspicacia de su amigo a quien designara embajador y por sugerencia de éste, agradeció al cardenal Borromeo su intervención a favor de Ghislieri.

Borromeo lo había dicho con términos tan categóricos como elocuentes: “Decidí no preocuparme de nada tanto como de la religión y de la fe. Como conocía la piedad, la vida irreprochable y la santidad del cardenal de Alejandría, creí que nadie podría regir mejor que él la república cristiana, y a conseguir esto dediqué todo mi esfuerzo”. Reflexión nada extraña en alguien que, como el santo, había emitido una sentencia estremecedora: “Quien ahora salva la vida, la pierde. Pero el que gasta su vida por Jesús, la ganará”.

La elección recaída en Michelle Ghislieri dejó felices a los partidarios del difunto Pío IV, que hasta ese momento habían permanecido en silencio. Sus cartas muestran ese estado de ánimo: “¡Venid, venid confiados a Roma sin pérdida de tiempo, pero hacedlo con humildad: Dios nos ha vuelto a traer a Pío IV”!

El solio papal había recaído en un sacerdote que, aplicado a las necesidades del mundo, lamentaba que su condición de Jefe de Estado del catolicismo le privase del tiempo suficiente para dedicarlo a la oración permanente, tan frecuente en él. Sin embargo, su condición de hombre de Dios no le apartó de sus deberes terrenos, disponiéndose a imponer, como lo hiciera en tiempos en que era sacerdote y enseñaba en la Universidad de Pavía, la autoridad papal.

En aquel momento —bueno es recordarlo— Italia estaba sacudida por los temblores que había producido el protestantismo. El catolicismo aparecía amenazado con los mismos brotes que habían zarandeado a los Países Bajos y Alemania (también Francia estuvo en virtual guerra civil como consecuencia de la rebelión de los hugonotes).

En esos momentos, mientras el consistorio de cardenales se abocaba a la elección del Papa, se pusieron en movimiento los valores que se mencionaran respecto de Ghislieri. La jerarquía romana aceptó la tesis de que en esa instancia se necesitaba un hombre de profunda fe, de sólidas condiciones morales (no debe olvidarse que la laxitud imperaba en ese momento) y que además fuera capaz de predicar con el ejemplo. Por otra parte, apareció un argumento para elegirlo que resultó irrefutable: si para combatir las amenazas que prometían socavar la religión se colocó al sacerdote Fra Michelle (es decir, Ghislieri) al frente de la Inquisición en Como, cercana y vulnerable a las nuevas doctrinas que exportaban Alemania y Suiza ¿por qué no echar mano de su condición de hombre santo en este momento en que los apremios se multiplicaban?

La labor del Hermano Michelle había sido consagradoria, al punto que el Papa de entonces lo designó cardenal en 1557, en parte como una manera de premiar su desempeño en Como y también, como una forma elegante de impedir su reclusión en un convento para dedicarse a la lectura y la oración, como hubiera sido la verdadera vocación de Ghislieri. Empeinado y valiente, en su ministerio sacerdotal arrojó toda clase de ataques; los provenientes de sus adversarios religiosos y también de los supuestos aliados, de cuyo comportamiento nunca guardó rencor ni recuerdo.

Cuando ascendió a la cátedra de Pedro, mantuvo incólume su condición monástica; concurría diariamente a misa y con frecuencia

las celebraba él mismo. Llevaba una nómina de los indigentes de Roma a quienes auxiliaba con sus limosnas, que administraba a cada uno según sus necesidades reales.

Los romanos no tuvieron opinión unánime con respecto a Pío V. Algunos lo miraban mal, a consecuencia de su firme persecución al delito y la inmoralidad: peor para ellos. En muchas ocasiones habrán sentido, en los repliegues profundos del alma, la presencia molesta de este Papa cuya modestia lo impulsaba a humillarse ante sus ofensores.

Los restantes, aquellos que lo admiraban, caían en el delirio cuando lo veían descalzo, con sus largas barbas blancas como la nieve, encabezando las procesiones que ordenaba con frecuencia por las calles de la ciudad eterna.

Se dijo de él que “conversaba” con el Señor y en realidad, mientras rezaba hasta tener los ojos llenos de lágrimas, se volvía hacia sus allegados más próximos con la convicción de haber sido escuchado.

El día de la batalla de Lepanto —este dato constituyó uno de los considerandos del auto de santificación, un siglo después de su muerte— se encontraba reunido con el tesorero del papado, Monseñor Busotti de Bibiana, despachando asuntos relativos a la rutina económica del pontificado. De pronto, San Pío V quedó en silencio e hizo una seña al Monseñor para que callara. Se acercó a una ventana que daba a oriente y elevó sus ojos al cielo; Monseñor Busotti observó, durante tres minutos, cómo el rostro del Santo Padre se transfiguraba, advirtiendo, con temor humano, que algo sobrenatural estaba ocurriendo.

El Papa se mantuvo en esa posición ante el silencio de Busotti;

se volvió a él y le dijo, con la sencillez habitual: “Hermano, no es hora ésta de atender negocios. Demos gracias al Señor por medio de una oración. Acabamos de vencer a los turcos en un glorioso combate. Recémosle un Rosario a su Santa Madre”. Pío V se retiró a su oratorio privado a rezar.

Monseñor Busotti, preso aún de la emoción que había provocado en su espíritu el momento pasado, relató lo sucedido a varios Cardenales y Prelados con quienes se encontró de inmediato.

Todos resolvieron labrar un acta de lo expuesto, en la que Busotti se ratificó, bajo juramento. El acta fue protocolizada ante un notario, de la que se extrajo testimonio un siglo después, pues constituyó una de las piezas del auto de canonización del santo. Era el 7 de octubre de 1571; Don Juan de Austria acababa de vencer a los otomanos en la histórica contienda.

La noticia oficial, la que podrían transmitir los correos humanos, recién llegó a Venecia el día 20 de ese mes y las autoridades de la Señoría la reenviaron a Roma, la que dos días después recibiría la notificación pública.

Se ha dicho que Felipe II desconocía las cualidades de este cardenal elevado al Papado y que solo llegó a advertirlas, cuando su amigo íntimo, don Luis de Requesens y Zúñiga, se las hizo conocer. Sin embargo se alegró cuando supo la nominación de Ghislieri: “Doy a Dios infinitas gracias porque se ha dignado darnos un pontífice de una vida tan ejemplar que pueden asegurarse los más grandes bienes para la conservación de nuestra santa Fe”, le decía en una carta al Cardenal de Sevilla. En rigor, la amistad del cardenal de Alejandría con Requesens, era una credencial suficiente para ser aceptado por Felipe, que había nacido menos de un año antes que su fiel e irritable amigo.

Crisis de preeminencia

En realidad, en lugar del apellido Requesens tendría que haber llevado “Zúñiga”, que era el de su padre, pero entre las convenciones matrimoniales que se firmaron antes de contraer enlace, se estableció que, como una manera de perpetuar el nombre materno, el primogénito llevara éste en lugar del de su padre (por otra parte, este era un criterio muy común en esa época, que numerosas personalidades habían aceptado y puesto en práctica, sin que ello importara una mengua del amor filial y del respeto debido al padre). Contradicciones de la vida: su hermano muy querido, se llamó Juan de Zúñiga; Juan de Zúñiga y Requesens.

Nacido don Luis en casa de sus padres, que era el antiguo palacio real que los reyes de Aragón tenían en Barcelona, fue en su infancia de salud muy precaria. En cierta ocasión se le dio por muerto, condición de la que fue librado por su madre, quien lo llevó en brazos al altar de la Iglesia de Nuestra Señora de Monserrat para clamar a la Virgen por la vida del vástago. En realidad la mala salud lo acompañó siempre, y varias veces estuvo al borde de la muerte, de la que se repuso a duras penas.

Fue Requesens un hombre sobresaliente en todo sentido. Como diplomático representó a Felipe II ante la Santa Sede. No solo tuvo el acierto de haber coincidido con el cardenal Borromeo en la elección de Pío V e informado al monarca de las condiciones sobresalientes del cardenal de Alejandría, sino en el manejo anterior con Paulo IV, de quien se encontraba muy alejado el rey de España.

En realidad, según se lo mire, había sido un tema nimio el que

separara a ambos príncipes, pero los dos le concedieron una notable importancia al mismo (en ese tiempo no era de magnitud insignificante y el tema venía vinculado a la animadversión que el Papa evidenciara hacia los españoles). Sucedió con motivo de la renovación periódica del cortejo diplomático que debía efectuarse en Roma. Como siempre, las relaciones entre España y Francia eran tensas y los dos reinos mantenían un campo de disputa en las precedencias ante el Papa. Al fin, el Sumo Pontífice se inclinó por dar prioridad a Francia, que debía encabezar los desfiles y sentarse a la derecha suya, lo que fue de inmediato informado por Requesens a Felipe. Como es lógico, la reacción del monarca español fue drástica y le ordenó a su legado que emprendiera el regreso a España.

Sin embargo, no debe suponerse que solo fue un tema baladí como el expuesto el que separara a ambos príncipes. Con una inconcebible visión terrenal, el Pontífice imaginó que situarse junto a España, equivalía a estimularla para obtener en el norte de la península una posición de tanto dominio como la que podía exhibir en el sur. De ahí que, al volcarse hacia Francia, lo hiciera con una visión estrictamente italiana, omitiendo la condición ecuménica de su reinado.

Con motivo de la “crisis de preeminencia”, Requesens demostró que, además de sus dotes militares (que eran sobresalientes), tenía una gran solvencia política. En secreto le informó al rey Felipe que la salud del Papa era muy delicada y el cuerpo diplomático esperaba su próximo deceso. Con la misma dosis de picardía, Felipe II le indicó que anunciara su retorno, pero lo hiciera lentamente, demorando todo lo posible su partida.

Así lo hizo Requesens, hasta que al final, visto la demora del Papa en “morirse”, no tuvo más remedio que marchar de Roma para que su conducta no despertara sospechas, imaginando el público que

lo que en realidad pretendía el embajador, era esperar su muerte. Sin embargo, al llegar a Génova para embarcar hacia Barcelona (previsoriamente no eligió Civitavecchia que estaba mucho más cerca), tuvo noticias de la muerte de Pío IV, por lo que regresó a Roma antes que su propio rey se lo indicara.

Otro hombre, menos confiable que don Luis, no hubiera sido escuchado por el rey Felipe, pero éste no era el caso de Requesens. Había sido designado por el emperador Carlos V paje de su hijo, y en tal carácter acompañó a Felipe en todas sus correrías juveniles y fue con él a Portugal, en ocasión del enlace del joven príncipe con doña María (hija del rey portugués y madre del malogrado Carlos), de la que enviudara tiempo después. Desde entonces, ningún acontecimiento militar, familiar o social dejó de tenerlo por protagonista hasta su muerte.

Un acontecimiento social sirvió, no solo para mostrar el grado de cercanía alcanzado con el futuro Felipe II, sino también para ilustrar la propensión natural de Requesens para subalternarse y ocupar, con gozo, un lugar secundario. En ocasión de una visita a Flandes, con la concurrencia del emperador Carlos, se realizaron en la ciudad de Bruselas unas justas que, con toda pompa y colorido, constituyeron las delicias de la Corte. En una de las contiendas, don Luis debió competir con Felipe; estando próximos a chocar ambos jinetes, Requesens levantó la caña, rehusándose a golpear con la lanza al príncipe.

Pero un rato después confrontó con un desconocido caballero que lo había retado revestido con coraza y yelmo, a quien volteó del caballo, continuando la lucha con espadas, ambos contendientes de a pie. El de la celada estaba algo aturdido por el golpe y volvió a vencer Requesens. Abatido el caballero misterioso, se inclinó don Luis para arrebatarse el yelmo, como prescribían las ordenanzas de caballería.

La sorpresa fue general cuando se advirtió que el derrotado era nada menos que el príncipe Felipe.

Fue una de las pocas veces que se vio sonreír a don Luis. Pero la alegría le duró poco: al día siguiente recibió la noticia de que había muerto su madre en Barcelona. Hacia esa ciudad se dirigió, con dispensa real, para honrarla en los funerales que habrían de celebrarse en la catedral local.

No obstante la absoluta confianza que el rey depositaba en su fiel embajador, éste cedió a la seducción de Don Juan de Austria; podría decirse que fue fiel servidor y devoto amigo de ambos hermanos. Cumplió, de ese modo, las directivas del rey, quien le había encomendado no solo enseñarle las artes marineras al hermano menor, sino cuidarlo de sus enemigos y en lo fundamental, protegerlo de sí mismo.

Las crónicas relatan que con motivo de la Santa Liga, sofrenó con delicadeza el arrebato instintivo de Don Juan. Para ello empleó disimuladas objeciones a los planteos impulsivos del joven comandante (de Austria tenía solo veinticuatro años), de modo que en forma imperceptible, aquél fue retrasando con prudencia las acciones del príncipe.

En la histórica batalla de Lepanto tuvo un desempeño notable, peleando con el Turco al lado de Don Juan, del príncipe Colonna y de don Álvaro de Bazán, uno de los marinos que más heroicos servicios prestara a España. Había nacido Bazán en el centro de la ciudad de Granada, 42 años antes de que estallara la legendaria rebelión morisca.

El relámpago de la guerra

Era, pues, un hombre maduro cuando se produjo la revolución de las Alpujarras, que tuvo en vilo durante dos largos años al reino. Pocos datos existen de su participación, lo que no es extraño, debido a que ésta fue una revuelta primordialmente terrestre, y la vida de don Álvaro transcurrió desde su nacimiento en el mar. Pero la marina de España tuvo una intervención decisiva en la protección de las costas levantinas, sobre todo para impedir la llegada de refuerzos del norte de África. Ésta fue una tarea que cumplió, y con brillo, García Álvarez de Toledo, por ese entonces un marino más afamado que Bazán mismo, a quien el monarca había hecho virrey de Sicilia. Dicho sea de paso, su opinión fue decisiva para inducir a D. Felipe a dedicar los recursos necesarios y formar una gran armada en el Mediterráneo. Pero Bazán era su subordinado, el rey lo había designado general de galeras (a Bazán), y como tal, encargado de patrullar el estrecho de Gibraltar. Su desempeño fue tan notable que le abrió el camino para sus posteriores misiones.

Cuando se dice que desde su nacimiento Bazán estuvo ligado al mar, no se emplea una expresión simbólica: tenía apenas dos años cuando el emperador Carlos V le hizo merced del hábito de la Orden de Santiago. Si bien es evidente que la distinción estaba destinada a complacer al padre, valeroso marino que había protagonizado jornadas épicas al servicio del emperador, no es menos cierto que Carlos V tenía “ojo” para advertir quien poseía condiciones y en consecuencia era un buen probador de quienes eran promesas de hombre.

Cuando el futuro marqués tenía solo 18 años, estuvo al lado de su padre, don Álvaro el viejo, en la victoria alcanzada sobre la armada francesa en las costas de Galicia (1544). En esa ocasión, las armas

españolas tomaron muchas presas de Francia, las que fueron trasladadas a La Coruña. El joven Bazán fue comisionado por su padre para conducir las prisioneras y cuidarlas, lo que el muchacho hizo con la eficiencia que después le haría famoso.

Cuando el Papa Pío V logró constituir la Santa Liga, que habría de cubrirse de gloria en Lepanto, Juan de Austria fue designado comandante supremo, como es sabido. Don Juan planificó la composición de la armada asesorado por don Luis de Requesens: dispuso el despliegue de la misma en tres grupos de galeras y una cuarta que obraría como reserva.

Fue justo esta escuadra la que condujo don Álvaro de Bazán. Tuvo como misión esencial acudir en auxilio del sector que necesitara más apoyo. Bazán tenía, pues, la responsabilidad de “adivinar” la escuadra que precisara con más apremio su asistencia, y concurrir allí donde sus servicios fueran más útiles para contribuir a la victoria. El desempeño del marino fue decisivo. Se contuvo de apoyar al bravo Barbarigo, que se batía en situación comprometida con Mahomet Schaulak (Scirocco) y mordiéndose los labios confió en que el ala izquierda de la armada (a las órdenes de marineros venecianos) se librara del turco por sí sola⁸.

Esa determinación fue decisiva. Sus galeras estuvieron intactas para apoyar al “centro” cuando la “Real” de Don Juan, se viera acosada por la embestida de los otomanos comandados por Kapudán Bajá Muesinsade Alí (Alí Bajá o Pachá) y acudir en auxilio de Doria cuando éste fuera arrastrado a mar abierto por el recordado renegado calabrés Uluch Alí (llamado Occhiali por los italianos, Uchalí, según lo ridiculiza Cervantes en *El Quijote*... El corsario,

⁸ Esto será relatado en forma pormenorizada en ocasión de tratarse la batalla de Lepanto, haciéndose referencia al enfrentamiento en el sector Norte.

después de Malta, había aguzado mucho su astucia y sus conocimientos del mar).

Fue subordinado de García de Toledo en la recuperación del peñón de Vélez de la Gomera y además, cuando la flota que éste condujera partió de Sicilia para socorrer a Malta, asediada por los turcos.

Los franceses conocieron el rigor de su energía en la famosa batalla que se librara en el archipiélago de las Azores, en la recordada isla de Terceira, que fuera fuente de inspiración de Félix Lope de Vega, con versos inolvidables:

El fiero turco en Lepanto;
en la Tercera el francés,
y en todo mar el inglés,
tuvieron, de verme, espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quien he sido,
con la cruz de mi espada
y por la cruz de mi apellido

Pero quizá nadie como Cervantes tuvo más autoridad (con la sangre, la pluma, el hierro) para definirlo como lo hizo: “relámpago de la guerra, jamás vencido”. Dicho sea de paso, puede atribuirse al marqués de Santa Cruz la “invención” del cuerpo de infantería de marina, instrumento indispensable en las acciones anfibas modernas. En esa batalla de la isla Terceira se emplearon por primera vez en la historia, fuerzas de infantería de tierra (previamente entrenadas en el mar) para la ocupación de la playa y los terrenos inmediatos.

A este marino de valor y pericia notables, el rey Felipe confió la

preparación de la Armada Invencible para invadir Gran Bretaña, tarea a la que se abocó hasta que la muerte lo sorprendió, víctima de la peste, sin poder llevarla a cabo hasta su fin.

CAPÍTULO X

Nace la liga santa

Turcos por todos lados

El santo elevó un poco el pliegue de la sotana para tener las piernas libres mientras bajaba la escalera. Con un gesto mecánico por lo habitual, tiró con suavidad de su barba larga y blanca.

En ese mes de diciembre de 1570 no hacía frío en Roma: helaba. No obstante, el Papa calzaba sandalias que dejaban al desnudo sus pies huesudos. Con paso rápido y seguido por su secretario, se dirigió a la escribanía del palacio, donde pasaba largas horas del día enfrascado en la lectura de despachos que le acercaban para su conocimiento. En ese mismo aposento acostumbraba a recibir las visitas frecuentes o con las que deseaba intimar en conversaciones transformadas en susurros; el largo salón solo lo utilizaba cuando el protocolo hacía indispensable recurrir a él.

Le habían anunciado la presencia del embajador de Venecia y —antiguo conocido suyo— habría de recibirlo en el pequeño aposento, donde un crucifijo inmenso presidiría la reunión.

Tenía mucho interés en hablar con el embajador de Venecia. No era de su gusto ocuparse de esos temas; su íntimo placer hubiera

sido ingresar a un convento y disponer del tiempo suficiente para la oración y la vida contemplativa, pero la Providencia había dispuesto otra cosa y él habría de honrarla.

De hecho, las personas que con frecuencia lo veían — secretario, ayuda de cámara, la monjita que oficiaba de cocinera— podían asegurar que ese hombre conversaba con Dios. Pasaba largas horas en silencio rezando y era frecuente encontrarlo resplandeciente a su término, como si el mismo Dios le hubiera proporcionado una respuesta. Se decía también que era confidente de la Virgen María, a cuya intercesión recurría siempre, como si en verdad no fuera digno de dirigirse al Señor sin la introducción de su abogada.

Pero la devoción de ese hombre, su inclinación por la vida recoleta y la oración, no le impedían tener los pies sobre la tierra. Con la misma abnegación con que había desempeñado el papel de responsable del Santo Oficio (la temible Inquisición) en el norte de Italia, asumió sus obligaciones apenas llegó a la Silla Apostólica. Si siempre defendió la figura del Papa y su autoridad ¿cómo no habría de hacerlo ahora, que el sillón de San Pedro estaba bajo su custodia?

Algunos temas lo preocupaban mucho. La situación de los pobres, que no debían tener la sensación de que Dios se había despreocupado de ellos, era uno.

Le repugnaba el nepotismo y por eso, a diferencia de otros antecesores suyos, no cubrió de riquezas a su familia, ni llenó de cargos a sus sobrinos. Solo encumbró a uno de ellos, con la vana esperanza de que se uniera a su cruzada de austeridad, y se sintió defraudado cuando el joven, a despecho de las instrucciones que prolijamente le había impartido, se vistió principescamente y ofreció banquetes desbordantes de manjares y de lujos. Fue advertido con severidad y frecuencia, pero el díscolo insistió en su conducta

reprobable: a pesar de ser el hijo de su hermana que amaba tanto, fue despedido.

Que en Roma existieran tantas rameras y rufianes que vivían de ellas, era otra de sus obsesiones. Como la ciudad estaba bajo su jurisdicción, emitió un edicto de expulsión. Es cierto que esa voluntad inflexible le valió el repudio de los afectados, pero se mantuvo firme: sacó de Roma a los jugadores y puso fin a la prostitución.

La otra obstinación que tenía, provenía de su antigua lucha contra el cisma. Lo angustiaba la proliferación de sectas y bendecía la Inquisición, que impedía la propagación de la Reforma. Se le criticó mucho por su accionar severo, pero él decía en su defensa que gracias a esa inclemencia había impedido a luteranos, calvinistas y valdenses hacer pie en Italia y desvanecer con su prédica la fe del pueblo. A Catalina de Medicis la había respaldado en Francia en su cruzada contra los hugonotes. Semejante sacerdote, fiel heredero de San Pedro, al que preocupaba la división del cristianismo ¿cómo no habría de vivir alucinado por los éxitos del Imperio Otomano, que invocaba como fuente de su expansión una fe diferente?

En sus oídos retumbaba aún la amenaza terrible de Solimán el Magnífico a su antecesor, en vísperas de atacar Malta:

-“Convertiré a San Pedro en la principal mezquita del Islam y subiré sus escalinatas con mi caballo”.

Los turcos andaban por doquier y eso lo inquietaba. El norte de África —salvo algunos enclaves cristianos— era íntegramente de Estados tributarios suyos. Todas las naciones cristianas que estaban en la cuenca final del Danubio quedaron bajo su dominio. El Mediterráneo había dejado de ser el antiguo “Mare Nostrum” de los romanos: sus aguas estaban infectadas por los piratas que actuaban

con su bandera y las apacibles costas del Levante español o del Tirreno italiano habían perdido la tranquilidad y estaban sujetas a su acoso.

Para colmo, el último enclave cristiano en el Mediterráneo oriental —Chipre— estaba siendo atacado en esos precisos momentos y su capital —Nicosia— ya había sido sometida. Según los datos que le habían acercado, Famagusta resistía aún, pero a sus pobres defensores no se les podía pedir más. Era imprescindible hacer algo con urgencia y estos venecianos no parecían percatarse de la gravedad del momento por el que atravesaban los compatriotas que estaban en ese lejano confín del mar. ¿O sería como le había escrito el cardenal Franccinelli, su nuncio en la Señoría, que a pesar de todo querrían firmar la paz con los turcos entregando Chipre? ¿O es que acaso Venecia había abandonado a su suerte a la gente que tenía en esa isla?

Era evidente que la República Serenísima se debatía entre dos posturas. Por un lado estaban los que privilegiaban una actitud de dignidad y no claudicación ante los turcos; eran los partidarios de acatar las directivas del Papa, conciliar con España y formar parte de una “Liga Santa”, que imaginaba formar el Pontífice. Por el otro estaban quienes deseaban hacer mérito de una tradición comercial de la Ciudad-Estado y pugnaban por acordar a cualquier precio (por supuesto el más barato posible) con los turcos y seguir adelante con los negocios, aún a expensas de entregar Chipre, si fuera preciso.

El Cardenal Fracchinetti le envió una nota reservada a Pío V el 30 de marzo donde le explicaba la situación en la Señoría. Según ese informe, dos partidos se disputaban la primacía en la ciudad de San Marcos: los “mercantilistas”, estimulados por el agente francés (que obraba en nombre del Sultán), propiciaban un acuerdo con la Sublime Puerta. Se le oponían los “europeos”, partidarios del acercamiento a

España acatando el impulso papal para formar una Liga cristiana (a pesar de las frustraciones del año anterior).

Por ahora había convocado al embajador de Venecia, Michelle Soriano, como antes lo había hecho con el de España. Y si Dios lo ayudaba —no tendría por qué no hacerlo, siempre lo había hecho— él, Pío V, armaría una Alianza de las naciones cristianas contra los turcos.

Con esos pensamientos martillándole la cabeza ingresó a su despacho y de inmediato hizo comparecer al embajador. Luego de un breve intercambio de palabras de contenido social, Ghisleri entró de lleno en el tema, pero solo le sirvió para poner a prueba las condiciones diplomáticas del interlocutor, quien dijo:

-Pero Su Santidad, Venecia tiene escasas fuerzas militares como para acudir en socorro de su isla... Además, está políticamente aislada: España tiene intereses en el Mediterráneo occidental que la alejan de las necesidades de Venecia. Las monarquías de Europa la odian porque es una República, las potencias marineras porque la consideran su competidora, y todos en general porque dicen que transa con los turcos...

-De todo eso algo no es cierto —respondió el Papa con cierta severidad. Venecia tiene los más sobresalientes arsenales de Europa y sus fraguas templan los mejores cañones. Las bandas de sus galeras portan la principal artillería del mundo. Sus astilleros están considerados entre los primeros del continente y las naves que salen de ellos son muy difíciles de superar; dicen que algunas constituyen verdaderos ingenios, unas fortalezas flotantes. No tendrá hombres suficientes como para armar un ejército, pero los buenos combatientes se compran o alquilan, y a Venecia, recursos para hacerlo no le faltan.

-¡Ay..., Santidad! El año pasado una terrible explosión en los arsenales pulverizó esa primacía que usted le atribuye. El estallido provocó un incendio del que la Serenísimas aún no ha podido reponerse —retrucó el embajador.

-“Mio caro ambasciatore”—respondió el Papa con un suspiro y gesto de tolerancia, de quien descrea de la respuesta que ha recibido —. Tengo entendido que Venecia posee cuatro arsenales y el estallido ocurrió en el menor de todos ellos. Es cierto que hubo un gran incendio, pero su magnitud en la realidad de los hechos fue superada por la fantasía de la imaginación. Me preocupa otro aspecto: cada día son más frecuentes los comentarios que dicen que la Señoría ansía negociar con los turcos entregando Chipre, si fuera preciso. Más aún; he tomado conocimiento que enviaron a un cardenal para que entrevistara al Gran Visir. Según tengo entendido, éste se habría expresado en términos ominosos, diciendo que ustedes le ofrecían lo que ellos ya tenían o podían conseguir de inmediato. Las mismas fuentes me recordaron que Venecia obtuvo la isla por una cesión que le hizo en el siglo pasado la viuda de Jaime II, el último rey de Chipre y el postrer descendiente de Guy de Lusignan, quien la compró a su vez a Ricardo Corazón de León a fines del siglo XII. Quiso la casualidad que esa señora fuera veneciana... a cuya familia pertenece un cierto cardenal...

-Es verdad Su Santidad; la dama en cuestión era Catalina Cornaro, mujer veneciana que no se sintió en condiciones de resistir a los turcos, cuando aumentaron la expansión después de la toma de Constantinopla. La cesión se hizo en 1488. Como es fácil comprobarlo, el título de Venecia, por sucesivas transferencias consensuadas, es legítimo. Pero como usted sabe, los turcos son insaciables... Sostienen que Chipre les pertenece porque formaba parte del antiguo reino de Jerusalén, que ahora ha sido dominado por

el Imperio Otomano. Obviamente, si la usurpación valiera título, la incertidumbre se apoderaría del orden internacional. Si ese mecanismo es repudiado por el derecho privado ¿cuál es la razón para que lo aceptara el de gentes?

-Hijo mío: esa es una razón más para que nos armemos en defensa de nuestra civilización que no es otra que la derivada de la Cruz. Ese es el motivo de mi llamado: sueño con que Dios me permita formar una alianza entre las naciones cristianas para oponerse a los infieles, y es decisivo que Venecia forme parte de ella.

-Suponiendo, Santidad, que Venecia participara de esa Alianza ¿qué pasaría con España? Solo tiene interés en proteger el Mediterráneo occidental, las posesiones que tiene en África, la seguridad de sus costas. No es justo que Venecia aporte su esfuerzo para beneficio de Felipe II y, sin embargo, sin España no puede haber alianza cristiana —respondió el veneciano meneando la cabeza con pesimismo.

-Los mismos argumentos ha desarrollado España, pero al revés —replicó Pío V. El Papado está dispuesto a realizar los mayores sacrificios para que esta Alianza se lleve a cabo. Entiendo plausible que en un primer momento se otorgue prioridad al mar oriental, pero es importante que Venecia —si España se aviniera a participar de esta Alianza— se obligue a su vez a respaldarla en el Mediterráneo occidental... y no que firme la paz por su cuenta con los turcos.

-Santidad; sólo para ver si he comprendido bien —respondió el embajador moviendo unos ojos pequeños pero vivaces en una dirección y otra. ¿Podría considerarse una propuesta, que si España aceptara intervenir en primer término en el Mediterráneo oriental, la invitación a Venecia para integrar una Alianza Cristiana, sería formulada?

-No creo que pueda prosperar una proposición efectuada en tales términos. También el orgullo de las naciones y la soberbia de los emperadores deben computarse. Pero podría decirse que ese camino es el adecuado; tal vez podamos constituirnos en depositarios de la voluntad de ambas potencias, de manera que la formulación de esa Alianza fuera simultánea para ambas naciones —respondió con cautela el pontífice.

-Queda un aspecto de no menor importancia sobre el cual no hemos conversado nada. Si se formalizara esa Alianza, naturalmente su puesta en funcionamiento sería marítima. En ese caso, ¿cómo se afrontarían los gastos, que no serán bajos? —reflexionó el embajador.

-Es cierto que no lo hemos conversado, pero ¿para qué hablar del futuro si aún no tenemos claro el presente? De cualquier forma, estimo que los gastos deben ser asumidos por todos los participantes, y cada uno debe contraerlos de acuerdo a las responsabilidades que ocupe, los riesgos que corra y los honores que alcance —le contestó el Santo Padre.

Ghisleri despidió con calidez a su interlocutor y se encerró en la estancia. Mientras caminaba de un extremo al otro del pequeño salón, pensaba en la conversación que había mantenido unos instantes antes.

La opinión de Felipe II ya la tenía. Zúñiga y Requesens (embajador de España y hermano de don Luis de Requesens) se la había transmitido y aunque la decisión no fuera definitiva, tenía tantos recaudos negativos como las respuestas del embajador de Venecia. Pero no se daba por vencido. Sabía de sobra que la naturaleza humana era egoísta y no lo alarmaba la renuencia.

Lo preocupaba en cambio la expansión triunfal de los otomanos y sobre todo que no lo advirtieran, en especial aquellas naciones que más motivos debían tener para inquietarse. La capital de Chipre había caído en manos turcas y a la captura siguió una carnicería. Ahora nomás, las noticias recibidas informaban que la caída de Famagusta era inminente; un verdadero milagro hacía que se mantuviera aún en pie, aunque se imaginaba los padecimientos que sufría esa pobre gente desde hacía varios meses. Pero... “¿Roma sola alcanza a comprender el peligro que amenaza a toda Europa por parte del islam?” —pensó el Pontífice con ansiedad.

Levantó la vista y sintió como si de la cruz le llegara un mensaje. Se sintió reconfortado: a fin de cuentas más había sufrido el Dios hecho Hombre para redimir a la humanidad. Volvería a conversar con Zúñiga y esperaría una nueva respuesta de Felipe con tanta paciencia como fuere necesaria.

Sin embargo, Felipe II parecía inmovible. La prioridad del Mediterráneo occidental era decisiva, y algo de razón tenía: Menorca y Mallorca eran atacadas con frecuencia por los piratas bereberes y las incursiones llegaron hasta las costas del mismo Levante español. Pero si se pudiera derrotar a los otomanos en el Mediterráneo oriental, ¿no menguaría el apoyo turco a los piratas del norte africano? Por otra parte y para colmo, los moriscos de España acababan de ser sometidos después de su levantamiento. Eso era bueno.

No obstante, estrujando el cerebro para recordar todo, una luz de esperanza se abría: el rey Felipe había hablado también de ciertos aspectos económicos y si el tema era dinerario...

Con respecto a la parte operativa, un estratega de raza como Felipe advertiría con rapidez que si se dominaba el mar oriental

cesaría el apoyo de la Sublime Puerta a los piratas en el Mediterráneo occidental, y estos tendrían que valerse por sí mismos. Quedarían desamparados y por lo tanto a merced del poderío español. Habría que insistir en este ángulo.

Era el mes de febrero y el invierno romano continuaba siendo tan frío como diciembre. Se frotó las manos; esperaría la respuesta del rey de España y mientras tanto, le rezaría a la Santísima Virgen para implorarle su intercesión.

Sus oraciones parecieron escuchadas. Los venecianos habían dado una respuesta afirmativa; condicionada, pero afirmativa. Y el día 2 de marzo de 1571 llegó la respuesta de Felipe II, que esperaba desde diciembre. ¡Y también era positiva! En realidad, el Pontífice le había enviado una carta conmovedora: “De ti, en primer lugar, muy querido hijo en Cristo, imploramos la ayuda y el auxilio. Tu Madre, la Santa Iglesia, se postra ante ti, gimiendo y llorando”; un monarca piadoso y creyente, temeroso de Dios, no podía cerrar los ojos a esa súplica.

Es cierto que del mismo modo que los venecianos, el rey condicionaba todo a obtener algunas concesiones (la Bula del excusado, etc.; en una palabra: las tres gracias), pero ese era el aspecto formal; lo importante era que había dado la conformidad. Una vez más hablaría con los venecianos; en dos o tres días podría darse a conocer la formación de esa Alianza y tal vez hasta pudiera salvarse algo de Chipre.

El 7 de marzo el cardenal Bonelli, uno de los prelados más allegados al Papa, escribió una carta plena de optimismo al nuncio en Venecia. Le decía —entre otras cosas— que ese día, jornada de la festividad de Santo Tomás de Aquino, el Santo Padre había oficiado misa en la iglesia de la Minerva y a su término, con mucho

entusiasmo atacó los negocios, y esperaba que en pocos días pudiera darse a publicidad la formación de la Alianza. “Liga” se llamaría; “Liga Santa”, porque era una verdadera cruzada de la fe contra los infieles.

Los acontecimientos, al impulso de ese Papa monacal, parecían precipitarse. El día 16 Bonelli le encomendó al nuncio en Madrid que instase al rey a preparar las galeras y sus tropas, porque el Santo Padre tenía para sí que la Liga ya era una realidad y solo esperaba la respuesta de Venecia, cuya contestación afirmativa daba por descontado.

La réplica de los venecianos llegó el día 18 y el contenido de ella podía adivinarse con solo ver la cara del Papa, ceñuda y triste, cuando el día 19 se presentó ante el Consistorio de Cardenales. Un balde de agua helada habían echado los venecianos sobre el pontífice.

Coincidentemente el cardenal Francchinelli se puso en comunicación con Pío V. Las discordancias entre España y Venecia eran tantas que el buen obispo imaginaba un entendimiento entre los venecianos y la Sublime Puerta. Más aún: los recelos de Venecia hacia Felipe II eran tan enormes que Francchinelli temía que la República de San Marcos ya tuviera un acuerdo con los turcos y sospechaba que solo procuraran arrancar más concesiones a España.

El enviado del Papa empleó todo su talento y se valió de las más elocuentes palabras de persuasión para vencer las resistencias venecianas, pero todo fue inútil. Sus argumentos se estrellaron contra una hermética retracción de la Señoría, que por boca de sus principales consejeros repetía que no era posible darle crédito a un compromiso de España referido al futuro, cuando en esos momentos, mientras Chipre estaba a punto de ser sometida, Corfú y Creta se encontraban amenazadas por los otomanos. Decían que si en el

presente nada hacían los españoles por aliviar la presión, poco era lo que podía esperarse de ellos en el porvenir. Francchinelli pensaba para sus adentros que el argumento era impecable... si fuera sincero.

El día 20 sacó el Papa a relucir una paciencia infinita y sus notables condiciones; convocó a su despacho a los representantes diplomáticos de España y Venecia y formuló un persuasivo llamado a ambas naciones, con nuevas promesas.

Francchinelli volvió a escribir; ahora decía tener una visión exacta de la situación. Estaba seguro que los venecianos tenían un arreglo hecho con los turcos y si demoraban la respuesta era para poder sacar más ventajas de Felipe II o renegociar con los otomanos desde una posición mejor. La verdad es que la Señoría había incorporado otro recaudo más: ahora le reclamaba a España que se hiciera cargo de los gastos que originaría el mantenimiento de un destacamento militar para defender a la ciudad de las lagunas de un hipotético ataque turco por el Adriático.

El buen cardenal se tiraba de los pelos; no solo lo tenían el dux y los diez miembros del Consejo de Venecia demorando la respuesta con pretextos fútiles, sino que ahora incluían una condición no establecida antes, que se sabía irritaría al rey de España y por lo tanto sería rechazada. Pero Francchinelli, leal al Papa, no se daba por vencido: hablaba, convencía, amenazaba.

Volvió a dirigirse al Santo Padre. Le informó la situación y lo instó a realizar otro esfuerzo económico más. Pío V no dudó. Extrajo sus mejores condiciones diplomáticas y envió al príncipe Marco Antonio Colonna para que en Venecia se uniera al cardenal Francchinelli y, aprovechando el inmenso prestigio que Colonna tenía en la República Marinera, hiciera el último intento a favor de la formación de una triple alianza. Pero el Papa hizo algo más.

Conocedor del espíritu mercantilista de los venecianos, extrajo del tesoro que el Papado tenía en el Castel Sant'Angelo cuarenta mil ducados de oro que entregó a Colonna para que no fuera con las manos vacías a Venecia.

Pío V volvió a llamar al embajador de Venecia.

-Mi estimado embajador —le dijo en latín, evitando la confianza de hacerlo en su propia lengua— todo se sabe en esta vida y los secretos no existen, al menos en el mundo de la diplomacia. Me han informado que la Señoría envió a Constantinopla a Jacopo Ragazzoni y que éste, después de interminables gestiones, al fin fue recibido por el Gran Visir. Me han hecho saber, también, que Ragazzoni pertenece al partido que es firme sostenedor de la paz a cualquier precio con el Imperio Otomano, es decir, la gente que cuenta con el estímulo de Francia, cuyo embajador es monseñor Noailles, obispo de Dax. Ya veis que estoy al tanto de todo. Deseo que sepáis, además, que el conde Rambouillet, embajador de Francia en Roma, trató sarcásticamente la Liga que procuro constituir y, al contrario, se ha jactado de poner en marcha una suerte de emprendimiento “trilateral”, entre Francia, los protestantes y los turcos.

Admito y tolero la inconstancia de Francia; a fin de cuentas, ella no ha padecido el asedio turco como Italia o España. Ni París, ni el bello Fountainebleau, ni la magnífica Notre Dame, han debido temblar como Madrid, Roma o la misma Viena, ante cuyas murallas acamparon las tropas turcas. Siempre recuerdo que la catedral de Sevilla debe exhibir en lo alto de su torre, la famosa Giralda, símbolo del poder islámico en Andalucía. Ni que hablar de Esztergom, cuna y tumba del rey San Esteban, región que hoy ocupa el Imperio Otomano para escarnio y humillación de los magyares.

-Santidad —respondió el representante de Venecia —juro por Dios que desconozco esa gestión de Ragazzoni, de la que VS dice estar informado. No conozco siquiera la existencia de esos partidos a los que alude. ¿No podría tratarse de una información equivocada?

-Señor embajador —volvió a tomar la palabra el Sumo Pontífice con el rostro endurecido— Venecia puede jugar con hipocresía la simulación de un acuerdo con los pueblos cristianos. Lo que no puedo aceptar es que, además, juzguéis a vuestros interlocutores con desdén por su inteligencia. No solo sé a ciencia cierta del envío de Ragazzoni, sino que además estoy al tanto de la respuesta de Mehemet Sokalli.

-Santidad —contestó al embajador al tiempo que acompañaba sus palabras con un gesto de sumisión— por Dios os pido que no supongáis que mis palabras pudieran contener el propósito de subestimaros; pero solo para informar a mis superiores ¿podría conocer la respuesta de Sokalli según vuestra información?

-Por supuesto que podéis conocerla —respondió el Pontífice con tono severo—. Sé muy bien lo que contestaron los turcos. Me lo han referido por escrito y me he tomado el trabajo de transcribirlo; el texto lo tengo aquí, en mi mismo escritorio, a buen recaudo —agregó el Pontífice mientras extraía de su hábito blanco un pequeño llavín—. Os la puedo leer, pero recordad ante todo, que el Gran Visir volvió a reclamar la rendición incondicional de Chipre, donde Selim ha enviado más refuerzos militares para doblegar Famagusta. Dice así: “La paz es mejor para vosotros que la guerra. No podéis contender con el Sultán, que os arrebatará no solo Chipre, sino otros territorios. En cuanto a vuestra Liga cristiana, sabemos perfectamente lo poco que os quieren los príncipes cristianos. No tengáis confianza en ellos. Si os avinieras a sostener el manto del Sultán podríais hacer cuanto quisierais en Europa y disfrutar de paz eterna”. Antes que Ragazzoni

podiera acercarse a Venecia con esa respuesta, que os debe martillar los oídos con el sonido de un ultimátum, ya la teníamos nosotros en nuestro poder. Os repito: es la postrera posibilidad de Venecia de participar de una Liga junto a príncipes cristianos y con la bendición del Papa, que aspira a formar una verdadera cruzada de la fe contra los infieles.

-Santidad —respondió el embajador con aire abrumado— tened la absoluta seguridad de que habré de enviar esta amonestación a mis superiores. Si existieran en mi República esos dos partidos —lo que ignoro— tened la certeza de que este modesto servidor abrazaría la causa de la fe, el ideal de Europa, la unión de los cristianos frente a los infieles.

-Enviad a Venecia esta opinión mía —contestó con sequedad el Papa.

Por fortuna, el entendimiento entre Francchinelli y Colonna fue total y, mientras éste recibía a su paso las ovaciones con que el pueblo lo saludaba, ambos terminaron por arrancar una respuesta favorable a los venecianos. La diligencia del cardenal Francchinelli, los persuasivos gestos del príncipe Colonna, los cuarenta mil ducados de oro y la entrevista del Sumo Pontífice con el embajador de Venecia habían tenido éxito.

Cuando Ragazzoni volvió a su patria, ya era el mes de mayo y la Liga constituía una realidad. Ghislieri no pudo ocultar su alegría por el éxito e —impaciente por poner en marcha la Liga Santa— inició los preparativos para la firma de inmediato del minucioso tratado que debía suscribirse.

La triple alianza

Alonso de Tejada había retornado a Malta después de aplastada la rebelión de los moros en España. Reflexionaba sobre el alzamiento sofocado. La distancia, sumada al tiempo transcurrido, le permitían practicar un juicio objetivo. Advertía la importancia que había tenido la revuelta y las consecuencias que podrían haberse derivado para el reino.

La nostalgia

La primera impresión que el público y los señores de España tuvieran sobre la rebelión fue desdeñosa. Apenas se la consideraba una protesta tumultuaria, susceptible de ser sometida mediante una simple operación policial. Pero la realidad puso las cosas en su lugar: salvo los moros de la ciudad de Granada (extrañamente) que habían permanecido fieles a Felipe II, el resto se plegó a la rebelión.

Lo que hubiera permitido suponer una marcha represiva parecida a un paseo festivo, se transformó en una verdadera guerra, en momentos en que España tenía sus mejores soldados entretenidos en las acciones militares de Flandes. Como ha sido dicho, el Imperio Otomano alentaba la subversión, puesto que, derrotado en Malta, intentaba aprovechar el conflicto en España para establecer una cabecera de puente en el continente. Total, a Francia ya la tenía como amiga y si lograba, mediante algunos ardidés diplomáticos, sumar a Venecia...

Alonso pensaba en la estrategia de los otomanos, al mismo tiempo que su mente deseaba alejarse del recuerdo de su prometida.

Regresó a Malta después de la muerte de La Valetta, que había ocurrido el 21 de agosto de 1568, cuando él se encontraba con otros caballeros de la Orden a punto de participar en la represión de los islamitas encaramados en las Alpujarras.

Halló la isla con escasas diferencias a los recuerdos que conservaba de la época en que había retornado al continente, salvo las provenientes de la reconstrucción, que con lentitud, pero sin interrupciones, se estaba desarrollando. Encontró a su amigo Jacobo y el reencuentro pareció borrar los efectos que produce el paso del tiempo. Más delgado, con algunas arrugas que antes no advirtiera, una enorme cicatriz que bajaba por su rostro y había cambiado su expresión, pero con el mismo optimismo de los tiempos de Alcalá. Tal vez las heridas recibidas en los duros combates que debió sobrellevar, el recuerdo de Augusto, cuyo cadáver nunca apareció y era probable que encontrara sepultura en las profundidades del mar (si es que antes no fue la comida de algún pescecane), habían borrado algo de aquella alegría que fuera moneda corriente en otro momento. De cualquier manera, aquella felicidad contagiosa de de Castil no hubiera hecho mella en Alonso, que no abandonaba un rictus de amargura en su boca, con la persistente repetición de los gestos que adquieren habitualidad.

Reflexiones

Ambos se habían convertido en guerreros respetables, y los padecimientos que sufría Chipre no fueron ajenos a su conversación. Los dos amigos odiaban a los turcos y los tormentos vividos en 1565 tampoco fueron extraños a sus cuitas. Sin duda, el tiempo había acentuado los caracteres de ambos; optimistas y locuaz uno, pensativo y ensimismado el otro.

-Oye, Alonso, ¿crees posible que Venecia arregle por su cuenta con los turcos? —dijo en cierto momento Jacobo.

-Hasta donde yo sé, el Papa está haciendo esfuerzos denodados para impedirlo y, al contrario, sumarla a una alianza cristiana —respondió con un dejo de dudas Alonso.

-Las noticias que llegan aquí informan que el obispo de Dax, embajador de Francia en Venecia, está trabajando con intensidad a favor de un arreglo con los turcos —agregó Jacobo.

-Seguro que es así. Con tal de perjudicar a España podrían aliarse con el diablo mismo —contestó Alonso, mientras meneaba la cabeza.

Estaban sentados en uno de los promontorios rocosos de la península de Senaglea, donde unos años antes se libraran combates feroces con los infieles. Con la vista perdida en el horizonte verde oscuro del mar y la lejana interferencia de otra franja terrosa, Alonso dejó correr sus pensamientos:

-Creo que el Gran Visir se ha equivocado en su plan estratégico. Según alguna información que me ha llegado, habría tratado muy mal a un enviado de Venecia; además —siempre de acuerdo a lo que tengo entendido— el diplomático era un hombre de la Iglesia. Parecería que, en síntesis, no solo lo ha recibido con displicencia, sino que además le ha dicho que estaban en condiciones de capturar Chipre en cualquier momento. Si esto fuera así, cobran vida las noticias que decían que en realidad Sokalli —bajo una aparente oposición— quiere la guerra con Venecia de cualquier manera, para lavar con una venganza la humillación sufrida en Malta. El Gran Visir es suficientemente hábil como para que supongamos una torpeza de

su parte. Si ha despreciado al parlamentario de Venecia, tratándolo sin tacto, no ha sido por error sino por interés. No nos engañemos: en su corazón, Sokalli quiere la guerra.

-Pero Alonso —respondió Jacobo— Sokalli sostenía que la guerra del Imperio Otomano con Venecia era un error. Desde su óptica, el Imperio Austríaco carecería de fuerza si no contara con el respaldo de España, que tiene las manos atadas en las guerras de religión de Flandes y los Países Bajos como para acudir en su ayuda. A Francia los turcos la tienen por amiga; los ingleses verían con felicidad que se atacara a Felipe II, ¿para qué arriesgarse a una guerra con Venecia? Mi análisis, es más lineal que el tuyo, pero coincidente con el de todos los comentarios que existen: el Gran Visir es enemigo de la guerra.

Con los labios apretados, sacudiendo levemente la cabeza, Alonso suspiró con largueza. Entrecerrando los ojos, agregó:

-Es cierto lo que dices, pero continuó imaginando que Sokalli la quiere a Venecia como enemiga; más aún: nos quiere a todos los cristianos como contrincantes. Supongamos por un momento que los moros se hubieran hecho fuertes en Andalucía. Imaginemos, solo por un instante, que Felipe hubiera dudado de las condiciones de Don Juan reteniéndolo en la Corte de Madrid, todo lo cual no es un absurdo. En ese caso los ejércitos reales estarían conducidos por dos jefes: Los Condes y Mondéjar que, como es sabido, se detestan. ¿Qué mejor oportunidad que ésa para tener una puerta de entrada gratuita al continente europeo? No tengo dudas de que, prolongándose la guerra de las Alpujarras, los turcos habrían dado un zarpazo contra España. ¿Qué sentido tenía entonces una guerra con Venecia? Podría dividir a los cristianos con solo alentar al grupo de venecianos pacifistas, pero no lo hizo. Encuentro solo una respuesta: el Gran Visir quiere la guerra con los aliados que está uniendo el Papa, para lavarse

de la humillación que le infligimos en Malta. Muchas veces los hombres subordinan intereses superiores a una pasión particular. ¿En cuántas ocasiones el amor de una mujer alteró los planes de un gran general? ¿No fue acaso una querida de Aníbal la que llevó a invernar al cartaginés en lugar de marchar sobre Roma? Creo que esta vez es igual: Sokalli abandona el interés del Imperio para dar satisfacción a su venganza personal; su placer marcha delante del deber.

Es más: Sokalli tiene la suficiente influencia sobre Selim como para haber impedido el ataque a Chipre; me parece infantil pensar que la posesión de las vides de la isla, por si solas, tuvieran la suficiente entidad como para convertirse en un factor decisivo para el sultán.

-Creo, Alonso —replicó Jacobo— que la explosión y el incendio de Venecia fueron un dato decisivo para alentar la guerra.

-Pronto se advirtió que los juicios tan pesimistas sobre el accidente de Venecia eran inconsistentes —dijo Alonso—. Eso lo supo todo el mundo ¿podría ignorarlo el Gran Visir? No, querido amigo; más vueltas le doy al asunto y más me convenzo de que Sokalli es partidario de la guerra.

-De cualquier manera, pronto se sabrá si hay Liga Santa contra los otomanos. Si así fuera, nosotros estamos llamados a participar; la Orden en general y el Gran Maestre en particular, han considerado nuestro desempeño y las condiciones que pusimos en evidencia tanto en Malta como el que tuviste en las Alpujarras. Todo se sabe en esta vida, querido amigo, y las proezas de La Galera no han sido ignoradas por la Superioridad —concluyó Jacobo con una sonrisa cómplice.

Un Papa impaciente

En tanto la península de Senaglea, que unos pocos años antes los turcos convirtieran en teatro de tantos actos heroicos de los Caballeros hacía de platea a los dos amigos, y el Mediterráneo obraba como telón de fondo, Pío V continuaba lidiando para impulsar la Liga.

Meneando la cabeza, sentía descorazonarse su ánimo por el tiempo gratuitamente regalado al adversario. Pronto llegaría el verano de 1571, y si la flota no se ponía en marcha lo antes posible, arribaría el mal tiempo otoñal y se perdería otro año más.

-“Los españoles actuarán con la parsimonia de siempre” — pensó para sus adentros el Pontífice— “pero los venecianos...” Y sacudió con desazón la cabeza.

Sin embargo, el Papa estaba dispuesto a estimular la Liga a toda costa, a pesar de los obstáculos que presentaban los interesados, que serían los más beneficiados por esa alianza.

¿España pretendió el subsidio, la bula del excusado, la bula de la Cruzada? ¡Pues las tuvo! El Sumo Pontífice emitió la correspondiente decisión: el subsidio y la bula del excusado se establecerían por cinco años; la bula de la Cruzada se otorgaría solo por dos (sucesivas prórrogas la irían prolongando hasta promediar el siglo XX). No obstante todo este esfuerzo, la Alianza estuvo a punto de fracasar el 18 de mayo, como se ha dicho: los venecianos formularon un nuevo planteo, que indignó a los españoles, que ya habían acordado hacerse cargo de todos los gastos que se le produjeran a Venecia como consecuencia de no tener pronta (España) la totalidad de los hombres de combate y los navíos a que se había comprometido.

Aquí afloró otra vez la paciencia y sagacidad del Pontífice: las partes aceptaron que todos los planteos en los que se produjeran discrepancias, lo tendrían a él como árbitro. Lo cierto fue que, aceptado este temperamento, el tratado que daba inicio a la Liga Santa fue firmado en los aposentos papales el día 21 por los embajadores de España y Venecia. Ahora tendría que darse a publicidad.

Como Ghisleri no tenía un pelo de zonzo, advirtió que, llevado por sus nobles impulsos, había incursionado por su cuenta más de lo debido. Para cubrirse las espaldas convocó a un consistorio y en presencia de los cardenales hizo leer todos los artículos del tratado que consagraban la Liga Santa. También estuvieron presentes los embajadores de España y Venecia; cuando todo el mundo estuvo de acuerdo (era ya el día 25), el Papa, los embajadores y la totalidad de los cardenales que habían concurrido al consistorio, juraron con solemnidad el Tratado. Con manifiesta impaciencia, el Pontífice se retiró a rezar.

Estaba feliz. Como primer paso se recluiría, para dar las gracias al Señor; después, como un tábano cargoso, que se torna más insistente cuanto mayor y más frecuente es el impulso de la cola del caballo por alejarlo, agujonearía a españoles y venecianos para apurar la publicidad del tratado y el apronte de la expedición.

Pensaba insistir sobre España, pues la lentitud de su burocracia era famosa, pero tuvo una sorpresa. El rey de inmediato hizo pública la alianza acordada. Más disgustos le demandó Venecia, que un mes después de firmado el tratado, no había resuelto aún darlo a conocimiento general y por supuesto tampoco había concluido ningún paso para formar la escuadra ni constituir la fuerza que estaba a su cargo.

Inútiles resultaron los esfuerzos diarios de Francchinetti para obtener una decisión de la Señoría: se le postergaba de semana en semana con cualquier excusa intrascendente. Tanto el Papa como su legado sospechaban que, detrás de esa injustificada demora, yacía la expectativa de obtener nuevas concesiones de España; pensaban que existía la posibilidad de que los venecianos intentaran “tirarse un lance” con el Habsburgo. Esto era, justamente, lo que el Pontífice no deseaba que ocurriera. El tiempo pasaba y Venecia le daba vueltas al tema sin resolverlo.

El Papa estaba impaciente y enojado. Felipe II se había avenido a las concesiones pedidas, pero Fracchinelli decía que Venecia seguía dilatando la respuesta: “cuando no se lo impedía la celebración de una fiesta, el dux está enfermo” le escribió con amarga e itálica ironía a Pío V. Finalmente pudo hablar con el jefe del gobierno veneciano y la respuesta fue más aterradora aún: “si España se tomó varios meses para resolver (su ingreso en la Liga), no era justo que se le reclamara con urgencia una decisión a Venecia”. Pero... ¿no eran venecianos los que estaban muriendo en Chipre?

Fracchinelli advirtió al dux que la conducta de Venecia era sospechosa y posiblemente muy mal vista: se suponía que trataba de presionar jugando a dos puntas para obtener más ventajas de España. Desde 1570 y hasta 1577 se había elegido un nuevo dux en la Serenísima, que pertenecía al partido “europeísta”; esto alentaba alguna esperanza, porque Alvise Mocenigo I tenía con el cardenal una relación positiva. Pero, por supuesto, una de las puntas del ovillo continuaba siendo arreglar directamente con los turcos dándoles Chipre, mientras los amenazaban con participar en la Liga; esto, para los venecianos era lo que hoy se definiría como “una política de estado”. Demás está decir que esta jugada olvidaba o era indiferente a los padecimientos que los venecianos sufrían en esa isla para

defender los intereses de la Señoría.

Sabía el Papa los esfuerzos morales y económicos que había tenido que hacer para lograr la adhesión de España y no deseaba tener que empezar otra vez si el Habsburgo se ofendía. Pero si la República Serenísima buscaba medrar con el dinero, Pío V estaba dispuesto a llenar nuevamente las faltriqueras venecianas. Total, a esa altura...

No lo pensó más y dispuso que se transfirieran a Venecia cien mil escudos de oro de los que percibía por tributos el clero de esa ciudad. Ahora sí; satisfechos con el nuevo aporte, los venecianos dieron a publicidad el tratado el día 2 de julio. El cerco estaba cerrado.

El domingo siguiente, durante la celebración de una santa Misa que ofició el cardenal Truchess y a la que concurrió el Pontífice, se dieron a conocer los pormenores del acuerdo, sin temor a que los turcos tomaran noticias de él. Por de pronto, era obligación de los signatarios constituir una escuadra compuesta al menos por doscientas galeras más cien navíos destinados al transporte de tropas y vituallas; cincuenta mil soldados de infantería que debían reclutarse en España, Italia y Alemania. La dotación debía, además, completarse con casi cinco mil caballos ligeros, sus correspondientes jinetes completamente armados y, además, el equipamiento de cañones para atender a esa caballería (se sabe que la eficacia de la artillería resultó decisiva en la batalla de Lepanto).

Como la intención del Papa era que la Liga tuviera permanencia en el tiempo, el tratado fue muy casuista: preveía que todos los años, entre marzo y abril, se volvieran a equipar las fuerzas para ponerlas nuevamente en acción. Si en esta oportunidad se había privilegiado el Mediterráneo oriental, hacia donde se dirigiría la armada, al año

siguiente se debería atacar el sector occidental.

Previendo España un desentendimiento de los venecianos, se dejó establecido que en caso de no tomar parte en forma directa, deberían “ayudar” al reino con cincuenta galeras equipadas, para atacar Túnez, Argel o Trípoli.

El Comandante

Como no podía ocurrir de otra forma, el reparto de derechos y obligaciones a cargo de los firmantes, estuvo presente. España concurriría con su principal espada: el príncipe Don Juan de Austria, a quien por unanimidad se designó comandante general. Sin duda se tuvieron en cuenta sus notables condiciones militares, a las que el propio Don Juan agregó un talento innato para contagiarse exitismo y espíritu emprendedor a los demás socios, además de un fino sentido político para tragarse situaciones irritativas con una sonrisa.

Por otra parte, que el mando supremo recayera en un hombre designado por España era una obviedad: a fin de cuentas el peso mayor de los gastos que se originaran estaban a cargo de esa nación. El rey Felipe se obligó a asumir el 50% del costo de la empresa y su hermano fue designado comandante supremo; Venecia corrió con dos sextas partes y el Papado con el sexto restante.

No obstante que España estaba sometida al mayor riesgo económico, y que el candidato por ella propuesto reunía de sobra las condiciones para el cargo, los debates acerca de las facultades de Don Juan fueron todo un suplicio. La misma designación de Don Juan estuvo en controversia.

Al tratar los firmantes la decisión de quien sería el jefe principal, aparecieron las obvias dificultades.

La lógica indicaba Colonna: era un general del Papa y muy querido por los venecianos; por si fuera poco, los españoles no lo veían mal. Pero una condena muy cercana a los militares de todas las épocas y latitudes conspiraba contra él: había sido el comandante de la escuadra que fracasara ante los otomanos el año anterior cuando se pretendía liberar Chipre y ése era un dato tácito de excomunión (algunos siglos después, Napoleón elevaría “la buena estrella” al grado de sacramento). Colonna no podía ser, a pesar de que Venecia hiciera recaer en Juan Andrea Doria (que salvó su flota) y no en Zanne (a quien envió a la cárcel hasta su muerte) la responsabilidad del fiasco.

Los venecianos avanzaron con Veniero, pero aunque la Serenísima lo hubiera designado general para esta ocasión, el anciano solo podía exhibir sus títulos leguleyos y el carácter agrio y de pocas pulgas que tenía. Un comandante como él, tan poco susceptible de conseguir afectos como desconocedor de las reglas mínimas de la vida castrense, era trapo rojo para los españoles, además de concitar pálidas expectativas en el papado. Como el tema parecía ir a un punto muerto, se optó por dejarlo en manos del pontífice.

Pío V asumió ese nuevo cometido con la resignada paciencia de los santos. Ante todo, recurriría a su abogada de siempre: la madre de Dios. Tres días seguidos permaneció el Santo Padre en oración, al término de los cuales descendió a su celda privada, donde pensaba officiar misa. Cuatro sacerdotes estaban orando en esa capilla cuando entró el Papa, apesadumbrado y triste. Mientras los curas lo cubrieron con las vestiduras propias del ministerio que estaba por ejercer, cambió su rostro y con una voz que no era la suya, gritó: “fuit homo missus a Deo, cui nomines erat Ioannes”, y después,

con su voz propia, exclamó: “hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan”, al mismo tiempo que libraba una sonrisa cómplice al retrato de la Madonnina, cuya beatífica mirada parecía aprobar la elección.

Según los cronistas del Santo Padre, continuó la celebración con gesto de relajada tranquilidad y a su término, citó a los embajadores de España y Venecia y al virrey de Nápoles, el cardenal Granvela, para hacerles saber su decisión. Concurrieron todos y Venecia, cuyo plenipotenciario, Michelle Soriano, había sido convocado a su patria y sería reemplazado por Giovanni Soranzo, lo hizo con ambos. El pontífice, dando muestras de gran autoridad, al mismo tiempo que declaraba la irrevocabilidad de la determinación, anunció el nombre del comandante supremo de la flota cristiana: Don Juan de Austria.

Pío V tardó en adoptar la decisión que finalmente tomó: antes de Don Juan, había pensado en el duque de Anjou, hermano del rey de Francia, tratando de sumar esa díscola nación por medio de una tentadora designación; después lo hizo con el duque de Saboya, Emanuel Filiberto, pero por distintas razones, ambos se excusaron. El duque de Saboya había demostrado condiciones notables para ejercer el mando: poseía una espada cargada de éxitos al servicio del Emperador y nadie podía negar que su valentía era secundada por una gran sagacidad estratégica. Sin embargo ya estaba demasiado viejo y su declinación del cargo no fue interpretada como un acto de desdén o cobardía. Al duque de Anjou la proposición lo halagó, pero fiel al dictado de su hermano que no quería sorprender al Imperio Otomano, desechó la oferta. Pero el Papa estaba feliz con la elección de Don Juan; Soranzo, tanto como para justificar su presencia, intentó objetar la decisión:

-Pero Santísimo Padre, ¿a pesar de que solo tiene veinticuatro

años?

-A pesar de sus veinticuatro años —respondió Pío V con gesto de cansancio y actitud de no aceptar réplicas.

Soriano, más fogueado en las intrigas cortesanas, intentó salvar algo y un premio se llevó: consiguió que el Generalísimo de las escuadras, adoptara las decisiones con la venia de los representantes del Papa y de Venecia.

Los venecianos limitaron a tal extremo el mando de Austria, que si bien estaba designado comandante supremo, las decisiones a adoptar debían ser consensuadas con los demás y aplicarse solo después de aprobadas por la mayoría.

Estos condicionamientos, cuando se marchaba a la guerra, en otro hombre hubieran garantizado una derrota segura.

Solo sirvieron para mostrar una faceta desconocida de Don Juan: su extraordinaria flexibilidad, la elocuencia persuasiva que poseía y la firmeza de su carácter. Sub comandante fue nombrado un veneciano, de extrema cercanía con el Papa: el príncipe Marco Antonio Colonna, generalísimo de las fuerzas papales, aunque también él debió someterse al rigor de las objeciones. En todos los casos, y a pesar de su investidura, sería considerado como “un general del Papa”.

La liga era integral: no solo estaba llamada a perdurar en el tiempo, sino que, atacado un miembro, la solidaridad entre las partes imponía que se considerara una agresión a todos. Ninguno de los firmantes podría suscribir la paz con los turcos unilateralmente.

El celo del Papa con su misión le condujo a dar nuevos pasos.

Convocó a un consistorio secreto de cardenales, y en dicho encuentro se dispuso designar a los cardenales Bonelli (muy cercano a Su Santidad) y Commendone, para situarse en las cortes de Felipe II y de Sebastiano de Portugal (iba a contraer matrimonio con Margarita de Valois); del rey de Polonia, de los príncipes católicos alemanes y del emperador de Austria, respectivamente, para diligenciar otras adhesiones a la Liga. En rigor de verdad, la misión de monseñor Bonelli ante Madrid, obviamente no perseguía la intención de lograr su incorporación sino para solicitar el auxilio de la diplomacia española en el intento de acercar los franceses a la cruzada.

Ambos cardenales partieron de inmediato; Commendone lo hizo desde Verona y Bonelli (nepote de Pío V y encargado de la Secretaría de Estado) salió de Roma. Provocan admiración las recomendaciones de ese Papa austero y piadoso, dirigidas en especial a Bonelli: no debía aceptar ningún miembro de la delegación cualquier tipo de regalo; sus visitas debían limitarse a lo imprescindible; no tenían que asistir a banquetes, cacerías o comedias; vestir con sencillez, comer frugalmente, no pedir nada para sí y dispensar gracias en forma gratuita, como se hacía en Roma. Por supuesto, implícito se encontraba lo fundamental de la misión: urgir el pronto envío de las fuerzas a que se había comprometido Felipe.

Sin embargo, la demora no era debida solo a la parsimonia española. Nadie más presuroso que Don Juan, cuando de buscar gloria se tratara. Con la rapidez que era previsible en él, se ocupó con toda velocidad de procurar el armamento y las tropas a que el reino se había obligado. Pero la tarea no era fácil.

Armamento y soldados escaseaban y la guerra de las Alpujarras lo había demostrado. Lo mejor de los heroicos tercios estaba en Flandes y repatriarlos no era tarea fácil, sin contar el tiempo que ello demandaría. Don Juan se aplicó con energía a esa tarea y algo de éxito tuvo, pero con cuentagotas.

El tiempo transcurría con la rapidez que los buenos sucesos imprimen a los meses, pero Pío V seguía reclamando con la demoledora insistencia de un acreedor desconfiado. Había escrito de su puño y letra al rey para urgirlo, y el monarca giró la carta a su hermano, cuya impaciencia lo ponía al borde de un ataque de nervios. Los argumentos del Papa eran irrefutables, pero Don Juan sentía que su cabeza estaba próxima al estallido.

Dada la jerarquía del remitente, el príncipe ensayó una disculpa, y se limitó a enumerar los inconvenientes con que debió atacar la organización de las fuerzas españolas. Era la primera ocasión en que se dirigía a un Pontífice, y lo hizo con el estilo llano y abierto que era propio en él. A Ghislieri le encantó esa misiva, que lo acercó a uno de los nobles más admirados de Europa, que en muy poco tiempo lograra el asombro de sus pares, pero no por ello cesó en su impaciencia.

No obstante, Don Juan había hecho algo más que procurarse armamentos y tropa. Logró transmitir un gran entusiasmo a la nobleza y el clero y ya a principios de junio, cuando él estaba inmerso en la búsqueda de armas y soldados, numerosos nobles se embarcaron hacia Génova, llevando en sus mochilas la fe de los convencidos. Como en las antiguas cruzadas, la nobleza marchaba a la guerra apretando dientes, lanzas y espadas, bajo la advocación del crucifijo; el acero frío de la cota de malla quedaba aferrado encima de un corazón encendido.

El príncipe recordó otra cosa que debía hacer. Tenía que comunicarse con el superior de la Orden de Malta. Podría hacerlo por medio de ese noble que había tenido una actuación tan vigorosa en La Galera, a quien conocía de sobra, pero eso equivalía a transgredir las normas rigurosas del protocolo. Le escribió, pues, al Gran Maestre

de la Orden, Frey Pierre de Monte y le solicitó la ayuda de su entidad para formar en la flota cristiana. Desde la muerte del valeroso La Valetta, que había ocurrido en 1568, Frey de Monte ocupaba el cargo número 50 con el título de Gran Maestre.

Su respuesta no se hizo esperar: la Orden equiparía tres galeras; no podía olvidar ni la ayuda del Emperador cuando Solimán los habían expulsado de Rodas, ni el auxilio inestimable de García de Toledo, en los momentos culminantes del ataque otomano a Malta. Su deseo hubiera sido enviar más embarcaciones, pero le recordaba que un sorpresivo tifón había echado a pique las siete galeras que componían su flota, verdadero azote de los corsarios infieles.

El Comandante de la Orden

El Gran Maestre pensó en quien pondría al frente de las galeras, sin perjuicio de que, por una mínima disciplina militar, las tres deberían someterse al mando supremo de Don Juan de Austria. De inmediato vino a su mente la persona en quien más descansaba para encomendarle esa misión: el arcipreste de Clermont-Ferrand, cuya energía era proverbial. En él confiaría el equipamiento de los buques, las vituallas necesarias, el armamento que debía acompañarlas y de común acuerdo elegirían los comandantes de las otras dos galeras. Desde que Enrique VIII se apartara de Roma, instituyéndose a si mismo cabeza de la iglesia anglicana y retirara las Lenguas de Inglaterra y Escocia de la Orden, las distintas regiones de Francia acentuaron su pertenencia y gravitación.

Pero, como suele decirse, “el hombre propone y Dios dispone”. El arcipreste dudaba de ser el individuo apropiado para esa misión. No era que le faltara valor, o espíritu de entrega, pero algo existía en

su ánimo que lo hacía reticente. Frey de Monte pasó revista de inmediato a los datos de que disponía: apenas unos días antes se había publicado la noticia de la formación de la Liga y hasta donde él sabía nunca había ocurrido un contratiempo con el Príncipe de Austria, a quien el propio Papa había designado comandante supremo, decisión acatada por unanimidad; era probable que el arcipreste ni siquiera lo conociera. Las dificultades entre España y Francia eran ajenas a la Orden, cuyos estatutos le aseguraban una independiente neutralidad, por lo que también esa hipótesis debía descartarse.

El Gran Maestre continuó exprimiendo el cerebro. Recordó que unos años antes, en Roma, se había planteado una controversia entre el arcipreste y Colonna; a su juicio no había sido nada serio, pero nunca se sabe cómo un hombre asume un enfrentamiento, y ello es más grave cuando de la empresa futura puede depender su vida... y también la de otros. Optó por guardar reserva del caso y comenzó a pensar en un reemplazo.

¿Quién de todos los hombres de la Orden reuniría los requisitos buscados? Debía ser valiente y animoso, sin duda; pero individuos con esos atributos abundaban. Tendría que ser un sujeto ligado por los votos de obediencia, pobreza y castidad, es decir, los correspondientes a un Caballero de Justicia; de eso tampoco había dudas. Pero no bastaba; debía tener condiciones para el mando, convencer con sus antecedentes y ejemplo, estar munido de espíritu belicoso... La tarea no era fácil y el tiempo urgía. Si bien la cita de toda la armada era en Mesina, y eso facilitaba los plazos para la Orden por la proximidad entre el puerto de encuentro y la isla, no se disponía de una dilación eterna.

¿Quién podría reunir los requisitos de piedad y coraje, autoridad y misericordia?

-“¡Por Dios, ese hombre existe! ¡Tiene que existir!” —se decía a sí mismo de Monte mientras se devanaba los sesos. Pero —dice un refrán no demasiado creyente— “Dios ciega (solo) a quien quiere perder”. La persona indicada, la que reunía las condiciones requeridas por la fe, la humildad monástica, la ejemplaridad militar suficiente como para concitar la ciega adhesión de sus subordinados estaba a la vista y cerca: ¡El prior de Mesina! El reverendo padre Pietro Giustiniani, aquél que hiciera ingresar en la Orden a Tejada y Castil, aquél cuya amistad invocara el padre Serrano, párroco de Alcalá, aquél cuya homilía fuera todo un compendio de guerra y estrategia, de resistencia y valor.

El Gran Maestre no dudó un instante más. Por si fueran insuficientes todos los méritos que se le reconocían a Giustiniani, pertenecía, además, a una familia veneciana ¡La Señoría estaría feliz pensando que las naves de la Orden serían comandadas por un paisano!

Aunque se había mantenido en reserva, la discrepancia entre España y la República Serenísima era un secreto a gritos. También se sospechaba que los venecianos no quedaron demasiado conformes con la designación de Don Juan; que un hombre de esa ciudad viniera a comandar las naves de la Orden era algo que no podría caerles mal.

Frotándose las manos, Frey de Monte envió al caballero d'Orsay a Mesina con una carta dirigida al prior de esa ciudad. Sabía que lo haría feliz a Giustiniani designándolo para comandar la pequeña flota de la Orden. Iría más lejos aún: le encargaría al propio prior que eligiera quienes habrían de comandar las otras dos galeras.

Tal como había supuesto, el prior no se hizo rogar y en la misma galera bastarda que había llevado a d'Orsay se embarcó con

éste de regreso a Malta. El buen prior no cabía en sí de la alegría que le producía la nominación. Durante el viaje apenas intercambió algunas pocas palabras con el caballero; su excitación era tal que ya se imaginaba en el comando de las galeras, embistiendo contra esos islamitas descreídos y tortuosos.

Apenas desembarcado se entrevistó con el Gran Maestre. Cuando estuvo al tanto de su investidura transformó su figura y comenzó a planear los pasos siguientes. Por de pronto, había que designar los comandantes de las otras dos galeras, y esto debía hacerlo con urgencia. La cita sería en Mesina, y dentro de un plazo breve. Se decía que Don Juan venía algo demorado, pero eso lo tenía sin cuidado. Sabía que si el comandante supremo era el hermano del rey Felipe, de dos cosas tenía que estar seguro: la calidad del jefe y el respaldo del monarca. Si se demoraba no habría de ser por gusto; algún asunto impostergable lo retendría. Si el Papa tenía una confianza ciega en Don Juan, no habría porqué no tenerla alguien que como él solo era un prior y por si fuera poco, había hecho votos de obediencia.

Volvió a pensar en los comandantes de las dos galeras. ¡Ya tenía sus nombres! ¡Serían los dos españoles que había hecho ingresar en la Orden! Se felicitó mil veces por la elección; no podía haber estado más acertado su amigo, el buen párroco de Alcalá, con la recomendación que le había hecho. Tenía referencias del valor y la intrepidez de ambos en la recordada invasión de los turcos a Malta, y por si faltara algo, el zamorano fue un héroe en La Galera. Esas designaciones harían feliz no solo a los hombres de la Orden sino al mismísimo Don Juan. Los mandaría llamar; si las cosas seguían igual, estarían juntos. Mejor así: la amistad aseguraba coordinación en la pelea, como decían los antiguos griegos.

Tal vez sufriera alguna reprimenda del Gran Maestre; existían

muchas personalidades entre los Caballeros de San Juan en condiciones de asumir esas responsabilidades, y tal vez alguno de ellos tuviera una antigüedad mayor que estos jóvenes, o su prosapia fuese de más renombre. Recordó que el difunto La Valetta, antes de ser elegido por unanimidad Gran Maestro de la Orden, era General de Galeras. Todas las embarcaciones de la Orden le estaban subordinadas, cuando llegó a Malta el cardenal de Lorena, que también era, dentro del estamento, General de Galeras. Pero había un dato a computar: era hermano del duque de Guisa. En esa ocasión, La Valetta —nada menos— cedió el mando a favor de Lorena, dada la inmensa alcurnia del hombre. De cualquier manera, él, Pietro Giustiniani, prior de Mesina, se inclinaba sin ninguna duda por esos dos caballeros, y estaba dispuesto a pagar el precio de su empecinamiento.

—“Si en la batalla habrá de ofrecerse la vida por Jesucristo y por la Cruz, es mejor tener las espaldas bien cuidadas por hombres que sepan tomar bien las armas y no solo la comunión” —se dijo a sí mismo con más ánimo cuartelero que sacerdotal.

En suma: las tres galeras de la Orden (la pobreza no era un mito; si se pudiera se armaría otra más) serían comandadas por el prior de Mesina, Pietro Giustiniani, secundado por don Alonso de Tejada y don Jacobo de Castil, cada uno al mando de una embarcación. Se hicieron a la mar el 10 de agosto (de Tejada, que había conversado personalmente con el príncipe, aconsejó no hacerlo antes) y el 12 fondearon en Mesina.

Con los medios precarios con que contaba la Orden, hubo de comprar solo tres galeras. ¿Qué se hizo de aquella flota de siete galeras, que orgullosa patrullara el mar y fuera terror del Turco? ¡En el fondo del Mediterráneo! Con nostalgia, Giustiniani recordó la estampa de esa flota, rebelde y baguala. Incluso aquella capitana

artísticamente decorada, que saliera con soberbia de los astilleros de Nápoles y su chusma fuera un regalo de Paulo IV, fue atacada sin piedad por ese ciclón sorpresivo. Del naufragio de esa armada, audaz y exquisita, voluptuosa e insolente, solo se salvó una galera, que ahora era un conjunto de maderas putrefactas flotando sobre el mar.

Don Juan al mando supremo

Giustiniani se abocó de inmediato a su tarea. Lo hizo con la obsesión de los poseídos. ¡Al fin podía llevar a la práctica aquello sobre lo que tantas veces pontificara! Con meteórica dedicación fue pensando en todos los detalles.

El Gran Maestre había avisado a Pío V que la Orden concurriría con tres galeras. “Bien” —dijo para sus adentros. “Esas galeras aún no existen; solo es real la voluntad de armarlas” —pensó mientras suspiraba. Sabía que en Mesina había varias galeras ancladas. “Hay que enviar un caballero de la Orden para adquirir las que estuvieren en mejores condiciones” —agregó a sus pensamientos. Eso lo haría de inmediato; “más avanzado el tiempo aumentarían de precio y habría que equiparlas a la buena de Dios” —concluyó, con el razonamiento de un buen cura.

Dispuso dos medidas urgentes. Envío a Jacobo de Castil a Mesina a comprar las galeras y a Alonso de Tejada con una carta del Gran Maestre y otra personal suya ante Don Juan. El propósito era tenerlo al tanto, reiterar la subordinación a su mando y pedir instrucciones. Sabía el prior que no podía adelantar pasos relativos a la estrategia, pero sí en cambio era posible que les anticipara el tipo de armamento que debía instalarse en cada buque, cómo deseaba equiparlos, la protección que debían tener, las características de la

tripulación, a quienes debía instalarse como remeros. “Tejada tenía una relación excelente con el príncipe; su participación con el mando de una galera era algo que debía caerle bien” —pensó con el sentimiento del buen sacerdote que desea colocar su parroquia bajo la advocación de un noble rico y generoso.

Como no era posible esperar otra cosa, los dos españoles cumplieron con lo que se les había encomendado. Había visto Jacobo varias galeras surtas en Mesina. Las revisó acompañado por un marino viejo de la Orden, quien meneaba la cabeza con fatalismo cuando se encontraban con algunas que solo eran galeras apelando a una imaginación frondosa. Después de varios días de inspección minuciosa estuvo en aptitud de pronunciarse: en condiciones aceptables encontró una de fabricación española y dos de manufactura veneciana. Los precios también le resultaban aceptables, no obstante lo cual efectuó las consultas pertinentes al Gran Maestre y a Giustiniani.

Además del estado de navegabilidad de los navíos, otra cosa incidió en la decisión: los remeros eran hombres libres y todas las embarcaciones iban con la dotación prevista. Jacobo quiso persuadirse de la disposición que tenía la chusma y le advirtió que era muy probable que se llevaran a cabo acciones de guerra, con los resultados previsibles: muerte, prisión y eventualmente, naufragio. La respuesta lo sorprendió: los hombres no solo estaban dispuestos a afrontar las consecuencias que se presentaran sino que al valor sumaron entusiasmo.

Si ese era el ánimo de los remeros, los navegantes no se situaron a la zaga. Se trataba de hombres de mar, que habían sometido su existencia a la prueba de las inclemencias y las acechanzas, los abordajes y las requisas, las lluvias y las tempestades, los soles ardientes y los fríos devastadores. Con el temple erigido de

los valientes, agregaron vigor a la causa.

Los Caballeros de Malta compraron los buques; se dispusieron arriesgar el pellejo con esas naves en la futura pelea. Estaban ansiosos por cumplir su deber (había también una cuota de venganza por los padecimientos de Malta), pero era visible que el mar no era su elemento, a pesar de los siglos en Rodas y haber sido una orden marítima. Terreros impenitentes, necesitaban de los marinos para cumplir el cometido propuesto; ahora tendrían otra tarea más: debían supervisar la puesta en marcha de los buques, lo que harían con el auxilio de los navegantes.

La tarea encomendada a Alonso también fue llevada a buen recaudo. Embarcó en una galera ligera, que se dirigía al continente. Alonso no pudo menos que recordar el anterior viaje a España, cuando lo consumía la ansiedad por ver a Noelia y a sus padres. Ahora no se había vestido con la aparatosidad de antaño, ni piratas bereberes intentaron abordar la nave en que viajaba. Llegó en poco tiempo a Málaga, que era el puerto de destino de la embarcación y de inmediato se encaminó a la estación de postas; allí alquiló un caballo de buen porte para viajar a Madrid, donde pensaba encontrar a Don Juan, antes de que éste se dirigiera a Barcelona. Era un buen matungo andaluz, de aliento generoso, veloz y de buena presencia, pero no consiguió hacerlo olvidar de Barón, esa noble bestia que muriera de un disparo moro en una fría ladera de las Sierras Nevadas.

Puso a un sostenido trote al animal, y las leguas fueron devoradas en la inescrutable soledad del jinete. Al cabo de un tiempo advirtió que debajo del arnés que sujetaba la montura se formaba agua que secretaba la cabalgadura. Pasó la mano por debajo de la sudadera y advirtió lo mismo; puso la caballería al paso. Pronto anochecería y era conveniente buscar una posada digna, donde el rocín pudiera recibir una abundante dosis de pienso y agua, para

satisfacer la que había perdido durante la marcha; si él también recibiera alimentos, mejor todavía.

Así, después de algunas jornadas de cabalgatas intensas, llegó a Madrid. El príncipe se encontraba en la ciudad y Alonso encaminó sus pasos al palacio de Austria con la intención de entrevistarlo. Había devuelto el caballo al establo que le indicaran en Málaga y si retornaba rápido deseaba hacerlo en el mismo jumento. Tomó un oche de plaza y al llegar a la residencia de Don Juan, inquirió al mayordomo que lo recibiera:

-Por favor con Su Alteza —dijo con soltura.

-¿Quién lo busca? —respondió el anciano lacayo.

-Alonso de Tejada. De la Orden de Malta —repuso sin vacilar.

Al cabo de algunos instantes, regresó el ayuda de cámara e hizo ingresar a una coqueta biblioteca al zamorano.

Mirando el lomo de tantos libros, Alonso pensó en su propio pasado y en la primitiva estancia en Alcalá, cuando por la mente paterna tal vez viboreara la idea de hacerlo un intelectual. Pronto ingresó el príncipe y con la sencillez habitual no ocultó la alegría de encontrarse con su viejo conocido:

-¡Alonso de Tejada! ¿A que debo esta feliz visita?

-Alteza. Como sabéis pertenezco a la Orden de Malta y tanto su Gran Maestre como el prior de Mesina me han dado sendas misivas para vos. Lo han hecho en forma personal, por mi intermedio, pues desean que además de lo que hayan escrito yo os provea de la información que necesitéis saber, para lo cual me consideran

informado.

-¡Por Nuestro Señor, querido amigo! Sé bien quien sois y tengo bien presente vuestra bravura. Si os place, leeré las cartas y cuando haya terminado con ellas ampliaréis los conceptos que me hubieren parecido oscuros. Imagino que sabréis que se ha organizado una alianza entre España, Venecia y el papado. “Liga Santa” se llama, porque se ha conformado entre las potencias cristianas —como una suerte de Cruzada— para oponerse a los infieles. Mientras hablaba con el Caballero de Malta, Don Juan— dando muestras elocuentes de su notable excentricidad —acariciaba en forma distraída, con una mano larga y cuidada, la melena de un robusto león africano que estaba mansamente rendido a sus pies.

-No solo sé de su existencia, Alteza, sino que esas cartas que os he traído se refieren al futuro enfrentamiento. Leedlas, os lo ruego — contestó Tejada evitando mirar al león y haciendo como si éste no existiera.

El príncipe rasgó los sobres que contenían la correspondencia y la devoró. Con serenidad dijo a Tejada:

-Mi querido Alonso. Hoy, 14 de junio, es un día feliz para mí. No solo porque he vuelto a veros después de la rebelión de los moros, sino por las noticias que me traéis. Es verdad que los secretos no existen, según suele decirse, y la participación de los Caballeros de San Juan en esta especie de cruzada se daba por descontada. Más aún me alegra saber que vais a ser de la partida. Sé que de Castil es vuestro buen amigo y Giustiniani llega precedido por su fama — refirió Don Juan con una sonrisa.

-Alteza; tanto de Castil como un servidor iremos a órdenes del Prior, pero todos sujetos a vuestra autoridad. Por supuesto, una de las

razones que ha inducido a la Orden a que tomara contacto con vos, es justamente la de expresaros esta subordinación y preguntaros cuál será nuestra misión si hubiera combate —expresó con humildad de Tejada.

-Tened por seguro que combate habrá. Buscaremos la flota otomana en todas las islas griegas, aun cuando pretenda caletear aprovechando la sinuosidad de sus costas. Si a pesar de todo nuestro empeño no damos con ella, efectuaremos las razzias necesarias en toda la tierra que han usurpado, ofreciéndoles el fuego de nuestros cañones —señaló con energía el príncipe. Por lo demás, os quiero a mi derecha. Sé que es inútil todo intento de frenar a Giustiniani. Será suficiente que divise la media luna de la insignia turca, para que enderece el mascarón de su galera con toda vehemencia, aun cuando de antemano se supiera que con ese tafetán individualizan toda la armada del Sultán —agregó, de buen talante, de Austria.

-Tened por cierto que no defeccionaremos, y mirando a estribor siempre veréis nuestras galeras secundándoos. En mi caso, hay, además de la lealtad y afecto que os profeso, una deuda de sangre: en 1531 vuestro padre, el Emperador, encomendó a don García de Toledo (hijo del duque de Alba) batir al Turco. El teniente de esa fuerza fue el conde del Tajo, mi padre, cuyo nombre debo honrar, por amor a su prosapia y por ser también el mío. Dad por cierto que la San Juan, que comandará quien os habla y la San Pedro, a órdenes de Jacobo de Castil, estarán siempre a vuestra derecha. De la Capitana de la Religión no puedo aseguraros nada, porque como bien vos decís, es probable que ni nosotros podamos impedir su embestida a la flota otomana —concluyó, bromeando, Alonso.

Pero Alteza, decidme ¿existe alguna otra disposición táctica que debemos conocer de antemano? —dijo, recuperando la seriedad, de Tejada.

-Podéis ganar tiempo en otro aspecto, pues será una orden que habré de impartir en su momento a toda la Armada: haced serruchar vuestros mascarones de proa. He pensado en el desarrollo de la batalla y creo que estará llamada a constituir el postrer intento de una lucha en que querrán prevalecer las armas blancas, la infantería, los abordajes. Pienso que la guerra del futuro está llamada a que, por encima del valor de los hombres, se imponga el poder de la artillería. En ese sentido, considero que el mascarón de proa, lo mismo que el espolón, obstruyen la línea de fuego que llevan los cañones principales e impiden que la puntería sea efectiva. Hacedlas serruchar y no solo liberaréis los cuatro o seis cañones de proa, permitiéndoles apuntar hacia la línea de flotación del enemigo, sino que podréis barrer la cubierta, que estará atestada de soldados prestos a abordar vuestras naves.

-Os agradezco esta orden, Alteza y pido vuestra autorización para regresar a Malta —repuso Alonso.

-Concedida, pero esperad un momento que dictaré unas líneas a los remitentes de esta correspondencia —replicó, con cortesía, de Austria. Olvidaba deciros —agregó— que es imprescindible que lleve cada galera una red metálica lo más tupida posible para impedir los intentos de abordaje, clavando garfios la tropa enemiga en vuestros buques y penetrando después columpiándose en los cabos.

La visita que Tejada realizara a España para entrevistar a Don Juan había concluido. Dirigió sus ojos al cielo y advirtió que faltaba mucho para terminar el día. Decidió que en la misma jornada podría emprender el regreso a Málaga, tarea que consideraba urgente y dirigió sus pasos al establo donde había dejado el caballo.

Cuando lo montó, no pudo reprimir una sonrisa: habían

regresado a su memoria aquellos versos del Cantar del Mío Cid:

“Solo por necesidad batallo,
Más una vez puesto en mi silla,
Se va ensanchando Castilla,
Al frente de mi caballo”.

No era el caso de ese momento; no había enfrentamientos armados, ni los moros acechaban detrás de un monte. Pero era evidente que muy pronto habrían de encontrarse las fuerzas de la cristiandad con los islamitas y ese desafío lo transportaba a los tiempos de la Reconquista, cuando el señorío de algunas regiones de España enfrentó la usurpación de siete siglos.



Sebastiano Veniero

[Volver al índice](#)

CAPÍTULO XI

Velando armas

La estrategia

Las galeras de Venecia habían zarpado a principios de junio.

El Papa no quiso ser menos y dispuso las suyas en el puerto de Civitavecchia, hacia donde se dirigió Marco Antonio Colonna para fiscalizar que fueran puestas en condiciones. Lo secundaba Cosme de Medicis, quien puso en evidencia la nobleza de una actitud recta y honrada no solo respecto del pontífice, sino del mismo Colonna.

¿Y las de España, por qué no venían? Pronto el calor del verano europeo habría de llegar a su punto de máxima y el Papa no tenía noticias de los españoles (salvo una contestación de Don Juan), no obstante que de su puño y letra había escrito a fines de mayo a Felipe.

Sabía que los españoles no habrían de defecionar y el hecho de que el hermano del rey fuera el comandante supremo era cosa que aumentaba las garantías. Pero lo preocupaba la reacción de Venecia; sabía —por supuesto— que estos habían integrado la Liga a pesar de numerosos intentos que procuraron, hasta último momento, sabotear la incorporación.

De hecho (entre otros, por ejemplo, los franceses, que actuaban como agentes del Turco; los pertenecientes al partido “comercial” o mercantilista, y en general aquellos pacifistas que estaban dispuestos a negociar con los otomanos entregándoles soldados y personas a cambio de continuar ganando dinero), hacían lo posible para que Venecia se retirara de la Alianza. Incluso un cardenal, perteneciente a una de las familias principales de la Ciudad-Estado, torpedeó la Santa Liga después de constituida, actitud que provocara un gran enojo por parte del Papa, como se ha dicho.

Era consciente, además, de la antipatía que se tenían ambas naciones; lo único que faltaba era que ahora, una actitud renuente de España, echara por tierra todos los esfuerzos realizados. Era evidente que el pobre Ghislieri no ganaba para sustos.

Para colmo, la Serenísima había despachado su flota bajo el mando de Sebastiano Veniero, un viejo abogado de escasas pulgas, provocador y poco amigo de la conciliación. Si, como muchas voces decían, la flota veneciana estaba en malas condiciones, habría que obrar con mucha prudencia y una elevada cuota de diplomacia para decírselo a Veniero, por temor a desatar, por vía de incompreensión, su ira.

Pero el Papa no quería hacerse eco de rumores, ni dar fe sobre versiones que él, personalmente, no había confirmado respecto del estado de las galeras. Eso lo vería Don Juan de Austria; nadie más interesado que él en afianzar la contundencia de la armada; él se encargaría de efectuar los reclamos ante Veniero, si fuera del caso. Le habían dicho que ese joven príncipe tenía la virtud de ejercer el mando con contundencia, con una gran autoridad, pero con un arte digno de Bizancio. Por otra parte, conservaba de Don Juan la mejor impresión, obtenida por carta; confiaba en él y en su eficiencia... ya se

las arreglaría.

Con ese pensamiento, Ghislieri puso fin a las dudas que lo habían asolado. Trataría de apurar a los españoles, aunque sabía de sobra que la lentitud era un componente natural de esa raza altiva y valerosa.

Recién el 16 de julio zarpó de Barcelona Don Juan. Lo hizo con 48 galeras y puso proa a Génova, donde pensaba sumar su flota a la de Juan Andrea Doria, que lo estaba esperando. Llegaba Juan de Austria con todo el brillo de una indumentaria lujosa; lo hacía en la “Real”, la que sería su nave capitana y la insignia de la flota, recién botada de astilleros donde los mejores artesanos habían volcado su ciencia naval para hacer de esa galera, no solo un sobresaliente elemento para el combate, sino un hábitat confortable y digno para el príncipe. Antes de hacerse a la mar, el navío fue objeto de deslumbrantes pinturas confeccionadas por el pincel de don Juan Bautista Castello, el Bergamasco, uno de los artistas más consagrados en la España medieval, a las que se agregaron importantes obras de Tortorello y el sevillano Malara, discípulo y continuador del Bergamasco, que había muerto en 1569.

Es fácil imaginarse el aspecto de Don Juan, con solo observar las pinturas que de él hicieron célebres artistas, cuyos retratos están en el Prado (uno de ellos puede observarse en El Escorial).

Según esas pinturas, no era el príncipe uno de esos generales a la usanza clásica, cuya fisonomía, de montaraz dureza, tomara los surcos que dejaron los gritos de las batallas, los lamentos de los heridos, la excitación de la guerra con los ojos de la muerte. No había en su porte ni en su semblante ferocidad, o la agreste estampa del guerrero. El hombre que brilló en Lepanto tenía cachetes sonrosados, manos largas y de dedos finos que poblaban numerosos anillos; por

caso, su índice derecho lucía una enorme esmeralda tallada con forma de corazón y el meñique de su otra mano estaba adornado por un majestuoso rubí. La espada, en la que una mano indolente se apoyaba sobre el pomo de la empuñadura, estaba damasquinada con líneas de oro y plata, y poseía un gavilán de oro macizo, que habría de relampaguear bajo los rayos del sol cuando ese joven general la blandiera en Lepanto. Sus pies, de dimensiones femeniles, estaban cubiertos por un par de botas altas, que protegían pantorrillas y parte de los muslos; en la pintura de El Escorial, el príncipe ni siquiera se protege con aquellas. El coselete terminaba estrechado en una cintura de avispa, que recién se ensanchaba en los gregüescos, en general de color morado.

Ese joven, de ojos azulados y rizos rubios, bajo ese aspecto de mequetrefe tilingo, escondía una inteligencia notable y una disposición natural a la valentía, el mando y la astucia.

Fiel a su costumbre de vivir a lo grande, se hospedó en el palacio de los Doria (Andrea había transcurrido su vida en una hermosa residencia cercana a la Catedral; al término de sus días hizo construir el famoso palacio que aún hoy se encuentra en pie), una de las mansiones más importantes del puerto. Con una inmensa comitiva, visitó la basílica de San Lorenzo, donde los restos de Andrea esperaban el juicio final, en un reposo que sobrevivía las fechas. En verdad, las honras fúnebres le fueron hechas en la iglesia Catedral de Génova, rodeado por los frescos de Luca Cambiaso, un célebre artista genovés que murió en el Escorial quince años después de Lepanto. Tiempo más tarde su familia hizo construir la iglesia de San Mateo, donde sus restos fueron trasladados definitivamente a un artístico sarcófago, bellamente concebido en mármol de Carrara; en su planta inferior yace Juan Andrea Doria, su sobrino-nieto, sobre quien se emitieron juicios tan contradictorios en Lepanto.

La imaginación del visitante tiende a suponer que los propios genoveses sienten vergüenza de Juan Andrea, cuyo comportamiento en Lepanto (al revés de lo que en general se dice) puso en evidencia no solo su descollante talento naval (por algo fue hijo adoptivo del más insigne almirante genovés), sino la valentía con que actuó en ese enfrentamiento. El reposo final de sus huesos en un verdadero sótano, planta de casi imposible acceso, por debajo del legendario Andrea, certifica que los pueblos raramente alcanzan el valor de la objetividad en sus apreciaciones históricas, porque padecen los efectos prodigiosos de la propaganda y el descrédito.

Dicho sea de paso, el tío abuelo había adoptado a Juan Andrea (su progenitor había muerto) y, como suele hacer un buen padre, le había confiado el mando de diez galeras con el encargo de dar caza al pirata Dragut, cuyas tropelías tenían cansada a España. Ello ocurrió en Cerdeña, donde el éxito del joven Juan Andrea y la prisión ya relatada del corsario (de manera simultánea se liberó a La Valetta) han sido referidas más arriba.

Aunque Austria permaneció pocos días en Génova, tuvo tiempo de hacer suspirar a las numerosas niñas que se afanaban por conocerlo y como siempre, descolló en el baile que se brindó en su honor. Se había visto con su primo Alejandro Farnesio y de inmediato la felicidad acudió al encuentro de ambos. Durante el baile y entre bromas se oyó decir a Don Juan de Austria, dirigiéndose a su primo:

-¿No bailáis, Alejandro? ¡Ah...! ¡Pero que cabeza la mía! ¡Olvidé que estabais casado!

Parecía el diálogo despreocupado que mantienen dos tunantes, si no fuera que más allá de la indiferencia aparente de Don Juan, latiera el ardor de una mente obsesionada por la guerra y preocupada por las obligaciones asumidas. También en Farnesio, bajo

el barniz fingido de la frivolidad, se agitaba la pasión por el deber.

En las escasas jornadas que vivió en Génova —las indispensables para efectuar las combinaciones adecuadas con Doria — recibió la visita de Cosme de Medicis.

Los Medicis se consideraban a sí mismos los “dueños” de Florencia, y la secular disputa con Siena y Pisa concluyó con la victoria final de aquella; como consecuencia de ello, toda la región toscana quedó a sus pies. Pero los franceses, en su afán por complicar a España, habían esparcido la versión de que Austria no reclutaba soldados y armamento para vencer a los turcos, sino para apoderarse de la Toscana. Cosme, acostumbrado a ver bajo el agua, dudaba de esos rumores lanzados por Francia como disparos al aire, pero al mismo tiempo, la ancestral costumbre de su familia de dormir con un solo ojo cerrado, había aportado enormes beneficios al clan. Cosme I descreía de los rumores, pero por las dudas...

Sin pensarlo dos veces, viajó a Génova a entrevistar al príncipe y de paso, palpar de cerca la realidad. No pudo regresar sino con una absoluta conformidad: Don Juan solo pensaba en los turcos; dudaba de la lealtad y eficacia de las galeras venecianas, pero era noble y confiado respecto del Papa y sus aliados. La región toscana podía dormir tranquila; en especial los Medicis.

Tanto como para aventar suspicacias, Don Juan destacó a dos hombres de su confianza para llevar tranquilidad por su demora: envió a Moncada a Venecia y a Carrillo a Roma. Tenían una consigna clara: a Venecia, Moncada debía anunciar su próxima llegada a Mesina, con una sola escala previa en Nápoles. Las instrucciones a Carrillo eran más complicadas: debía agradecer al Papa la designación con que lo había favorecido y al mismo tiempo llevarle excusas por su demora, explicándole las razones que habían interferido sus deseos.

La gestión de Carrillo fue exitosa; dejó Roma el 7 de agosto y el pontífice le encomendó que dijera a Don Juan que lo acompañaría con sus oraciones y no olvidara que en tanto iba a pelear por la fe católica, Dios habría de concederle la victoria. Dijo algo más, como no podía ser menos en un hombre que monologaba con el Señor en sus oraciones. Tanto como para cobrar un “vuelto” de sus bendiciones, le señaló que para que Dios volcara su interés por el triunfo cristiano, era preciso que la tripulación estuviera en Gracia, con una conducta auténticamente grata a Su vista: confesando los pecados y comulgando.

Parecía esto un propósito impracticable en dotaciones de soldados endurecidos por la familiaridad con la muerte, que navegarían hacinados en esas galeras de dimensiones pequeñas y con la piel a merced de las alimañas más inmundas que pudieran vivir en esos antros flotantes.

A fe que la tarea no era sencilla. Esos gloriosos tercios, la infantería de España, que había paseado su valor por todos los campos de batalla del mundo conocido y ahora se embarcaba para dar una prueba más de su invencibilidad, no estaba compuesta por sacristanes ni monaguillos. Eran hombres de la bebida y el juego, de la prostitución y los dados, de escupitajos y risotadas; aventureros que tanto darían la vida por salvar un camarada en el combate, como no dudarían en saquearlo de inmediato en una partida de naipes.

La blasfemia —que estaba a flor de labios de esa soldadesca convertida en marinería— fue prohibida por Don Juan a instancias del Papa y el castigo que se impuso fue colosal: treinta azotes en la primera ocasión, la horca en la reincidencia.

Dos individuos sirvieron de ejemplo: con la espalda cubierta

por innumerables rebencazos, el Generalísimo los consideró contumaces y ordenó que se los colgara de la entena perteneciente a la galera insignia. La sentencia se cumplió a la vista de toda la flota; a partir de ese momento las blasfemias se terminaron a bordo y ni siquiera juramentos o palabrotas dichas en voz baja se escucharon en los rincones más apartados de la armada.

El rigor de aquellas sentencias —tan negativas conforme a una doctrina actual— sirvió para que ese tropel de chusma y soldados no solo dejara de insultar en nombre de Dios, sino que confesara y comulgara.

Para ayudar a este comportamiento, Pío V dispuso el embarque de doscientos cincuenta sacerdotes de varias órdenes religiosas (fundamentalmente franciscanos —viajaron con los venecianos— y jesuitas —lo hicieron con los españoles— que fueron asignados a la dotación de cada embarcación. En el ardor del combate no pudieron dejar de sentirse soldados y se los vio con las cogullas levantadas por encima de la cintura, con picas o espadas asidas con fiereza, repartiendo mandobles a diestra y siniestra.

Cuando se despidió del emisario de Don Juan, el Papa también encareció a Carrillo que entregara al príncipe la santa insignia de la Liga, bendecida por él mismo. Por su parte, la misión de Moncada dejó tranquilos a los venecianos.

Don Juan llegó a Nápoles el 8 de agosto y al día siguiente el cardenal Granvela, Virrey de España, ofició una santa misa en la cual le entregó el estandarte de la Liga que había llevado Carrillo; (hoy debería verse en la Catedral de Toledo, la que lo remitió al Museo de la Santa Cruz. No está a la vista del público; se encuentra resguardado hasta la construcción de una pared lo suficientemente importante como para lucirlo sin mengua) y el bastón, que lo acreditaba como

comandante supremo de la flota.

Aqué era imponente; al besarlo, un escalofrío corrió por la espalda del joven príncipe. Recordaba aquel disparo que lo tenía por destinatario y al rebotar en su casco dio en el hombro de don Luis causando su muerte, nada menos que la del hombre al que más quisiera y de quien recibiera sincero amor paterno. Pensó en su infancia, en el desconocimiento de su origen, el trato frío y distante de sus primeros tutores y el afecto con que don Luis y doña Magdalena acompañaron los momentos felices de su inocencia. No pudo olvidar a ese hermano, poderoso y distante, a quien debiera el encumbramiento de que gozaba y cuyas manos acariciaron su cabeza infantil apartándose bruscamente de su lado para impedir que la emoción lo traicionara. Todo ello ocurrió ante la mirada severa de Alba y Quijada. Tampoco ignoró en ese instante a ese anciano que preparaba su alma para enfrentar al Creador y que con mano temblorosa palpó sus rizos en el monasterio de Yuste.

¡Cuántas cosas habían ocurrido desde entonces! Con el frenesí de imágenes superpuestas por la velocidad, desfilaron ante su mente la Corte, las mujeres que mansamente se entregaran a sus pretensiones, el fracaso de la escapada a Barcelona, la partida de don Álvaro de Bazán al frente de las galeras de España para unirse a García de Toledo, el enojo del rey, la intercesión de doña Isabel, esa reina que fuera para el joven príncipe la hermana que no tuvo. Vinieron después las Alpujarras, la rebelión que el reino había imaginado un paseo y terminó insumiéndole los mejores recursos para poder sofocarla. Allí empezó a brillar su estrella. El ansia de gloria debía quedar satisfecha en esta empresa que el mismo Papa, con persistente intervención, había bendecido.

La concurrencia popular a esa solemne ceremonia había sido masiva: “¡Amén!, ¡amén!” respondía con unción y profundamente

conmovida a las impetraciones del cardenal.

El trato que Nápoles dispensara a Austria terminó subyugando a ese general que tenía solo 24 años. Cedió a las tentaciones mundanas que le deparaba el trato afectuoso de toda una comunidad y prolongó la estadía más de lo debido. El pontífice no pudo ocultar su impaciencia, acongojado por las noticias que le llegaban acerca del avance de la armada turca, en ese momento incursionando por el Adriático.

El día 17 de agosto —una semana después del arribo de Don Juan a la ciudad— envió a Pablo Odescalchi con una carta que él mismo escribiera, implorándole partir de una vez. La redactó con tanta humildad que el príncipe no pudo sino conmoverse: Austria lo hizo de inmediato, como si la advertencia papal hubiera obrado como un sacudón a su deleite y el 23 ya estuvo de nuevo en el mar. Al día siguiente alcanzó Mesina. En el trayecto, y antes de llegar a destino, sorteó el islote que hoy se conoce con el nombre de Stromboli, y que en su anterior incursión náutica, obtuviera del piloto la advertencia de que jamás ingresara por el espacio que existe entre tierra firme y la isla. En esa cadena volcánica están latentes —aún hoy— los vestigios de sucesivas erupciones que muestran al navegante las fuerzas portentosas de la naturaleza.

Al fondear, se encontró con las formaciones que respectivamente comandaban Veniero y Colonna, a cuyo imponente colorido se sumara también la pequeña escuadra de la Orden, con el bravo Giustiniani a la cabeza. Por cierto, el Prior de Mesina había transportado a maese Romegán, (fiero ejecutor de muchas conquistas a expensas de los otomanos) quien, como sustituto del Gran Maestre de la Orden y por disposición del Papa, ocupaba el cargo de lugarteniente de Marco Antonio Colonna. Ahora sí que eran muchos y bien preparados; ya vería ese enemigo orgulloso y

temerario que se consideraba invencible.

La ciudad de Mesina, que fuera codicia de griegos y fenicios, cartagineses y romanos, árabes y normandos, aragoneses y suevos, prodigó un recibimiento deslumbrante al hijo bastardo del emperador. Los sicilianos quedaron deslumbrados por sus bucles rubios y los ojos que tenían el color del Mediterráneo; las mujeres, hechizadas por ese mozo de varonil hermosura.

La primera medida de Juan de Austria fue convocar a un Consejo de la Liga; ante la mirada severa de los almirantes de Venecia y del Papa, y el respaldo explícito de los marinos españoles, rindió examen. Con humildad y diplomacia excusó su tardanza, que atribuyó a las obvias y conocidas razones que demandara alistar las galeras y aprontar las tropas. Sin embargo, no dejó de hacer notar que era él quien comandaba a todas las fuerzas y que la anarquía no sería admitida.

Tal vez algo molesto con esas palabras se sintiera Veniero, que poco y nada entendía de cuestiones militares y toda su vida, hasta los 70 años que lucía en ese momento, los había pasado entre el foro, que escuchaba sus elocuentes alegatos legales y los permanentes lances, que habían cubierto su cuerpo de cicatrices. Altivo y de pésimo carácter, los diez miembros del Consejo que regía Venecia, por unanimidad, lo habían designado Proveedor en Chipre y esos “malditos turcos” le habían impedido asumir el cargo.

También dejó en evidencia Don Juan su espíritu bélico y la confianza absoluta en la victoria final, detalle éste que, a lo largo de los preparativos de la batalla, resultara fundamental.

Una flota en marcha

Después del cónclave, los bajeles se pusieron en marcha rumbo al este. Don Gil de Andrade fue encargado de efectuar la descubierta, porque se sospechaba que, si la flota otomana aún no había puesto proa al Bósforo, era posible que se la encontrara en el estuario final del Adriático. Aún después de la frustración de Malta, los turcos habían conducido la insolencia de sus ataques al corazón de Occidente.

Ya no estaba el sagaz Solimán al frente. Su muerte había hecho posible que un individuo como Selim II, de quien se decía que tenía inclinaciones afeminadas⁹ y se conocía su afición a la bebida, asumiera la conducción del gran imperio. Por supuesto no tenía las condiciones de su padre, cruel pero justo; ni la de sus dos hermanos que lo precedían en edad y aptitud para conducir el territorio y el poder heredados. Se decía de ambos que poseían dotes de estadistas.

Selim, en cambio, tenía una madre que había hecho lo necesario para que su hijo y no otro sucediera en el mando al sultán muerto. Obsesionado por superar los logros paternos, dio rienda suelta a un carácter influenciabile, aceptó la opinión de consejeros de ocasión y se empecinó en llevar a cabo empresas que pusieron en evidencia que la expansión había tocado techo y de allí en adelante solo cabía a Occidente esperar que el camino de la declinación se hiciera presente... aunque debiera aguardar más de un siglo.

En tanto estos pensamientos bullían en la cabeza de numerosos jefes católicos, la flota cristiana avanzaba con dificultades. Todavía debían agregarse otras galeras y en consecuencia la marcha

9 Ya se ha aclarado el alcance de esta afirmación.

era lenta, esperando las rezagadas. Preocupaba mucho a Don Juan no solo el estado de las galeras venecianas (el rumor que le llegó al Papa era verdadero), sino que cada miembro de la Liga marchara en escuadras formadas por las de su misma nacionalidad y bandera. Pensaba —y con acierto— que ello conspiraba contra el sentido de una Alianza en la que el componente colectivo subsume las individualidades. Además, navegando de ese modo, cualquier contratiempo haría que si uno de los socios no compartiera el criterio de los dos restantes, pudiera marcharse con la totalidad de sus embarcaciones dejando renga a la armada cristiana y frustrada la Liga.

Esa preocupación del Generalísimo era coincidente con su visión estratégica. Intuía que ese sería el último combate entre dos grandes flotas y que la humanidad no vería en el futuro enfrentamientos similares, que en nada habían variado (salvo la incorporación de los cañones) de los que se protagonizaran antes de la venida de Cristo, en tiempos de griegos y persas.

De acuerdo a ese pensamiento consideraba que en la batalla que habría de librarse (Dios mediante) contra los turcos, papel decisivo habría de tener la artillería. Pero como todavía se continuaba con las embestidas de unas galeras contra otras, descontaba que habría de resultar fundamental, entre las embarcaciones que superaran el fuego artillero, el poder de los individuos, es decir, la fuerza de la infantería.

Esta última noción era concordante con la preocupación que tenía respecto de que, si la flota dividía su marcha en escuadras nacionales, podría repetirse lo ocurrido en Mesina, cuando aburridos y pendencieros, los soldados se fueron a las manos con espíritu de cuerpo: nacionalidad contra nacionalidad, arma contra arma, compañía contra compañía. No lo pensó más; ordenó que se enviaran

infantes españoles, famosos por su pertenencia a los Tercios, a cada una de las galeras venecianas e, inversamente, una parte similar de los mercenarios que revistaban en las naves de Venecia, pasaran a las galeras de España. Coherente con esta decisión, ordenó que se mezclaran las naves, de modo que el conjunto borrara los vestigios de las individualidades. En concordancia con esta decisión, dispuso que la flota se dividiera en cuatro escuadras: el ala izquierda (que se individualizaba con gallardetes de color amarillo); el centro o “la batalla” de la flota con flámulas color azul (quedaba a su mando) y la extrema derecha, comandada por Juan Andrea Doria, provista de banderolas verdes. La reserva —que debía comandar el principal marino español, don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz— marcharía con grimpolas blancas.

Por supuesto, ninguna de estas medidas fue del agrado de Veniero, quien, soberbio e irritable, debió enfundar su orgullo ante la conformidad expresa de los restantes jefes. No obstante, Veniero (Venecia lo había designado “general”, a pesar de que toda su vida había transcurrido entre legajos, litigios y duelos), que había aceptado en silencio por imposición de la fuerza la decisión de todo el cónclave, amasaba en su pecho una represalia cruel.

El rencor del proveedor veneciano se puso de manifiesto con motivo de un hecho que suscitara dos versiones, aunque la conclusión resultó solo una:

Don Juan ordenó la inspección de todas las galeras para conocer su estado y disponer en consecuencia su ubicación en el momento de la batalla. Repartió la tarea entre aquellas personas de su confianza que estuvieran en condiciones de establecer un dictamen idóneo. De acuerdo a ese temperamento, las de Venecia debían ser examinadas por Juan Andrea Doria. Esto afectó el orgullo de Veniero, quien con inusual energía se opuso a que un genovés, por

quien sentía un profundo odio, revisara sus naves. Cegado por su carácter irascible, el jefe veneciano en venganza ordenó el ahorcamiento de un capitán español y tres lugartenientes.

La restante versión, aunque un tanto rocambolesca, parece más cercana a la realidad, o más bien hace que empalme con la anterior: hasta la inspección de las galeras, el relato es idéntico, pero el rencor de Veniero hacia Doria provendría de que éste había advertido a Don Juan que los navíos de la Serenísimas no tenían el equipamiento anunciado y en consecuencia habían mentado, para obtener más ventajas de las faltriqueras españolas. (También se decía que el resentimiento era anterior; de la predecesora “Liga”, cuando Doria advirtió, a Zanne y Colonna, que se avecinaba una formidable tormenta. Como se desoyeran sus advertencias, Doria levó anclas, ganó el interior del mar y salvó su flota, a diferencia de papales y venecianos, la mayoría de cuyas galeras naufragara, como fuera dicho más arriba).

Ciego de odio, el jefe veneciano se dejó llevar por su ánimo agrio e irascible. Ocurrió que, continuando las reyertas que habían tenido en Mesina, los arcabuceros de España y la marinería de Venecia se fueron a las manos a bordo de la galera veneciana L´Aquila, comandada por Andrea Calergi. El descomunal desorden bien podía convertirse en un motín, porque a los golpes sucedieron los disparos y hubo que lamentar varios muertos. Veniero quiso cortarlo, y envió un hombre suyo acompañado por ayudantes, que fueron recibidos a balazos, uno de los cuales dio de lleno en el pecho del individuo causando su muerte. Un capitán del Tercio español, acudió en apoyo de sus hombres, impidiendo la intervención del general veneciano. Otra galera de Venecia, al advertir el disturbio, se acercó y le manifestó su apoyo a Veniero. Éste, con los refuerzos recibidos, abordó L´Aquila e impuso orden. Enfurecido por el desplante del español, no tuvo en cuenta ninguna de las nociones que había puesto

en práctica como abogado y sin más trámite ordenó que se ahorcara al capitán del Tercio y a tres subordinados que lo habían secundado.

Naturalmente, la sanción excedía todo principio de equidad; incluso, aun aplicando una represión draconiana, Veniero tendría que haber demostrado más grandeza asignando una punición pareja; es decir, si la sentencia hubiera sido aplicada contra los componentes de ambos bandos. Hacerlo solo por los de una nacionalidad distinta a la suya, cuando ambos grupos habían protagonizado el desorden por igual, no solo fue desafortunado sino que estuvo a punto de echar por tierra con la alianza. Era evidente, por otra parte, que Veniero se había extralimitado, puesto que la condena de muerte solo podía ser aplicada por decisión del Consejo Supremo de la Liga.

Don Juan se encontraba en la Real con varios colaboradores y estaba siendo informado de esos sucesos, que le iban provocando un estado de ánimo más encendido a cada instante. En ese momento, alguien, con un grito de sorpresa, le señaló la galera en cuestión, donde podía verse el cuerpo de los cuatro españoles ajusticiados pendiendo de la entena de la nave. Austria, indignado, casi fuera de sí, preguntó con qué autoridad Veniero había ordenado semejante medida, sin su previa notificación y autorización. Rodeado de incondicionales, éstos proclamaron por unanimidad el inevitable escarmiento de Veniero, culminación de esperadas sanciones al irritable veneciano.

Como es de imaginar, Don Juan no precisaba que se echara más leña al fuego, porque su indignación iba en aumento; ordenó que Veniero fuera traído por la fuerza a su presencia para aplicarle una sanción tan grave como la que él había ordenado. Sin dudas la reacción de Don Juan estaba justificada, pero las galeras venecianas habían abandonado sus lugares en la formación, situándose en posición de combate para defender a su general. A su vez, las

españolas y las pontificias habían hecho lo mismo junto a la Real.

El sometimiento forzado, después de un combate ridículo entre los propios asociados, solo hubiera significado presentarse debilitados ante la flota otomana. Austria, con esa mezcla de juventud, arrebato y valentía, estaba dispuesto a llevarlo a cabo, no solo para vengar a los soldados españoles, sino para abatir mediante un acto justo la soberbia de Veniero. Sin embargo, los hombres de más autoridad de la Armada se esforzaron en disuadirlo; Requesens y Bazán extremaron sus empeños y Colonna acentuó su humildad para que Austria aceptara el llamado a la piedad:

-Alteza. Os imploro que no llevéis a cabo vuestro intento. No es que el acto del Proveedor no merezca vuestra intervención y la ferocidad del hecho no debiera ser sancionada. Pero pensad en las consecuencias: estamos próximos a encontrarnos con la flota turca; es posible que ella navegue con tantas unidades como nosotros o más aún; si nos presentáramos debilitados por las galeras que se van a perder en la acción solo conseguiríamos su felicidad y risa. Os imploro que pospongáis la pena —le pidió con toda humildad.

Marco Antonio Colonna era príncipe de la nobleza vaticana y además se decía que descendía de Augusto; unió la acción a la palabra e hincó la rodilla para implorar a Don Juan que olvidara por el momento la pena, lo que sin duda conmovió al Generalísimo. El marqués de Santa Cruz sumó su súplica y, atónito por las personas que hacían el ruego, Austria declinó su arrebato.

-Sea como lo deseáis. Pero no quiero ver más a Veniero; que su lugar lo ocupe el segundo, Barbarigo, y que éste sea el que comande la flota veneciana – aceptó mientras meneaba la cabeza y apretaba los dientes.

Silencioso y avergonzado, Veniero habrá recordado que es cierta aquella afirmación que asegura que la venganza no es complaciente con el que la ejecuta ni asegura su felicidad.

Después del incidente, la armada siguió su derrota hasta Corfú, isla que conservaba las heridas que le había impuesto la reciente visita turca, ensañada con la población del lugar, a la que hizo víctima de abusos como los realizados en Chipre. Don Juan —ratificando la esperanza que había puesto en la artillería— embarcó los cañones que tenía el enclave y todos los soldados de infantería disponibles (obviamente, suponía que las galeras superarían el cañoneo después de la acometida inicial y jugarían su suerte a la lucha de los combatientes). Fiel a la creencia que había anticipado en Madrid a Tejada, ordenó que todas las galeras serrucharan el espolón de proa, de manera de liberar de obstáculos los disparos de los cuatro o seis cañones instalados en la proa de los bajeles y urgió a todos los comandantes extremar los obstáculos al abordaje enemigo mediante las redes metálicas.

Como algunos capitanes se lamentaran de que esas medidas no las había ordenado antes, cuando todavía estaban anclados en Mesina, Don Juan les contestó con una sonrisa irónica en el rostro:

-Nosotros tenemos espías en Estambul que tratan de mantenernos informados investigando los secretos del turco. ¿Quién está en condiciones de afirmar sin error que el turco no hace lo mismo con nosotros? ¿Quién puede asegurar que el mozo de cuadra, el palafrenero que alimenta los caballos o una anciana piadosa, no espían para el enemigo? “No, mis estimados amigos” —concluyó con una sonrisa maliciosa y golpeando con levedad su torso— “estas cosas están mejor guardadas en el pecho del comandante”.

Nada dijo, sin embargo, que esas mismas recomendaciones las

había hecho a Alonso cuando éste lo visitara en Madrid. Pero en ese caso, habría que aplaudir la perspicacia de Austria, que adivinó que esas confidencias se las estaba haciendo a un hombre que, a la natural reserva que poseía, sumaba su inclinación por el secreto en las operaciones militares.



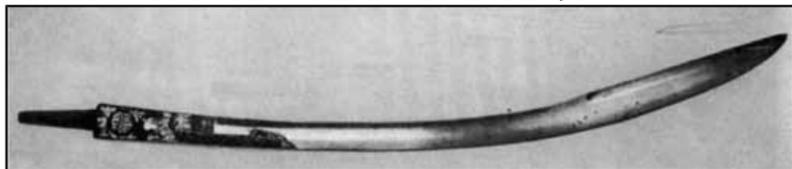
1: Casco otomano;



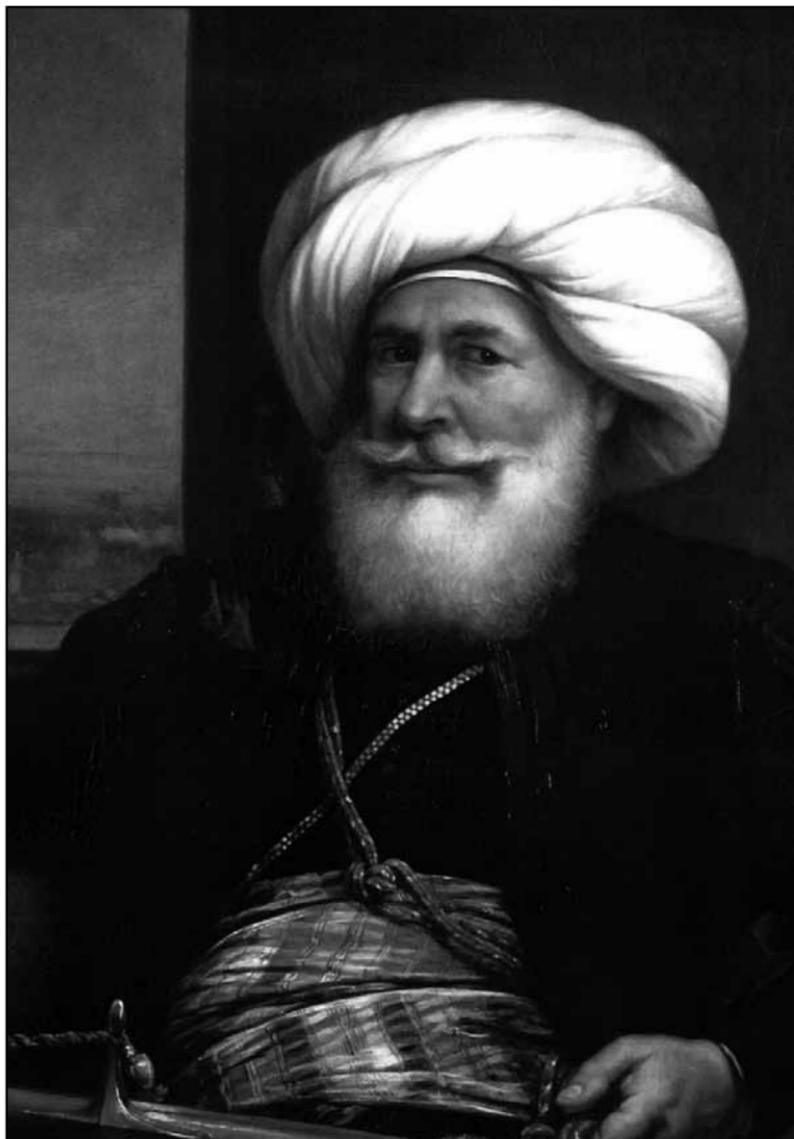
2: Almete de Alí Pachá;



3: Arcabuz otomano;



4: Cimitarra de Alí Pachá



Alí Pachá

[Volver al índice](#)

El consejo otomano

Por su parte, los turcos se constituyeron en asamblea en la Sultana, convocada por Muzzenade Alí Bajá. Concurrieron a la reunión Mohamet Scirocco, bey de Alejandría; Solimán Bey guardián de Constantinopla; Hassan Bey, señor de Rodas; Yussel Menni virrey de Trípoli; Aga Bajá señor de Constantinopla; Sinnan Mustafá, bey de Anatolia; Mahomet Bey, rey de Negroponto; Uluch Alí, “el tiñoso”, virrey de Argelia y numerosos almirantes con prestigio bien ganado a través del tiempo, y por supuesto, generales, la mayoría jóvenes e impulsivos hombres de armas. Si bien Alí Bajá (o Pachá) disponía de suficiente autoridad como para resolver por sí solo dar o no batalla, quería contar no solo con el respaldo formal del Consejo, sino además con su buena disposición y compromiso.

-Acabo de recibir una orden de nuestro Sultán —dijo Alí haciendo flamear un folio en el que, un ojo avisado, hubiera advertido el sello de la Sublime Puerta. Nos reclama destruir de inmediato la flota cristiana, cuyo paso ha sido avistado después de hacer aguadas en Corfú.

-La comanda el medio hermano del Rey Católico —acotó, con la idea de introducir una duda el veterano Pertev, cuyas canas le otorgaban la autoridad suficiente como para que nadie osara dudar de su valentía.

Pero los jóvenes generales no estaban dispuestos a retroceder sin pelear y sobre todo, sin victoria. Con la impunidad que proviene de una vida exitosa, ganada al lado de un padre predador y temido, como fuera Karedim Barbarroja, su hijo exclamó:

-¡No es posible evitar la batalla ahora! ¡Destruyamos esa flota que se aventura en nuestro mar!

-¡Por Alá tenemos que abatir esa flota! —agregó el bey de Anatolia, contagiado por el entusiasmo del preopinante y no queriendo sentirse inferior en bravura al hijo del famoso predador.

Mientras este debate se llevaba a cabo, el tenebroso Uluch Alí, como un monje simoníaco, especulaba con una intervención que tuviera consenso mayoritario y de ese modo ubicarse en el bando ganador. Para desgracia suya, erró el cálculo: pensando que la casi totalidad de los guerreros profesionales compartirían una posición negativa al combate, sumó su opinión a quienes estaban en ese lado. Quizá haya influido la posición de Scirocco, que propiciaba una solución práctica y utilitaria: el bey de Alejandría proponía que la formación otomana se replegara sobre el interior del golfo de Pactrás (Lepanto), de manera de obtener el apoyo de la artillería de los fuertes turcos que protegían el mar griego. De este modo, sostenía, la flota cristiana no solo tendría el efecto negativo de navegar lejos de sus bases, sino que, además, sería bombardeada a discreción por cañones de grueso porte, contra los cuales poco podría hacer su vigorosa artillería.

En síntesis, Scirocco deseaba aplicar una solución conservadora y pragmática: asegurar los laureles mediante el empleo de todos los elementos que pudieran favorecer la táctica a utilizar.

Lo que no puede saberse es si Alí Pachá había leído a Alejandro (vía Plutarco) o si confiaba en los datos que le había traído de la armada cristiana su espía Caracoggia, con cuyos informes discrepaban Scirocco y Pertev Pachá.

De acuerdo al relato de Plutarco, el notable macedonio, en

vísperas de la batalla de Gaugamelos, convocó a sus generales a un Consejo de Guerra. Allí recibió la unánime opinión de sus oficiales: creían conveniente librar el enfrentamiento de noche, habida cuenta de la enorme diferencia entre las fuerzas griegas y las del ejército persa. El Consejo apuntaba no solo a evitar que el enemigo pudiera saber el magro racimo de soldados que acompañaba a Alejandro, sino (y principalmente) que éstos no temieran la superioridad en hombres y medios de Darío (se habían incorporado los famosos carros falcados). En esa ocasión el célebre guerrero emitió una frase inolvidable: “Yo no permito que las sombras hurten la victoria”. Es posible que Alí no deseara que los cañones de la costa hurtaran su victoria.

El espionaje turco, a su vez, fue digno de una vista cinematográfica de Hollywood: Caracoggia “disfrazó” las naves que lo acompañaban en la pesquisa con toda la apariencia de las galeras venecianas. Con el mayor sigilo ingresó en la rada donde se encontraba anclada la flota de la Liga y con aparente inocencia navegó entre los buques aprovechando la indiferencia con que era contemplada su escuadrilla. Mientras navegaba, fue contando los navíos enemigos; con ojos inquisidores escrutó el estado de las galeras, el equipamiento de que estaban dotadas, etcétera. De pronto, un vigía advirtió la presencia de esas naves y sospechó de su aparente candor. Dio la voz de alarma y de inmediato se le impartió al turco, orden de aceptar el abordaje pacífico de las embarcaciones para llevar a cabo una inspección de rutina. Caracoggia, percibiendo que su ardid había sido descubierto, no solo no se detuvo acatando la orden impartida, sino que además emprendió una recia huida con el impulso de dotaciones de remeros reforzados y seleccionados entre soldados turcos. Pronto puso distancia con sus perseguidores, que decepcionados y tristes, volvieron a la flota.

En el balance final, la incursión del agente turco fue provechosa

para los cristianos, pues la escuadra de vanguardia, que conducía don Juan de Cardona no se encontraba presente (había sido despachada como descubierta) y la de reserva, a órdenes de don Álvaro de Bazán aún no había arribado, por lo que el número de navíos que llevó el espía al almirante turco era inferior al real. Sin querer, contraespionaje perfecto.

En consecuencia, sea que Alí Pachá hubiese leído a Plutarco, se guiara por las indicaciones que le trajera su fisgón o —lo que es más probable— acatara las órdenes del Sultán, se inclinó a favor de las opiniones belicistas. Con gesto irritado, dirigiéndose especialmente a Uluch, aunque la advertencia iba también para Scirocco, dijo:

-¿Tienen miedo?

La pregunta llenó de alborozo al hijo de Barbarroja, que pasó a liderar el grupo de generales jóvenes.

Tanto como para asumir el mando sobre el conjunto de oficiales experimentados, como por el deber de hacerse respetar, Uluch Alí sintió que debía responder al almirante, y así lo hizo, sosteniendo sus razones de manera calma y haciéndole notar, además, que el propio Alí había requerido opiniones a los presentes.

Con los ojos inyectados en sangre, sintiendo la más viva repulsión por el calabrés, el almirante reiteró:

-Renegado, ¿tienes miedo? La palabra emitida como encabezamiento de la pregunta no hubiera sido ofensiva en si misma, ya que la apostasía era un fenómeno común en ese tiempo y sobre todo en la frontera entre dos imperios, pero Alí la había acentuado de tal forma que convirtió el término en un insulto. Uluch encajó la ofensa; sabía que entre los muchos improperios que debería

escuchar en su dilatada performance de inmoralidad, se incluía esa expresión que aludía a su condición de monje católico pasado al islam.

Sabía también que el grado que había alcanzado lo logró dando muestras de lealtad a la Sublime Puerta. Sin ir más lejos, había sido su natural disposición para el engaño lo que le había permitido eludir la prisión española en el norte de África, para dirigirse a Estambul con la embarcación robada y organizar, por indicación del Sultán, la reconquista de la plaza.

Conocía tanto sus méritos como las limitaciones que tenía y aunque enrojeció, no supieron los restantes participantes si ello se había debido a vergüenza o cólera reprimida. Miró con fijeza al comandante y con voz queda, le dijo:

-Sabes bien que miedo no le tengo a nadie...

Se produjo un silencio espeso en el recinto, que fue cortado por la voz chillona de Mahomet Bey, quien reclamó que se diera batalla a los cristianos. Allí, que no era hombre vacilante y la valentía le resultaba un recurso habitual, dijo palabras que bien podrían haber salido de los labios de Don Juan:

-Alá nos ha encomendado esta guerra; Él nos dará protección suficiente. Que cada uno lleve a cabo lo que de su valor y sabiduría se espera. Los hombres valientes solemos ser vehementes y apasionados y que ninguno se considere agraviado por las palabras que hemos intercambiado recién; soy el primero en arrepentirme de ellas. Que nadie se sienta inseguro en su mando y a todos, sin excepción, los estrecho en un abrazo, precursor del que daré personalmente a cada uno, cuando celebremos la victoria sobre los cristianos. Posó con calidez sus brazos en el cuello de Uluch cuando

se dirigían a la cubierta para embarcar en varios esquifes y dirigirse a su respectiva galera; el incidente había concluido.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, detrás de unas pequeñas islas que más bien parecían escollos salidos del mar para atosigar a los navegantes. Llenó sus pulmones con el aire húmedo y cálido que traía la brisa del golfo. Tal vez a la mañana siguiente se divisara la flota cristiana y si las cosas fueran como tendrían suceder, ese mismo atardecer debía encontrarlo gozando de la victoria. Apenas un día tenía que esperar. Pensó un momento en su harén, pero apartó pronto las especulaciones placenteras; ya habría tiempo para ello; ése no era momento para entretenerse.

Mentalmente repasó los datos que le había acercado Caracoggia; la flota cristiana era en apariencia débil y de pocos navíos. El grueso lo componían las galeras venecianas, la mayoría de ellas en mal estado; con seguridad las dotaciones serían igualmente endebles. Su espía le había informado, además, que junto a la flota iban unas embarcaciones pesadas y escasamente marineras, al extremo que tenían que remolcarlas algunas galeras. Bueno, a no preocuparse por ellas; ya las vería si llegara a enfrentarlas. Por otra parte, si eran tan poco maniobrables y su movilidad tan precaria, lo más probable era que los propios cristianos las desdeñaran... si es que en realidad su flota se animaba a presentar batalla.

En su cabeza ya bullía la estrategia que pondría en marcha. Ante todo trataría de salir a mar abierto, de manera que, utilizando su mayor número de galeras, pudiera rodear y encerrar a los cristianos. ¡Ni se imaginan los infieles lo que les espera!

No pudo evitar que un rictus de placer asomara a sus ojos. Contaba con más de setenta mil soldados que gritarían con ensordecedor ruido al acercarse a su presa; sabía que siempre los

cristianos amainaban su ímpetu cuando los gritos de guerra otomanos los acobardaban. Por si faltara algo, estaban los feroces jenízaros, con las caras y manos pintadas de rojo, alfanje en mano, con el golpeteo mecánico de sus escudos para infundir miedo. ¡Y a fe que se justificaba tenerlo! Él mismo sentía un estremecimiento íntimo cuando pensaba en esas bestias feroces ¿cómo no habrían de entrar en pánico los cristianos?

Él personalmente comandaría “la batalla”, es decir la formación responsable de enfrenar al centro cristiano. Mentalmente se preparó para el combate; sus ojos, habituados a escudriñar la noche, quedaron un momento entrecerrados. ¿Quiénes ocuparían el centro? ¿Los ponentinos?¹⁰ Con un gesto escéptico descalificó esa idea. Lo más probable es que esa formación estuviera en manos de los venecianos. Le habían informado que el hermano bastardo del rey de España era el comandante de la flota. Razón de más para imaginarlo en una de las alas: con seguridad el cristiano supondría que los flancos serían más accesibles y por eso procuraría no involucrarse en una derrota.

Le dijeron que la galera que capitaneaba era hermosa; si fuera mejor que la “Sultana” se la apropiaría como un objeto más del botín. Si era tan hermosa como decían, ¿Sería esa su última noche a bordo de la “Sultana”? Como un individuo nostálgico de objetos materiales, pasó sus manos por la obra muerta de la nave; acarició los cabos, el timón, el palo de mesana. A fin de cuentas en esa galera había transcurrido una parte importante de su vida, desde que el Sultán lo designara comandante de todas las flotas del Imperio. ¿Quién dijo que la cambiaría? ¡No!; se afirmó en la idea. La capitana de los cristianos sería un botín suyo pero no reemplazaría su capitana.

10 Así llamaban los otomanos a los españoles.

Siguió pensando en la jornada del día siguiente, siempre que los cristianos no encontrarán un buen pretexto para desertar. Habían acordado que la flota otomana quedaría formada como una media luna. El cuerno derecho lo comandaría Scirocco, un gran marino, animoso, conocedor hasta el detalle de los bajíos que existen en la zona. El cuerno izquierdo de la luna lo ocuparía Uluch Alí; sintió remordimientos por haberlo tratado tan mal; no lo merecía, y no había dudas: era el mejor marino del Imperio, incluido él mismo. El centro o “la batalla” estaría bajo su directo mando; si hubiera que decidir el combate por uno de los estamentos, con seguridad sería el centro; ni la izquierda ni la derecha harían otra cosa que preparar el enfrentamiento, que sería una operación de pinzas. Por otra parte, ésa era la táctica habitual del Imperio, que se venía aplicando desde los tiempos de Mehemet: rodear a los cristianos y abordarlos, utilizando como agregado el griterío y las amenazas que hacían entrar en pánico a los enemigos. Después, los que no fueran acuchillados serían galeotes esclavos.

En el momento en que su pensamiento incursionó por ese terreno, caviló un instante y mandó llamar al cómitre.

-Llebadme a la sala de remos —le dijo a su hombre ante la estupefacción de su mirada.

Cuando estuvo frente a los esclavos, masa inerte de desperdicios humanos, encadenados a perpetuidad a los bancos de remos, les habló:

-Hijos míos —les dijo dando a su voz el tono de las verdades surgidas del corazón— estoy dispuesto a daros la libertad mañana mismo. Bogad con energía cuando se os pida; obedeced a vuestro cómitre y sobre todo, empuñad los remos con alegría. Acostumbro a cumplir siempre con mi palabra y la que os doy ahora compromete mi

honor y mi nombre. Dad lo mejor de vosotros mañana durante el combate y os prometo que habré de recompensaros con la libertad.

Uno de los esclavos, de pelo que había sido rojizo y ojos lavados, dijo a sus compañeros de encierro ni bien Alí se hubo retirado:

-Nada vale menos que la palabra de un turco cuando compromete su honor. Nuestra única esperanza es que mañana venzan los cristianos y se apiaden de nosotros; no creo que se aproxime un triunfo de ellos, pero si el almirante espera recibir de nosotros una boga empeñosa, sin dudas equivocó de puerto en busca de agua.

Un hombre viejo, que remaba dos bancos detrás del suyo, agregó:

-Cuando estos malditos me esclavizaron yo era un hombre joven. Desde entonces he pasado mi vida encadenado a estos bancos, comiendo restos asquerosos de una escudilla sucia. Vomitando y haciendo mis necesidades en el mismo banco donde remaba ¿de qué me sirve ahora la libertad? ¿qué mujer podría acercarse a estos despojos? Cuando era un hombre joven sentí la necesidad de una mujer; es más, delante de mi banco de boga veía siempre una espalda desnuda y tersa, que me acompañaba con la presencia de la obsesión. Cada vez que le suplicaba al borracho que volvía en los puertos repleto de bebida, comida y prostíbulos, para que me acompañara a una casa de citas solo conseguí latigazos. ¿Ahora nos hablan como lo haría un padre? Que conmigo tampoco cuenten.

El discurso de Alí Pachá había sido un fracaso. Al menos era lo que la “chusma” murmuraba en ausencia del “encargado”. Si de ellos se esperaba algo en la batalla, los turcos solo lo conseguirían con el

famoso látigo de dos puntas. Así también pareció entenderlo el cómitre, que había acompañado al almirante:

“De estos no saldrá nada bueno; mañana remarán a rebencazos”.

No le quedaba otra cosa para pensar a Alí, más que decidir quienes secundarían su trabajo en las galeras inmediatas a la suya. Pero antes de dormirse lo tendría resuelto.

Se dudó de dar batalla

Austria tenía un confidente por carta cuya opinión consultaba a cada momento: el hijo del duque de Alba, don García Álvarez de Toledo. Viejo y enfermo, su veredicto se consideraba el más autorizado en las relaciones con el turco. Le había hecho llegar por escrito algunos consejos puntuales, que eran producto de la observación de una mente curiosa e inteligente y Don Juan tenía siempre esas cartas a mano. Dos datos eran inestimables.

Le encarecía no dar batalla en mar abierto. Don García decía que si no se aceptaba ese criterio se haría el juego al enemigo: éste por todos los medios trataría de rodear su flota y abordarla, actuando como lo haría una jauría de perros hambrientos. Decía que después de la toma de Constantinopla, siempre habían desplegado esa táctica en los combates navales. En ese sentido, sostenía que la Liga debía atacar a la flota otomana en algún estrecho, donde pudiera cerrarse el paso a las galeras que intentaren rodear sus alas. Al mismo tiempo recomendaba no dar batalla cerca de las guarniciones turcas de costa, porque la armada contaría con el apoyo irrecusable de los cañones de tierra, que diezmarían la flota de la Liga.

Zorro viejo, Álvarez de Toledo, además, le arrimó un consejo práctico, mezcla de observación, palpito, inteligencia y experiencia: le sugería que aunque lejos de los cañones turcos, no diera el combate sino cerca de las costas griegas. Imaginaba que si el Dios de la guerra inclinaba la balanza a favor de los cristianos, aunque la tendencia fuere mínima, los soldados turcos sentirían la tentación de salvarse en tierra y abandonarían la lucha para ganar su vida. ¡Ya se ocuparían los griegos de darles caza! Mientras tanto, el número de combatientes otomanos bajaría y tal vez se lograra equiparar la cantidad de soldados.

Don Juan, como buen cachorro de un viejo zorro y respetuoso de los hombres cuya veteranía eran una garantía de sapiencia, no solo siguió esos consejos sino que hizo algo más: mandó retirar de cada galera las fragatillas y los esquifes para que sus propios soldados no sintieran el impulso de “salvarse” abandonando la pelea a bordo de algún navío de socorro. Es decir: la costa para el enemigo, porque tentadora y jugosa como una fruta madura, obraría como imán para ellos; el mismo criterio, pero al revés, debía aplicarse a las fuerzas propias. Nada de ensoñaciones seductoras: a pelear a muerte hasta el fin.

Un tiempo después del incidente con Veniero se convocó a un Consejo en la Real. Los hombres de mar más experimentados adoptaron una posición renuente. Ya se tenía información cierta del número de galeras otomanas y la flota de la Liga era superada por un amplio margen. También los combatientes turcos aventajaban en cantidad a los cristianos. Dar batalla era —según esa opinión— una invitación a la derrota. Curiosamente ese era el pensamiento de tradicionales rivales: los genoveses de Doria y los venecianos de Barbarigo (la participación de Veniero había sido vetada) sostenían idéntico parecer. También el cauteloso Requesens tenía el mismo

criterio. Solo Don Juan pensaba en pelear a cualquier coste, pero Álvaro de Bazán, sin duda el marino español de más renombre, apoyó al príncipe. Colonna sostenía un criterio ambiguo.

También participaron del encuentro dos jóvenes capitanes de Malta. Había sido invitada la Orden, pero Giustiniani, un poco porque no deseaba terciar en el enfrentamiento con Venecia y otro porque pensaba que Dios lo había colocado en esa posición para defender la fe con acciones y no palabras, cedió el lugar a de Castil y Tejada.

-Id vosotros —les dijo con afecto, y agregó: Después me contáis los detalles de ese parlamento.

Los castellanos fueron con la consigna, pactada entre ambos, de no abrir la boca, salvo que fuera requerida su opinión. Es cierto que cuando comenzaron las deliberaciones y prevalecía el ánimo cauteloso de la retirada, los dos sintieron como si el corazón se estrujara. Sabían por propia experiencia que los otomanos no eran imbatibles y deseaban probarlo, por eso cuando el marqués de Santa Cruz (Bazán) primero y Don Juan de inmediato propusieron la batalla, un alivio notable, parecido a un suspiro, brotó de ambos pechos.

-Menos mal —exclamó, parco y sentencioso de Tejada cuando estuvieron a solas.

-Por Dios, Alonso ¿quién se lo hubiera podido decir al prior?

Volvieron en la San Juan a la capitana de Malta y le rindieron un minucioso informe al padre Giustiniani. No se explayaron demasiado en los detalles relativos a la retirada; aunque el prior fuera un hombre templado y animoso, los argumentos que desarrollaron Doria, Barbarigo y Requesens tenían un peso objetivo notable; era mejor que el buen prior no los escuchara.

Juan de Austria brindó, en el momento en que el Consejo decidió luchar, esa expresión que se hiciera celebre con el resultado de la batalla: “Señores; ya no es tiempo de deliberaciones sino de combatir. Cada uno a su puesto. Sigamos el parecer del marqués” (Bazán).



Jenízaros en acción

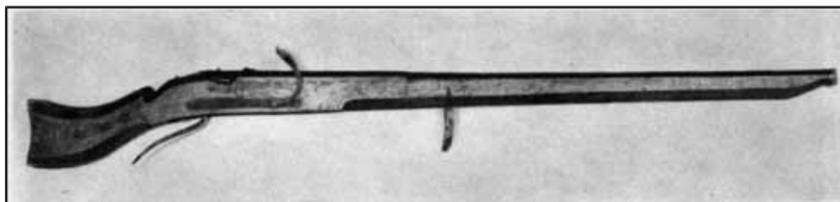
[Volver al índice](#)



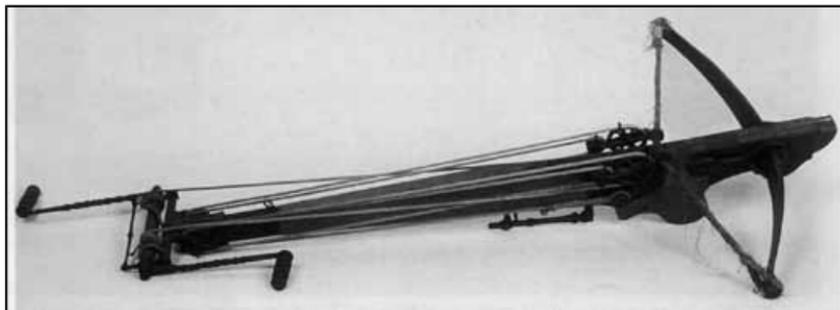
1: Casco cerrado de la flota cristiana;



2: Morrión español;



3: Fusil español;



4: Ballesta veneciana

CAPÍTULO XII: Se acerca el enemigo

Los cuerpos de la flota **hasta acá 329**

El día 3 de octubre la flota cristiana se abasteció de agua en Corfú y Don Juan hizo embarcar una dotación de tres mil infantes, al mismo tiempo que se incautaba de varios cañones de considerable calibre. Zarpó al día siguiente, pero una tormenta inesperada dividió la armada y solo con grandes dificultades pudo ser reunida de nuevo; continuó bordeando la costa albanesa. Navegó entre las islas de Gomeniza, Cefalonia y tierra firme, pero al amanecer del domingo 7 de octubre, la formación pudo sobrepasar la punta Scropha, en tierra firme griega.

Austria ya había formado los distintos cuerpos de batalla, porque sus buques llevarían la alineación de un “águila con las alas desplegadas, pero sin pico”. La fuerza dobló buscando el golfo de Lepanto (Pactrás), donde —según información de las naves que hacían la “descubierta”, en coincidencia con los datos proporcionados por los espías de tierra— estaban los turcos, listos para partir hacia su desembocadura y desplegarse en mar abierto, tratando de rodear a la flota cristiana. Don Juan recordó los consejos de García de Toledo: no debía permitirles a los turcos situarse en alta mar; era de vital necesidad cerrarles el paso.

A esta altura era curiosa la actitud de los griegos: parecían esos

espectadores que no quieren privarse de la diversión de ver una buena pelea. Estimulaban el arrojo recíproco de los enemigos, informándoles respectivamente que su contendor tenía menos buques que él mismo, de modo que, incitando su agresividad, pudieran asegurarse el combate. Esta excitación producía más efectos en la flota del Imperio, porque coincidía con los informes provistos por Caracoggia, cuando contó los buques de la Liga, sin saber que aún quedaban por incorporarse la escuadra del marqués de Santa Cruz que actuaba como reserva y la que había salido en descubierta: casi cuarenta galeras.

Cómo vencer el miedo

La armada católica avanzaba con grandes dificultades, porque teniendo el viento de frente debió replegar todas sus velas y navegar solo al impulso de los remos. Inversamente, como soplabla de manera sostenida, pero de este a oeste, la flota otomana se encontraba favorecida, ya que conservaba intacta la fuerza de sus remeros para exigirlos cuando el desarrollo de la batalla reclamara la presencia de las galeras en las posiciones que fueren demandadas.

Por cierto, los turcos también se habían desplegado para la acción y su formación era casi idéntica a la cristiana. Difería solo en que el ensanchamiento tenía la forma de una media luna y no como la de Austria (al menos la que le han atribuido todos los planos de época).

Desde la cofa, en lo más alto del palo mayor de la Real, un vigía divisó una vela e inmediatamente varias más, lo que certificaba la cercanía de la flota turca y su aproximación, tenebrosamente amenazadora. En ese momento, en forma sorpresiva, el viento

cambió de rumbo; ahora los perjudicados eran los enemigos y este hecho de la naturaleza fue interpretado por los numerosos soldados cristianos como una señal divina, una muestra que Dios quería proteger la victoria de la fe. Los remeros dejaron la boga, al mismo tiempo que los adversarios debieron recurrir a ellos para continuar avanzando.

En el plan de batalla que tenía trazado, Don Juan había dispuesto que las seis galeazas traídas desde Venecia se dividieran en tres parejas, que debían situarse una milla náutica por delante de cada formación. Las galeazas eran naves muy pesadas, que parecían unas verdaderas fortalezas flotantes y debían ser remolcadas por varias galeras.

Ambas flotas avanzaban hacia sus respectivos enemigos a poca velocidad (habría una distancia de unos quince kilómetros entre ambas), como si estuvieran estudiando al adversario, tratando de encontrar sus puntos vulnerables. Un autor contemporáneo afirma que la velocidad impresa a los navíos de las dos armadas en conjunto no debía superar las cinco millas.

Don Juan hizo ese mismo cálculo, y pensando que los tiros no empezarían hasta cerca de las once de la mañana decidió hacer una última inspección a las naves y de paso, arengar a la tropa. Partió junto al caballerizo mayor, don Luis de Cardona y Juan de Soto, su secretario privado, a bordo de una ágil fragatilla, navegando hacia babor de su nave; encomendó a don Luí de Requesens que hiciera lo propio hacia estribor. Recorría la popa de las galeras arengando a los soldados con un crucifijo de marfil y ébano en la mano izquierda y la famosa espada, desnuda, en la otra. A lo lejos se sentía el grito ensordecedor de las infieles, que procuraban por ese medio, amedrentar a los soldados cristianos.

Cuando recorrió la escuadra en la que prevalecían las naves venecianas (el ala izquierda) estimuló a todos con la incitación a la venganza de Famagusta: “¡La sangre de nuestros muertos ha de caer sobre el infiel!” —les gritó, como si los hermanos de Bragadino necesitaran un recuerdo para obrar con ánimo de vendetta. Al hacerlo frente a la galera veneciana que tenía por capitán a Veniero (que navegaba muy cerca de la suya), advirtió que el general de Venecia lo miraba con gesto atribulado y ademán nervioso, tirando de su barba.

Eufórico y fuera de sí por los nervios, Austria advirtió esa incomodidad y decidió olvidar el profundo malestar que había debido soportar poco antes. Se descubrió y saludó al anciano leguleyo en forma personalizada.

—“Dentro de breves momentos habrá que librar una batalla intensa y decisiva; no es positivo que permanezcan rencores” —se dijo a sí mismo. El comportamiento de Veniero en el combate estuvo acorde con la señal que le hiciera el príncipe, aun cuando algunas voces malignas dijeran que el veneciano, al contar las naves turcas, propuso emprender la retirada.

De regreso a la Real, Don Juan volvió a recordar a García de Toledo; tal vez el estruendo que venía de las embarcaciones turcas cada vez más cercano estimulara su memoria: se escuchaba el aterrador sonido que proferían los bárbaros con sus canciones de guerra. Por si a ese estremecedor ruido le faltara aún un componente, los temibles jenízaros hacían chocar con monótona reiteración los escudos entre sí, al tiempo que mostraban sus rostros teñidos y las cimitarras, blandidas a un viento que apenas rizaba las aguas del golfo.

De pronto, se advirtió un silencio sepulcral en las filas católicas.

Los otomanos estaban obteniendo el resultado buscado: los cristianos comenzaban a sentirse vencidos antes del comienzo de la pelea. Lo observó esto con preocupación Austria y de inmediato notó que, siendo él el comandante supremo, algo debía hacer para revertir ese ánimo decaído. Comenzó por no dejarse llevar por el arrebato, sabiendo que todas las miradas de la flota estaban puestas en sus movimientos. Demostrando una notable tranquilidad, hizo traer sus armas y las colocó sobre una tabla que pendía del estanterol; las examinó una por una y las fue tomando en sus manos, como si sopesara su tara; con gran calma las fue colocando en su cintura, salvo aquellas que por su uso debía tener a mano, pero no encima suyo. Llamó al cómitre de la galera y le encomendó que pusiera sobre la borda de la embarcación todas las armas disponibles; dio también esa orden a toda la flota, para que cada soldado sintiera la proximidad de su uso.

Después —según refirieron los testigos— un poco para distraerse y otro tanto para estimular a sus hombres, restando importancia a los gritos del enemigo, dio orden a los músicos para que sonaran una danza y sin más, se puso a bailar una gallarda. Algunos soldados, contagiados por el espíritu vencedor del jefe, acompañaron sus pasos de baile; se ignora si el severo Requesens participó de la pantomima.

Sin dudas, Juan de Austria era un verdadero jefe, capaz de extraer de los hombres sus mejores capacidades y sobre todo, hacer de un individuo amedrentado, un valiente. Poco después de los pasos de baile, con los que no solo consiguió distraer a la tropa sino demostrarle con imágenes reales su despreocupación por los gritos de enemigo, se puso de rodillas.

Extrajo de sus ropas un papel arrugado y al leerlo, exclamó:

-¡Señores! Nuestro Señor ha dicho por boca de su apóstol Marcos: “En aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna dejará de brillar, las estrellas caerán del cielo y los astros se conmoverán. Y se verá al Hijo del hombre venir sobre las nubes, lleno de gloria y poder. Y Él enviará a los ángeles para que congreguen a los elegidos, desde los cuatro puntos cardinales, de un extremo al otro del horizonte...”. ¡Señores! ¡Si perdemos esta batalla preparémonos; porque Dios ha dispuesto que el fin del mundo esté próximo!

Oró brevemente y en voz alta, obteniendo una respuesta estimulante de la flota: todos los marineros, soldados, aventureros y caballeros imitaron su actitud y recibieron la bendición de los frailes, que ya embarcados en la lucha, habían remangado sus cogullas para que las faldas no entorpecieran sus movimientos de pelea.

Como si fuera un experto en manejar multitudes —es obvio que de hecho lo era, aunque en ese tiempo no se supiera de esa profesión con el nivel científico que se conoce hoy— consideró que era el momento indicado para izar el pabellón de la Liga. Ese estandarte (que luciera la catedral de Toledo hasta que se lo transfiriera al museo de la Santa Cruz, donde es preservado como reliquia, como ha sido dicho), conmovió a toda la flota. La emoción de Don Juan se trasladó a los hombres y después de besarlo con apasionada devoción (había sido bendecido por Su Santidad) desenvainó nuevamente su hermosa espada y gritando dijo a quienes lo rodeaban:

-¡Nuestro Señor nos acompaña; a pelear por su nombre y a defender nuestra fe!

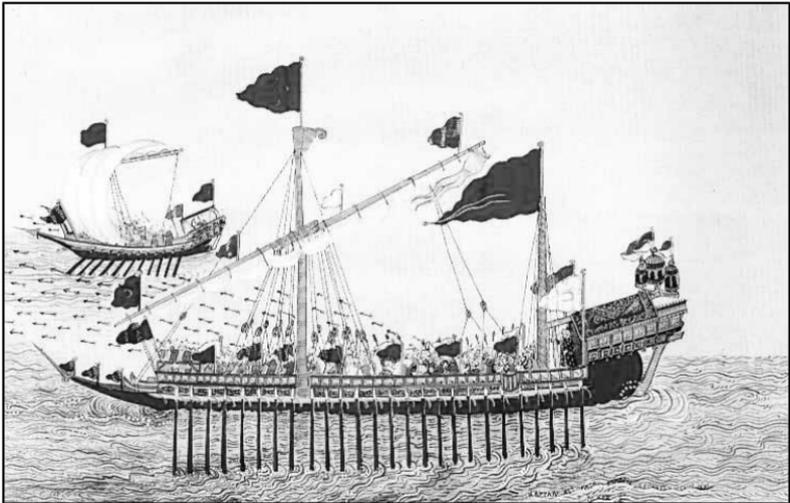
Sus palabras fueron acompañadas por el clamor de más de treinta mil gargantas, que se habían juramentado morir antes que ver rendido el crucifijo y a quienes los gritos turcos ya no podían hacer

mella.

Además, la infantería española (compuesta por hispanos, italianos y alemanes) recordó de inmediato que pertenecía a los imbatibles Tercios que habían luchado en todos los campos de batalla de Europa y decidió no amilanarse. Podían gritar todo lo que quisieran esos infieles que ellos no cederían, ni las amenazas los acobardarían.



La “Sultana” de Alí Pachá. Nubes de flechas salen de la galera turca.



La nave “Real”, insignia de Don Juan de Austria.

Chocan las naves insignia

Alí Pacha gritó con fuerza:

-¡Esclavo!

De inmediato compareció ante él un hombre casi anciano, que había sido hecho prisionero y esclavizado en la frustrada incursión a Malta. En tono imperioso y casi sin mirarlo, Alí le dijo: -¿Qué naves son las que componen el centro cristiano? Tienen la apariencia de ser ponentinas.

-Y en efecto lo son —respondió el esclavo sin muestras de emoción en su rostro.

-Maldito Austria... —masculló entre dientes Alí. Me habían

informado que la batalla¹¹ la conformarían los venecianos —agregó como si hablara consigo solo. Y en voz alta, como para que lo oyeran todos, exclamó: “¡El que hoy venza será el señor del mundo!”.

Algunas voces han señalado que el fastidio de Alí Pachá se debía a un error de cálculo y a una deficiente información de su inteligencia. Pero en realidad se equivocaron todos en la cuenta, porque al doblar el cabo Scropha, giraron casi como si fueran la bisagra de una puerta, la escuadra central y la de la izquierda cristiana. Doria y el marqués de Santa Cruz debieron efectuar un giro mucho más abierto con sus respectivas formaciones, lo que les insumió bastante tiempo y a esos buques no pudieron contabilizarlos los encargados de hacerlo. Cuando el almirante turco tuvo ante sí la flota cristiana completa y contó la cantidad de galeras que portaba, se lamentó de haber desdeñado la protección de los cañones de la costa.

Otras opiniones consignan que, a raíz de la demora que observaran las escuadras de la derecha cristiana y la de reserva para alinearse con el resto de la flota, esa pérdida de tiempo fue malinterpretada por el almirante turco. En cierto sentido, esta explicación tiene su miga: la flota de la Liga tardó unas tres horas en formarse para dar batalla, y ese lapso —las informaciones con que contaba Alí Pachá le habían susurrado que existían importantes conflictos entre los componentes de la Liga— fue interpretado por el jefe otomano como un síntoma evidente de la existencia de peleas entre los socios.

Alí, mientras efectuaba estas cavilaciones levantó la vista y

11 El “centro” o “batalla” era el cuerpo de la flota que, situada en la parte central de la formación, estaba conducida por el general en jefe. Que se tratara de naves españolas fue un disgusto para el Almirante turco ya que sabía que las venecianas estaban pobremente equipadas.

advirtió la presencia de las galeazas, que inicialmente supuso se trataría de buques de carga. Antes que el esclavo se retirara, volvió a preguntarle:

-¿Qué naves son esas? —y señaló con un movimiento de cabeza dos amenazadoras fortalezas flotantes, que avanzaban unas dos millas delante del centro cristiano.

-Son galeazas venecianas, señor —dijo el esclavo, a quien pareció dibujársele una sonrisa vengativa en el rostro.

-¿Son buques mercantes? ¿Acaso los cristianos los utilizan para transporte? Mmmm... son poco marineras —dijo Alí en voz baja dirigiéndose a Kara Kodja.

-Es cierto; también son muy grandes y con una altura enorme. Quisiera señalar —respondió el aludido— que tienen capacidad para arrojar metralla seis o siete veces más que las galeras comunes. No serán muy ágiles en mar abierto, pero en cambio tienen un gran poder de fuego. Cada una de ellas debe llevar unos cien cañones —agregó con cierta exageración el pirata y espía, viejo conocedor del mar.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se escuchó un cañonazo que había partido de la Real, enfilado hacia el mar. Alí dirigió la mirada hacia donde una nubecilla de humo denunciaba el punto de partida del proyectil cristiano.

-Así que esa es la nave insignia de los cristianos — dijo al tiempo que hacía una seña imperceptible al piloto para que corrigiera el rumbo en esa dirección. “Aah... Don Juan ¿así que quieres ganar fama a mis expensas? No te va a resultar fácil. Es más; tal vez la gloria que buscas sea tu tumba” —agregó en voz baja mientras sonreía.

En forma inmediata, con solo un ademán, dio orden de contestar el caballeresco envite del enemigo; se aceptaba la batalla.

Cuando a su vez tronó el disparo de la nave turca, cualquier observador hubiera pensado que se estaba ante una postrera lucha medieval. El gesto levantado de antiguos caballeros andantes, pareció presidir el combate, pero esa mímica solo duró un momento. Después, la hidalguía fue abandonada por ambos ejércitos y la lucha, como en todo enfrentamiento que tiene un componente religioso, se convirtió en despiadada, cruel, vejatoria de toda condición humana. El señorío de esos disparos iniciales fue una alharaca abandonada. El romanticismo puesto en evidencia por esas salvas quedó reducido al enfrentamiento, tumultuoso y violento, entre las dos naves insignia y sus compañeros de lucha, como si trataran de emular la pérdida caballería antigua, época en que los señores eran protagonistas de valientes luchas singulares.

Las galeazas vomitan fuego

-¿Esas son las galeazas venecianas? Volvió a preguntar Alí, y la voz, dirigiéndose a Kara Kodja tenía una mezcla de sorpresa e ira.

Las inmensas naves, como enormes hipopótamos, toscos animales de otra era, flotaban en un mar calmo. Los jactanciosos cañones —cuarenta por banda— vomitaban fuego y munición, destrozando las galeras enemigas; su poderío era una docena de veces más intenso que el de cualquier galera del Imperio Otomano. No solo tenían que padecer esas galeazas inmensas cuyos cañones esparcían hundimiento y muerte. También el viento había cambiado de rumbo (como se ha dicho) y ahora las embarcaciones no solo debían su propulsión al brazo de los remeros, sino que el humo

producido por la pólvora negra se desparramaba, pegajoso y espeso, sobre la flota turca.



Galeazas venecianas en acción

Alí Pachá gritaba desahogado contra la irrupción de esos fantásticos paquidermos acuáticos que amenazaban destruir su armada aún antes del combate. Miró alrededor suyo. El desconcierto

había alcanzado a las galeras que lo acompañaban y ningún marino deseaba acercarse a esos monstruos por temor a sus baterías, cuyos cañones no solo aparecían como las púas de un erizo a babor y estribor, sino que, por la popa y la proa estaban también instalados para esparcir destrucción.

-“¡Malditos perros!” juró en voz baja Alí mientras advertía que el castigo cristiano iba creciendo. Para colmo, ese humo pesado que el viento suave no alcanzaba a disolver. Con preocupación, advirtió que algunas galeras habían empezado a practicar ciaboga, como una manera de alejar los navíos de esas fortalezas en lugar de pensar en abordarlas.

Claro que tampoco eso sería sencillo. Los cañones situados en ambas bandas eran móviles y los artilleros podían bajar su puntería para barrer la cubierta enemiga, sin contar con que el asalto tampoco resultaría fácil: los flancos de las galeazas estaban cubiertos con una malla de acero de tejido muy estrecho que iba a convertir en tarea engorrosa su atraco. Por si a ese panorama oscuro le faltara algún dato, esos enormes mastines del mar llevaban en sus arrumbadas alrededor de cuatrocientos arcabuceros bien entrenados. Iban protegidos detrás de resistentes y sólidos empavesados que, como eficaces parapetos, les permitía a los soldados hacer puntería mientras sus pechos quedaban protegidos de las flechas y disparos enemigos.¹²

¿Cómo actuar? ¿Embistiéndolas? Ése era el método común de los otomanos, pero todos advertían que era una empresa imposible: el tamaño gigantesco de esas moles (sobre todo su altura) hacía impracticable la sola idea de una arremetida.

12 Los arcabuceros se resguardaban utilizando cualquier elemento de protección; incluso las batayolas eran empleadas como si fueran escudos.

“Debemos hacer algo, menos retroceder”, se dijo Alí, pensando aceleradamente. Llamó a su segundo y le dijo unas palabras al oído. Después le encargó una orden para que la transmitiera a toda la flota:

-Nada de ciaboga. Avante lo más rápido posible, siguiendo mi nave —le ordenó.

Por su parte el cómitre descendió a la sala de remos para cumplir con lo indicado por Alí. Empuñó el famoso látigo de dos puntas para exigir rapidez a esclavos habituados a vivir sobre los remos. Tropezó con miradas torvas, pero actuó con indiferencia, acostumbrado a los gestos de rencor. Ya se vengaría. “¿Quién había osado mirarme mal? Ya escupiría en la escudilla donde debía comer” —pensó con rotunda maldad.

Alí se lanzó a una carrera desenfrenada para superar las galeazas, imitado por las galeras supervivientes al castigo. Sabía que una vez dejados atrás esos armatostes no podrían volverse para perseguirlo por más que el mar calmo les concediera un aspecto de movilidad del que carecían, y tenía razón. Las galeras que superaron esas fortalezas flotantes pudieron dirigirse en forma directa al centro de la línea cristiana para librar el combate decisivo.

Al comienzo de la batalla, Don Juan ya había probado ser un excelente táctico, que adivinó el futuro de los enfrentamientos marítimos: un papel de creciente importancia habría de tener la artillería.

No de gusto las galeazas estuvieron ubicadas delante de la flota cristiana; el combate cuerpo a cuerpo habría de librarse contra las galeras sobrevivientes, lo que emparejaría el número de naves y hombres. Las corpulentas embarcaciones demostraron no solo el

poder demoledor de la artillería moderna sino que sirvieron para conseguir el equilibrio militar entre las dos flotas. Punto para Austria.

La inventiva sirve al rencor

Como ha sido dicho, la flota de la Liga se había dividido en tres escuadras más una cuarta de reserva.

La izquierda cristiana, a las órdenes de Agostino Barbarigo, en consecuencia, quedó frente a la derecha otomana, que tenía por jefe a Mehmet Sulik Sirocco. Las galeras turcas eran levemente superiores en número a las de Barbarigo, pero en cambio éste contaba (como cada una de las escuadras) con dos galeazas cuyo enorme poder equilibraba las fuerzas.

Había, además, un componente afectivo de mucha significación. Las dos galeazas venecianas estaban capitaneadas por Antonio y Ambrosio Bragadino, cuyo hermano Marco Antonio acababa de ser torturado e inmolado por los turcos en Famagusta.

Pero no era solo un ingrediente de venganza familiar el que movía a los Bragadino. Por más empeño que pusieron Austria, Bazán, Requesens, Barbarigo o el mismo Veniero en impedir que les llegaran los pormenores del tormento, alguna voz indiscreta les llevó los detalles morbosos del padecimiento. Y una cosa era morir en acción —algo para lo que todo soldado se encuentra preparado— y otra hacerlo en medio de tantos suplicios, tormentos y sufrimiento. La presencia de las galeras turcas eran un recordatorio permanente y un desafío hostil hacia los dos hermanos, cuyos ojos estaban nublados por las lágrimas y cegados por la furia. Además, dando lugar a la represalia familiar se cumplía con la patria y con la fe, por lo que, un

manto de ideales cubría y estimulaba la acción de los hermanos.

Alrededor de las 10 y 30 horas, cuando la nave insignia de Don Juan disparara el primer cañonazo para identificarse y llamar a batalla al adversario, Ambrosio dio por descontado que el cañoneo había comenzado. Preparado y fuera de sí disparó contra la formación de Scirocco, aun cuando ésta no estaba al alcance de los tiros (los testigos indicaron que se encontraba a un kilómetro y medio de distancia). La dotación en pleno de las galeazas se mostraba solidaria con los hermanos y sumaba, a la angustia extrema de ellos, una cuota adicional de rencor irrefrenable. Dicho sea de paso, los disparos de ambas galeazas se escucharon en todo el frente de batalla como si se tratara del rugido de un animal prehistórico, que defiende con ferocidad su territorio.

Los disparos de Bragadino, despilfarrados por la amargura, habían sin embargo cubierto de humo la escuadra de Scirocco, en función del viento que se había levantado. Como poseídos, continuaron situados en la cámara artillera por debajo de la cubierta, entre los cañones. Ambos hermanos alentaban a sus artilleros a golpear con fiereza las naves enemigas, que avanzaban en medio de las salpicaduras que levantaban en el mar los proyectiles descargados. Una bala de cañón dio en la proa de una de las galeras más grandes de la escuadra, por debajo de su línea de flotación y comenzó a hundirse con rapidez, sin que nada pudieran hacer las restantes naves para socorrerla. El fuego y el humo pronto se convirtieron en parte de la batalla.

Alí Pachá, que observaba los pormenores con un catalejo, no pudo reprimir un gesto de tristeza al ver la galera hundida; gesto que ya había experimentado antes, cuando un proyectil disparado por un cañón que apoyaba el centro cristiano, arrancó el fanal de la Sultana.

-“¡Mal augurio!” —se dijo a sí mismo, confirmando una superstición marinera.

Mientras el almirante supervisaba el horizonte, la galeaza situada más al norte, al mando de Ambrosio, trabuco hacia estribor y bombardeó con violencia la débil popa de las embarcaciones turcas, volcando sobre ellas un certero fuego devastador. La que estaba más al sur y comandaba Antonio, enfrentó el resto de la flota y consiguió dispersarla con el demoledor castigo de una verdadera fortaleza.

Gabrielle Cerbelloni, un lombardo (había nacido en Milán) sobrino de Juan Jacobo Medicis y tío del difunto Papa Paulo IV, entró al servicio de España en 1562 y se le encomendó la inspección de las fortificaciones de Nápoles y Sicilia. Ese mismo año ingresó a la Orden de Malta, que lo designó Prior de Hungría y a la que ayudó mucho cuando fue atacada por los turcos en 1565. Su pasión por la inventiva (era un sobresaliente ingeniero militar) le valió por igual ponderaciones y reproches (según la utilidad que prestaran sus hallazgos). Se había embarcado en una de las dos galeazas y llevó consigo la íntima consigna de mostrar la utilidad de uno de sus últimos artificios: los fuegos navales¹³.

Consistían éstos en algo similar a los fuegos griegos, pero se conservaban en una cacerola y arrojaban hacia las naves enemigas. Por supuesto, era un ingenio muy riesgoso, porque las embarcaciones de entonces estaban construidas solo en madera, no tenían zonas ignífugas y esa combustión tenía la “virtud” de no apagarse con el agua.

Cerbelloni (en España figuraba como “Serbelloni”) sin querer,

13 La efectividad creciente de los cañones descartó el uso de estos proyectiles.

eligió bien donde embarcarse; los hermanos Bragadino en su agobio, deseaban provocar todos los males posible al enemigo, y este invento (llamado pignatte), que permitía ver a las desafortunadas víctimas arrojándose al mar en medio de gritos desgarradores, con las llamas pegadas al cuerpo como si fueran piras humanas, era apenas un poco de satisfacción para ellos.

Más allá del consuelo primitivo que esa arma prestara los Bragadino, el invento de Cerbelloni fue muy útil en la batalla. Muchos atribuyen al mismo (y al cañoneo feroz de las dos galeazas) el desorden provocado en la formación enemiga, decisión que impidiera a los otomanos aprovechar la ventaja que habían logrado al avanzar por el norte de la escuadra veneciana, muy cerca del cabo Scropha a fin de envolverla. En esto no debe dejar de ponderarse también la astucia y habilidad marinera de Scirocco.

Es de recordar que las galeras turcas pasaron a solo quinientos metros de las galeazas, por lo que debieron soportar la saña con que los Bragadino las bombardearan, mientras los cuatrocientos arcabuceros que llevaban esas corpulencias prehistóricas impedían el abordaje ordenado por Scirocco.

A todo esto, el viejo capitán veneciano (Barbarigo) temía el filo peligroso de los arrecifes costeros, que podían hundir las naves de su flota. Había dado, con patética minuciosidad, instrucciones a sus pilotos para que evitaran la proximidad de la costa y si tuvieran que enfrentar al enemigo lo hicieran asegurándose cierta profundidad de agua.

Scirocco, en cambio, como sabía leer y escribir en ese mar, conocía los bajíos y bancos de arena, las partes peligrosas, los arrecifes que apenas tapados por el agua en la pleamar, eran una trampa mortal para la obra viva de los navíos. Con rapidez percibió la

cautela de Barbarigo y con lo que quedaba de su flota, se decidió a solaparlo por el hueco que dejaba abierto. Su plan era simple y los resultados prometedores de grandes beneficios. Para ello debía efectuar una maniobra de alto vuelo naval, pues tenía que conducir sus naves muy pegadas a la costa; después trataría de abrumarlo, embistiéndolo o abordándolo por la popa.

Pero el veterano lobo de mar de Venecia conocía el sabor salado del mar. No en vano era el proveedor de una República que, además de comerciante, se proclamaba marinera. Él mismo creció en las arrumbadas de las galeras de su patria; podría no conocer “ese” mar tanto como su enemigo, pero era capaz de exclamar con orgullo que el agua no lo sorprendería con secretos.

Adivinó la intención de Scirocco y a pesar de la orden impartida a las restantes galeras de su escuadra hacía apenas unos minutos, invirtió el timón bruscamente a babor y en absoluta soledad se decidió a arremeter contra la capitana de Alejandría, sorprendiendo a Scirocco que no imaginaba la audacia casi suicida de esa maniobra. Clavando con brío los remos en el mar, su galera arrancó¹⁴ con violencia en dirección a la de Scirocco.

Con ruido de maderas, hierros, carne humana y el griterío ensordecedor de cristianos y turcos, ambas galeras quedaron unidas por el choque. En su ofuscación, Barbarigo no reparó en consecuencias; enfiló para cerrarle el paso al Gobernador de Alejandría y no dudó encarar hacia la costa. Su segundo, Canale, advirtió la maniobra de su jefe e intuyó las intenciones que tenía; también giró de inmediato. Lo mismo hicieron otras galeras: El León y el Fénix, Sagitario, Fortuna, Las tres manos, que se plegaron

14 Así se denominaba la acción de bogar con fuerza, hundiendo todo el remo en el mar.

acompañando al viejo león de Venecia. Las galeras venecianas más alejadas no descubrieron la maniobra hasta pasados unos minutos, que los turcos aprovecharon con gran pericia: cuando comenzaron a virar para acercarse a su capitana, cuatro de ellas, tomadas en medio del proceso, fueron hundidas.

Por otra parte, Scirocco no navegaba solo; varias galeras que lo acompañaban se unieron de inmediato a él después de la embestida, formando una masa compacta, férreamente asegurada por los garfios destinados al abordaje. En tanto, las restantes embarcaciones de su escuadra consiguieron pasar muy cerca de la costa para atacar a los cristianos por la espalda. Hasta ese momento, salvo el cañoneo infernal de las galeazas, nada había salido bien para la Liga.

Si alguien ha visto el momento en que se arroja comida a una pecera o a un estanque ocupado por un cardumen, habrá visualizado el instante en que todos los peces se amontonan en procura de alimento, formando un verdadero borbollón. El apiñamiento de galeras, voluntariamente unidas a sus capitanas, turca y veneciana, produjo una imagen similar.

Barbarigo comenzó a impartir órdenes para proteger los flancos de su galera de la invasión de soldados enemigos, que pugnaban por ingresar a la cubierta con la ansiosa urgencia de un ladrón. Según relataron testigos después del combate (sobre todo turcos hechos prisioneros), a pesar de ser el mediodía de una jornada despejada y limpia, parecía el crepúsculo, porque “el cielo no se divisaba por el humo y la cantidad de flechas que se arrojaban”.

En tanto, el marqués de Santa Cruz, que tenía por misión apuntalar las áreas que se vieran en peligro, debía decidir dónde era preciso que concurriera con sus galeras, responsabilidad que solo cabe a un gran marino. Se mordía por asistir a los venecianos cuando

advirtió la superioridad momentánea de Scirocco, pero a pesar de los impulsos sentimentales que le sobrevinieran para asistirlo, contuvo su acción confiado en que Barbarigo pudiera detenerlos. Solo permitió que una galera, de la que era capitán el joven Giovanni Marino Contarino y que estaba en el paroxismo de la desesperación al advertir la amenaza que caía sobre Barbarigo, fuera en auxilio de su tío. Contarino, que comandaba la “Dios Padre en la Trinidad” advirtió que la nave de su tío era abordada por la proa y ya los jenízaros comenzaban a avanzar por la crujía. No dudó un instante y decidió embestir por la popa con la mayor suavidad la galera del tío Agostino. El choque fue providencial, porque permitió pasar numerosos arcabuceros españoles que no solo frenaron el ímpetu turco, sino que, a los empujones, lograron expulsarlos. Pero las galeras turcas seguían acercándose y con fiereza los arqueros atacaban desde sus flancos los corredores de la capitana de Venecia.

Los infantes españoles, tan feroces en los tensos momentos del combate, habían abandonado los arcabuces y mosquetes ya disparados y tomaron en sus manos picas y espadas. Corrían por las arrumbadas de una punta a la otra hostigando con sus armas los intentos reiterados de irrupción. Por supuesto, los jenízaros eran los enemigos más brutales; con sus caras y manos pintadas de rojo, blandiendo alfanjes y gritando, eran una representación ideal para acobardar al enemigo. Pero, como dijo un autor de esa época, “no había tiempo para el miedo”.

A pesar de todos los esfuerzos cristianos, los otomanos habían conseguido ingresar por la proa de la capitana, que había quedado deshecha con el impacto, y avanzaban hacia la popa obligando a retroceder a españoles y venecianos. Si lograban establecer esa significativa cabecera de puente, el resto era cuestión de pelear y avanzar. La crujía estaba llena de miembros amputados, cadáveres, heridos que cortaban el aire con su clamor de piedad. De pronto, se

produjo en la galera turca un desmoronamiento en la cubierta y por el boquete que se abrió cayeron a la cámara de boga numerosos cadáveres y heridos. La chusma, compuesta por condenados y prisioneros, que había comenzado a liberarse de las cadenas con que se encontraban aferrados a los bancos, se abalanzó sobre las víctimas y las despojó. Después de saquearlos, con el estado de indiferencia que produjo en esa gentuza la miserable vida que llevara, los dejaron morir desangrados, envueltos en gritos espantosos.

El choque violento de ambas naves, había roto maderamen vital de las dos galeras y las cadenas de las cámaras de boga quedaron flojas. Este suceso fue más grave para la galera turca, porque esa chusma no estaba integrada por condenados de su misma nacionalidad sino por esclavos cristianos, cuya libertad habían perdido en alguna incursión de los piratas bereberes. Con gran esfuerzo consiguieron liberarse y encabezar una rebelión en la nave, que comenzó con la muerte del cómitre, que con su famoso látigo era un símbolo de la opresión y el tormento.

Mientras la turbulencia precipitaba la culminación de los hechos, se sumó a la pelea don Miguel de Quesada, patrón de una galera napolitana denominada “La Brava”, quien, omitiendo el nombre bondadoso de su nave¹⁵ transfirió sus arcabuceros españoles a la capitana de Venecia, con el imponente Quesada a la cabeza. En todas las cubiertas, pero en especial en las arrumbadas y en la crujía, se luchaba con salvajismo; los jenizaros, que habían llegado cerca de la popa de la capitana, comenzaron a retroceder, superados por el número y la violencia de los soldados cristianos.

15 En italiano, “brava” significa buena.

Contarino, en medio de la refriega recibió el disparo de un arcabuz turco y cayó muerto, con el cráneo despedazado. El tío Agustino vio morir al valeroso sobrino a quien quería como un hijo y sintió que su viejo corazón estaba a punto de abandonarlo: había prometido a su hermana cuidarlo y devolverlo sano e inmaculado y ahora solo era un despojo humano, que pronto sería arrojado al mar porque estorbaba a los que luchaban. Pero eso era la guerra y por demás (como ocurre en toda conflagración religiosa), una guerra sin caballeridad ni cuartel.

Los infantes españoles lidiaron como salvajes, y consiguieron hacer retroceder a los atacantes hasta la proa de su capitana. La cancha comenzaba a inclinarse para un lado.

Algunas galeras turcas quedaron varadas y las fragatillas de menor calado acudieron de inmediato para transportar los hombres a la costa. Colocándose una al lado de otra, como si fueran pontones, permitieron que los soldados pasaran de embarcación en embarcación hasta ganar la orilla. Viendo cómo algunos camaradas se “salvaban”, soldados turcos de las galeras cercanas los emularon a nado y también ganaron la costa (muchos al llegar fueron asesinados por los griegos). Si García de Toledo hubiera podido presenciar ese espectáculo, habría quedado impresionado de su vaticinio, cuando aconsejó a Juan de Austria pelear cerca de la costa para, precisamente, lograr ese resultado.

Algunos otomanos consiguieron internarse en tierra firme y — salvo los ultimados— pudieron salvar su vida ganando las elevaciones griegas. Sin embargo era tal el grado de odio con que pelaron los venecianos (los tormentos de Famagusta estaban siempre presentes) que muchos de ellos desembarcaron para continuar en tierra firme la caza y ejecución de sus contendores. Pudo verse a uno de ellos fuera de sí persiguiendo a un soldado turco solo con un palo terminado en

punta; cuando al final le dio alcance, el fugitivo, caído de espaldas en el suelo no cesaba de gritar clamando piedad. Por entre los dientes el arrebatado veneciano le introdujo el garrote y lo dejó clavado en la tierra; la llegada de otros soldados de Venecia puso fin a la vida (y al dolor) del abatido turco, cuyos desesperados puntapiés al aire ponían de relieve el grado de sufrimiento que padecía.

La mayoría optó por apiñarse en las alturas del islote de Malcantone, hacia donde las galeras venecianas apuntaron sus cañones: los refugiados fueron totalmente masacrados.

A Barbarigo —que era un hombre viejo— no le permitieron los subordinados pelear en forma directa; no consiguieron, sin embargo, impedir que se colocara la coraza y dirigiera la lucha en forma personal. Lo hizo con la espalda apoyada en el palo de mesana y allí, espada en mano, se dispuso a esperar la victoria o la muerte. También desde ese lugar vio morir a su sobrino y el dolor y la furia lo abrumaron, mientras el tormento humano fluctuaba junto al deber impuesto por el patriotismo.

En cierto momento de la lucha se sintió interferido por el sufrimiento, las saetas y el humo espeso. Sobreponiéndose, advirtió que por uno de los flancos de su navío, donde estaba rota la malla de acero desplegada para obstruir los abordajes, un grupo de jenízaros estaba a punto de ingresar para tomar por la espalda a sus hombres. Impartió de inmediato instrucciones para atender esa entrada, pero su voz no fue escuchada por los combatientes; blandió la espada, pero el humo y una nube de dardos que lanzaban los arqueros turcos impedía a sus secuaces advertir los ademanes. En la ansiedad por hacer efectiva la orden, el hombre levantó la visera del yelmo que cubría gran parte de su cara para que escucharan su voz, con la mala suerte de que una flecha otomana con la punta empapada en veneno, diera en su ojo izquierdo y penetrando por la parte blanda de

la cabeza, le perforara el cráneo.

Herido de muerte, fue transportado por sus soldados a la cámara de popa, donde tirado sobre el camastro aguardaba con ansiedad obtener dos logros: el deceso y los laureles. El único ojo que le restaba había abandonado el brillo con que la mirada desafiara los achaques de su cuerpo viejo. No había perdido el conocimiento y eso era bueno y malo.

-“¿Y Nani? ¿Dónde está ese fiel servidor que me acompañó por todos los mares conocidos?” —alcanzó a balbucear.

Federico Nani no se había sustraído a sus deberes. Cuando vio clavarse la flecha en el ojo de su jefe —il signore Agostino era como un padre para él— se hizo cargo de la situación y continuó con las órdenes y la riña cuya conducción tomó a su cargo. Al principio los otomanos recuperaron terreno, pero solo fue un efecto momentáneo; de inmediato Nani encabezó el repechaje de los cristianos y para hacerlo intentó saltar a la arrumbada de la capitana turca, pero el golpe de un alfanje lo arrojó por el piso. Maltrecho por la herida, dio gracias al Cielo porque los tercios habían empujado a los jenizaros más hacia el centro de la galera de Scirocco. Con grandes dificultades se incorporó para continuar en la lucha.

A su vez, Canale se había enzarzado en un combate sin cuartel con dos galeras enemigas, que consiguió rendir. Lamentaba que la pelea lo hubiera colocado en una posición de enredo; lo urgía acudir en respaldo de su jefe Barbarigo, pero aún destruidas, las galeras turcas obstruían su libertad de maniobra. Con gran fatiga se desembarazó de ellas y acudió en sustento de la capitana de Venecia, justo en el momento en que, desde una galeota, le enviaban más hombres a Scirocco.

Dispuesto a todo, el temible Canale cerró el paso a la galeota y con una descarga cerrada de los arcabuceros que tenía formados en cubierta, diezmó por completo la tropa de refuerzo. Sin el socorro que esperaban con impaciencia, los jenízaros continuaron retrocediendo palmo a palmo. Canale, consideró que no precisaba someter a la galeota, hizo virar a su nave y abordó la capitana de Scirocco por la amura.

Con muestras visibles de felicidad, advirtió que por la banda opuesta ingresaban soldados venecianos frescos y con el gesto despiadado. Dando razón a quienes lo conceptuaban “intrépido”, Canale se quitó el peto, tomó del suelo con las dos manos una espada pesada, y con ella avanzó propinando mandobles tremendos.

Ahora sí, el ataque cristiano resultó irrefrenable. Scirocco quedó en la espalda de la capitana rodeado de unos pocos jenízaros, dispuestos a entregar a precio elevado su derrota. Pero por más valor de que dispusieran resultaron insignificantes para la cantidad de tropas cristianas que los atacaban. Pronto fueron ultimados. La misma suerte cupo a Scirocco: un soldado español, que empuñaba una pica lo hirió gravemente en el cuello, de resultas de lo cual Scirocco se precipitó al suelo.

Canale, ahíto de sangre y muerte, ya había sido enterado de la herida fatal de Barbarigo, la muerte del joven Contarino y la pérdida de tantos camaradas. Gritó un orden que nunca se supo si era para favorecer a Scirocco:

-¡Acabadle!! —expresó a pleno pulmón a sus hombres, y agregó, como si de pronto se hubiera condolido: está sufriendo demasiado.

El soldado que lo había herido no quiso perder el privilegio de

acabar con el jefe enemigo y con otro certero golpe de pica le seccionó totalmente la cabeza; ambos sectores en que quedó convertido su cuerpo fueron arrojados al mar por la chusma enardecida que se había sublevado.

Otra versión supone que Scirocco, herido, se rindió a Marco Quirini, quien al día siguiente, a pedido del propio Scirocco que temía un final oprobioso, lo hizo ultimar de un disparo de arcabuz.

A propósito de Quirini: párrafo especial merece ese proveedor valioso, quien, al mando del ala izquierda de la escuadra de Barbarigo, demostró que la burla a la flota de Pialí y a los beys de Rodas y Quios en el auxilio de Famagusta no había sido producto de la casualidad. Fue factor decisivo y resultó ser el as de la manga que los venecianos exhibieron en el combate que se estaba librando.

Escondido detrás de un promontorio que no permitía su vista por parte del enemigo, advirtió que las naves que componían su mando no estaban implicadas en combate porque casi todas las turcas se encontraban ocupadas con la capitana de Barbarigo y las venecianas que habían acudido en su apoyo. Eso le daba bastante libertad de maniobra, que el astuto Quirini no desaprovechó.

Dio orden a las galeras de su mando y marchó, virando en redondo, hacia donde se encontraba el corazón de la pelea. Cuando lo hizo, quedó colocado detrás de la popa de las galeras turcas, quienes de predadores pasaron a convertirse en descalabrados. La maniobra de Quirini los atrapó entre las galeras del propio Quirini, que marchaban con toda frescura al combate, las de Barbarigo y los arrecifes costeros.

Como se ha dicho, el curso de la batalla cambió. Cuando los turcos advirtieron que tenían cortada la vía de escape intentaron

rendirse. Inútil empeño: la ferocidad se había hecho carne en los combatientes cristianos y no había cuartel. Una de las conclusiones de Lepanto fue, precisamente, la escasa cantidad de prisioneros; soldado enemigo que se rendía era inexorablemente ultimado.

Las embarcaciones turcas optaron entonces por repetir una fórmula ya usada: huir hacia la costa. Buscaban la relativa seguridad de los bancos de arena, pero éstos se convirtieron en una trampa mortal: las naves zozobraban en ellos y el peso de las armaduras arrastraba al fondo a los náufragos. Los que eligieron seguir peleando pronto quedaron advertidos que en la medida en que sus camaradas desertaban o se ahogaban aumentaba el balance negativo de hombres y medios; la mayoría fue asesinada.

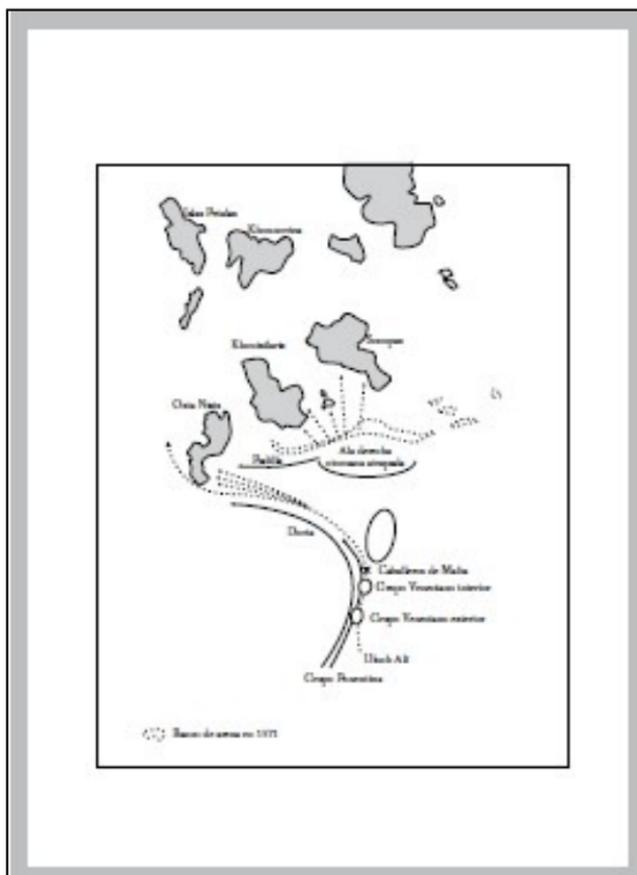
Para aumentar las desgracias turcas, en casi todas las galeras se produjo un amotinamiento de los esclavos. Forzados a la boga eterna, el espíritu de supervivencia que los había mantenido con vida les había engendrado un profundo rencor; la existencia humana, irónicamente, no valía nada. La cara visible de la humillación era ese cómitre que parecía gozar cuando descargaba el látigo de dos puntas sobre espaldas miserables. En todas las rebeliones fue la primera víctima. Una vez que los alzamientos estuvieron en marcha, después de los excesos iniciales (entre los cuales la muerte del cómitre era un dato de rigor) en los planes de los galeotes figuró, como una hipótesis de máxima, asumir el comando de la nave.

La capitanía de la galera debió, de ese modo atender dos frentes: la pelea con los soldados cristianos y la rebelión de los galeotes, que furiosos y sin orden procuraban arrebatarse la nave a sus esclavizadores.

Alrededor de la una de la tarde, la batalla concluía. La astucia y valor de Barbarigo; el sacrificio de Contarino, la intrepidez de Canale,

el arrojó de Quesada, la valentía, en fin, de toda esa ala había hecho posible esa victoria. Sin embargo, sin la insustituible intervención de Quirini, el heroísmo de toda esa escuadra no habría tenido el marco dorado del triunfo. Todo el extremo derecho del cuerno otomano había sido destruido por completo: la última batalla de Barbarigo terminó en victoria, algo que el bravo veneciano supo antes de morir, dando gracias a Dios. Razón tenían Bazán, que contrariando sus impulsos confió en la pericia veneciana, y un documento español de época que decía: “... Barbarigo y Quirini pelearon tan valerosamente, que de ellos habrá, con razón, perpetua memoria, pues son honra de su república. De ellos los vivos pueden dar testimonio de sus obras, que es razón que el mundo lo celebre”.

Desde la costa inmediata pudieron ver los espectadores que el león de San Marcos ya ondeaba en la capitana turca; para esa ala, la batalla había terminado con la victoria cristiana. A partir de ese momento... ¡a saquear!



Fase final de la batalla

Islas Petalas	Khounovina	Khoutsilaris
Oxia Nisis	Scoupas	Ala derecha
Padilla otomana	atrapada	Doria
Caballeros de Malta		Grupo Veneciano interior
Grupo Veneciano exterior		Uluch Alí
Grupo Pontentina		Banco de arena en 1571



Juan Andrea Doria de Jan Matsys, 1555.

Juan Andrea Doria, ese héroe desconocido

Juan Andrea Doria —sin duda uno de los marinos más notables de su tiempo— fue calificado por los venecianos como “traidor”, “interesado”, etcétera. A decir verdad, los epítetos con que fue adornada su persona no fueron tibios ni escasos. Es cierto que Doria fue muy cuidadoso de su flota y las gestiones que hiciera ante la Corte de Felipe II (monarca que sentía por él una sincera estima) le reportaron considerables ganancias, pero el odio de los venecianos hacia Doria venía de la famosa expedición, que fuera un anticipo de la posterior Liga Santa.

Corría por entonces el año 1570 y España, Venecia y el Papado habían organizado una expedición dirigida al Mediterráneo oriental. Juan Andrea Doria comandaba la flota genovesa (tributaria de España), el proveedor Zanne la de Venecia y el príncipe Colonna la del Papa; la totalidad de la armada marchaba en forma implícita a órdenes de este último.

Como el objetivo estaba distante de las bases, el buen tiempo era esencial para neutralizar aquél inconveniente. Esta circunstancia fue advertida por Doria, quien se lo hizo saber a sus pares. En las cercanías de Chipre, la flota de Piali Bajá comenzó a aproximarse, pero la amenaza de un tifón aconsejó a la armada cristiana un rápido repliegue.

Se llamó a un Consejo y las posiciones quedaron expuestas: Doria votaba por el retorno; Zanne (urgido por la amenaza que pendía sobre Famagusta y las órdenes de su República) era partidario de continuar y dar batalla. Admitía que la lejanía de las bases era un razonable argumento de Juan Andrea, pero aún en la imposibilidad de seguir adelante hacia Chipre, sostenía la conveniencia de atacar

ciertos reductos que el Imperio Otomano tenía en el mar griego, como el Negroponto o Morea.

Por supuesto, Doria siguió sosteniendo la misma teoría por medio de un punzante diálogo con Zanne, porque discrepaba con los objetivos del veneciano; razonamiento que paulatinamente fue subiendo de tono.

El almirante veneciano había sabido de la caída de Nicosia, y se sintió en el deber moral de no ocultar la noticia y confiársela a sus colegas. Imaginaba que el senado de su República no compartiría esta decisión y estaba seguro que hubiera preferido que ocultara a todos esa mala noticia (aun incurriendo en una deslealtad manifiesta), pero Zanne, a pesar de esa premonición negativa, se decidió por anteponer su propio honor actuando con la verdad.

-Excelencia: la caída de Nicosia es una noticia particularmente nefasta. Conseguiríamos los mismos propósitos de ayudar a Venecia si en lugar de atacar Morea o el Negroponto lo hicéramos con Durazzo o Valona, que están en el Adriático. Es mucho más improbable que los turcos salgan del Bósforo en esta época del año, por la misma razón que nosotros no debemos aventurarnos lejos de nuestros puertos —argumentó Doria dirigiéndose con mucho respeto a Zanne.

-Insisto —replicó Zanne. La mayoría de las galeras son venecianas; las del Papa, también salieron de nuestros astilleros. El número mayoritario de nuestros bajeles tiene que primar para exigir que todos se subordinen a la navegación conjunta.

-¿Con esas galeras miserables? —preguntó con irritación Juan Andrea, dirigiéndose al marqués de Santa Cruz que se encontraba en el Consejo y prudentemente guardó silencio.

Enfocó entonces a don Juan de Cardona y volvió a la carga:

-¿Qué pretende esta gente con sus galeras medio destartadas? ¿Y con sus guarniciones bisoñas y enfermas? ¡De muy poco vale el número! ¿Qué podríamos hacer en aguas del archipiélago griego donde pretenden arrastrarnos? ¿Qué hacemos aquí, exponiéndonos a que un temporal produzca una catástrofe? Quiero obedecer a mi rey, que me impuso retornar a Sicilia a fines de octubre.

-¿Volver a Sicilia? —preguntó, desorbitado, Zanne. ¡Famagusta resiste, y resistirá todo el invierno! En la primavera próxima debemos retornar con la ayuda y Sicilia queda demasiado lejos para volver desde ella.

El príncipe Colonna agregó, en refuerzo de Zanne:

-Si España se dirige a Sicilia ocurrirá algo más grave que el abandono de Famagusta: se romperá la Liga; el rey de España no puede haber impartido esa orden.

-¡Por Dios que creo no haber entendido bien! ¿Vuestra Señoría pretende saber mejor que yo que órdenes he recibido de mi rey? Yo solo recibiré instrucciones del Señor Príncipe Don Juan de Austria, Generalísimo del Mar y que obra en nombre de Su Majestad — exclamó Doria a los gritos.

Pero Colonna recobró la sangre fría y dijo, dirigiéndose a Doria:

-Si tenéis órdenes de vuestro rey, no seré yo quien intente controvertirlas. Pero ya que pasáis por Creta ¿qué impide que vayamos allá todos reunidos? Si el turco aparece, nos encontrará a

todos concentrados.

Colonna, puesto entre la espada y la pared, eligió la espada: a marchar contra los turcos.

Al día siguiente se desató un nuevo temporal y la totalidad de las naves concurrió al fondeadero de Castelrosso, de donde Doria decidió levar anclas para afrontar la tormenta en mar profundo. Pasada la borrasca regresó, pero advirtió que Zanne y Colonna habían partido, suponiendo que él los había abandonado.

Entonces Doria decidió regresar solo y hacerlo en forma directa a Sicilia; la separación le resultó providencial: la tempestad tomó de lleno a las galeras de Venecia y Roma cerca de las costas y hundió gran parte de ellas. A Zanne se lo consideró el principal responsable; así al menos pareció entenderlo su gobierno: lo envió a la cárcel, donde el pobre hombre murió de pena poco después. El Papa no tomó ninguna medida contra Colonna, pero su fracaso le costó el mando de la flota que se lució en Lepanto.

Por supuesto no había nada para reprocharle a Doria, pero sus colegas entendieron que no había sido solidario y no le perdonaron que no se hubiera inmolado con ellos. Una leyenda negra (de la que no pudo zafar, ni siquiera en su país) se abatió sobre el genovés a partir de entonces.

Lo demás es conocido: Veniero repudió la inspección de Doria, aunque se sabía que nadie más indicado que él para dictaminar acerca de la idoneidad de un navío. Doria encajó ése y otros agravios demostrando una consecuencia natural con los objetivos del conjunto y por algo llegó a la batalla de Lepanto con el mando de una de las alas del águila sin pico (la derecha).

A partir del desempeño que le cupo en esa contienda, se desplomó una nueva versión contra el genovés, fogoneada por los hombres de Venecia; debe reconocerse, no obstante, que los españoles hicieron poco por enervar ese relato que hace escaso mérito de la verdad objetiva. A raíz de su actuación en la batalla de Lepanto se le endilgó (con absoluta injusticia), inclusive el título de “traidor”. Sin embargo, autores modernos, como Carrero Blanco y Kostdam arriman una exposición positiva del ilustre marino de Génova.

Pareciera cierto que Doria —sin duda el táctico más hábil de la Liga Santa —advirtió que el renegado e inescrupuloso Uluch Alí —también un gran marino— marchaba con más de noventa embarcaciones contra las cincuenta que tenía Juan Andrea, tratando de envolverlo por su flanco de estribor. Como le resultaba imposible enfrentarlo dado que el pirata tenía cuarenta naves más que él, optó por hacer lo lógico en un buen estratega: evitar por lo menos que esas galeras participaran de la batalla, con lo que conseguiría que Don Juan y Barbarigo, ayudados por las galeazas, quedaran más equilibrados numéricamente con los turcos. Para conseguir ese propósito se apartó de la formación original y puso proa al sudoeste, arrastrando al renegado en la misma dirección. Con tanta determinación lo hizo, que el propio Don Juan temió que desertara y envió una galera para encarecerle que no rompiera la formación.

Es cierto que la flota de Uluch no estaba compuesta solo de galeras; en esa formación había también varias galeotas. Estos navíos, muy útiles en los actos predatorios a que estaban habituados los atroces berberiscos, no eran los más recomendables en la guerra convencional, en mar abierto, contra galeras que funcionaban en regla. Muy convenientes para las pequeñas refriegas por la agilidad de maniobra que tenían, se sabía que el mayor mérito con que contaban era su velocidad; este dato, por supuesto lo sabía de sobra

Uluch Alí, y se dispuso a aprovecharlo.

El viento había empezado a soplar del oeste y esto, naturalmente, era perjudicial para los turcos, que debían avanzar solo mediante el esfuerzo de sus remeros y a la máxima velocidad que el látigo de dos puntas pudiera arrancar de las espaldas de los pobres esclavos.

Para mitigar este inconveniente, el calabrés pensó dar un rodeo a los efectos de atacar a los cristianos por el sur o el sudeste. Supuso, además, que si llevaba a cabo esa jugada, Doria acentuaría la dirección que llevaba, para impedir la encerrona a que quería llevarlo su contendiente. El calabrés puso bien sus fichas: si Doria no se percataba de sus intenciones, lo rodearía y tendría derrotado en poco tiempo; si la percibía, dejaría un espacio abierto lo suficientemente amplio como para abalanzarse sobre el centro cristiano.

Como hemos dicho, Doria enfiló hacia el sudoeste y había arrastrado a Uluch, evitando de ese modo que volcara su peso contra la formación de Austria. “Después vendrán los principales marinos a ayudarme, incluido Bazán con la escuadra de reserva” —pensó el genovés.

La maniobra funcionó hasta que Uluch Alí, cumpliendo el plan explicado en el párrafo anterior, y advirtiendo que el astuto Doria no le permitiría jamás envolverlo por el flanco, optó por cambiar de rumbo. Viró de inmediato Uchalí (como lo llamaba Cervantes) por el hueco que se abría entre Juan Andrea y Don Juan y cayó con todo el peso de que dispuso contra el centro cristiano, tratando de influir con su presencia en la batalla, pero llegó tarde: Alí ya estaba muerto y los turcos despedazados.

En la escuadra cristiana se produjo en ese momento un hecho

confuso, que nunca fue develado. Diecisiete galeras, a las órdenes de don Juan de Cardona, se apartaron de la formación de Doria, en apariencia sin su consentimiento. Se lanzaron a babor tratando de interceptar el ala derecha de la escuadra de Uluch, mientras a éste se le formaba un rictus de alegría diabólica en la cara: sin buscarla se le había presentado la ocasión de tener a su merced la escuadra cristiana dividida. Dispuso que una importante fracción de su flota las atacara, con lo cual las diecisiete galeras debieron enfrentarse con más de sesenta naves turcas.

Tamaño disparidad de fuerzas aseguraba una victoria de los otomanos, porque Juan Andrea, a pesar de la velocidad que imprimió a sus galeras no llegaba a tiempo para intervenir. No imaginaban los turcos la intervención de las galeazas, que fueron asignadas a las tres escuadras. Las dos que correspondían al ala de la extrema derecha cristiana habían quedado rezagadas, no participaron de la formación inicial (por eso recién aparecían ahora) e, impulsadas por el viento, marchaban bajo el mando de Andrea de Cesare. En una acción en la que quedaron sorprendidos todos los contendores, fueron atacadas las galeras turcas por la popa, con un nutrido cañoneo.

Por supuesto, todo el poder de las galeazas era insuficiente para contrarrestar la realidad: los cristianos peleaban con una desventaja de uno a cinco. Se vivieron hechos intrépidos y gestos de abnegación furiosa, que sirvieron para mostrar que no peleaban soldados sino fieras. La galera Cristo Risorto, que tenía por capitán a Benedetto Soranzo, cuando ya había sido abordada y sometida por el enemigo vivió una reacción desesperada: Soranzo se encerró en la bodega del buque e hizo estallar su depósito de pólvora. La explosión y el fuego dañaron a las galeras cristianas que navegaban cerca, pero fundamentalmente a las turcas, que quedaron seriamente dañadas o presas del fuego. El estallido provocó desperfectos entre las propias galeras cristianas (como se dijo); don Juan de Cardona sufrió

quemaduras espantosas, que le produjeron un dolor inmenso (igual continuó peleando y murió de una herida tremenda en la garganta).

Antes de la explosión de Soranzo, Cardona, que marchaba a la vanguardia de la escuadrilla separada de Doria, con siete galeras debió enfrentar a dieciséis de la Media Luna que se apartaron del grueso de sesenta para cerrarle el paso. Sin embargo, pese a la inferioridad visible, el español cargó con la mayor energía sobre los turcos. La disparidad era enorme, pero los quinientos soldados del tercio de Sicilia que iban con Cardona vendieron cara la vida; solo cincuenta sobrevivieron a la disparidad de la lucha; la capitana de Santiago, que peleara con el mismo valor que la siciliana, también resultó diezmada.

La furia con que se luchaba era absoluta y la galera papal Florence (Fiorenza) fue testigo y víctima de esa ferocidad. La inmensa mayoría de los caballeros de San Esteban que la integraban murieron como consecuencia de los alfanjes y cimitarras; el patrón de la nave, Tomasso di Medicis cayó gravemente herido, pero se repuso lo suficiente como para seguir resistiendo con solo diecisiete soldados el aluvión turco. Otra nave del Papa, la San Giovanni, debió lamentar la muerte de su capitán y el de todos los soldados: el espectáculo no solo resultó dantesco por las bajas de tripulantes y soldados. Los bancos de remeros dieron una exhibición más impresionante aún: los muertos se acumulaban en sus respectivos asientos, empuñando los remos, como si se tratara de un buque fantasma. A su vez, en la Piamontesa, del duque de Saboya, fue muerto su capitán, todos los combatientes e inclusive los remeros.

Cardona murió, como se ha dicho, de un flechazo en el pecho y un arcabuzazo en la garganta que, no obstante el sufrimiento espantoso que padeció, le permitió conocer que su abnegación no había sido vana: don Álvaro de Bazán con toda la reserva y la

Marquesa, pudieron agregarse a la lucha. Poco después Juan Andrea, Don Juan y Colonna, demostraron que la superioridad cristiana era absoluta.

Otro caso conmovedor —entre tantos— fue el del capitán de artillería Federico Venusto, que en medio del combate sufrió la pérdida de la mano derecha, como consecuencia del estallido de una granada cuando estaba a punto de arrojársela a un enemigo. Cubrió la hemorragia con un trapo y descendió a la cocina; hizo que vaciaran una gallina e introdujo el muñón en la cavidad del ave para seguir peleando. “Todavía me queda la mano izquierda para vengar a la derecha” —dijo mientras se dirigía a cubierta y sacudía la espada como si cortara el aire.

¿Y María, “la bailadora”? Se había embarcado en el tercio de Lope de Figueroa, haciéndose pasar por hombre. Algunas versiones dicen que se trataba de una prostituta, pero es difícil que una mujer, cuyos ingresos provienen de la venta de su cuerpo, lo arriesgue de manera tan espléndida en una batalla. Lo cierto es que María ingresó disfrazada de soldado, en la compañía de su “pareja” (como se diría ahora), un gallardo infante español, veterano de Flandes. Las crónicas ponen de manifiesto el arrojo que María tuvo durante la batalla, en la cual, sin necesidad de disfraz alguno, peleó como un hombre.

Si bien los casos de heroísmo y arrojo fueron innumerables, sería injusto omitir alguno quinientos años después; hubo dos hombres, a bordo de la galera San Juan, cuya entrega no debe ser olvidada. Fueron ellos el sargento Martín Muñoz y el soldado Francisco Montañez.

Mientras Uluch realizaba la maniobra a que hemos hecho referencia, Giustiniani, a bordo de la capitana de la Orden, se batía con toda furia contra cualquier enemigo. Sin recibir ningún apoyo, ya

había doblegado tres galeras adversarias.

Al toparse el “tiñoso” con la galera de Malta, encontró que sus designios estaban parcialmente satisfechos ¡nada menos que la capitana! ¡Eso sí que era una buena boccata di cardinale! Además... enfrentar la bravura del prior que se encontraba solo, con el respaldo de toda una flota (lo que le permitiría rodearla y abordarla por babor y estribor al mismo tiempo)... ¡eso era una suerte adicional!

El ataque a Giustiniani debe asociarse con la larga lista de frustraciones que padeciera el corsario. El renegado de Calabria, ante su tardía irrupción en la batalla (es posible que si hubiera llegado media hora antes Alí Pachá hubiera estado con vida y por lo tanto la suerte del combate todavía podría estar indecisa), no quiso dar por fracasada del todo su participación. Los sarracenos que llevaba consigo no tuvieron ninguna piedad con los cristianos de Malta, a quienes acuchillaron sin remordimiento.

Como se ha dicho, el encontrarse la galera de Giustiniani fue un golpe de suerte adicional para Uluch: todo el año anterior había estado luchando con los Caballeros de Malta en el Mediterráneo mientras éstos trataban de impedir sus correrías. Encontrar al Prior fue una casualidad tal, que si él no hubiera sido un monje renegado habría pensado que se lo enviaba el Cielo.

De no haber sido por las galeras de Juan Andrea, que se acercaban con toda premura regresando al mar de la batalla y las de Castil y Tejada, que acudieron de inmediato pese a estar debilitadas por la lucha contra otras naves turcas, el calabrés se hubiera salido con la suya. Lo que no pudieron evitar sus compañeros de la Orden fue que la capitana de Giustiniani hubiera sido abordada, saqueada y su tripulación masacrada: al llegar Tejada y Castil vieron a todos muertos y al buen prior agonizando con cinco saetas en el cuerpo.

Pero Dios lo protegió; varios días después recuperó el conocimiento y finalmente sanó.

En su voracidad, Uluch quiso llevarse a remolque la capitana de Malta, y de hecho ató varios cabos a su popa. La codiciosa avidez del pirata no paraba, haciendo honor a su espíritu de rapiña. Como buen ladrón trató de apoderarse de los buques vencidos mediante el saqueo sistemático de los mismos. Sin embargo, a la vista de la inminente llegada de Doria, (también se acercaban Don Juan, Bazán y otras galeras), optó por cortar los cabos con que pensaba remolcar la capitana de Malta y se dio a la fuga con solo treinta embarcaciones de su flota.

En el capítulo 39 del Quijote, Cervantes hace referencia a este rescate atribuyendo el mérito a “un capitán” de reciente graduación que no era otro que él mismo. Pero el suyo, aunque filtrado por los embudos del novelista, es un testimonio valioso: “... que habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solo tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos malheridos, acudió la capitana de Juan Andrea a socorrella¹⁶, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria...”.

Como insulto final y en un gesto bien de renegado, el calabrés izó la bandera de la Orden en lo más alto de su palo mayor, para que su huida quedara reproducida en la memoria visual de sus enemigos como el escape de un buque cristiano (de paso le sirvió de prueba para que en Estambul, Selim II lo premiara).

Las restantes, todas integrantes de la soberbia escuadra del pirata, quedaron cerrándole el paso al genovés, con cuya flota se

16 Transcrito el texto original

enredaron en una incierta lucha que al final concluyó con la rendición o zozobra de las naves otomanas. Inútil fue el intento de Juan Andrea de darle caza a Uluch; la distancia era muy grande, la velocidad del pirata mucha, y la victoria invitaba a que se reunieran todas las embarcaciones (y de paso poner fin al saqueo de los venecianos). El ala que condujera Doria fue la única que no pudo declararse vencedora; por más que intentó acercarse al jefe enemigo para requerirle un duelo singular, solo obtuvo como respuestas marchas y contramarchas veloces de su adversario.

Cuando concluyó la jornada, después de la victoria, los saqueos y despojos, la flota fondeó en Petala; la paz y el sosiego se desplomaron sobre los vivacs y el vino estimuló la lengua de los participantes. Allí pareció llevarse a cabo una típica reunión de cazadores o pescadores, ocasión en que las piezas logradas ostentan la extraña virtud de crecer después de cobradas en los cuentos que allí se verifican.

Como en esas celebraciones, con posterioridad a la batalla comenzaron a tejerse innumerables leyendas, algunas de las cuales pasaron a la historia y fueron recogidas como hechos reales. En la mayoría de los ejemplos, el relator colocaba su actuación en una categoría tan apoteótica, que el siguiente testimonio se encontraba obligado a exagerar un poco más, para que la suya no fuera una epopeya insignificante. En algunos casos, la narración enfocaba enaltecer una figura determinada, para que alguien, con total anonimato, hiciera posible ese suceso y el interlocutor imaginara de quien se trataba, que no era otro que el propio relator.

Así debe haber ocurrido con Alejandro Farnesio y con el príncipe de Urbino, cuya solitaria presencia (solo los acompañaban tres soldados) fue suficiente para abordar dos galeras, rendirlas, liberar a los remeros e izar su estandarte en el palo mayor de ambas.

¿Y el caballero de Romegas? Era el primero en la línea sucesoria de monseñor De Monte en la Soberana Orden de Malta y por algo el Pontífice lo había designado como general de sus naves, ubicado inmediatamente después de Colonna. A la luz de las versiones que se contaron esa noche, el valiente gascón, secundado solo por diez personas jабordó, saqueó y sometió cuatro galeras otomanas!

En medio de esos relatos, los venecianos enfrentaron la actuación de Juan Andrea Doria, haciendo caer sobre la memoria del bravo genovés una leyenda oprobiosa y falsa, porque si bien es cierto que no pudo vencer al ala enemiga, también es verdad que los turcos, a pesar de su inmensa superioridad numérica, no pudieron derrotarlo.

El manco de Lepanto

Sancho Panza, el sensual y apacible escudero de don Quijote, incitó a su amo a dar por concluida la perorata en que estaba envuelto, un poco porque cuidaba de la imagen del caballero, y otro poco porque su hambre le impedía contenerse hasta que el buen jefe concluyera su discurso. Pero el señor de la triste figura estimulaba con su oratoria a que un ex cautivo de los bereberes expusiera los pormenores de sus penurias, que no fueron otras que las que padeciera el mismo Cervantes.

Como es de imaginar, el ingenioso novelista recurrió a la ficción de un personaje inventado para explicar, en cierto sentido, su entrada en el servicio del rey a través del ejército, señalando, con los adornos del caso, las vicisitudes que debió soportar antes de su incorporación. Como Disraeli (que se atribuyó un linaje del que carecía y que por

otra parte no necesitaba), Cervantes “creó” un padre generoso y pudiente, que optó por anticiparle a los tres hijos su herencia.

Sabido es que el padre de Cervantes fue un hombre de “mala suerte”, que malgastó sumas importantes en torpezas que le valieron ir preso por deudas, sin perjuicio de haber sido un individuo empeñoso, aplicado a su mujer y sus hijos. Sin duda “el príncipe de los ingenios” lo recordaba de esa manera y decidió adornar su memoria con los arabescos trazados en ese capítulo.

Que esa parte del libro se detuviera en mayor medida en el cautiverio, antes que en la batalla de Lepanto, donde el escritor fuera herido en la forma que se conoce, es algo lógico. Nadie recuerda con mayor pertinencia, sino aquellos aspectos provenientes del dolor, la angustia, la humillación o el sufrimiento. Es humano y razonable que Cervantes insistiera con mayor ímpetu en aquellos aspectos que le causaron más daño aún que las heridas: largos años (cinco) transcurridos en los baños¹⁷ de Argel, donde es probable que el célebre “manco” hubiere imaginado, con reiterada fruición, la presencia de una mujer hermosa que compensara sus reiterados remedos, como contara en el inmortal libro.

Ya que el cautivo del Quijote no fue explícito con la batalla, es preciso reconstruir la actuación militar de Cervantes por otros medios. Como sabemos, una gestión de Hoyos le valió ingresar en el servicio de cámara del cardenal Acquaviva, donde el poeta recaló para eludir la aprehensión de los alguaciles. No fue una vana estancia. Cervantes conoció por ese medio, Venecia y Roma, Florencia y el arte, la diplomacia y la política. Desde el tinelo del cardenal vislumbró el Vaticano, la vida de los santos y el desmadejamiento de las intrigas.

17 Cárceles. La notable humedad que imperaba en ellas les dio ese nombre

Cuando todo eso cansó al inquieto vate, renunció ante el monseñor y obtuvo plaza en uno de los tercios más recios, el de don Miguel de Moncada, donde era capitán de la compañía Diego de Urbina (una compañía estaba formada por doscientos soldados de infantería y cada “tercio” por quince compañías, lo que hacía un total de tres mil hombres, es decir, el equivalente a un regimiento o a una legión).

El destacamento de Moncada se embarcó para formar parte de la Liga Santa y Miguel, que había llegado a ser sargento y tener bajo su responsabilidad doce soldados “más por acción de la fortuna que por méritos propios” (como dijera en su obra máxima), por primera vez conoció los padecimientos del embarque. Apiñado en un espacio infinitamente pequeño; durmiendo, comiendo, vomitando y haciendo sus necesidades en el mismo lugar, pronto conoció el efecto depredador de las alimañas que lo visitaban en forma permanente. Cervantes combatió la incomodidad del hacinamiento, gracias a una imaginación frondosa que le permitía viajar por medio de la quimera y la cultura.

Un día se enteró que habían recalado en la isla de Corfú, lugar en el que Don Juan dispusiera que toda la flota fondeara para hacer aguadas.

Cuando Cervantes se enteró del nombre de la isla, su imaginación voló más aprisa aún. Corfú... ¿no fue su playa la de los Feacios, que acogieran a Ulises, según contara Homero en La Odisea? Y el río... ¿no era donde Nausicas, la virgen de brazos lánguidos, lavaba su ropa? El pensamiento y los recuerdos literarios le permitieron cerrar los ojos e imaginar lugares mágicos. Allí estaba el bosque de álamos blancos... más acá el lugar sagrado donde los ascendientes del rey Alcinoos habían efectuado la advocación de Minerva, la diosa de la sabiduría.

La ansiedad por pisar los mismos lugares en que lo hiciera el aventurero que regresaba de Troya se apoderó con desesperación de la mentalidad prolífica y encendida de Miguel.

-“Debo bajar a esa playa” —se dijo el enfervorizado sargento español. Ya no toleraba más el encierro y encima de ello, si bajaba a tierra, podría recorrer los mismos lugares de la leyenda... bañarse en las aguas donde lavaba Nausicas y, de paso, expulsar por un rato piojos y pulgas cuyas mordidas frecuentes no lo dejaban dormir y lo obligaban a que sus uñas rasparan la piel hasta hacer sangrar la carne.

Lo malo fueron las consecuencias. Las fiebres cuartanas, que no son otra cosa que una variedad de paludismo, atacaron al joven soldado. La playa de los Feacios, el río donde se lavara la mujer mitológica, fueron en realidad una trampa para Cervantes; si en realidad pensaba encontrar los vestigios de Ulises, solo pudo obtener las calenturas febriles, que lo compelieron a permanecer en la misma bodega, pero en peores condiciones.

Cuando la flota partió de Corfú, Miguel se sentía una piltrafa; arrumbado bajo cubierta, mientras el vino y las risotadas de soldados veteranos junto al miedo creciente de los bisoños, ponía una música de fondo indiferente y casual. ¡Rara existencia la de esos mercenarios! La vida (y sobre todo la lucha por asegurar su duración) los había convertido en insensibles al sufrimiento ajeno.

Como sabían que ellos no podrían quejarse porque nadie se apiadaría de sus gemidos, habían hecho crecer una cortina de apatía hacia el dolor y la muerte. Bebían, comían, bromeaban y lanzaban carcajadas sin reparar en el sufriente mozo que padecía calenturas; pero así eran las reglas que estaban vigentes en esa tropa de feroces infantes.

La víspera del combate (noche del 6 al 7 de octubre de 1571), Cervantes no pudo pegar un ojo. Lo consumía la fiebre, el color de su rostro era el de un “desenterrado” por lo amarillento; por si fuera poco, al aspecto demacrado se le sumaba un cuerpo adelgazado por la enfermedad. Piojos y pulgas habían vuelto a ensañarse con su organismo cuando, haciendo un gran esfuerzo, consiguió incorporarse. Más muerto que vivo, tropezando a cada instante, se acercó a su capitán (Diego de Urbina) para pedirle instrucciones acerca del lugar que debía ocupar y el desempeño que de él se esperaba.

Urbina era natural de Guadalajara, y Cervantes de Alcalá; dicen que los oriundos de esas ciudades sienten un natural afecto recíproco y el capitán no pudo menos que poner de manifiesto esa simpatía; no precisó detenerse mucho tiempo en la contemplación de ese cadáver andante.

-Quedaos en la bodega de la Marquesa; nadie va a tomar a mal tu ausencia porque en verdad estáis muy malo —le dijo Urbina con tono afectuoso.

Pero Cervantes, que era hidalgo y tenía conciencia de ello, le respondió con humildad pero con firmeza:

-Mi capitán; pensad lo mal que estaría ese comportamiento mío. ¿De qué sirve vivir de esa manera? Mejor sería morir defendiendo a nuestro rey y a Dios, que arrastrar la acusación de cobardía, con que sin dudas la conciencia me acosaría el resto de mi existencia. Por favor; ponedme, señor capitán, en el lugar más peligroso y sabré morir peleando.

Impresionado don Diego por la determinación de Miguel le

encomendó tomar a sus hombres y luchar desde el esquife, cuando llegara el momento. Cervantes siguió las órdenes al pie de la letra; mandó formarse la dotación que estaba a su cargo, mezcla de veteranos y bisoños, calzó con premura el yelmo y tomó el arcabuz, que había sido colocado bajo el estanterol. Agitado, un poco por la fiebre y más aún por la emoción de la pelea inminente, se dirigió con sus hombres a ocupar el lugar de combate dispuesto por su capitán.

La Marquesa, cuyo patrón era Francisco de Sancto Pietro, navegaba en la formación que tenía por comandante a uno de los marinos más confiables del mundo cristiano: Juan Andrea Doria. Promediaba la mañana cuando se produjo el fantástico enfrentamiento.

Los turcos avanzaban sin demasiado orden, pero con una gran superioridad numérica. Se los veía distendidos, gritando con obscenidad la proximidad de muerte para el enemigo; los jenízaros, teñidos de rojo¹⁸ manos y caras, impresionaban más aún, de acuerdo a sus antecedentes. El abordaje era inminente y los cristianos comenzaron a desplegar las mallas de acero para impedir el asalto. Las galeras turcas de mayor tamaño, tenían un espolón de hierro forjado o directamente su mascarón de proa era de ese material. Contrastaron la existencia de mallas en los bajeles cristianos con una embestida feroz. Las embarcaciones de mayor tamaño acometieron contra las galeras de Doria por la proa o por las bandas; la parte del enemigo que estuviera más próxima.

Cuando se producía el “choque”, un clamor sordo subía de las cámaras de boga: “¡Piedad de nosotros, somos esclavos cristianos!”; “¡Por Jesús, María y José! ¡Somos cristianos!” “¡Sálvennos por amor

18 Lo hacían para que las heridas —y la posterior sangre— no descorazonara a sus camaradas.

de Dios!” Este griterío producía en los soldados cristianos un efecto dramático, que los llevaba a multiplicarse en la pelea. En algunos casos, pasado el primer momento de desconcierto, los españoles tomaban la iniciativa y pasaban al ataque.

En la Marquesa los soldados de España comenzaron a imponer la violencia de sus antecedentes de gloria y coraje. Pasado un instante inicial de confusión, la infantería quiso demostrar que no era menos temible que los turcos y por algo en los distintos campos de batalla, había hecho sentir el rigor de su poderío.

Cuando se decidieron a abordar la nave enemiga, que las había embestido, colocaron una estrecha madera para trasladarse por ella a la galera turca. El tablón tenía un ancho en el que cabían solo dos pies juntos; errarle o trastabillar equivalía a caer en el mar y, dado el peso de la armadura, continuar en él hasta perecer ahogado.

Uno de los soldados que antecedía a Cervantes tropezó al comenzar el abordaje y se precipitó al mar; quien le seguía no tuvo mejor suerte y fue tragado, desapareciendo de inmediato de la superficie. Miguel no pudo menos que dejarse traicionar por su formación literaria: “ha ido a parar a los senos de Neptuno” —se dijo a sí mismo, mientras colocaba sus pies tratando de no incurrir en las mismas fallas. Pero una de dos: o la tabla era demasiado angosta o los nervios jugaban una mala pasada a los soldados; también Cervantes se sintió caer y por cierto lo hubiera hecho de no mediar la ayuda que recibió de un camarada servicial y animoso. Mateo de Santiesteban se llamaba, era natural de Tudela, en la región navarra, y se había incorporado al tercio de Moncada en Nápoles, con el grado de alférez. Lo tomó con energía de un brazo y le salvó la vida, sin imaginar que su gesto iba a permitir que la novela más trascendente de la lengua española saliera de una lapicera de ese soldado. Miguel miró por un breve momento a su salvador y el rostro bonachón de

Santiesteban le recordó que ese oficial lo había asistido en los momentos más cruciales de sus fiebres y por si fuera poco, una gestión suya llevó a que lo viera Urbina y se compadeciera de su estado.

Pero apenas unos instantes demoraron intercambiando miradas de gratitud: ya los turcos, con su fiereza de siempre, se encargaron de recordarles que ésa no era una jornada de esparcimiento. Españoles y otomanos continuaron con las armas y la lucha fue un compendio de oscilación: por momentos avanzaban los jenízaros, después lo hacían los tercios y así sucesivamente, como que ninguno iba aceptar que el enemigo se apoderara de su nave.

El patrón de la Marquesa yacía en la cubierta con un balazo en la cabeza, muerto. El disparo fue certero: le dio en el medio de la frente y murió al instante, a juzgar por el gesto de sorpresa que mostraban sus ojos. Francisco de Sancto Pietro cayó con los brazos extendidos en forma de cruz, como si estuviera preparado para ingresar en el cielo de los justos.

Cervantes recordó la orden de Urbina: debía proteger con sus hombres el esquiife e impedir que fuera tomado por el enemigo, que ahora avanzaba con decisión. Lo que en realidad se cuidaba como oro era el rancho de santa Bárbara, para que el timón no fuera dañado o capturado por los turcos. Retrocedió con cautela; no estaría otra vez Santiesteban para socorrerlo. Pero no hizo falta: encaró con decisión el andamio y retornó a la Marquesa; es posible que los nervios iniciales conspiraran contra los soldados en el momento del abordaje. Llamó a sus hombres y se dirigió al esquiife.

Desde lo alto de la galera, detrás de la chalupa y protegiendo el rancho, presenció Miguel la parte más intensa del combate. La Marquesa había sido embestida, ahora, por dos galeras turcas, que

consiguieron abordarla y los jenízaros avanzaron por la crujía con determinación, dispuestos a tomar la nave. El mayor número de jenízaros fue imponiendo la fuerza de su cantidad; solo quedaban en pie el fogón y el esquiife, donde un puñado de españoles se batían como leones.

De hecho, Cervantes empuñó la espada y la clavó en el pecho de un jenízaro que a su vez había herido a un camarada suyo. Pero la lucha era muy desigual; ni bien Miguel blandió la espada como se ha dicho, otro soldado turco le propinó un golpe demoledor en la cabeza con una pica, que apenas neutralizó el yelmo. Todavía aturdido por el hachazo, se incorporó del suelo para seguir la lucha. Ya estaban a punto de ser tomados, cuando la Leona, una galera genovesa que aún no había intervenido en la batalla y por lo tanto sus soldados estaban “frescos”, acudió en su auxilio con toda una compañía de infantería.

Después del golpe y por un momento le pareció que estaba en el Estudio de Madrid, y el maestro López de Hoyos le hablaba desde su cara rubicunda y bonachona. Sin embargo esa visión era desplazada por la de Isabel, la reina niña que muriera sumiendo en la mayor tristeza a su esposo, a su madre, a su cuñado y a todo un pueblo que la veneraba. Pero hasta la tierna Isabel fue reemplazada: llegó navegando en una fragatilla el Arcángel San Miguel, pero tenía la cara sonrosada y limpia, un bigotillo insolente y pícaro, gritando bendiciones o blasfemias (no las podría identificar) con la espada del gavilán de oro en una mano y el crucifijo en la otra. Le escoltaban, como si fueran monaguillos impávidos, dos caballeros serios y formales, con el bigote entrecano y una barba que denunciaba autoridad e inteligencia: eran el Marqués de Santa Cruz y don Luis de Requesens.

¿No sería esa fiebre intensa la que le hacía ver e imaginar ciertas cosas?

Pero Cervantes sacudió la cabeza; eran los estertores de la fiebre que con toda intensidad se empeñaban en hacerlo delirar. Empuñó con decisión el arcabuz e impartió una orden, que debe haber sido oportuna y coherente por la rapidez con que fue acatada por soldados acostumbrados a las directivas correctas. Comenzaron a disparar con precisión y sin claudicar.

En tanto, las galeotas turcas avanzaban con sus amenazadores hierros extendidos para el abordaje y los peligrosos ganchos con los cuales pensaban amarrar los navíos embestidos para invadirlos. Miguel se sentía ensordecido por el tronar de la artillería y cegado por el humo y el fuego que ardía en las galeras. A través de esa humareda pegajosa y espesa se vieron pasar, como si fueran fantasmas arrancados a un cuento de horror, las galeras que marchaban hacia su destino de muerte o de gloria. Obviamente, la lucha entre las que pertenecían al ala de Doria y las de Uluch Alí, era muy desigual, desde el momento en que menos de veinte galeras cristianas debían enfrentarse a más de noventa naves de la Media Luna. Se fueron hundiendo las Doria, de Génova, Sicilia, de Sicilia; Fiorenza, del Papa, la de Nicola Doria, San Giovanni y Margherita (estas últimas, si bien se mantuvieron a flote, pereció toda la tripulación).

A pesar de ser mediodía, el cielo aparecía cubierto, tantas eran las saetas que disparaban los otomanos buscando carnes cristianas donde clavarse. Y por supuesto, la infantería española contestaba con la violencia del arcabuz o del mosquete, cuyos proyectiles trataban de encontrar blancos turcos para acabar con ellos.

Mientras Miguel disparaba sin pausa, su mente volaba con la velocidad de la fiebre. Volvió a delirar: ¿no sería todo ello una mentira? ¿no se estaría ante una creación de la enfermedad, como

Homero inventara los combates de La Ilíada? La poesía mitológica había hecho lugar a la guerra de Troya ¿y si la fiebre imaginara esta batalla? En medio de estos delirios estaba Cervantes cuando un dolor agudo e intenso lo golpeó en el brazo izquierdo. Con sorpresa llevó la vista hacia ese lugar, al mismo tiempo que el frío se apoderaba de su mano y un chorro de sangre salía a borbotones de una herida de bala que le destrozara carne, huesos, ligamentos, músculos y nervios.

Incrédulo, Miguel alzó la vista e infructuosamente buscó en la galera enemiga el jenízaro que le disparara. Su mano derecha aferraba con fuerza y odio el arcabuz “¡ah... si pudiera ubicarlo!” La batalla se convirtió en un combate singular para Cervantes; por el momento, el soldado había vencido al poeta y el hombre solo quería vengar la herida.

Lo buscaba con desesperación, pero todo era inútil. Sin embargo, dos ojos renegridos y traidores estaban clavados en él; eran los del autor del tiro que no hizo blanco en la humanidad de Cervantes y solo logró herir su brazo izquierdo. El hombre estaba en la galera que embistiera a la Marquesa. Volvió a apuntar y acompañó el movimiento del mar con la cadencia de su cuerpo; portaba un arma especial, de dos cañones yuxtapuestos, que podía disparar dos balazos casi al mismo tiempo. Era el momento; cerró un ojo y su dedo se colocó sobre el gatillo; cuando el pecho del sargento español cubriera su punto de mira, descargaría. Cuando lo hizo, dos balazos se incrustaron en el pecho de Miguel, que cayó redondo en la cubierta mientras una nube roja le cubría los ojos; pensó que eran sus momentos finales.

En inmediata represalia, sus camaradas hicieron fuego sobre el lugar de donde presuntamente partieron los disparos y varios jenízaros cayeron; se ignora si entre las víctimas estaba el agresor. El capitán Urbina advirtió la caída del herido y lo creyó muerto; entre

una orden y otra se dio tiempo para rezarle un Paternoster, y lo hizo en latín, suponiendo que era la lengua de Dios.

Desde el suelo, Cervantes vio el resto del combate; divisó cuando los cristianos heridos o muertos iban cayendo bajo las balas y las flechas turcas y también el fuego demoledor de los tercios de España. Quizá él mismo no estuviera vivo y esas imágenes fueran la antesala del Paraíso —pensó con un dejo de fatalismo: “Eso debe ocurrir; algunos veteranos son verdaderas fortalezas, imposibles de abatir”, supuso en silencio.

Sin embargo, con un esfuerzo ciclópeo, Cervantes se alzó en pie. Lo vieron con alegría sus camaradas más cercanos y Urbina lo hizo con admiración. Para sorpresa del agresor (si aún viviera), Miguel era un soldado que superaba las prescripciones de las Siete Partidas de Alfonso el Sabio y su valor comparable a Gonzalo de Córdoba, al mismo Don Juan.

El soldado de Lepanto, que quedara inútil de la mano izquierda, continuó peleando para su rey y su Dios. Con la heroica infantería estuvo en Navarino y Túnez; en La Goleta y Flandes; prisionero en Argel e invasor en Portugal. Después de 20 años de servicios gloriosos solicitó al rey una merced: pidió que se lo destinara a un cargo vacante en la audiencia de Charcas, en cuya serena siesta pensaba pasar el resto de sus días.

Le fue denegada por medio de una providencia que firmara un sujeto cuyo nombre solo tuvo un lugar en la historia para mostrar la pobreza de esa grosera decisión.

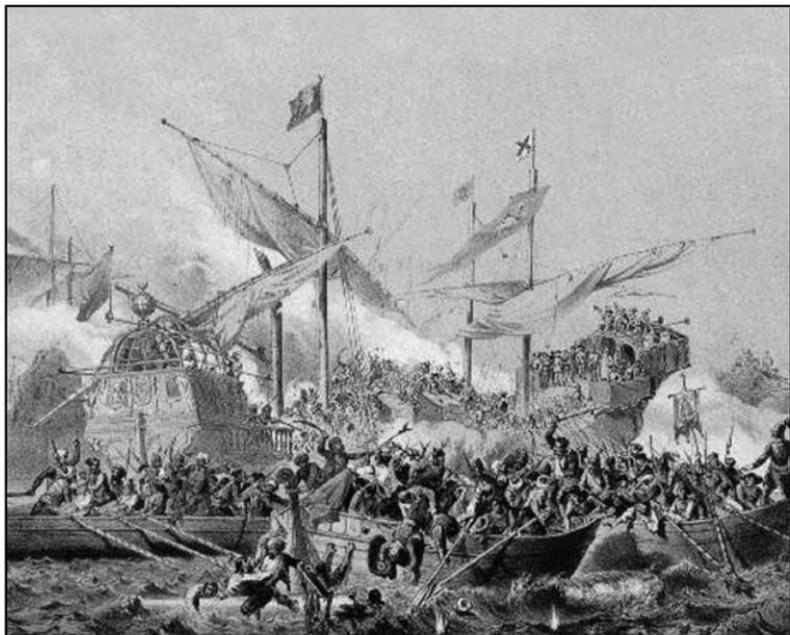
De Miguel de Cervantes Saavedra, en cambio, pervivió El Quijote, para honor de España, de su novela y de su lengua. Su autor sobrevivió a los siglos y la manquedad, “que no surgió en una

taberna” le confirió atribuciones para poder exclamar “en esa batalla he perdido mi mano izquierda para gloria de mi derecha.”.

Lepanto fue “la más alta ocasión que vieron los siglos y esperan ver los venideros”, como dijera el poeta que, a pesar suyo, le ganara al soldado.



Miguel de Cervantes ocultando su mano



Combate entre la Real y la Sultana

Se ensartan las galeras

El primer cañonazo de la Real se produjo a las 10 y 30 horas, aproximadamente, y a la misma hora, en forma simultánea, los bajeles de la extrema izquierda cristiana y la derecha arráz se fueron a las manos. Como correspondía a un reto entre caballeros —el único que existió— el disparo de cañón fue contestado por la Sultana: Alí aceptaba el duelo.

Como suponía que la nave insignia era otra, situada más a babor, Alí corrigió levemente el rumbo para, lentamente, acercarse a

Don Juan de Austria. Como ha sido dicho, la ansiedad de Austria no tenía límites y la templanza, que quiso transmitir a sus hombres (lo consiguió con éxito), se había traducido en la inquieta fogosidad de un muchacho. No obstante, las flotas, con lentitud exagerada, continuaban acercándose. Las de la Media Luna habían superado las galeazas venecianas y se aproximaban con aterradora determinación; algunas averiadas por los disparos contundentes de aquellas fortalezas, otras indemnes porque la distancia que llevaban en la formación las había preservado del fuego y la metralla; los heridos de bala parecían clamar que esa no sería una jornada de fiesta.

De cualquier modo, la flota turca había perdido la alineación que tuviera en su origen. Las galeazas habían vencido aun cuando sus disparos no hubieran dado en el blanco: el humo de la pólvora negra había sido tan espeso y el viento tan suave pero sostenido, que una nube artificial rodeó las galeras y les quitó toda visibilidad a sus pilotos. Recién cuando estuvieron frente a las embarcaciones cristianas, pudieron recuperar la visibilidad normal; pero entonces ya era tarde para intentar reagruparse.

Alí, cuyo recamado y elegante caftán apenas podían distinguir los hombres de su galera, no paraba de maldecir su “mala suerte”. Primero, el “centro” o “batalla” de la flota enemiga no estaba a cargo de los venecianos, sino de esos odiosos ponentinos; segundo, el número de navíos y el de soldados; si bien era mucho menor que el que él conservaba bajo su mando, era sorprendentemente elevado. Ya verían qué les esperaba por servicios incompetentes e inservibles a esos espías fanfarrones y estúpidos, tan bien pagados. Por último esos adefesios flotantes que la impertinencia de los cristianos llamara galeazas y que habían causado tanto daño a su flota. ¿Y ese maldito humo? Por su culpa no solo no podían verse los bajeles entre sí: ¡ni siquiera dentro de una misma nave era posible divisar nada!

-“Malditos errores” —pensó Alí con el gesto contrariado y dibujando una mueca en su cara— “de todos modos iré por ti, Don Juan”.

Dio orden a su cómitre para que los remeros llevaran la galera a media marcha hacia la nave de Don Juan; en los tramos finales se tomaría el impulso necesario para que la embestida tuviera la fuerza que fuera menester para sacudir esa galera cristiana soberbia e impertinente. Frente a los cristianos, y navegando a toda la velocidad que se podía extraer de los esclavos, avanzaba Alí Pachá con las galeras que sostenían su intervención: la capitana de Metalín, la de Valona, varias galeotas, Pertev Pachá, Mustafá Esdri y la del general de los jenízaros. Pronto quedarían incrustadas.

El choque fue espantoso; ambos capitanes repitieron una orden que la costumbre había convertido en innecesaria por lo habitual: tomarse con fuerza de un objeto inamovible para aguantar a pie firme el impacto. Pero después del ruido infernal de maderas y hombres que produjo la embestida, se iniciaron los recuentos de situación: no se habían producido daños que amenazaran la flotación de ambas naves, pero la galera cristiana había quedado en mejor posición que la enemiga.

Por esas circunstancias que derivan del material con que fueron construidas, del formato de las naves, del movimiento del mar o tan solo por obra de la suerte, lo cierto es que la Sultana se incrustó en la obra muerta de la Real, elevándola por encima suyo. Esto, a todas luces favoreció a los españoles, cuyos arcabuceros solo tuvieron que cubrirse y disparar a discreción sobre los jenízaros, haciendo blanco con impunidad y método desde una involuntaria altura conseguida.

Al inicio de la batalla, cuando dieron comienzo los preparativos

iniciales, algunas órdenes de Don Juan sirvieron para demostrar su extraordinaria calidad táctica (y política). Encomendó a Colonna se situara a estribor suyo, a su flanco debían ir la capitana de Saboya, a cargo del príncipe de Urbino y Monseñor de Ligny; a Veniero (notable confianza dio a este último) que lo acompañara a babor, a cuyo lado se colocaron la capitana de Génova con Ettore Spinola y Alejandro Farnesio. A Requesens, que por disposición de Felipe II se había convertido en un verdadero escudero del príncipe, le encomendó que navegara a su popa (dicho en mérito de Requesens, delegó el mando de La Patrona, capitana del Gran Comendador de Castilla, y permaneció en la Real, cuidando de Don Juan, tal como se lo había ordenado el rey).

El marqués de Santa Cruz navegaría a corta distancia, actuando como reserva y manteniendo agrupadas en torno suyo las galeras de su escuadra. En total, siete de las galeras más importantes de la Liga formaban con el generalísimo una masa compacta que se preparaba para la lucha contra el infiel.

Don Juan sabía o imaginaba, que el eje de la batalla se libraría en el “centro” y reduciendo más aun la perspectiva, consideraba indudable que la suerte del día se daría por la derrota o fracaso de uno de los dos jefes navales. Hacia ese destino, voluntario o no, navegó Alí, para que la colisión de las dos galeras provocara el enfrentamiento decisivo.

Procedió Don Juan, en consecuencia, a rodearse de los mejores elementos de la flota, sin que esa precaución pusiera en riesgo el plan general. Pensaba, además, que las galeras y galeotas turcas que pudieran superar el fuego de los cañones con que serían castigados por las galeazas, jugarían toda su suerte a la infantería, aprovechando el tradicional temor que despertaban sus jenízaros.

-“Los que puedan superar el destrozo de la artillería, pondrán su confianza en la infantería, la tradicional potencia de los otomanos” —pensó entrecerrando los ojos Austria.

Dispuso que Requesens, Gil de Andrade, Moncada, Lope de Figueroa, Padilla, estuvieran a su lado; don Pedro de Zapata a cargo del fogón y don Luis de Carrillo, hijo del conde de Priego, que permaneciera en la popa ayudando a Austria. En una palabra: los caballeros de más nombradía y la infantería más renombrada, con sus jefes, a bordo de la Real. A dos hombres de la Orden en quienes confiaba plenamente, les encomendó navegar a estribor de Colonna: Castil y Tejada.

-Os hubiera preferido a bordo de la Real, pero es probable que acompañen a Alí Pachá varias embarcaciones con una buena conducción. En ese caso mi deseo es de que vosotros os encarguéis de ellos, en lugar de obligaros a que deleguéis el mando en alguien que, por más eficaz que sea, no tiene mi conocimiento ni mi confianza como la habéis ganado.

Para los dos capitanes católicos el planteo de Austria fue una liberación. Se sentían comprometidos con el generalísimo, pero no olvidaban que eran marinos de la Orden y si bien ésta se encontraba subordinada a Don Juan, un deber de lealtad hacia quienes llevaban su estandarte, los perseguía con fatalismo. Aunque ambos conocían el pensamiento que recíprocamente tenían, no dejaron de intercambiar entre ellos una expresión de satisfacción. Por si eso fuera insuficiente, se habían juramentado que, si la posición de la Real estuviera amenazada, pasarían de inmediato a su cubierta en auxilio del amigo devenido en jefe.

Pero como éste había dicho, “el tiempo de las palabras pasó; ahora solo queda pelear”: la proximidad de las naves otomanas les

dijo con elocuencia que debían partir. Era la hora de la acción, no de las palabras.

Los primeros momentos después del impacto fueron favorables a los españoles. Austria hizo la señal de la Cruz y dio la orden de fuego. No solo sus arcabuceros descerrajaron eficientes disparos contra los enemigos, sino que éstos apenas podían hacer pie para avanzar. Alrededor de cuatrocientos infantes de una de los tercios más recios, el de Cerdeña, se formó de inmediato en la arrumbada de la Real. Empuñaban arcabuces y mosquetes, con los que prolijamente apuntaron hacia la Sultana. Dentro del escaso espacio disponible hicieron cuerpo a tierra o se agazaparon, de modo de ofrecer poco blanco al enemigo, la metralla de cuyas baterías era inminente.

Al poco tiempo, los cañones turcos entraron en acción; cinco proyectiles cayeron sobre la capitana de la Liga, produciéndose bajas en el fogón y el esquife; el resto de los tiros tuvo escasa fortuna, salvo dos soldados situados al lado de don Miguel de Moncada, que perdieron la vida por el impacto de un proyectil que les diera de lleno. Al revés, la réplica cristiana fue grave; gracias a la colocación de las galeras y el espolón que Don Juan había hecho serruchar con antelación, los cañones de proa barrieron la cubierta y algunos proyectiles ingresaron en la cámara de boga, produciendo innumerables roturas y gran confusión.

A eso debieron sumarse los disparos de la infantería, que provocaron enormes bajas entre las filas adversarias; cebados por ese éxito inicial, los infantes abandonaron sus arcabuces y mosquetes para empuñar picas y espadas y precipitarse en un abordaje tumultuoso sobre la Sultana. Desafiando las flechas turcas (los soldados del islam estaban equipados en su mayoría con estas armas, que podían recargar dos veces por cada arcabuzazo) pasaron a la crujía enemiga. El mismo Alí era un magnífico tirador con esa arma, y

con un arco pequeño no temía enfrentarse a cualquier motín: su puntería era famosa.

-“Jamás un arma de fuego podrá superar la precisión de una flecha”, solía decir.

Requesens se dirigió a Don Juan para cumplir su obligación de custodio:

-Alteza —le dijo— os suplico que entréis en la cámara; no expongáis vuestra augusta persona a un disparo.

Ya por entonces ambas galeras, unidas por el impacto, se habían convertido en un campo de batalla flotante. Los navíos turcos más próximos, advirtieron que los españoles llegaron a superar el palo mayor de la Sultana y su número, superior al de los jenízaros de la nave insignia, pronto acabaría por someterla. Sin pensarlo más, dos galeras, que navegaban al costado de la capitana, decidieron unir su suerte a ella. Provistos de los ganchos de abordaje, que lanzaron con destreza a la Sultana, se amarraron a sus flancos ampliando el frente de combate.

Por sus arrumbadas hicieron transbordar a doscientos infantes que transportaba cada una de ellas, para que esas fuerzas de refresco inclinaran la balanza para el lado turco. Ahora sí, el número había vuelto a favorecer a los sarracenos. Los tercios, que superaran el palo mayor de la nave otomana, debieron retroceder por la misma crujía, que ahora estaba llena de cadáveres, miembros amputados, y por supuesto, del grito de socorro que salía de los heridos, quienes daban cuenta de la ferocidad con que se peleaba.

Alonso de Tejada y de Castil observaban desde su galera, cercana a la Real, el desarrollo de la lucha. Ellos mismos debían

guerrear por su supervivencia y por lo tanto ni soñaban con auxiliar a Austria; sin ir más lejos, en ese momento se encontraban intercambiando disparos de arcabuz por flechas con una embarcación enemiga y pronto habrían de abordarla, si es que los otomanos no lo hacían antes. De cualquier forma, los pilotos de sus galeras habían maniobrado con mucha habilidad, situándose a babor de la nave turca de modo de evitar su embestida y ofrecer en cambio el flanco que estaba protegido por una espesa malla de acero.

Alonso hizo abrir una hendidura en la malla, y por esa abertura, las manos hábiles de un tripulante decidido arrojaron los ganchos de abordaje a la galera enemiga. Una nube de flechas recibió ese alarde de maestría, que los tripulantes trataron de neutralizar con las pesadas rodela que utilizaban para proteger cabeza y tórax. Ahora sí; sostenida con vigor la galera del Imperio, los soldados que portaran coseletes y yelmo se lanzarían al abordaje con la determinación a que conduce el ansia de vencer.

El mismo Alonso hilvanaba ese pensamiento:

-“Cuanto antes la abordemos, antes tendremos las manos libres para auxiliar a Don Juan y si morimos en el intento, al menos lo habremos hecho por una causa de cuya justicia no tenemos dudas”.

Con la determinación con que habitualmente luchaba, Alonso desafió las flechas otomanas y condujo a sus hombres al abordaje. Fue el primer cristiano en lanzarse sobre la cubierta enemiga y lo hizo llevando la espada en su mano derecha y tomándose de un cabo con la otra. Ahora buscaría al capitán e intentaría un duelo directo con él. Lo llevaba el presentimiento de que, vencéndolo, la galera habría de rendirse y eso le permitiría concurrir a la Real, donde sin duda se jugaba la suerte de la batalla. Pero no tuvo suerte.

El capitán había muerto hacía pocos minutos del disparo de un arcabuz cristiano que le había dado en su costado, bajo el hombro, y penetrado por debajo del peto hasta tocarle el corazón. Había muerto en el acto, y Alonso suspiró conforme cuando lo vio: “murió como un soldado” se dijo a sí mismo, sintiéndose resignado al desenlace, que a pesar de todo, le significaría una pérdida mayor de tiempo.

Estaba absorto con sus pensamientos y la contemplación del cadáver cuando un providencial aviso mediante el grito de un sargento de sus fuerzas lo alertó. Como un salvaje, el segundo de a bordo se le venía encima con una cimitarra enorme, blandida como si fuera un hacha. Alonso, que había salido de la penumbra en que estaba inmerso gracia a la advertencia del sargento, se repuso con rapidez. Dio un salto hacia el costado y empuñó la espada, dispuesto a enfrentar al agresor. Lo habría hecho sin dificultades, porque su técnica era mejor que la del segundo, pero éste llevaba la ventaja de la sorpresa. Inmediatamente después del fallido hachazo, se recuperó del impulso al vacío y con un gesto en que el odio quedaba reflejado en sus pequeños ojos, inyectados de sangre, enfrentó a de Tejada esgrimiendo la cimitarra con golpes desesperados que iban y volvían de derecha a izquierda sin poder encontrar el cuerpo de su enemigo.

Alonso lo miraba fijo y, adivinando la dirección de cada embate, le resultaba relativamente sencillo eludir los estoques del turco mediante una finta. Pero éste, inmensamente corpulento, no cesaba en su intento de cortar a Tejada. Finalmente lo logró: un golpe de cimitarra, que llevaba el destino del aire, como tantos otros que había lanzado antes, rasgó el pecho del capitán de la Orden y lo hizo sangrar. El tajo era superficial, pero la camisa de Tejada se puso roja por la abundante sangre que salía de la herida.

—“Otra marca más por defender a mi rey y a mi Dios” —pensó de Tejada mientras esperaba un nuevo ataque del turco. Éste, feliz

por la herida provocada, no reparó que su contrincante estaba intacto y, dispuesto a terminar el trabajo empezado, tomó la cimitarra con sus dos manos, preparado para descargarla contra su oponente. Esto era, precisamente, lo que no debía haber hecho. Esperó Tejada la descarga y cuando estaba a punto de hacerla tiró la punta de la espada hacia el abdomen del turco y se la clavó sin misericordia. Los ojos del segundo se abrieron muy grandes, como sorprendido de ese desenlace y un chorro de sangre brotó de la herida provocada por el estoque. Alonso hizo lo que la tradición indicaba cuando había tiempo: frotó dos veces la espada en la herida, moviéndola de arriba hacia abajo. Volvió a salir un chorro de sangre y el turco, mortalmente herido, se desplomó sin cerrar los ojos ni soltar la cimitarra. Cuando Alonso se acercó para quitarle el arma de las manos, brotaba sangre de su boca: estaba fuera de combate.

El resto de la tripulación y los soldados se rindieron con rapidez. Desaparecidos sus jefes, a los hombres no les quedaba otra tarea por realizar más que entregarse. Junto con el sometimiento de la nave, fueron liberados alrededor de noventa esclavos cristianos, condenados a remar eternamente. Alonso no permitió que se tomara la vida de los prisioneros y los hizo guiar hacia la cámara de boga, donde fueron encarcelados reemplazando a los cristianos liberados del remo.

Volvió a dirigir la mirada hacia la Real con la esperanza de ver la victoria cristiana, pero lo que divisó le cortó la respiración: los jenizaros no solo habían recuperado la nave otomana, sino que, imponiendo su mayor número, empujaron a la infantería española casi hasta la popa de su propia nave, donde Don Juan y un grupo de caballeros que la protegía habían formado como si fueran un puerco espín, dispuestos a vender a precio de oro la derrota. Desde la Sultana, Alí contemplaba con el pequeño arco en su mano izquierda y una sonrisa en sus labios la próxima derrota cristiana. Austria tenía

una herida en el pie derecho y la sangre teñía de rojo la bota, dificultando su desplazamiento cuando el generalísimo se movía para acomodarse al enemigo que lo atacaba.

Sin pensarlo dos veces, Alonso, junto a unos diez caballeros de la Orden se embarcó en un esquife para dirigirse a la Real. Cuando lo hizo, otras galeras de la Liga se habían acercado y ampliado el campo de batalla flotante. Entre otras, dos napolitanas y una veneciana, de las cuales numerosos infantes pertenecientes a los tercios de España, ascendieron en orden de combate para reforzar las debilitadas tropas cristianas.

También lo hizo don Álvaro de Bazán, quien se había sobrepuesto a dos disparos que recibió en su armadura; a sus pies había caído muerto el capitán Rutia. De su nave pasaron doscientos infantes debidamente armados a la Real.

Volvió a cambiar la suerte de la batalla y por segunda vez los jenizaros resultaron arrollados hasta más allá del palo mayor de la Sultana. La carnicería estaba al orden del día. Del lado cristiano, habían perecido varios hombres que rodeaban a Don Juan y los soldados muertos debían contabilizarse por montones. Los turcos también tenían su cuota de flujo confiscado y cadáveres, miembros mutilados, sangre que corría a raudales por la crujía, eran pruebas indudables de la terquedad con que se peleaba.

La llegada de los refuerzos fue providencial. Don Juan sintió esa presencia como un respiro e inspeccionó su herida: era superficial y tampoco afectaba una zona vital. Podría seguir peleando. Lo mismo había hecho Tejada; un soldado viejo, que dragoneaba de médico, con sus escasos conocimientos improvisó un vendaje de emergencia en el pecho, y Alonso pudo confirmar que la herida no era profunda; también seguiría peleando. Saludó al príncipe desde lejos con una

leve agitación de la espada y se volcó de lleno con sus hombres en la pelea.

Pero esta vez no pudieron acercarse ni siquiera al palo mayor de la Sultana. Continuaron llegando galeras cristianas y del Imperio a la concentración de navíos y los turcos tornaron a proveer a sus fuerzas de tropas de refresco.

Otra vez, como en un revival de una vista cinematográfica, volvían a repetirse las imágenes anteriores: nuevamente los turcos avanzaban por la crujía de su galera y a fuerza de golpes de arma blanca empujaban a los tercios hacia su embarcación. Era evidente que las reservas que conducía don Miguel de Cárdenas no alcanzaron para detener ese impulso y el mismo Cárdenas cayó muerto en la acción.

Pero fue el último intento; nuevos refuerzos llegaron para acompañar a Don Juan, quien estaba decidido a dar término a la repetida oscilación de ventajas. La galera conducida por Colonna se acercó hacia donde estaban unidas por el choque ambas galeras reales y, con Romegás al timón, embistió con tanta fuerza a la Sultana que su proa penetró hasta el tercer banco de remos.

Las escenas de crueldad e intemperancia se repitieron y algunas personalidades, que habían hecho de su vida un ejemplo de conducta y moralidad, se encontraron superadas por esa orgía de sangre y rencor. Algunos, inclusive, llegaron a recordar viejos episodios de sus vidas, que el tiempo y nuevas obligaciones habían sepultado. Tal el caso, por ejemplo, del distinguido Romegás. En su tierna juventud fue esclavizado por los piratas, quienes lo obligaron a revistar como galeote; esa circunstancia lo obligó a aprender algunas expresiones de los bereberes que ahora repetía como un poseído. Recordando las palabras del vendedor de agua potable, ahora decía

en árabe: “¡Agua! ¡Agüita fresca y barata! ¡A tomar agua!” y mientras esto decía sus hercúleos brazos tomaban por la ropa a los turcos heridos y los arrojaba al mar.

Don Juan, enardecido, pensó en buscar a Alí para exigirle un combate singular, donde la suerte de la batalla se jugara en los extremos de espada y alfanje. Requesens, siempre atento a los gestos del príncipe, pareció adivinar sus intenciones, pues le repitió con la solemnidad que no lo abandonaba ni en los momentos supremos:

-Alteza; os imploro que os guardéis en la cámara inferior; no expongáis a que vuestra augusta persona reciba por azar un arcabuzazo o una flecha del enemigo...

-Mi querido Requesens: os agradezco vuestra preocupación, pero pensad: ¿quién mejor que yo puede defender el estandarte y esta imagen? —contestó Austria con infantil orgullo y la tradicional valentía que lo caracterizaba, mientras su espada señalaba el emblema que había recibido del Papa, al que se había adicionado un crucifijo.

En tanto esta conversación retenía al capitán general unos instantes, Moncada, Lope de Figueroa, Tejada, Juan Vázquez Coronado, Gil de Andrade y Pedro Francisco Doria, se ubicaban en la proa de la Real junto a los soldados de refresco recién arribados para saltar sobre la Sultana. Cuando lo hicieron, vieron a Don Juan acercarse a la carrera junto a Requesens y Colonna para encabezar la marcha. Por su parte, Alí Pachá había abandonado el arco y, como adivinando la intención de su enemigo, esgrimía una hermosa y damasquinada cimitarra en la mano derecha; un puñal, encabado en marfil con piedras preciosas, empuñaba su izquierda.

Pero no llegaron a toparse. Cuando los tercios cristianos

llegaban hasta la popa de la Sultana, pasó navegando a babor suyo una galera de la Orden que descerrajó una descarga de sus cañones de estribor que, además de las bajas otomanas, originó tal cantidad de humo que su nombre no pudo ser registrado. Pero no solo humo descargó esa nave; un soldado, que instalado en la arrumbada empuñaba un arcabuz, disparó un proyectil hacia el compacto núcleo que rodeaba al almirante turco. La bala dio de lleno en la frente de Alí y le produjo la muerte inmediata.

Quizá fue lo mejor que pudo ocurrirle al jefe turco. La chusma de su galera, indignada por las contradicciones entre las palabras del capitán general y la conducta odiosa del cómitre, se había sublevado y acabado con la vida de este último. Presa de una furia descontrolada, y capitaneada por un croata de pelo rojizo, se había lanzado a la búsqueda desesperada de sangre otomana. Junto a los esclavos, que se valían de cualquier elemento encontrado en el piso para utilizar como arma, los valerosos tercios se abalanzaron sobre el último reducto de jenízaros, dándoles muerte.

El esclavo pelirrojo que conducía la manada, se había provisto de una inmensa cimitarra que arrebató de la mano de un herido; con ella, y no pudiendo disimular un gesto de odio reprimido, cortó de un tajo la cabeza de Alí y se la arrojó, como si fuera una pelota, a un soldado español que miraba con curiosidad. Éste la clavó en una pica y se la ofreció a Don Juan, quien con expresión de asco, dijo:

-“¿Para qué quiera yo esto?”.

La cabeza del desventurado Alí Pachá fue enarbolada en lo alto de una pica y mostrada para escarmiento de las embarcaciones otomanas sobrevivientes (otra versión señala que cuando le fue ofrecida a Don Juan, éste ordenó que se la arrojara al mar). No fue dividido por todos; el humo y los pocos prisioneros obtenidos

impidieron que la rendición fuera inmediata. A pesar de que, una vez capturada la Sultana los cristianos dieron el clásico grito de victoria, se siguió peleando. Solo cuando después de un tiempo se observó la insignia de la Liga ondeando en el palo mayor de la capitana turca, cesó la lucha pero no el acoso que los vencedores hicieron de los vencidos. Casi no hubo prisioneros: los turcos rendidos eran en general asesinados por el odio inculcable de sus enemigos. El saqueo no tuvo límites.



Detalle de “La Batalla de Lepanto” de Andrea Michieli, 1603.

El desastre otomano

Diecinueve días después llegó a Roma la noticia de la victoria y se hizo el cómputo de horas según el meridiano de la ciudad eterna y las islas Cuzolaris, en cuyas inmediaciones se había librado la batalla. De ese modo se llegó a la conclusión de que el Santo Padre tuvo la revelación divina del triunfo (mientras se encontraba con monseñor Busotti de Bibiana, como se ha dicho) en el mismo momento en que el príncipe Colonna, don Álvaro de Bazán, Alonso de Tejada, Miguel de Moncada, Lope de Figueroa, Vázquez Coronado y los bravos de la infantería española junto a Don Juan, cargaban por última vez sobre las arrumbadas de la Sultana.

La flota, que había brillado como fuerza de conjunto, vio con desasosiego como las galeras venecianas se entregaban de lleno al pillaje. El renegado Uluch no fue perseguido y, pese a abandonar sesenta de sus bajeles, salvó a treinta de ellos que huyeron junto a él. El recuento de sucesos fue dramático: la tercera parte de la flota otomana fue dispersada o hundida por el fuego implacable de cuatro galeazas. Alrededor de diez mil hombres del Imperio Otomano fueron muertos o perecieron ahogados como consecuencia del hundimiento de sus navíos debido al fuego de esas embarcaciones. Punto para Austria, que creía en el poder de la artillería.

Infinidad de penoles, maderas, remos rotos, toneles, miembros desprendidos del cuerpo, hombres, flotaban en el mar que se había convertido en un gran cementerio. Ese día, los peces carniceros se darían una panzada.

Ya llegaba la noche, gruesos nubarrones anticipaban una posible tormenta y Juan de Austria entendió que era conveniente, para los flamantes héroes, la recalada segura en el puerto de Petala,

hacia donde se puso proa.

Mientras navegaban con lentitud a un cobijo seguro, se fueron formando corrillos entre los participantes de esa jornada gloriosa en que doce mil esclavos cristianos fueron puestos en libertad. El balance no pudo ser más feliz. La Liga Santa pagó un buen precio por la victoria, pero valió la pena; perdió quince galeras, tuvo siete mil seiscientos muertos y una cantidad similar de heridos. Cantidad mínima, si se tiene en cuenta que los turcos tuvieron más de treinta mil muertos y perdieron más de doscientos bajeles. A tal extremo llegó la magnitud de la derrota turca, que el cabo Scrophia, testigo inmóvil de esa carnicería, fue denominado desde entonces por los turcos en su lengua como *Quanly Bouroum*, que significa Cabo Sangriento.

Tejada y Castil, por pedido de Don Juan, navegaban en la Real, donde una inmensa cantidad de caballeros y esclavos liberados, ponía a prueba las condiciones marineras de la nave para mantenerse a flote. Austria, eufórico pero tratando de conservar la flema familiar, recibía los plácemes de las grandes personalidades que se habían dado cita en la flota. Hasta Veniero, el hosco general veneciano, se había convertido en un viejito dicharachero y alegre a pesar del disparo que le había atravesado una pierna. Algunos rostros que por su aspecto severo denotaban reserva, no ocultaban satisfacción, aunque el dolor por la pérdida de algún hermano o hijo les impidiera compartir la alegría general.

Alonso se acercó a su amigo y entablaron una conversación, que fue interrumpida por el croata de pelo rojizo que acaudillara la rebelión de los remeros en la Sultana. Tenía el acento duro de los extranjeros cuando hablaba en español, de ahí el mote de “croata” que le dieran sus compañeros de boga. Pero en rigor de verdad, ni él mismo conocía el lugar de su nacimiento. Les habló brevemente en

español; lo suficiente como para que ambos Caballeros volvieran su cabeza a él, y exclamaran, al mismo tiempo, con horror y dicha.

-¡Augusto!

EPÍLOGO

La Batalla de Lepanto no produjo para España —ni para la cristiandad— los frutos que tan brillante acontecimiento militar debía causar.

La alianza entre España, el Papado y Venecia —Santa Liga— como se la denominó, tenía la intención de convertirse en una amalgama perpetua entre las naciones que la componían. Al menos esa era la intención de Pío V, el Papa cuya infinita paciencia, sus recursos humanos, que distribuyera con manifiesta generosidad y la enorme diligencia personal que pusiera, hicieron posible la constitución de esa alianza. Digamos también, que la oración, que San Pío V elevaba al Todopoderoso diariamente, sus largas “conversaciones” con la Virgen y las mortificaciones a que se sometía, permitieron que dos potencias que se recelaban —España y Venecia — participaran de esa cruzada contra el Turco.

La convención que firmaran esas dos naciones ya hablaba con elocuencia de la desconfianza que existía entre ambas. Como España dudaba que Venecia acompañara, después de la expedición comandada por Don Juan de Austria, las incursiones que debían efectuarse en el Mediterráneo Occidental, estableció una compensación económica para el caso de que las galeras venecianas no formaran en la flota que habría de enviarse contra el norte de África. Esta cláusula, obra del genio de San Pío V, permitió que las dos potencias salieran de la algidez en que se encontraban detenidas en lo que fue una disputa estratégica. En efecto; mientras España decía

que era motivo de prioridad atacar a los infieles en las inmediaciones de las Baleares, donde eran frecuentes los saqueos otomanos, Venecia —ligada por importantes intereses comerciales con el extremo oriental— declaraba la prioridad del sector este del Mare Nostrum, donde una importante cantidad de islas denunciaban la presencia del león veneciano.

Aquí también fue decisiva la intervención del Pontífice. No solo por sus notables méritos como mediador, sino por su conocimiento profundo de alto vuelo estratégico. Cuando las negociaciones parecían detenidas por esta diferente concepción, el Santo Padre hizo notar a Felipe II que sólo un ataque eficiente en el este, podría dejar sin apoyo, recursos, internación y descanso a los predadores que operaban en el oeste bajo la bandera de la media luna. El rey de España —estratega por naturaleza— comprendió con rapidez el valimiento de esa noción y acató la sugerencia, con la reserva de que, al año siguiente, la acción punitiva debería realizarse en el suroeste del Mediterráneo.

Sin embargo, una luminosa mañana de primavera, cuando apenas se había cumplido un año de la firma de la Santa Liga y el humo de la Batalla no se había disipado del todo en el golfo de Pactrás, el Sumo Pontífice le entregó el alma a quien se la diera.

Muerto el artífice de la unión, la Liga se fue perdiendo en las cancillerías de Europa. En ese aspecto, el Gran Visir del Imperio Otomano, Mehemet Sokalli (o Sokulli) tenía razón cuando dijo a los venecianos: “En Lepanto, ustedes han talado un árbol importante,... pero nosotros, en cambio, vivimos amputándoles miembros; los árboles vuelven a crecer, pero los brazos y las piernas, no”.

A pesar de tener razón, no fue absolutamente cierto lo afirmado por el famoso renegado. Es verdad que Venecia hizo las

paces por separado con el Imperio Otomano, pero los ejércitos de la media luna solo lograron vivaquear en las afueras de Viena; un siglo después de la gran expansión que lograra Solimán el Magnífico, el Turco acentuaba una retirada que resultó impotente para detener las manifestaciones de odio y rencor que dejó en las tierras ocupadas. En ese sentido fue distinto de España, cuyo Imperio alcanzó el apogeo para después recorrer el duro camino de la declinación, pero dejando en el trayecto medio continente con su misma religión y lengua.

Entre las consecuencias inmediatas de Lepanto, tampoco España puede mostrar un comportamiento ejemplar. Después del triunfo de Don Juan sobre los bereberes en Túnez, el rey decidió replegarse sobre el Norte de Europa para defender las tierras en las que naciera su padre. Anciano y con mala salud el Duque de Alba, Don Juan de Austria fue enviado a Flandes generándose la historia negra del enfrentamiento entre ambos hermanos. Del Perú llegaban los buques que, cargados con lingotes, recorrían el Camino de la Plata para pagar a los soldados que peleaban en Holanda.

En suma: la muerte del Papa, la paz por separado que obtuvo Venecia, el repliegue de España sobre sus territorios afectados por guerras de religión y causas económicas, hicieron que la gran victoria de Lepanto, celebrada en todas las capitales de Europa, quedara reducida a un recuerdo épico, sin trascendencia política o militar.

ACLARACIÓN SOBRE ESTE LIBRO

Este libro refiere uno de los acontecimientos de mayor gloria para las armas de España y de la cristiandad: la batalla de Lepanto.

Todos los datos que se mencionan en la obra son reales; los personajes existieron y tuvieron el desempeño que se les atribuye. Se deben a la imaginación del autor diálogos y pensamientos que si bien debieron ocurrir con el mismo sentido con que han sido escritos, no tienen una comprobación fehaciente que los certifique. También han sido una recreación histórica los pormenores que acompañan a la presunta partera en el nacimiento de Cervantes; pero casa, cocina, antesala, plantas, son absolutamente reales; tan verídicos como el bronce de las estatuas de don Quijote y Sancho que aguardan al visitante incómodamente sentados en el banco de la puerta.

Los dos protagonistas principales: de Castil y Tejada vivieron; comandaron las galeras de la Orden de Malta, e intervinieron junto a Don Juan de Austria y el prior Giustiniani en la batalla de Lepanto. Es posible que esa distinción les fuera conferida por su previa actuación en la defensa de Malta, pero ello es una conjetura del autor, que no ha podido confirmarla. En cambio tienen certeza la invasión, el papel que cupo a La Valetta y los detalles del impresionante rechazo de que fue objeto la Media Luna.



La Batalla de Lepanto de Paolo Veronese, 1572.



Gastón PÉREZ IZQUIERDO

Es abogado y escribano egresado de la UBA; se graduó en Diplomacia en la Universidad del Salvador y en Derecho y Política Internacional en la Universidad de Roma a cuyas aulas concurrió mediante una beca obtenida por concurso.

Se doctoró en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de La Plata, donde fue profesor de Derecho Internacional Público y Política Económica.

Ha sido decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de La Plata, Intendente Municipal de Lanús, y Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Preside en la actualidad la Fundación “Emilio J. Hardoy”.

Ha colaborado con los diarios La Nación y La Nueva Provincia y es columnista habitual de La Prensa.

Publicó

“La Última Carta de Pellegrini”,

“La Mirada Global”,

“Adolfo Alsina, Caudillo y Estadista”,

“Los Marqueses de Buenos Aires”,

“La Invasión de Inglaterra 200 años después”, y

“La Campaña del Desierto” estos dos últimas obras junto a otros miembros de la Academia Argentina de la Historia, corporación que integra.

Fue publicada además la ponencia que presentara en el Congreso de bicentenario, evento organizado por esa Academia y el Círculo Militar.

Vive y trabaja en Lanús, está casado y tiene cuatro hijos y seis nietos.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. - *“Barcelona y Lepanto”*, Barcelona, Capitanía General de Cataluña; Ayuntamiento de Barcelona. Ministerio de Cultura, 1981, catálogo de la Exposición.
- AA.VV. - *Coplas y relación verdadera de la victoria que Dios nuestro señor ha servido dar a la armada de la sancta liga...*, Barcelona. Véndese casa Ioan Trinxer, 1571.
- Aparici, J.- *“Colección de documentos inéditos relativos a la célebre batalla de Lepanto”*, Madrid: Imprenta Nacional, 1847 (Documentos del Archivo de Simancas).
- Bajtin, Mijail - *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Alianza, 1987.
- Bicheno, Hugh - *“La batalla de Lepanto, 1571”*, Barcelona. Ariel, 2005.
- Canavaggio, Jean - *Cervantes*, Espasa-Calpe, 2004.
- Capponi, N. - *“Victory of the West”*, Cambridge, 2007.
- Carrero Blanco, Luis. - *“Lepanto”. (1571-1971)*, Salvat. Alianza Editorial, 1971, Edición especial RTV.
- Cervantes Saavedra, M. de. - *Cervantes y Lepanto*, Barcelona: D.P. del M.M., 1971, recopilación de textos por José Manuel y Alberto Bleuca.
- Cotarelo y Mori, Emilio - *Efemérides cervantinas ó sea resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Tipografía de Revista de Archivos, 1905.
- Cotarelo y Mori, Emilio - *Los puntos oscuros en la vida de Cervantes*, Tipografía de Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, 1916.

- Davis Hanson Víctor - Matanza y Cultura *“Batallas decisivas en el auge de la Civilización Occidental”*. Fondo de Cultura Económica Turner. México, 2006.
- Dumont, Jean - *“Lepanto, la historia oculta”*. Madrid. Encuentro, 1999.
- Fernández Álvarez, Manuel - *Cervantes visto por un historiador*, Espasa-Calpe, 2005.
- Fernández de la Puente y Acevedo, J. - *“Memoria históricacrítica del célebre combate naval y victoria de Lepanto”*, Madrid. impr. A.Vicente, 1853.
- Fernández de Navarrete, Martín - *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Atlas, 1943.
- Fuller J.E.C. - *“Batallas decisivas del Mundo Occidental y su influencia en la Historia”* Ed. Luis de Caralt. Barcelona, 1963.
- García Hernán, Enrique - *“De la guerra de Granada a la Batalla de Lepanto. Progresos de Una Armada Moderna”*. Editorial Actas. Madrid, 1999.
- Guzman Carlos Alberto. - *“El Combate Naval de Lepanto, bautismo de fuego de Miguel de Cervantes Saavedra”*. Separata del Instituto de Publicaciones Navales. Buenos Aires, 1972.
- Koesnigsberger, H. G. - *“El Imperio de Carlos V en Europa”* – Historia del Mundo Moderno. Universidad de Cambridge. Ed. Sopena, Barcelona, 1979, TII, pág. 203.
- Koesnigsberger, H. G. - *“La Europa Occidental y el poderío español”* – Historia del Mundo Moderno. Universidad de Cambridge. Ed. Sopena, Barcelona, 1979, TIII, pág. 175.
- Konstam, A. - *“Lepanto 1571: the greatest naval battle of the Renaissance”*, Oxford, 2003.
- López del Toro, J. - *“Los Poetas de Lepanto”*, Madrid: I.H. de M., 1950.
- Lugo, Mario - *“Ordenes de Batalla y Listados de Escuadras. Batalla de Lepanto, 1571”* - Revista divulgativa de Historia Naval en Internet” Madrid, 2003.

- Manfroni, Camillo - *“Storia della marina italiana dalla caduta di Costantinopoli alla battaglia di Lepanto”* Ed. Forzani, Roma, 1897. (Gabrielle Cerbelloni).
- Martínez Hidalgo, J.M. - *“Lepanto: la batalla, la galera “real”: recuerdos, reliquias y trofeos”*, Barcelona: D.P. de B. Museo Marítimo, 1971.
- Mayans y Siscar, Gregorio - *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Espasa-Calpe, 1972.
- Morales, A. - *“La batalla de Lepanto: descriptio belli navtici et expugnatio Lepanti”*, Madrid. U.N.E.D, 1987.
- Navarro y Ledesma Francisco - *“El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra”*. Ed. Espasa-Calpe Buenos Aires, 1970.
- Parry, V. J. - *“El Imperio Otomano, 1520-1566”* – Historia del Mundo Moderno. Universidad de Cambridge. Ed. Sopena, Barcelona, 1979, T II, pág. 351.
- Parry, V. J. - *“El Imperio Turco”* - Historia del Mundo Moderno. Universidad de Cambridge. Ed. Sopena, Barcelona, 1979, T.III, pág. 263.
- Pastor, Ludovico. - *“Historia de los Papas”*. T, XVIII, “San Pío V” Pág. 341 y sgtes.
- Pío V. - *“Los Papas a Medios del siglo XVI”*.
- Rivero Rodríguez, Manuel. - *“La Batalla de Lepanto. Cruzada, Guerra Santa e identidad confesional”*. Ed. Silex, Madrid, 2003.
- Rosell, Cayetano. - *Historia del combate naval de Lepanto, y juicio e importancia de aquel suceso*, Madrid: Impr. de la R.A. de H., 1853.
- Rosendi José H. - Revista del Circulo Miitar *“El héroe militar y el escritor, ídem. Miguel de Cervantes Saavedra”* Buenos Aires, 1905.
- Sánchez, Alberto - *Cervantes: bibliografía fundamental (1900-1959)*, C.S.I.C., 1961.
- Serrano, L. - *“España en Lepanto”*, Barcelona. Labor, 1935.
- Serrano, L. - *“La Liga de Lepanto: entre España, Venecia y la*

Santa Sede”, Madrid. J. para la A. de E. e I.C., 1918-19.

- Vargas-Hidalgo, R. - *“La Batalla de Lepanto: según cartas inéditas de Felipe II, Don Juan de Austria y Juan Andrea Doria”*, Santiago. Ediciones Chile-América CESOC, 1998.

- Vidal, C. - *“Victoria o muerte en Lepanto”*, Barcelona: Planeta. De Agostini, 2008.

- Vila i Tomás, L. - *“Propaganda imperial e imitación virgiliana en la épica filípica: Lepanto en la Araucaria, La Austríada y el Monserrate”* Barcelona, 1999.

Este libro editado por OLMO Ediciones
se terminó de imprimir en los talleres gráficos de:
Bibliográfika de Voros S.A.
en el mes de marzo de 2014.

www.olmoediciones.com

Armado del e-book:

www.abogadosruralistas.com.ar